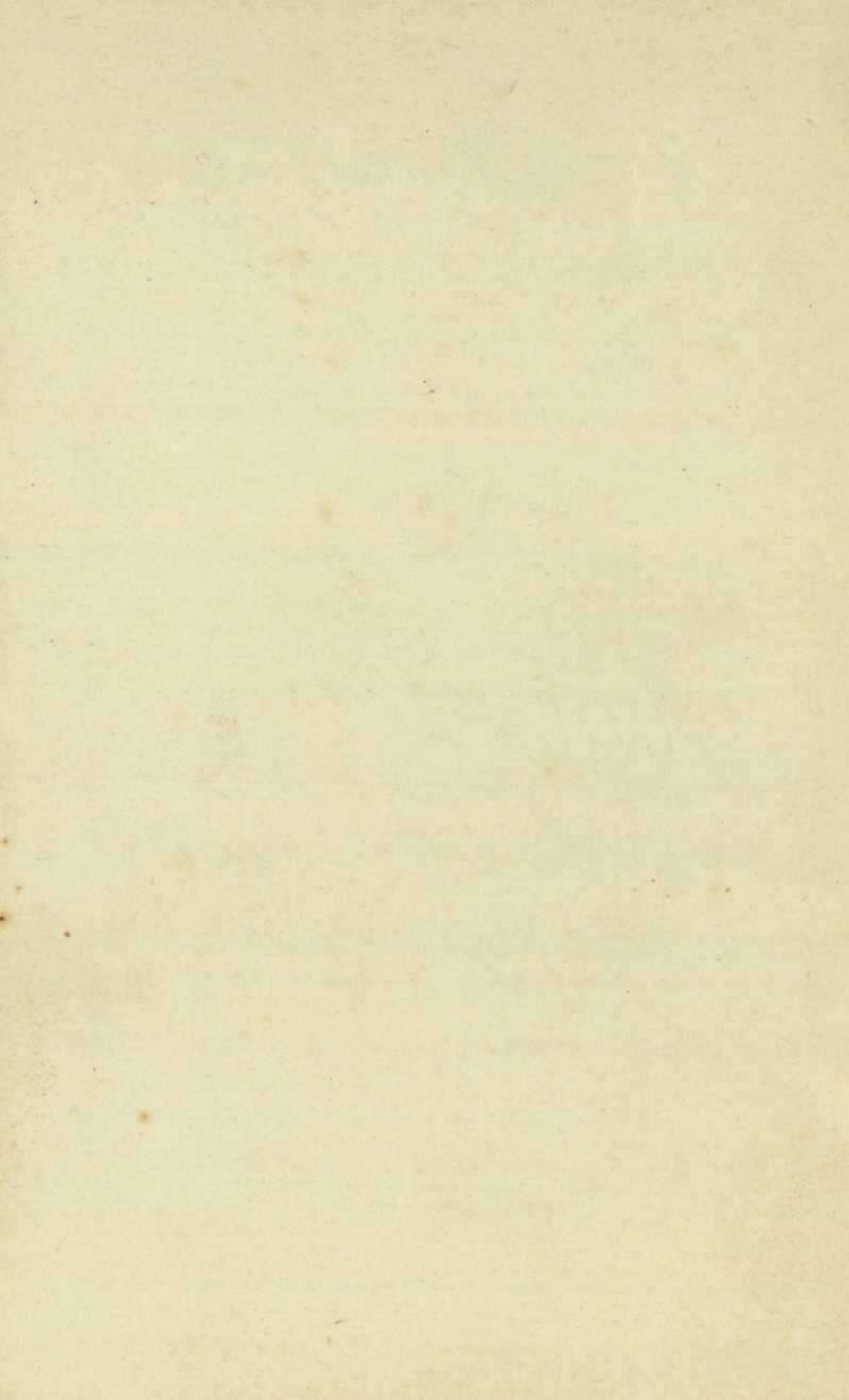


91

A.T.U.
5859





M. 14636
P. 7619



PIERRE LOTI

RAMUNCHO

TRADUCCIÓN DE

HERMINIO MEDINAVEHIA



MADRID

BIBLIOTECA DE «A B C»

*A la Sra. V. D'Abbadie, que me inició en el
conocimiento del país vasco en el otoño de 1891.*

HOMENAJE DE AFECTUOSO RESPETO

PIERRE LOTI

Ascaín (Bajos Pirineos), Noviembre de 1896.

PRIMERA PARTE

I

Los tristes enorritos, anunciando el otoño, acababan de aparecer en grandes bandadas, envueltos, al huir de alta mar ante la amenaza de próximas tormentas, en una borrascosa bruma gris.

En la embocadura de los ríos meridionales, el Adour, el Nive y el Bidasoa, límite de España, vagaban sobre las ondas ya frías, en vuelo bajo, rasando con sus alas el espejo de la superficie. Sus silbidos, como lamentos, parecían cantar fúnebremente la muerte anual de las plantas marchitas, secas.

Sobre los campos pirenaicos, cubiertos de zarzas y maleza y de gigantescos árboles, tendíanse lentamente, pesadas, envolviéndolo todo como en sudarios, las melancolías de las tardes lluviosas del fin de la estación otoñal. Ramuncho, como hijo que era de las montañas, caminaba ligero, sin ruido, silencioso, pisando apenas con sus alpargatas la senda cubierta de musgo por donde iba.

Ramuncho venía á pie desde muy lejos; regresaba á las regiones arrulladas por los mugidos del Cantábrico, á su casa sola en lo alto, entre árboles frondosos, cerca de la frontera española.

Solo, andando rápidamente y sin esfuerzo, sin que se oyeran sus pasos, el joven caminante veía á su alrededor por todas partes y en la lontananza lejana, grandes toques de bruma esfumándose y perdiéndose en los tonos, más perceptible cada vez, del crepúsculo tristón y sombrío que triunfaba.

El otoño, el otoño mostrábase reinando é imponiénd-

dose. Los maíces, en lo hondo del valle, espléndidamente verdes en primavera, vestíanse ahora sus matices de paja muerta, y en las altas cumbres, las hayas y las encinas deshojábanse mustias.

El aire era casi frío; olía á tierra mojada y musgosa, y de vez en cuando caía un chaparrón pasajero y fugaz.

Sentíase angustiosa y próxima la estación de las nubes y de las largas lluvias, la que viene todos los años pregonando el agotamiento de la savia y la muerte irremediable, pero que pasa, como todas las cosas, y que se olvida en el *surrexit* de la siguiente renovación vital.

Por todas partes, en las hojas mojadas alfombrando melancólicamente la tierra, en el gotear de las hierbas largas y caídas, con fúnebres encorvamientos, había tristezas de algo que concluye y se acaba, mudas resignaciones ante la descomposición fecunda que señala nuevos gérmenes de existencia.

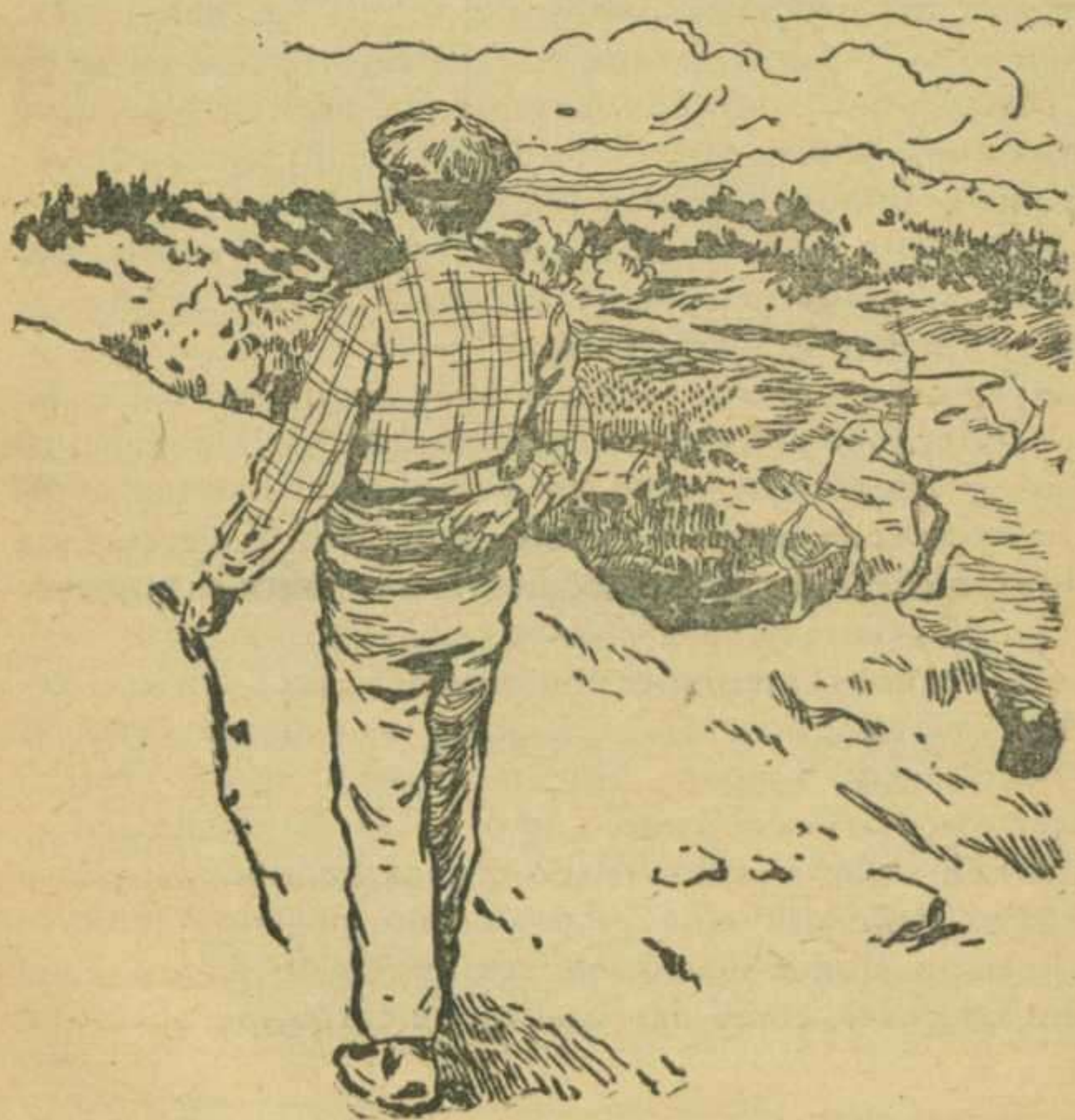
Pero el otoño, cuando viene á destruir á las plantas, no trae para el hombre más que una especie de anuncio lejano, de angustias y acabamiento, ya que aquél, un poco más durable que las flores, resiste varios inviernos y se deja engañar por los encantos primaverales.

El hombre, en las noches lluviosas de Octubre y Noviembre, siente, sobre todo, el deseo instintivo de abrigarse en su casa, de ir á calentarse en el hogar, bajo el techo que tantos ascendientes milenarios, uno tras otro y progresivamente le enseñaran á construir. Y Ramuncho sentía cómo se despertaban en su alma las amorosas aspiraciones ancestrales de antiguos antepasados hacia el hogar de la montaña vasca, el hogar aislado de los hogares vecinos, y apresurábase, sin darse cuenta de ello, con el fin de llegar cuanto antes á la pobre casa donde su madre le esperaba.

Aquí y allá se distinguían á lo lejos, confusos en el crepúsculo creciente, los caseríos vascongados, muy dis-

tantes los unos de los otros, como puntos blancos ó grisientos, perdidos en el fondo de una negra garganta, en el tenderse del declive de un picacho, ó allá arriba, colgados en las crestas que se engolfan en el azul obscuro del cielo. A tal hora, delante de la grandiosa soledad de los campos y de la eternal Naturaleza, más solemne entre bosques y montañas, parecían estas habitaciones humanas algo pequeño y despreciable al lado del conjunto inmenso de las cosas, más indecisas y vagas cada vez, algo que asimismo se aniquilaba al anonadarse ante la magnificencia de cuanto tenía en torno suyo.

Ramuncho subía rápido, ligero, atrevido, como joven.



más bien niño aún, capaz de jugar por el camino al igual que se divierten los muchachos montañeses con una piedra, una caña ó una rama que cortan andando. El aire era más vivo cada vez, más áspero el sendero y ya no se oían los silbidos de los chorlitos, su quejarse como de polea enroñecida, sobre las rías de allá bajo. En cambio Ramuncho cantaba una de esas melancólicas canciones de tiempos muy viejos, aún transmitida á través de los campos perdidos, y su voz fresca, dulce, volaba desde la húmeda bruma á las ramas mojadas de las encinas, bajo el gran sudario, cada vez más sombrío en su soledad, del otoño y de la noche.

Para ver pasar á un carro de bueyes que iba muy lejos, por debajo del camino que él seguía, se detuvo Ramuncho un instante, pensativo. El carretero que guiaba la pesada yunta, moviéndose lenta, cantaba también. Por un sendero pedregoso y torcido iba bajando á una hoyada que se hundía entre las sombras de la noche.

De pronto desapareció el cuadro en una revuelta del paisaje, borrado de repente por los árboles y como perdido en un golfo de tinieblas.

Ramuncho sintió entonces la angustia de una melancolía súbita, inexplicable, como la mayor parte de sus impresiones complejas y con un gesto en él habitual, volviendo á emprender su marcha rápida y descuidada adelantó su boina de lana como visera, sobre sus ojos de un color gris muy vivo y dulce.

¿Por qué? ¿Qué impresión podrían producirle el carro, el mozo que cantaba, á quien ni siquiera conocía? Evidentemente ninguna. Sin embargo, al verlos desaparecer para ir á cobijarse, como todas las noches, á seguro, en algún caserío aislado en una hondonada, pensó en la existencia humilde del aldeano, pegado á la tierra del campo donde nació, en ese su modo de vivir, tan falto de goces como las bestias de carga, pero con un

declinar de la vida más prolongado y más doloroso. Y al mismo tiempo pasó por su espíritu la inquietud instintiva del *más allá* intuitivo, de las mil *otras cosas* que en el mundo se pueden ver ó hacer y de las que es posible aprovecharse ó disfrutar; y un caos de pensamientos trémulos y vagos, de atávicos recuerdos y de fantasmas se dibujó furtivamente, allá, muy en lo íntimo, en el fondo de su alma de niño sin instrucción acabada y completa.

Porque él, Ramuncho, era una mezcla de dos razas muy diferentes y de dos seres á los que separaba, si así puede decirse, un abismo de varias generaciones.

Creado por un hombre de triste fantasía, consumido por todos los refinamientos de estos tiempos de vértigo habiásele inscrito al nacer como «hijo de padre desconocido» y no llevaba otro nombre que el de su madre. E instintivamente no se creía igual á sus amigos de juegos y de sanas diversiones.

Silencioso un instante, iba á su casa andando menor rápido por las sendas que serpenteaban hasta las altas cimas. Y en tanto se agitaba confusamente en el caos de esas *otras cosas* del *más allá* luminoso y brillante, en la confusión de esplendores ó de extraños temores que veía ligados á su vida, trataba de desembarazarse de esa obsesión, de ese peso... Pero no, cuando no podía alcanzar lo que le era incomprendible quedaba desatado, sin sucesión y sin forma, en las tinieblas...

Ya no pensó más en ello. Volvió á cantar su canto de la tierra: en estrofas de ritmo monótono recordaba la canción de una hilandera, cuyo novio partió para una guerra en países lejanos, de donde no volvía; cantábala en esa misteriosa lengua eúskara, de edad incalculable y de origen desconocido. Y poco á poco, bajo la influencia de la melodía centenaria, y del rumor del viento y de la soledad, vióse Ramuncho tal como era al principio de su caminata un simple montañés vasco, de dieciséis á

diecisiete años, con la constitucion fisica de un hombre, pero con ignorancia y candores de muchacho.

Pronto vió á Etchezar, su pueblo, con su campanario macizo como una torrecilla de fortaleza; aquí la iglesia y en su torno algunas casas agrupándose, lo mismo que si quisieran apoyarse en ella; otras, más en número, habían preferido esparcirse por los alrededores, entre los árboles, en las hoyadas, en las escarpaduras del monte. Cerraba la noche, presurosa, anticipándose el morir de la luz al envolverse en los grandes velos de sombras agarrados á los picos de las altas sierras.

Alrededor del pueblo, allá arriba, ó en los escondidos valles, el país vasco aparecía en este momento como una confusión de gigantescas y oscuras masas. Largos nubarrones borraban las perspectivas; las distancias, las enormes profundidades no se apreciaban ya; las multiformes cordilleras parecian haberse engrandecido en la nebulosa fantasmagoría del crepúsculo. La hora, sin saber por qué, se hacía extrañamente solemne, como si la sombra de los siglos pasados fuese á surgir de la tierra. Sobre el vasto é imponente levantarse de los Pirineos sentíase cernerse quizá el alma expirante de la raza cuyos restos se conservan en esta región y á la que, por su madre, pertenecía Ramuncho...

Y el muchacho, compuesto de dos esencias, de dos naturalezas tan distintas, que iba solo hacia su casa en medio de la noche y de la lluvia, volvió á sentir en el fondo de su ser doble, la inquietud de las inexplicables intuiciones y de los extraños recuerdos.

Al fin llegó á su caserío, que estaba en lo alto, como es costumbre en la Vasconia, con viejos balcones de madera debajo de reducidas ventanas; el resplandor luminoso que se escapaba por entre los cristales rompía las negruras de afuera. Antes de entrar se apagó el leve ruido de sus pasos entre la espesa capa de hojas secas, las ho-

jas de esos plátanos podados para que se entrecrucen en bóveda y que, según la costumbre del país, forman una especie de atrio delante de las casas.

La severa Francisca, pálida y tiesa entre sus vestidos negros, reconoció de lejos los pasos de su hijo; era la mujer que en otro tiempo había amado y seguido al extranjero; la que después, vislumbrando el abandono próximo, volvió valerosamente á su aldea para habitar sola la casa en ruínas de sus padres muertos. A quedarse en la ciudad populosa, allá lejos, sufriendo y mendigando, prefirió partir, renunciar á todo, hacer un simple aldeano del pequeño Ramuncho, que había entrado en su vivir de niño envuelto en ropas bordadas de blancas sedas.

De esto hacía ya quince años, quince años que volvió al pueblo, clandestinamente, en un anochecer parecido al de ahora. Durante los primeros meses, muda y altanera con sus amigas de la infancia, por temor á sus desaires, no salía más que para ir á la iglesia, con la mantilla de vuelo negra, baja hasta los ojos. Después, á la larga, satisfecha la curiosidad del vecindario, había vuelto á sus costumbres antiguas, decidida á arrostrar las consecuencias de su extravío y tan irreprochable al mismo tiempo en su conducta, que todos la perdonaban.

Al recibir y abrazar á su hijo sonrió de alegría y ternura; pero silenciosos ambos por naturaleza, recogidos en su interior, no atreviéndose á decirse lo que decir querían.

El se sentó en su sitio acostumbrado á comer la sopa y otro plato humeante que ella le sirvió sin hablar. La cocina, limpiamente blanqueada, se alegraba con el resplandor dorado de las llamas, devorando, bajo una chimenea alta y ancha, adornada con una cenefa de indiana blanca, un montón de ramas secas. En cuadros, colgados con simetría, había imágenes que recordaban la primera comunión de Ramuncho, y otros de santos y santas

con letreros en vastuence; veíase, además, la Virgen del Pilar, la de las Angustias y rosarios y ramos de laurel benditos. Los utensilios de cocina lucían brillantes, bien alineados en repisas de madera empotradas en la pared: cada una de ellas estaba adornada con volantes de papel color de rosa, recortados y calados, que se fabrican en España, y en los que aparecían impresos, invariablemente, majos bailando al son de castañuelas ó escenas de la vida de toreros. En esta habitación tan blanca, tan luciente, delante del hogar regocijador y claro, se experimentaba la impresión de vivir en la casa propia, la de un tranquilo bienestar aumentado por el contraste con la noche brumosa y húmeda del exterior, con las negruras de los valles, de las montañas y de los bosques.

Francisca, como todas las noches, miraba á su hijo con mirar largo y acariciador, mirábalé crecer y ponerse más guapo, tomar cada día que pasaba un aire más pronunciado de fuerza y decisión, á medida que un bigotillo moreno se destacaba, marcándose bien sobre los labios rojos y frescos.

Después de cenar, Ramuncho comió con apetito de joven montañés varios zoquetes de pan y bebió dos vasos de sidra; después se levantó, diciendo á su madre:

—Me voy á dormir, porque esta noche tenemos que trabajar.

—¡Ah! ¿A qué hora tienes que levantarte?—le preguntó ella.

—A la una; en cuanto se oculte la luna. Ya oirás silbar bajo la ventana.

—¿Y qué tenéis hoy?

—Fardos de seda y de terciopelo.

—¿Con quién vas?

—Vamos los de costumbre: Arrokoa, Florentino y los hermanos Iragola. Como la otra noche; el negocio corre por cuenta de Itchúa, con quien me he compromete-

tido... Buenas noches, madre. No estaremos tarde fuera, y de seguro que vuelvo antes de misa.

Francisca apoyó la cabeza en el hombro fuerte y duro



de su hijo con caricia casi infantil, muy diferente de la manera de halagarle en otras ocasiones; con la mejilla pegada á la del joven se quedó larga y tiernamente junto á él como para decirle en un cariñoso abandono de la voluntad: «Estos negocios de noche no me gustan; pero, pensándolo bien, lo que tú quieres es siempre bueno; yo no soy más que una esclava tuya y tú lo eres todo...»

¡También en otro tiempo acostumbraba Francisca á

apoyarse en el hombro del extranjero, á abandonarse á él de este modo en aquellos días en que le amaba!

Cuando Ramuncho subió á su cuarto, pequeño y pobre, ella permaneció pensativa más tiempo que de costumbre antes de reanudar su labor de calceta... Esta era su labor; las correrías nocturnas en que se arriesga el recibir un balazo de los carabineros de España no le hacían gracia. Al principio las había comenzado Ramuncho por divertirse, por echárselas de valiente, como hacen la mayor parte de los jóvenes, al igual que empezaba ahora mismo su amigo Arrakoa, al figurar en la partida de aquella noche; después, poco á poco había sido una necesidad continua en él la aventura en medio de las negras sombras, y abandonó, más cada vez, por este oficio peligroso, el taller de carpintería, á pleno aire, á que ella le había llevado de aprendiz á cortar listones de los troncos de encina para los cielos rasos de los techos.

He aquí en lo que se trocara la vida del pequeño Ramuncho, en otro tiempo tan cuidado en finos pañales, y por el que fantásticamente la pobre madre había concebido tantos sueños de grandeza: era contrabandista... Contrabandista y jugador de pelota; dos oficios cualesquiera que se unen muchas veces en algunos jóvenes del pueblo vasco.

Francisca dudaba, sin embargo, todavía en dejarle seguir esa vida peligrosa. No desdeñaba á los contrabandistas, no; su padre lo había sido, sus dos hermanos también; uno murió de un tiro en la frente, disparado desde la frontera española, una noche que atravesaba el Bidasoa á nado; el otro hubo de tener que refugiarse en América, huyendo de la cárcel de Bayona; á los dos se les respetó por su audacia y por su fuerza... No; pero él, Ramuncho, el hijo del extranjero, sin duda que hu-

hiera podido aspirar á una existencia menos dura que la de los hombres del pueblo, si en un movimiento irreflexivo y violento no le hubiese separado ella, Francisca, de su padre para traerlo á las montañas vascongadas... Porque no era un hombre sin corazón el padre del muchacho; cuando fatalmente se cansó de la que había sido su amante, algo trabajó para no dejarla de ver, y no los hubiera abandonado ni á ella ni á su hijo, á no ser por el altivo arranque de Francisca al tomar la resolución de marcharse... Por eso pensaba que ahora era casi un deber escribirle para suplicarle que se ocupara, en lo que á su hijo se refería, á su porvenir.

Y naturalmente, sin quererlo, asomábase á su espíritu la imagen de Madalén, lo que ocurría siempre que pensaba en el futuro del hijo amado; ya que quería á la muchacha desde diez años hacía, como la deseada para mujer de Ramuncho. Una vez más seguía así la costumbre del campo de prometerse uno á otro los jóvenes de distinto sexo aun sin conocerse, eligiéndose de este modo desde los primeros años de la vida. Era Madalén una muchacha de cabellos alborotados, formando como una nube de oro, hija de una amiga de la infancia de Francisca, de Dolores Detcharry que, orgullosa siempre, había despreciado á la madre de Ramuncho en la época de su vida.

Creía Francisca que la intervención del padre en el porvenir de Ramuncho sería un apoyo decisivo para obtener la mano de la joven, y aunque permitiría pedírsela á Dolores con cierta altivez, después de las antiguas riñas... Pero Francisca sentía un gran temor, apoderándose de ella cuando quería precisar el pensamiento de dirigirse á aquel hombre, de escribirle, quizá de verlo otra vez, de remover aquellas cenizas... Porque, con el recuerdo, encontrábase nuevamente con la mirada muchas veces sombría del extranjero, traía á la memoria

sus vagas palabras de un infinito cansancio, de incomprendible desesperación; parecía por su aspecto que, por encima de los horizontes en que ella sumiase, miraba él otros, de golfos lejanos y de tinieblas; y aunque no insultase el extranjero las cosas sagradas, no rezaba nunca, juntándose así á los remordimientos de Francisca el de creerse unida á un pagano, causa por la que el cielo le cerraría sus puertas. Y sus amigos eran como él, también gastados en todos los refinamientos, sin fe, sin la oración en los labios, cambiando entre ellos, con medias palabras, casi sin pronunciarlas, frases que encerraban abismos... «¡Dios mío, si Ramuncho, pensaba la madre, á su contacto se hiciera como ellos! ¡Y si huyese de las iglesias y rehusara los Sacramentos y la misa...!»

Entonces ella, Francisca, volvería á traer á la memoria las cartas de su anciano padre—hoy polvo en la tierra profunda, bajo una losa de granito, junto á los muros de su parroquia;—aquellas cartas en vaseuence que le dirigía á allá abajo, después de los primeros meses de indignación y de silencio, á la ciudad donde había arrastrado su falta: «Al menos, mi pobre Francisca, hija mía, estás en un país de hombres piadosos y que van á las iglesias...» Oh, no, apenas eran religiosos, lo mismo los elegantes, los compañeros del padre de Ramuncho, que los humildes trabajadores del arrabal donde ella vivía escondida; todos iban llevados por la misma corriente que se separaba de los dogmas acreditarios de las tradicionales creencias... Y Ramuncho, en tal medio, ¿podría resistir sin dejarse envolver por él?

Otras razones, menores tal vez, le detenían también. Su altanera dignidad, que en la gran población se había mantenido arrogante y sin dobladuras, se encabritaba ahora, á la sola idea de mostrarse solícita á los pies del amante de otro tiempo. Por otra parte, su buen sentido, que ningún suceso pudo extraviar y que por nada se des-

sumbró desvanecido, le decía que era muy tarde el presente para que cambiase todo; que Ramuncho, hasta aquí libre é ignorante, no podría subir á las peligrosas



regiones de vértigo adonde se había elevado su padre, que estaría mejor languideciendo en la humildad, como si no hubiese alcanzado el puesto que á ella le parecía corresponderle. Y, por fin, un sentimiento que casi no se atrevía á confesar, revolviásele poderosísimo en el fondo

del corazón: el temor angustioso de perder á su hijo, de no orientarle y dirigirle, de no estar junto á él, de no retenerle á su lado... Entonces, en ese instante de reflexiones decisivas, después de haber vacilado durante años enteros, se inclinaba la madre á obstinarse para siempre en su silencio ante el extranjero y á dejar correr obscuramente la vida de Ramuncho cerca de ella, bajo la mirada protectora de la Virgen, de los Santos y de las Santas... Quedaba el asunto de Madelén Detcharry...

Y bien, ¿se casaría con Ramuncho siendo contrabandista y pobre?

Con el instinto de madre ardientemente amante, adivinaba que la muchachuela era ya presa del amor y que éste no había de soltarla; lo había conocido en sus ojos negros, de quince años, graves y obstinados bajo el nimbo de oro de los cabellos... ¡Madalén casándose con Ramuncho, con los encantos del mozo enfrente de la voluntad maternal y contra ella...! Lo que había de rencoroso y vengativo en el alma de Francisca, saltaba de placer ante ese gran triunfo sobre el orgullo de Dolores...

Alrededor de la casa aislada y sola en que bajo el solemne silencio decidía Francisca del porvenir de su hijo, el espíritu de los antiguos vascos flotaba, sombrío y celoso también, lleno de desdenes hacia el extranjero, temiendo á la impiedad, al cambio, á la evolución de la raza; el espíritu de los antiguos vascos, el espíritu milenarío, inmutable, eterno, que mantiene aún á ese pueblo con la mirada puesta en pasadas edades; el misterioso espíritu secular, por el que los niños obran como hubiesen obrado sus padres, en el picacho de las mismas montañas, en las mismas aldeas, en torno de los mismos campanarios...

Se oyó ruido de pasos afuera, en las negruras de la noche; el andar leve y suave con alpargatas entre la capa

espesa de hojas de plátano esparcidas sobre la tierra... Después sonó un silbido como una señal, como una llamada...

¿Cómo, ya? ¿Es la una de la madrugada...?

Completamente decidida en sus planes, abrió la mujer la puerta al jefe contrabandista con una sonrisa acariciadora que él no le conoció nunca.

—Entre usted, Itchúa—dijo,—caliéntese... mientras voy á despertar á mi hijo.

Era Itchúa un hombre alto y ancho, flaco, de pecho alto y fuerte, enteramente afeitado como un sacerdote y según la costumbre de los vascos de la antigua cepa; bajo la boina, que no se quitaba jamás, veíase una cara incolora, inexpresiva, tallada como á golpe de hoz y recordando esos personajes imberbes, arcaicamente dibujados en los misales del siglo xvii. Por debajo de sus mejillas enjutas, el saliente de sus mandíbulas y el relieve de los músculos del cuello daban la noción de su fuerza poderosa. Tenía acentuado, hasta con exceso, el tipo vasco; los ojos muy profundos bajo la arcada frontal; sus cejas eran de extraordinaria largura, tanto que sus extremos, muy bajos, como los de las Madonas llorosas, casi se unían con los cabellos de las sienes. Entre treinta y cincuenta años era imposible señalarle fijamente la edad. Se llamaba José María Gorostegui, pero por costumbre, no era conocido en el país más que por el nombre de Itchúa (el ciego) que se le dió en otro tiempo por burla, á causa de su vista penetrante que se hundía en las tinieblas como la de los gatos. Era, por lo demás, católico ferviente, mayordomo de su parroquia y bajo de sonora y profunda voz. Gozaba de justa fama también por su resistencia en la fatiga, y era capaz de trepar por las pendientes pirenaicas durante varias horas, á paso de carrera y llevando un gran peso sobre la espalda.

Ramuncho bajó pronto, restregándose todavía los

párpados cargados por el sueño de la juventud, y al verle se iluminó con una sonrisa el rostro sombrío de Itchúa. Perenne rebuscador de los muchachos fuertes y enérgicos para alistarlos en su bando, y sabiendo retenerles en él á pesar del escaso salario que les daba por una especie de punto de honra particular, al apreciar en ellos la ligereza de sus piernas y lo robusto de sus hombros, al igual que sus caracteres, ponía gran cuidado en contentar á su recluta nuevo.

Francisca, antes de dejarles salir, apoyó una vez más y bastante tiempo, la cabeza contra el cuello de su hijo; después acompañó á los dos hombres hasta el umbral de su casa; con la puerta abierta hacia lo negro inmenso del exterior, rezó devotamente un Padrenuestro por ellos, mientras que se alejaban entre la profunda noche, bajo la lluvia, metiéndose en el caos de montañas, al ir hacia la frontera tenebrosa...

II

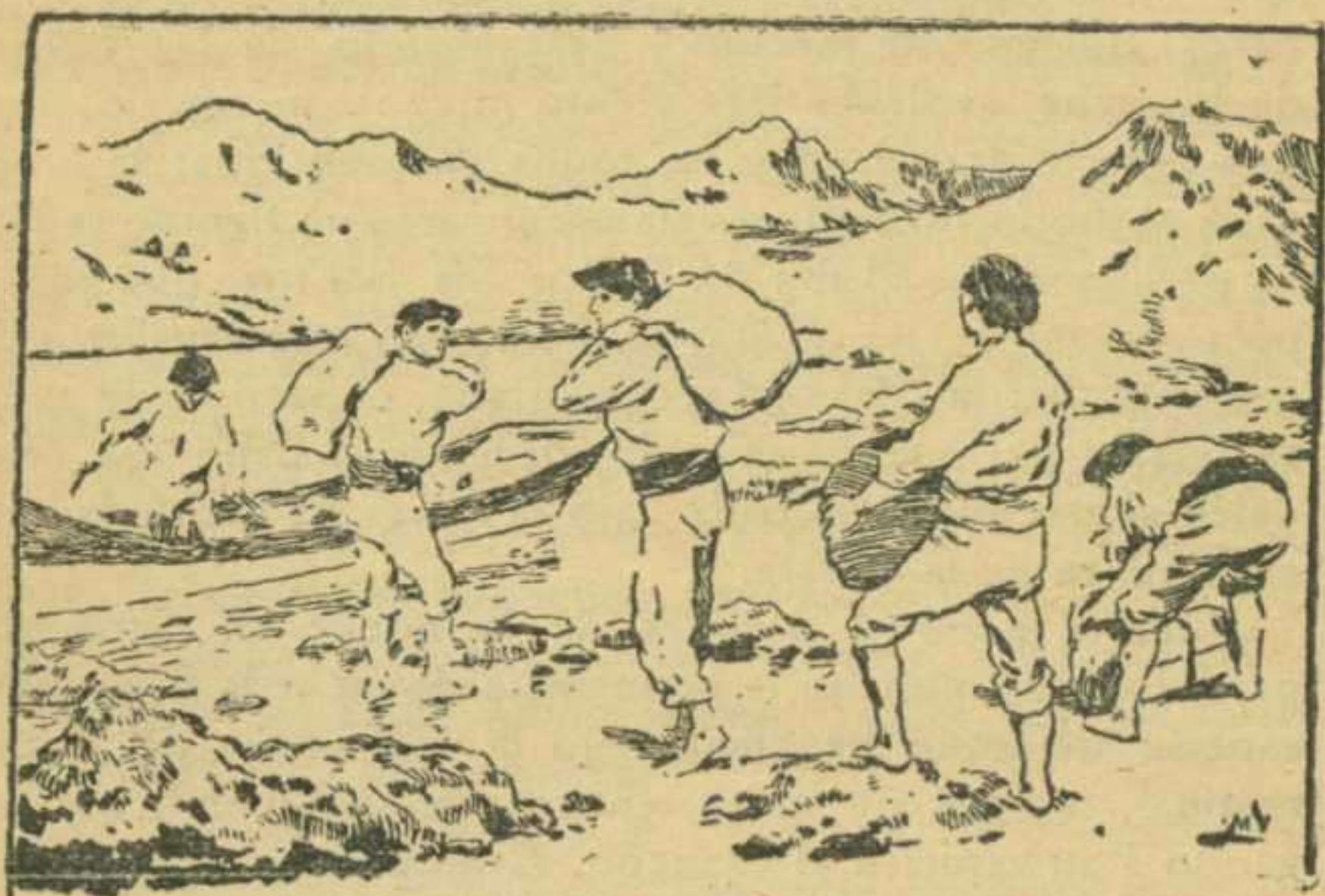
Algunas horas después apuntaba el alba incierta y melancólica, despertando de su sueño á pastores y pescadores.

Los contrabadistas, alegremente, volvían de realizar su empresa.

A pie, con infinitas precauciones para no meter ruido, por concavidades, por bosques, por peligrosos vados de río, como si nada tuvieran que ocultar luego, atravesaron el Bidasoa, muy temprano en una barca de Fuenterrabía alquilada delante de los mismos aduaneros españoles.

Todo el montón de nubes y sierras, el negro caos de la noche anterior, se había borrado casi súbitamente como al golpe de mágica vara. Los Pirineos, reducidos á sus proporciones reales, no eran más que montes de mediana altura, bañados aún en sus repliegues por la noctur-

na sombra; pero arriba, en las crestas, claros, limpios, destacandose recortados sobre el fondo del cielo, que empezaba á iluminarse. El aire tibio, suave, se respiraba



con exquisiteces de placer; parecía que, de repente, había cambiado la estación ó el clima, y es que asomaba, soplando leve, el viento Sur, el delicioso viento Sur del país vasco que barre el frío, las nubes y las brumas, que matiza intensamente cuanto nos rodea, azula el cielo, prolonga los horizontes hasta lo infinito, y da, aun en pleno invierno, la deliciosa ilusión del verano.

El barquero que llevaba á Francia á los contrabandistas apoyábase en el fondo del río con su larga pértiga y la lancha se arrastraba medio varada. En este momento, el Bidasoa, que separa á dos pueblos, parecía agotado, y su lecho vacío, muy ancho, tenía la extensión plana y monótona de un desierto diminuto.

El día iba á surgir tranquilo y un poco rosado. Era el día 1.º de Noviembre en la orilla española, allá aba-

jo, muy lejos, en un convento de frailes, la campana del alba esparcía sus notas claras anunciando la solemnidad religiosa del otoño. Y Ramuncho, sentado en la barca, dulcemente mecido y descansando de las fatigas de la noche, aspiraba este viento nuevo con delicia, con una especie de bienestar de todos sus sentidos; le retozaba el júbilo infantil, y veía asegurarse un tiempo radioso para celebrar el día de Todos los Santos, que iba á proporcionarle las fiestas que le eran más usuales y de que gustaba: la Misa Mayor cantada, el partido de pelota delante del pueblo reunido; después el baile con Madalén al atardecer, el baile bajo la lluvia de luz de la luna en la plaza de la iglesia.

Poco á poco y después de la noche en claro, iba perdiendo Ramuncho la conciencia de su vida física; una especie de sopor benéfico, bajo la influencia del soplo matinal, tan puro y suave, entorpecía sus miembros, llevando á su espíritu al ensueño. Eranle familiares al muchacho estas impresiones que tantas veces había sentido, ya que los viajes en lucha, adormeciéndose al asomar de la alborada, eran la consecuencia habitual de las aventuras del contrabando.

Sabíase los de memoria, conocía perfectamente los detalles todos que en el Bidasoa veía, su aspecto vario, que cambia según la hora, según la marea regular y monótona... Dos veces al día las aguas del Océano llenaban el cauce, ancho, obscuro; en tal instante diríase que entre Francia y España mediaba interpuesto un lago, un diminuto y encantador mar surcado por minúsculas olas azules, y las barcas flotan en él, las barcas vuelan presurosas, los lancheros cantan los aires viejos de la tierra, acompañados cadenciosamente por el roce á tiempo de los remos y por su chocar al hundirse en las ondas. Pero cuando se retiran las aguas, como en el momento de cruzarlas Ramuncho y los suyos, no queda entre los

dos países más que una especie de región baja, incierta y de color cambiante que recorren los hombres con las piernas desnudas, el pantalón hasta la rodilla, ó por donde se arrastran las lanchas perezosamente.

Estaban ahora en medio de ese sitio los contrabandistas. Ramuncho y sus compañeros dormitaban bajo la luz apenas naciente. Comenzaban á indicarse los colores de las cosas, á surgir de entre los tonos grisáceos de la noche que lucía. Los hombres de la barca se deslizaban, avanzaban á impulsos de ligero apoyarse en la percha, unas veces entre manchas de terciopelo amarillo, arena dorada, otras á través de detritus ocres, estriados regularmente y peligrosos, que eran el légamo del fondo. Millares de aguazales pequeños, dejados por la última marea al retirarse, reflejaban el día naciente, brillando como escamas de nácar en aquella extensión que recogía todas las impresiones del amanecer

En el desierto amarillo y pardusco, el barquero seguía la corriente de una estrecha cinta de plata formada en el Bidasoa en la bajamar. De vez en cuando se cruzaba en el camino de los del batel algún pescador que pasaba muy cerca de ellos, silencioso, sin cantar, como se va al remar, ocupándose en apoyarse con la percha en el fondo, de pie en la lancha, maniobrando con vigorosas posturas de plástico relieve.

Adormilados se aproximaban los contrabandistas á la orilla española. Allá abajo, al otro lado de la zona por donde viajaban como en trineo, veíase la silueta de una antigua ciudad que lentamente desaparecía ante sus ojos: era Fuenterrabía; las altas cumbres que apuntaban al cielo con aspecto tan áspero y agrio, eran los Pirineos españoles. Allí estaba España, la montuosa España, eternamente erguida en la lontananza, en frente, siendo sin cesar la preocupación del espíritu de aquellos hombres, país al que era preciso llegar en medio del silencio, en la

negra noche, en las noches sin luna, bajo las lluvias invernales; país que es el perpetuo objetivo de las correrías peligrosas; país que para los habitantes del pueblo de Ramuncho, parece cerrar siempre el horizonte del Sudoeste, cambiando de apariencia, según el celaje y las horas; país que se ilumina el primero con el pálido sol de las mañanas y que cubre después, como obscura pantalla, el sol rojo de las tardes...

Adoraba su tierra eúskara Ramuncho y aquella mañana era una de las veces en que ese amor resurgía más profundamente en sí. En el transcurso de su existencia, en el destierro, debía causarle indefinibles y muy angustiosas nostalgias el recuerdo cariñoso de estos retornos al hogar, á la hora del alba, después de una noche de contrabando.

Pero su amor hereditario no era tan sencillo como el de sus compañeros de correrías. Como á todos sus sentires, á sus sensaciones todas, él juntaba elementos muy diversos. Primero la adherencia instintiva y no analizada de sus antecesores maternos al terruño natal; después algo más refinado que provenía de su padre, un reflejo inconsciente de la admiración de artista que retuvo aquí al extranjero durante algún tiempo y que le había sugerido el capricho de enamorarse de una hija de estas montañas para obtener una descendencia vasca...

III

A las once, las campanas de Francia y de España tocaban con gran repiqueteo, mezclando, por encima de la frontera, sus vibraciones para llamar á las religiosas fiestas.

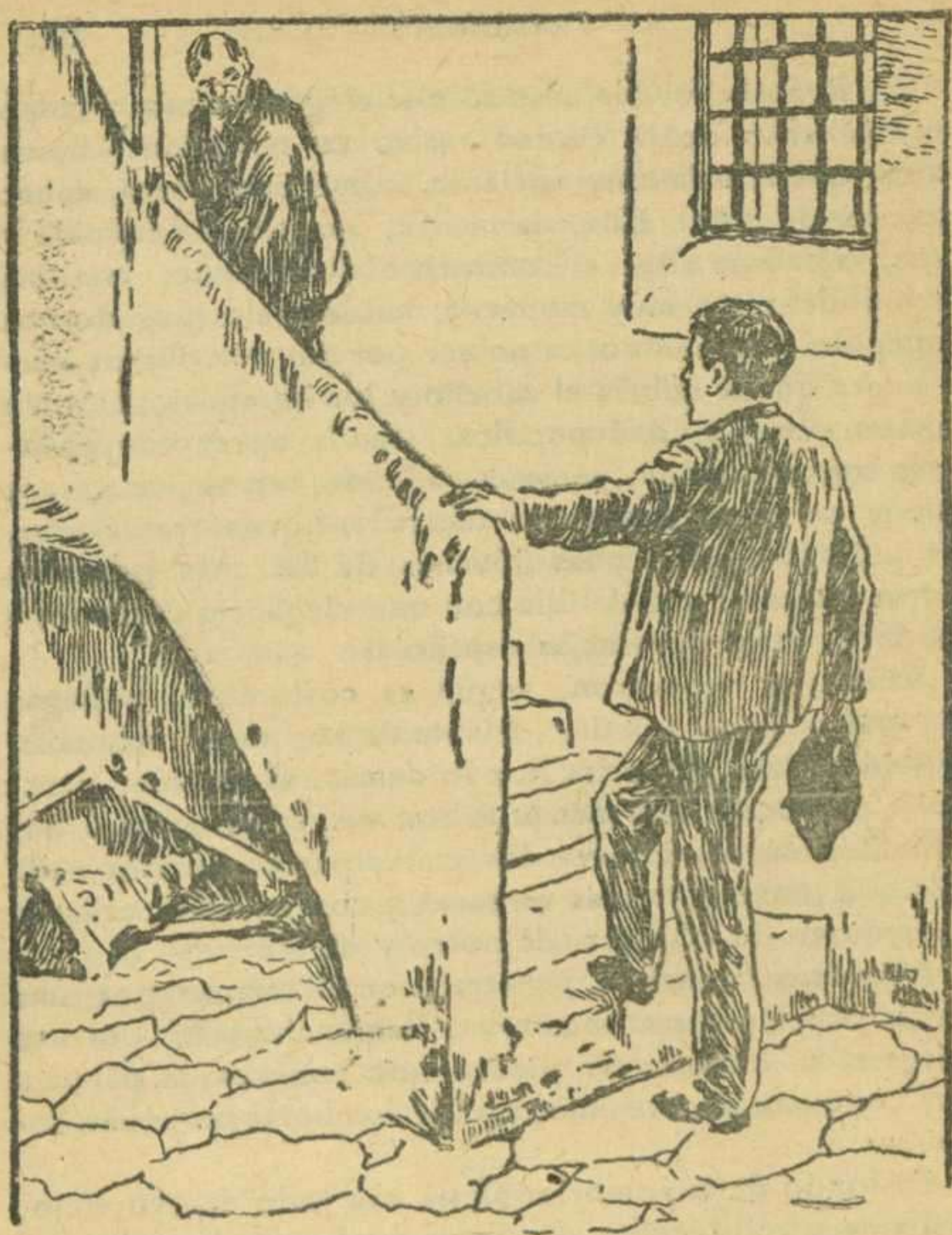
Habiéndose bañado y después de descansar, se vistió Ramuncho para ir con su madre á la misa mayor de Todos los Santos. Por el camino, cubierto de hojas rojizas, ya secas, se dirigían los dos á su parroquia, bajo un sol cálido que parecía de verano.

El, Ramuncho, iba vestido casi elegantemente y como un muchacho de la ciudad, salvo la tradicional boína vasca, que le caía muy adelante, como con visera, sobre sus ojos de niño. Ella, la madre, manteníase erguida y tiesa, la cabeza alta, el continente distinguido, con una forma de traje muy moderna; hubiérasele juzgado una mujer del alto mundo, á no ser por su mantilla-de vuelta negra que le cubría el cabello y los hombros; en otro tiempo, en la ciudad populosa, había aprendido á vestirse con distinción, aunque, además, en el país vasco, donde se conservan puras tantas antiguas tradiciones, las mujeres casadas y las jóvenes de las más pequeñas aldeas visten al uso del día con una elegancia desconocida de las otras provincias españolas.

Ambos se separaron, según es costumbre, al llegar al pórtico de la iglesia, delante de la que se ufanaban erguidos altos cipreses. Por lo demás, al exterior parecía la parroquia una mezquita con sus centenarios é imponentes muros, atravesados en su parte superior nada más que por minúsculas ventanas y con su color caliente y pardusco de vetustez, de polvo y de sol.

Mientras Francisca penetraba en el templo por una de las puertas que él mostraba, Ramuncho subía por una desgastada escalera de piedra que rodeaba la pared y que conducía al coro alto, donde los hombres solían colocarse.

El fondo de la sombría iglesia era todo de oro viejo, brillante y refulgente, con gran profusión de columnas retorciéndose, de complicados entablamientos, de imágenes con pronunciadísimos contorneos, de colgaduras, inspirándose la recargada ornamentación en el gusto del Renacimiento español. Esta magnificencia del retablo contrastaba con la sencillez de las paredes laterales, únicamente blanqueadas con cal. Pero un aire de extrema vetustez armonizaba de tal modo ambas cosas, lo rico y



lo pobre, que se las creía habituadas, después de varios siglos, á durar y conservarse las unas frente á las otras.

Era temprano y aun no venía mucha gente á la Misa Mayor. De codos sobre la balaustrada del coro, Ramuncho veía á las mujeres abajo entrar en la Iglesia, semejantes á negros fantasmas, con la cabeza y el traje casi ocultos por el desplegarse de la larga vuela que llevaban

al templo. Silenciosas y recogidas deslizábanse sobre el fúnebre pavimento de losas mortuorias, donde se veían aun á pesar de las injurias del tiempo, inscripciones en vascuence, con nombres de familias extinguidas y fechas de siglos pasados.

Madalén, cuya entrada preocupaba á Ramuncho, no venía; retrasábase bastante. Por distraer un momento su espíritu, miró el muchacho el lento avanzar, fúnebre y negro, de un *cortejo de entierro*, es decir, los parientes y vecinos próximos de uno que murió en la semana última; los hombres iban envueltos en la pesada capa de paño que se estila en los funerales; las mujeres casi desaparecían bajo el manto amplísimo y el tradicional capuchón de duelo reciente.

En lo alto, en los dos espaciosos coros superpuestos y que se apoyaban en toda la longitud de los lados de la nave, los hombres, uno á uno, graves, serios, iban, con el sombrero ó la boína en la mano, á ocupar sus asientos: eran labradores, colonos, boyeros, contrabandistas... todos con gran recogimiento, prontos á arrodillarse cuando sonara la campanilla sagrada.

Cada uno de ellos, antes de sentarse, colgaba detrás, en un clavo de la pared, la prenda con que se cubría la cabeza; así es que, paulatinamente, sobre el fondo blanco de la cal se iban destacando líneas oscuras de innumerables boínas vascas.

Por fin entraron por allá abajo las niñas del colegio, en orden, de dos en dos, escoltadas por las hermanas de Santa María del Rosario. Entre esas monjas cubiertas con velos negros reconoció Ramuncho á Madalén. Ella también tenía la cabeza envuelta en blondas negras; sus cabellos rubios, que aquella noche se alborotarían con el movimiento y el airecillo del baile, manteníanse ahora ocultos bajo la austera mantilla propia del lugar santo. Madalén, desde hacía dos años, no era colegiala, pero

continuaba siendo la amiga íntima de las buenas hermanas, sus maestras, á las que acompañaba en los cánticos religiosos, en las novenas, ó para poner blancas flores á los pies de la imagen de la imagen de la santa Virgen...

Salieron los sacerdotes revestidos sus ornamentos más suntuosos y mostráronse delante de los oros magníficos y brillantes del altar; subieron una pequeña escalinata y comenzó la misa, celebrada en este pobre pueblo, perdido en la montaña, con igual pompa que en una gran ciudad. Había coros de muchachuelos que cantaban á plena voz, de infantil timbre, con alegría espontánea y franca. Se oyó también el coro dulcísimo de niñas, á quienes una monja acompañaba con armonio y á las que dirigía la voz fresca y clara de Madalén. Y de vez en cuando partía del sitio donde los hombres estaban un clamor sordo, como el ruido tonante de una tormenta; un responso imponente, formidable, animaba las bóvedas centenarias, las centenarias crujiás donde durante siglos vibraron los mismos cantos...

Hacer las mismas cosas que desde edades sin número han hecho los antiguos y decir ciegamente las mismas palabras de fe, es una suprema sabiduría, una fuerza suprema. Para todos aquellos creyentes que cantaban devotos, desprendíase del ceremonial inmutable de la misa una especie de paz, una confusa pero dulce resignación ante los aniquilamientos cercanos. Vivos al presente, en el instante perdían un poco de su efímera personalidad para unirse más estrechamente á los muertos dormidos bajo las losas de la iglesia y hacer el papel de ellos los vivos de hoy para formar, con los que fueron y los descendientes aún por venir, un conjunto vigoroso y resistente, de duración casi indefinida que se llama una raza.

IV

¡Ite missa est! Se acabó la Misa Mayor y la antigua iglesia quedóse vacía. Fuera, ya en el pórtico, los asistentes á la religiosa ceremonia se diseminaron y esparcieron. Y al franquear la nave obscura, donde entrevieran, según la sencillez de su fe, el gran misterio de la inevitable muerte, acogíales un mediodía soleado y luminoso.

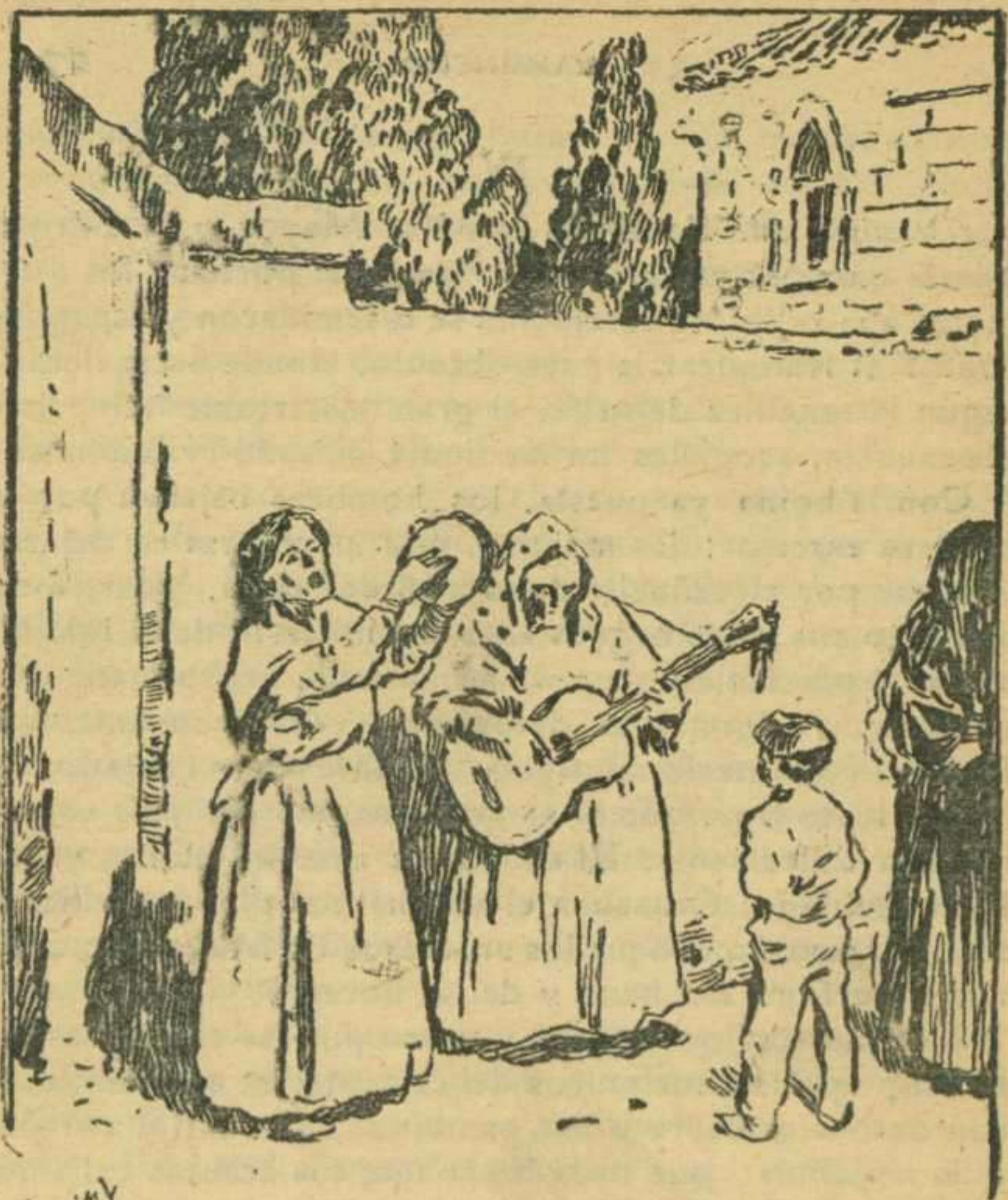
Con la boína ya puesta, los hombres bajaban por la escalera exterior; las mujeres, más perezosas en dejarse alucinar por el señuelo de lo azul del cielo, guardando aún bajo sus velos negros algo del misterio de la iglesia, salían al pórtico en grupos, manchas de negro matiz que se movían; algunas se detuvieron y lloraron ante una fosa del cementerio contiguo, recientemente cerrado.

El viento Sur, que es el gran mágico del país vasco, soplaba dulcemente. El otoño de ayer ha huído, ya se le ha olvidado. Cruzaban el aire hálitos tibios, vivificantes, más sanos que aquellos aromosos de Mayo que saturan el perfume del heno y de las flores.

Dos mujeres que cantan y piden por las carreteras estaban pegadas á los muros del cementerio, entonando, al son de una guitarra y una pandereta, una antigua seguidilla española que traía hasta aquí los acentos calientes y morunos de más allá de la vecina fro

En medio de esta embriaguez de Noviembre meridional, más deliciosa en esta región que la embriaguez que con la primavera viene, Ramuncho bajó de los primeros á acechar la salida de las monjas para acercarse á Madalén.

También esperó la salida de misa el vendedor de alpargatas, que cerca de las rosas de las tumbas instaló su mercancía de tela adornada de flores de lana. Los hombres, atraídos por las vistosas bordaduras, se acercaron á él rodeándole para probarse el calzado y para escoger entre el que se les ofrece de varios colores.



Las abejas y las moscas zumbaban como en Junio; la región aparece, por algunas horas, por algunos días, mientras sopla aquel viento luminoso y cálido. Las montañas, que habían tomado tintes violentos de ocre y verde obscuro, parecían ahora avanzar hasta inclinarse desplomadas sobre la iglesia; las casas de la aldea destacan muy distintas, muy blancas bajo su capa de cal; las antiguas moradas pirenaicas, tan altas, con sus balcones de madera, sus paredes y sus entrecruzamientos de vigas á la usanza de otros tiempos. Hacia el Sudoeste, la parte

Visible de España, la cima empinada y roja, familiar á los contrabandistas, semeja estar muy próxima, irguiéndose y marcándose saliente en el azul claro del cielo nítido y puro.

Madalén no salía aún, retrasada, sin duda, con las monjas en el cuidado de algo referente al altar. En cuanto á Francisca, que nunca tomaba parte en la fiesta de los domingos, se alejó para emprender de nuevo el camino de casa, silenciosa y tiesa, después de decir adiós con una sonrisa á su hijo, á quien no volvería á ver hasta la noche, después de terminado el baile.

Un grupo de jóvenes, entre los que se veía al Vicario, que á penas ha concluído de quitarse sus ricos ornamentos, se ha formado á la entrada de la iglesia á pleno sol y parece planear graves proyectos. Están en el corro los más vigorosos jugadores de la comarca, la flor de los más ágiles y fuertes. Conciertan un partido de pelota para la tarde y llaman á Ramuncho, que, pensativo, viene á confundirse entre ellos. Algunos ancianos se aproximan también, y les rodean con las boínas muy metidas, ciñendo la blanca cabeza y las caras de monje, afeitadas; son los campeones de otros tiempos, aún orgullosos de sus éxitos de antaño, y están seguros de que se respetará su opinión al tratarse de este juego tan popular y al cual los eúskaros se entregan con ardoroso entusiasmo, convirtiendo en campo de honor el sitio de la pelea. Después de una cortés discusión, quedó concertado el partido: sería á *blé* con guante de mimbre; se escogió como jugadores, divididos en dos bandos, al Vicario, Ramuncho y Arrakoa, hermano de Madalén, contra tres famosos campeones de los pueblos vecinos: Joaquín, de Mendiazpi; Florentino, de Ezpeleta, é Irubeta, de Hasparra...

De pronto salió de la iglesia el cortejo fúnebre y pasó cerca del grupo; pasó negro y triste en medio de esta fiesta de luz, arcaico, con sus amplias capas, sus copillo

y sus veios. Todas aquellas gentes, al desfiar así, traen el recuerdo de la Edad Media, de la que el país vasco conserva una sombra. Y sobre todo, hablan de la muerte como hablan de ella las pesadas losas sepulcrales que llenan el suelo de la nave, y los cipreses y las tumbas y todo lo que se ve en ese sitio donde van á orar los hombres; la muerte, ¡siempre la muerte...! Pero una muerte muy dulcemente vecina de la vida, bajo la égida de los antiguos y consoladores ritos... Porque la vida es aquí, en esta región, la soberana de todo, y se muestra lo mismo en los ardientes rayos de sol que doran el cementerio, que en los ojos de los niños que juegan entre las rosas del otoño; igual en el sonreír de las muchachas que, cuando acaba la misa, vuelven á su casa graciosas é indolentes, que en los músculos de esos jóvenes atléticos y vigorosos que van á todas horas á ejercitar sus piernas y sus brazos de hierro jugando á la pelota... Y de esa junta de viejos y de mozos en el pórtico de una iglesia, de esa mezcla tan felizmente armoniosa de la muerte y de la vida brota la sabia lección bienhechora, la enseñanza prudente que lleva á gozar, en el tiempo oportuno, de la fuerza y del amor; y así, sin obstinarse en perdurar y en vivir siempre, se someten á la ley universal de pasar y de morir, repitiendo con fe, con la esperanza de mejores venturas—obrando como hombres sabios y sencillos,—las mismas oraciones, con las cuales se mecieron en la eternal felicidad las agonías de sus abuelos...

El sol de mediodía radiaba inverosímilmente en el lugar donde los muertos duermen. El aire era exquisito, embriagaba respirarlo. El horizonte pirenaico no tiene una nube, ni siquiera un trozo de gasa gris; parece que el viento Sur ha traído á la tierra eúskara la limpidez diáfana del cielo de Andalucía ó de Africa.

Junto á las tapias del Camposanto seguían cantando

seguidillas, que se acompañaban con pandereta y guitarra, las mendigas españolas, y sus coplas, en alas de ese viento tibio, parecían verter sobre los muertos la sutil ironía retozante de aquéllas. Los muchachos y las jóvenes pensaban en el baile del anochecer, sintiendo agitarse, en unos y otras, el deseo y el entusiasmo de danzar y divertirse.

Al fin salieron las monjas, tan esperadas por Ramuncho; con ellas iban Madalén y su madre, Dolores, que guarda aún luto de viuda y que medio esconde su rostro tras un tupido y negro velo de crespón.

¿Qué podía maquinarse Dolores con la Buena Madre? Como Ramuncho sabe que las dos mujeres son sus enemigas, se inquieta viéndolas juntas. Se detuvieron para hablar separadas de las niñas y piensa el mozo en tanto que lo que se dice es, sin duda, importante y secreto; sus mantos negros, tan parecidos, flotantes como capotas de coche, se acercan hasta tocarse, y hablaron las dos mujeres debajo de la cubierta que aquéllos forman; dijérase que cuchicheaban dos fantasmas al abrigo de una minúscula y negra bóveda... Ramuncho tuvo el presentimiento de que algo hostil y malo para él se empezaba a tramitar entre esos dos mantos de duelo.

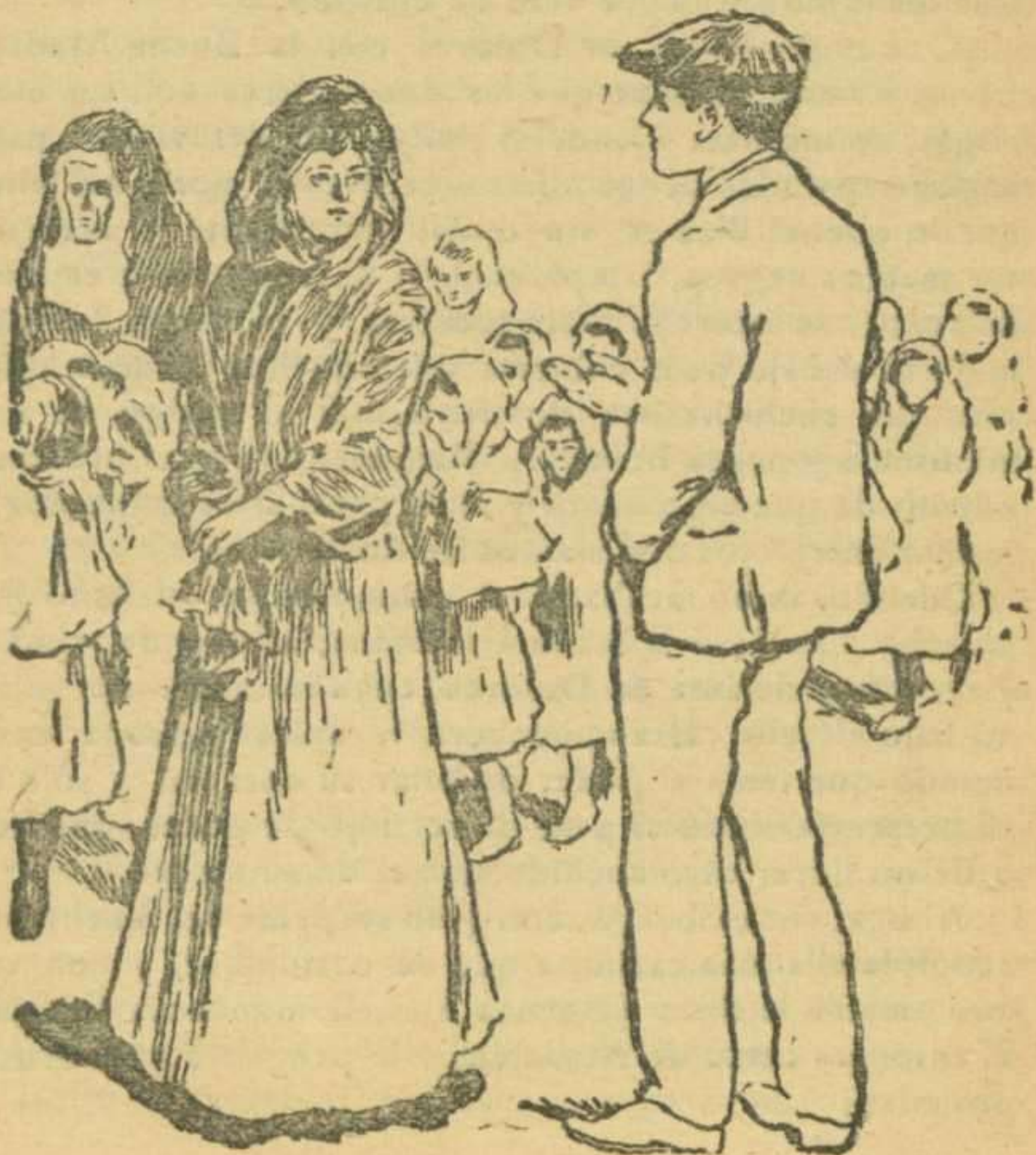
Cuando hubo acabado el coloquio, se adelantó Ramuncho y se llevó la mano á la boína, saludando, tímido y receloso, delante de Dolores, cuya mirada dura adivinó bajo el velo. Esa mujer era la única persona en el mundo que tenía el poder de helar su energía, y sólo en su presencia sintió el peso de ser hijo de padre ignorado y de no llevar otro apellido que el de su madre.

Ahora, sin embargo, con gran sorpresa del muchacho acogióle ella más cariñosa que de costumbre, y con voz casi amable le dijo: «Buenos días, Ramuncho.» Se puso él entonces cerca de Madalén, y le preguntó con brusca ansiedad:

—¿Estaras esta noche, á las ocho, en la plaza para que bailemos?

Hacía algún tiempo que todos los domingos abrigaba el temor de verse privado de bailar por la noche con la chica. Durante la semana no la veía casi nunca. Ya que se iba haciendo hombre era llegada la ocasión de aprovecharse todo lo largamente que pudiera del baile en la plaza, sobre la hierba, al claror de las estrellas ó de la luna.

Habían empezado á amarse hacía cinco años, cuando



Ramuncho y Madalén eran unos niños. Y aquellos amores, que el despertar de los sentidos confirmó en vez de destruirlos, vinieron á ser para los jóvenes algo soberano y exclusivo.

Jamás pensaron en decirse estas cosas: ¡las sabían tan bien!; nunca hablaron los muchachos entre ellos del porvenir, que no les parecía posible que fuese de ventura para el uno sin el otro. Y el aislamiento de la aldea en la montaña en que vivían, y acaso la hostilidad de Dolores á sus ingenuos sentires, á sus proyectos, no expresados aún, acercaban más y más á Ramuncho y su novia.

—Esta noche á las ocho ¿te encontraré en la plaza, para que bailemos?

—Sí...—respondió la joven, rubia como las mieses, levantando hacia su amigo sus ojos tristes, un poco azorados, pero delatadores de una ardiente ternura.

—¿Pero... seguramente?—preguntó de nuevo Ramuncho, inquieto de la expresión medrosa de esa mirada.

—¡Sí, seguramente!

Entonces se tranquilizó y contó una vez más con el placer que le esperaba, sabiendo que el prometer Madalén una cosa, equivalía á tenerla. Con esa seguridad, el tiempo le pareció más hermoso, más regocijado el domingo, la vida más encantadora...

La hora de la comida llamó á los vascos á sus casas ó á las tarbernas, y bajo el brillo un poco pálido del sol del mediodía el pueblo quedó desierto en pocos minutos.

Ramuncho fué á la sidrería, donde acostumbraban ir los contrabandistas y los jugadores de pelota; en ella, se arrimó á una mesa, con la boína siempre echada sobre la frente, y volvió á encontrar á Arrakoa, á Florentino, á dos ó tres de la montaña y al sombrío Itchúa, el jefe de todos.

Tenían preparada una comida de día de fiesta: pescados del Nivelles, jamón y conejos. En el primer término

de la sala, espaciosa y deteriorada, con pocas ventanas, estaban las mesas y los bancos de encina para los concurrentes al establecimiento; en el fondo, las enormes cubas llenas de sidra nueva.

En la cuadrilla de Ramuncho, que está allí atento á la mirada penetrante de su jefe, reina una emulación de audacia, y un tan completo y recíproco sacrificio de hermanos, que se quieren todos y que por la noche, más que nunca, comparten por igual la vida y la muerte hasta disputárselas abnegados.

Perezosamente echados de codos sobre la mesa, entorpecidos en el bienestar de sentarse después de las fatigas de la noche, y ante la idea, en tanto que aguardan la comida, de saciar el excelente apetito que tienen, están silenciosos al principio, levantando apenas la cabeza para mirar por los cristales á las chicas que pasan. Dos son muy jóvenes, casi niños, como Ramuncho: Arrakoa y Florentino. Los otros, como Itchúa, tienen los rostros curtidos, y ojos empotrados bajo la arcada frontal, que no indican ninguna edad; su aspecto, no obstante, revela un pasado de luchas ante la obstinación terca de dedicarse al oficio de contrabandista, que á los que son poco hábiles apenas si les proporciona un pedazo de pan.

Despertados poco á poco de su mutismo ante los manjares humeantes y la dulce sidra, hablaron luego, entrecruzando ligeras las palabras, rápidas y sonoras, con el dominar ruidoso de la *r*. Hablan y se alegran en su misteriosa lengua, de origen tan ignorado, que á los hombres de otras naciones de Europa paréceles más remota que la mongola ó el sánscrito.

Recuerdan en su conversación historias nocturnas, pasadas en la frontera, si ha de hacérseles caso, hazañas recién inventadas y asombrosas proezas con los carabineros españoles. Itchúa, el jefe, escuchaba, casi no habló; su voz profunda, de chantre de iglesia, no se oía más

que de vez en cuando. Arrakoa, el más elegante de todos, desentonaba un poco de sus camaradas de correrías (se llamaba Juan Detcharry, pero no era conocido más que por ese apodo heredado por los hijos primogénitos de los padres, desde los abuelos más lejanos). Oficiaba de contrabandista por afición, algo por fantasía, puesto que, poseyendo buenas tierras por el sol fecundadas, no tenía necesidad alguna de dedicarse á tales trajines.

Era de cara fresca y agradable; el bigote retorcido, su mirar tenía algo del gato acariciador y engañoso; gustaba de cuanto vence y se impone, de lo que deleita, de lo que brilla; quierale á Ramuncho por sus triunfos en el juego de pelota, y le hubiera dado la mano de Madalén, á no ser por la oposición de su madre Dolores. Florentino, el otro amigo íntimo de Ramuncho, era, por lo contrario, el más humilde de la partida; mozo atlético y muy rubio, casi rojo, de frente espaciosa y baja, de hermosos ojos, dulces, resignados, cual los de la raza bovina, sin padre ni madre, no teniendo en el mundo más que un traje raído y tres camisas de algodón rosado; únicamente cifraba su ventura en querer á una huerfanita de quince años, pobre como él, y como él sencilla y modesta.

De repente habló Itchúa; se digna de que le escuchen. Y contó, en tono de confianza y de misterio, una historia que pasó en los tiempos de su juventud, en una noche obscura, en territorio español, en las gargantas de Andarlaza. Apresado por dos carabineros, pensó en escaparse, y á hurtadillas, sin que pudieran notarlo, sacó su puñal para hundirlo en el azar, en uno de aquellos pechos, en cualquiera; todo ello duró medio segundo, lo que tardó en entrar bruscamente la hoja del acero en la carne que se resiste á recibirla; después ¡zás! el cuchillo en la herida, un chorro de sangre caliente quemándole en la mano, un

hombre en tierra y él, él huyendo hacia las rocas escarpadas y negras.

¡Y la voz que relató la escena con aterradora tranquilidad era la misma que desde hace muchos años cantaba fervorosamente todos los domingos *la liturgia* en la vieja Iglesia, y que cantaba tan sonora y solemne que parecía guardar en sus acentos un carácter religioso y casi sagrado...!

—¡Por la Virgen! ¿Qué se va á hacer al verse cogido? —añadió el narrador escrutando con la mirada las de sus compañeros, emocionados, con los ojos brillantes y fijos, —¿qué se va á hacer cuando á uno le cogen...? ¿Vale algo en este caso la vida de un hombre? ¿Dudaríais vosotros en obrar del mismo modo si os vieseis presos...?

—Seguramente que no—respondió Arrakoa, queriendo dar á su voz infantil color de fiereza,—seguramente que no. ¡En esas circunstancias, dudar ante la vida de un carabinero...!

Florentino, con su carácter bonachón desaprobó esa conducta hasta con la expresión de los ojos: él sí dudaría; no mataría, veíase que lo decía con toda sinceridad, ¡hasta la manera de insistir en ello lo confirmaba plenamente!

Y dirigiéndose á Ramuncho, queriendo profundizar en él, dícele Itchúa:—¿Dudarías tú; verdad que no, que obrarías como yo?

—¡Ah! sí, de seguro—respondió Ramuncho con sumisión de subordinado;—sí, de seguro...

Pero su mirada, como la de Florentino, se separó de la tenaz y dura del jefe. Este hombre le causaba una especie de terror; le amedrentaba la imperiosa y fría influencia á la que tan por completo vivían sometidos; el lado dulce y delicado de su naturaleza despertábase inquieto y rebelándose.

A esa historia triste siguió el silencio cayendo sobre

el corro. Itchúa, disgustado del efecto que produjo su narración, propuso que se cantase: así se cambiarán las ideas lúgubres por otras más alegres.

La satisfacción material que trae el fin de una buena comida, la sidra trasegada al estómago, los cigarros que humean y las canciones sonando, volvieron pronto á aquellas cabezas infantiles la jubilosa confianza de los amigos. Además, estaban entre ellos los hermanos Iragola, Marcos y Joaquín, jóvenes de la montaña que cae sobre Mendiazpi y que son versolaris de gran fama entre los pueblos del contorno; no estará mal oírles improvisar, no importa sobre qué asunto, lindas composiciones que cantarán al mismo tiempo.

—Vamos á ver—dijo Itchúa,—supongamos que tú Marcos, eres un marino que quiere pasar la vida en el Océano y busca en América la fortuna; tú, Joaquín, harás de labrador que prefiere no abandonar su aldea y la tierra de sus amores. Y alternando, primero uno, luego otro, discutiréis en estrofas de igual número de versos los placeres de vuestro oficio, cantándolas con la música del *Iru damacho*. Vamos, empezad.

Y los dos hermanos se miran, apenas vueltos el uno hacia el otro en el banco de encina en que se sientan; estuvieron pensando un instante, durante el cual, una imperceptible agitación de párpados, únicamente, reveló el trabajo que hacían los cerebros; después, de repente, Marcos, el mayor de los mozos, comienza su improvisación, le siguió el otro y ya no se detuvieron. Con sus caras afeitadas, sus hermosos perfiles, dos barbas que salen pronunciándose imperiosamente por encima de los músculos poderosos del cuello, recuerdan, en su grave inmovilidad, á las figuras que se ven en las medallas romanas. Cantan con esfuerzo de garganta, como el muezin en la mezquita, con tonalidades agudas. Cuando uno concluye su tirada de versos, el otro, sin interrupción y

sin vacilar le responde; cada vez se animan más sus almas, se enardecen, creeríaseles dos inspirados. Alrededor de la mesa de los contrabandistas vense ya muchas



boínas. Son las de otros tantos caseros que escuchan con admiración las cosas dulces ó filosóficas que los dos hermanos dicen, espontáneamente y sin abandonar las trabas de la cadencia y de la rima.

Cuando llegan á la estrofa vigésima, les interrumpe Itchúa para que descansen, y manda sacar más sidra.

—¿Pero cómo habéis aprendido eso—pregunta Ramuncho á los Iragola,—de dónde lo sacáis?

—¡Puach!—le contestó Marcos,—ya sabes que es cosa de familia. Nuestro padre y nuestro abuelo fueron improvisadores á quienes se oía con gusto en las fiestas del país vasco, y nuestra madre era hija de un famoso versolari de Lesaca.

Y todas las noches, al traer á casa los bueyes ú ordenar las vacas nos ejercitamos en la improvisación, y lo mismo hacemos al amor de la lumbre en las noches de la invernada. Así, todos los días, y con gran placer, componemos versos sobre un tema que uno de los dos imagina...

Cuando le tocó cantar á Florentino, éste, que no sabía más que los aires viejos de la montaña, entonó, en falsete, la canción de las quejas de la hilandera de lino; y Ramuncho, que la había cantado la víspera envuelto en el crepúsculo otoñal, volvió á ver el cielo entenebrecido, las nubes lluviosas, el carro de bueyes bajando muy abajo al valle melancólico y ahogado, yendo hacia una casería solitaria... y súbitamente se sintió presa de una angustia inexplicable, la misma que de él se había apoderado antes; la inquietud de vivir siempre y de pasar así la existencia en aquellas montañas; la noción y el confuso deseo del *más allá*; la incertidumbre de las lejanías ignoradas... Sus ojos, atónitos y fijos, quieren mirar hacia adentro, muy á lo hondo, y durante algunos dolorosos minutos, se cree desterrado sin comprender de qué patria, desheredado sin saber de qué, triste hasta el fondo del alma; entre él y los hombres que le rodean se han levantado de repente irreductibles diferencias hereditarias...

Son las tres. A esa hora concluyen las vísperas cantadas, último culto religioso del día, y salen de la iglesia, con solemne recogimiento, como el de la mañana, las negras mantillas que ocultan lindos eabellos y flexibles talles de muchachas, y las boínas de lana, sombreando rostros rasurados y ojos vivos ó profundos, aún sumergidos en el sueño de las tradicionales centurias.

Es la hora en que van á comenzar los juegos, las danzas, el partido de pelota y el baile. Todo ello es lo que la costumbre de siempre trae: lo inmutable.

La luz del día no es tan refulgente: brilla más suave.

se siente pasar la tarde. La iglesia, ahora vacía, olvidada, donde flota el olor á incienso, se sume en el silencio, y el oro viejo del fondo luce misteriosamente en medio de las sombras crecientes. Esa paz, esa quietud, se esparce también alrededor en el callado recinto de los muertos, por el que el vecindario va pasando sin detenerse, con la prisa de ir á otras partes.

De todos sitios, de la aldea, de los caseríos próximos, de las chozas de los pastores ó de los contrabandistas colgadas en lo alto de la áspera montaña, llega gente y más gente al frontón. Se han reunido ya centenares de boinas vascas, todas semejantes, que ondulan aquí y allá, los caseros se aperciben á juzgar los lances de la pelea, como conocedores que son de ella, á aplaudir ó á censurar; discuten los incidentes de la lucha, comentan el vigor de los jugadores, atraviesan entre sí, apostándolo gruesas cantidades de dinero.

También asisten las mujeres al partido, pareciéndose muy poco á las de otras provincias de Francia; muéstranse elegantes, distinguidas, graciosas y ligeras en sus vestidos á la moda; algunas llevan, sin embargo, aún un pañuelo de seda en el moño, enredándolo y recogéndolo; otras, con la cabeza descubierta, tienen el pelo dispuesto y arreglado según el gusto del día; las más dejan ver unos ojos hermosísimos que se cobijan bajo largas y pobladas cejas... El frontón, espacioso, y de ordinario un poco triste, se llena los domingos de una multitud animada y alegre.

La menor aldea en la región vasca, tiene su frontón, grande, bien conservado, y en general, cerca de la iglesia, rodeado de árboles.

Pero el lugar donde estamos es, puede decirse, el centro más afamado de los jugadores franceses, de los que son célebres, tanto en los Pirineos como en América, de los que, en los mejores partidos internacionales,

se oponen a los campeones de España. Por eso, el frontón es hermoso y amplio, impropio de una aldea tan humilde y aislada. Está empedrado con crecidas losas, por las juntas de las cuales asoma la hierba acusando la vejez del suelo y dándole un aire de abandono y descuido. A ambos lados de la cancha levántanse graderías para los espectadores, de rojo granito de la montaña próxima, y que ahora vense adornadas por las escabiosas de otoño que salen por entre los intersticios de las piedras. En el fondo se eleva el monumental paredón que recibe el golpe violento de las pelotas y sobre el que se ve un frontis redondo, que parece una silueta de cúpula, con esta inscripción medio borrada por el tiempo: «*Blaidka naritza debakarua*». (Se prohíbe jugar á blé.)

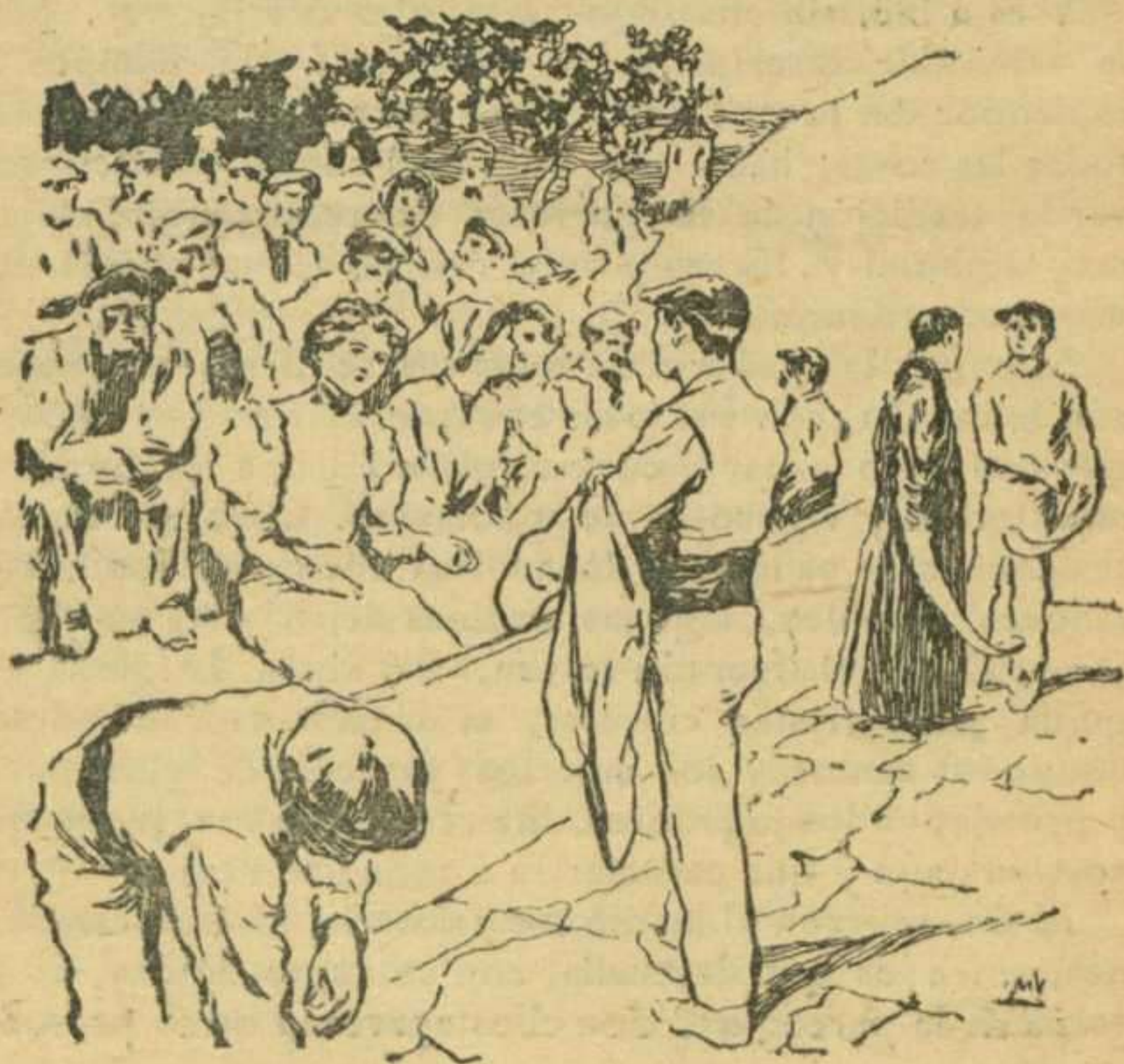
Y es á blé, sin embargo, á lo que va á jugarse; pero la venerable inscripción se remonta á los tiempos de esplendor del juego, degenerado ahora, como degeneran todas las cosas; había sido puesto el rótulo para conservar la tradición de los partidos de rebote, que exigen más agilidad y fuerza y que casi no se ha perpetuado más que en Guipúzcoa.

Mientras la gradería de asientos se llena, esta vacía aún la cancha, con sus losas enverdecidas por el moño y que han visto saltar y correr, pisándolas, á los hombres más ligeros y vigorosos de la comarca. El sol de otoño, al declinar, la calienta y dora. Por encima de los espectadores sentados, algunas encinas dejan caer sus hojas secas. Desde el frontón se ven, allá abajo, la iglesia erigida y los tristes cipreses, el rincón sagrado desde donde los santos y los muertos parecen de lejos mirar y proteger á los jugadores, interesarse en ese juego que apasiona aún y que caracteriza á toda una raza...

Al fin, salieron al medio los pelotaris, los seis campeones, entre los que descuella, con su negra sotana, el vicario de la parroquia. Con ellos aparecen otros persona-

jes: el que canta los tantos, los cinco jueces, elegidos entre los aficionados de diferentes pueblos, para intervenir en las jugadas dudosas, y algunos otros llevando alpargatas para repuesto de los jugadores y pelotas para cambiarlas durante el partido. En la muñeca derecha átanse los jugadores con correas el guante, una cesta de mimbres que tiene la forma de una uña grande, curva, que les alarga mucho el antebrazo y que fabrica en Francia, únicamente, un cestero de Ascain; con el guante se coge, se lanza y se vuelve á lanzar mil veces la pelota, dura como una bola de madera.

Ya están los jugadores probando las pelotas; escogen las mejores, adiestran, en tantos que no son partido, sus brazos de atleta. Después se quitan la chaqueta y el



chaleco que confían al espectador predilecto; Ramuncho llevó aquellas prendas á Madalén, que está sentada en primera fila, en la grada de abajo. Excepto el sacerdote, que jugará embarazado por su negro traje talar, muéstranse gallardos los campeones, prestos al combate, el torso libre bajo una camiseta de algodón color de rosa ó amoldado al ajuste ligero y flexible de un *jersey* de punto

El público, que conocía muy bien á los jugadores, se interesará en su contienda, los excitará poniéndose á su favor ó en contra y les hablará desde los asientos.

En este instante, el pueblo parece animado por el espíritu de las pasadas épocas; por ese espíritu, muy vasco y muy viejo, que palpita en las horas de esperanza, en los instantes de la vida, entusiasta, bajo la sombra imponente de la Gizune, la montaña ingente donde fulguraba ya, en su pico, un chispazo del crepúsculo de la tarde.

El partido comenzó entre las melancolías del poniente que va á empezar. La pelota, lanzada con toda la fuerza de los brazos, vuela, hiere el muro con golpes secos y terribles, rebota y atraviesa el aire con la velocidad de una bala.

La pared central, redondeada por arriba, destacándose sobre el fondo del cielo como un festón de cúpula, se corona, poco á poco, de cabezas de muchachuelos, pequeños vascos con sus boinas, los jugadores del porvenir, que como pájaros en vuelo se precipitan veloces á coger la pelota cada vez que ésta, por ir muy alta, pasa por encima del muro para ir á caer á los campos traseros.

Poco á poco, á medida que los brazos ó las piernas de los luchadores se sueltan y se ponen más ágiles, en una embriaguez de movimiento y de velocidad, el partido se anima y calienta. Ramuncho fué aclamado varias

veces; y también el vicario, como aprisionado en sus vestiduras de sacerdote, con sus actitudes de atleta y sus saltos violentos, lo mismo que pantera atacada, promete descollar entre los que se disputan la victoria.

He aquí la regla del juego: cuando uno de los jugadores pierde la pelota, no contestándola, es un tanto que el adversario gana (ordinariamente se juega á sesenta tantos). Después de cada uno de éstos, el encargado de cantarlos grita á plena voz en su lengua milenaria: «*Tantos el saque; tantos el resto...*» Y su largo y sonoro clamor corre por encima de la numerosa multitud que aplaude ó desaprueba.

En el frontón disminuye y se empequeñece la parte dorada y enrojecida por el sol; la sombra crepuscular va invadiéndola; cada vez más la que baja de la alta Gizune lo domina todo y cae sobre cuanto la rodea; parece querer encerrar en este pequeño rincón del mundo que yace á sus piés la vida estrecha pero característica y el ardor de estos montañeses, resto de un pueblo misteriosamente único y sin analogía entre todos. La sombra, silenciosa, tranquila, reina bien pronto como soberana; solamente á lo lejos, en algunas cumbres, brillan aún, iluminándolas por encima de los ennegrecidos valles, los reflejos violeta y rosa del postrer chispazo luminoso del día.

Ramuncho jugaba como nunca; está en uno de esos instantes en que se cree dueño de la fuerza, ágil, nada le cansa y goza moviéndose, extendiendo el brazo hercúleo, saltando prodigiosamente. Arrakoa, en cambio, cedió en el combate, el vicario se enredó dos ó tres veces en la estrecha sotana y el bando enemigo, antes retrasado, avanzó poco á poco y peloteando con fortuna apuntóse nuevos tantos; entonces, al ver que la contienda es reñida, que el partido se disputa valientemente, crecen los clamores del público y vuelan las boínas por los aires,

arrojadas á lo alto por manos entusiastas y temblantes de emoción.

El partido se ha igualado; se oye el grito de «á cincuenta iguales», seguido del de «¡adelante las apuestas, dad algo para que beban jugadores y jueces!» Es esta una costumbre inmemorial que señala un instante de descanso, durante el que se trae vino á la cancha, pagado de los gastos del procomún. Los jugadores se sentaron; Ramuncho, con el sudor empapándole la camiseta, fué junto á Madalén, que le guardaba la chaqueta y el chaleco. Se sentó también, y pidió á su amiga que le soltara las correas que sujetan á su brazo, congestionado por el ejercicio, el guante de madera, de mimbre y de cuero. Y descansó orgulloso de su éxito, no encontrando en su torno más que sonrisas de felicitación, sobre todo en los rostros de las muchachas, que le miraban complaciéndose en hacerlo. Pero vió por allá abajo, por el lado opuesto á la pared central del frontón, por el sitio por donde la obscuridad avanza, el conjunto arcaico de las casas vascongadas, la humilde plaza del pueblo con sus arcadas que la ca! blanquea y sus viejos plátanos podados; después el campanario de la iglesia, y dominándolo todo, en lo más alto, aplastándolo con su inmensidad, la masa abrupta de la Gizune, donde surgen las sombras para tenderse sobre la aldea solitaria, precipitadas, rápidas, adelantando el crepúsculo de la tarde... Realmente entristece esta montaña, aprisiona, oprime... Y Ramuncho, en medio de su triunfo, vese turbado por ese sentimiento, por esa furtiva y vaga atracción del *más allá* con tanta frecuencia mezclada á sus penas y alegrías...

El partido continuó; los pensamientos del joven se difunden y pierden en la embriaguez de la lucha que vuelve á comenzar. A cada instante suena el *clac*, como un latigazo, de la pelota; su chocar seco contra el guante que la lanza ó contra el muro que la recibe, ese unísono

uido da idea de la fuerza desplegada en el ejercicio. La pelota, furiosamente movida por brazos jóvenes y poderosos, botará y rebotará hasta que el crepusculo se cierre por completo. A veces los jugadores la detienen en una volea formidable, la devuelven, desarrollando una resistencia al atraparla en el aire, capaz de romper músculos que no fueran los de ellos. Con más frecuencia, seguros de su pericia, la dejan tranquilamente tocar en tierra, casi morir sin dar el bote. Diríase que ya no pueden cogerla, pero ¡*clac!* se oye el ruido del choque del guante, y vuelve á salir despedida, lanzada en el crítico instante, á punto aún, gracias á una maravillosa precisión de vista, y la pelota va á herir la pared, siempre con la velocidad de una bala... Cuando pasa sobre las gradas, por encima del montón de boínas y de moños anudados en un pañuelo de seda, las cabezas se bajan como si las segase el viento que al pasar produce; no se la puede tocar, detener; mientras vuela por los aires hay derecho á contestarla; después, cuando el tanto se ha perdido, cuando aquélla ha muerto, uno de los espectadores la coge y devuelve á la cancha con un golpe hábil que la lleve al alcance de los que juegan.

El atardecer se extiende, cae; los últimos resplandores de oro bajan con serena melancolía á las crestas más altas del país vasco. Seguramente que el silencio más profundo se enseñorea en la desierta iglesia y que las seculares imágenes se miran unas á otras á través de la invasión de la noche en las naves... ¡Qué triste la melancolía del fin de los días festivos en las aldeas perdidas entre montes, cuando el sol huye y se esconde...!

Ramuncho siguió siendo el gran campeón del partido, venciendo siempre. Los aplausos, los gritos, redoblan y excitan su afortunado atrevimiento en las jugadas; á cada *quince* ganado, los hombres, de pie sobre el centenario granito que un día empedrara el pórtico, le

han aclamado toda la tarde, con meridional furor...

El último tanto, el sesenta... Es para Ramuncho y el partido ha sido ganado por él y los suyos...

Entonces hubo una súbita invasión del público en la



cancha, llena, en un instante, por todos los hombres que ocupaban el anfiteatro de piedra y que se atropellan alrededor de los jugadores, inmovilizándoles y apretándoles en un pequeño círculo. Ramuncho se desata las correas del guante en medio de una entusiasta multitud de admiradores; por todos lados le acosan con enhorabuenas, y para estrechar la suya avanzan rudas manos, mientras que otras le golpean cariñosamente la espalda.

—¿Has hablado á Madalén para bailar luego?—le dijo Arrakoa, que en este instante era capaz de hacer por él cuanto le pidiera.

—Sí, la he hablado al salir de misa... y me ha prometido venir al baile.

—Menos mal; tenía yo miedo de que no se lo consintiera la madre... pero de todas maneras, puedes creérmelo, hubiera arreglado el asunto.

Un robusto anciano, de espalda cuadrada, de mandíbulas también cuadradas, de rostro imberbe de simio, delante del cual se hablaba con respeto, se acercó también á Ramuncho: es Aramburu, un jugador de otros días, célebre en aquel entonces, hacía medio siglo, y que en América, jugando al rebote, ganó una pequeña fortuna. Ramuncho enrojeció de placer al oír la felicitación del anciano, tan difícil de contentar en cosas del juego.

Y allá abajo, de pie sobre las gradas rojizas que acababan de desocuparse, entre la hierba y las escalrosas de Noviembre, su amiga, que se marchaba con otras jóvenes, se volvió para enviarle una sonrisa, y con ella un tierno y gracioso adiós. Ramuncho en este momento parecía un héroe á quien todos admiran, algo sobrenatural y extraño; tenía orgullo en conocerle, en ser su amigo, en ir á buscar su ropa, en hablarle, en tocarle.

Después, con los otros pelotaris fué á la posada próxima, donde les esperaban, en un cuarto que se destina á los jóvenes, los trajes que han de mudarse por los que tuvieron durante el partido. Allí los amigos más íntimos les refriegan y secan el busto, empapado en sudor.

Y ya arreglado Ramuncho, elegante con su camisa blanca, la boína terciada y graciosamente puesta, salió á la puerta, bajo los plátanos podados y formando bóveda, para gozar de su triunfo, para ver el paso de la gente y seguir recogiendo felicitaciones y sonrisas.

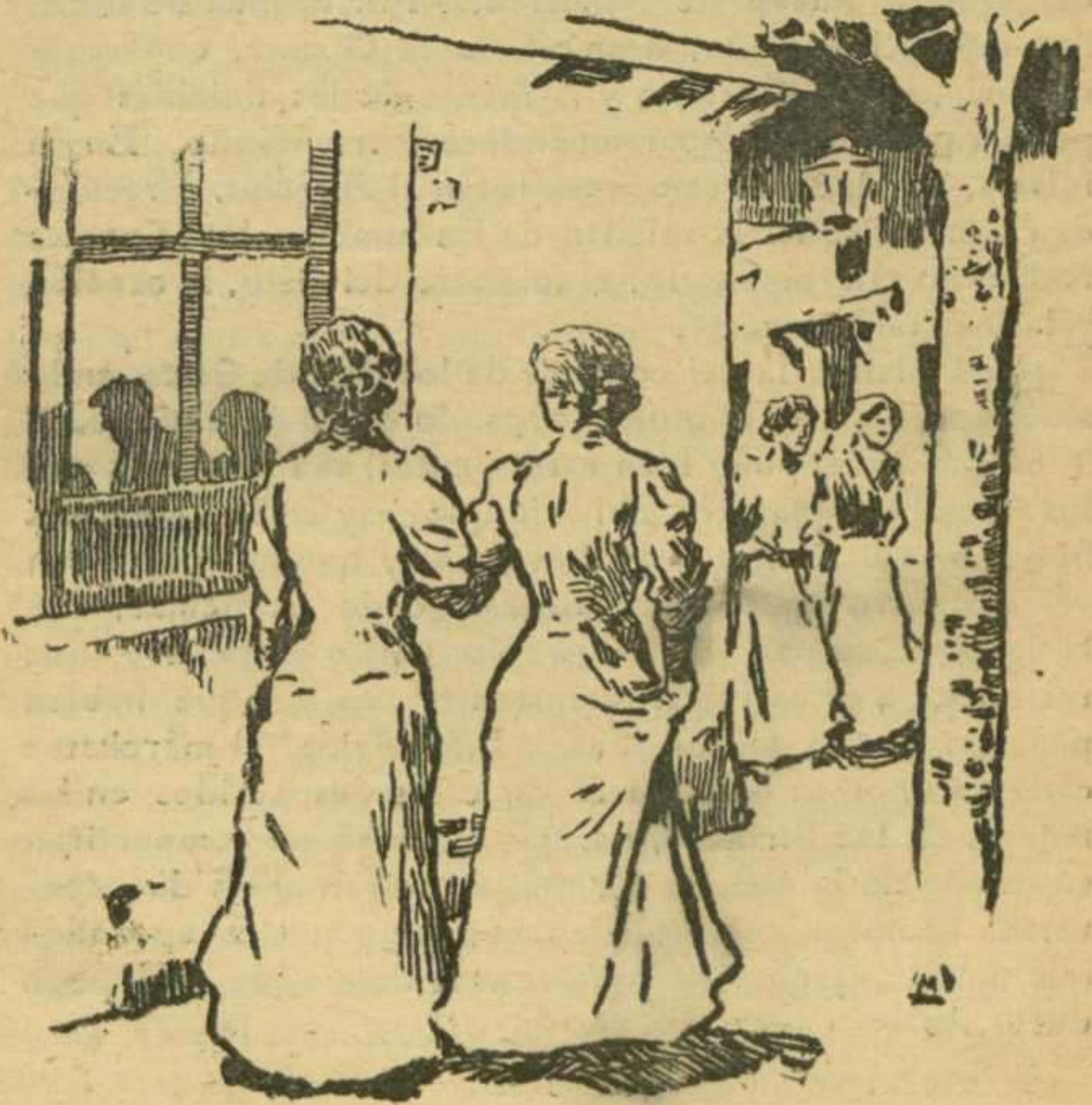
El día otoñal ha declinado por completo; ya es de noche. Por el aire, tibio y dulce, cruzan los murciélagos. Unos después de otros van marchándose los caseros de

las cercanías; hasta diez carricoches, ya enganchados, encendieron sus faroles y se zarandearon con tintineo de cascabeles para desaparecer por los estrechos caminos de las calles hacia las caserías alejadas del contorno. En medio de la penumbra límpida se ve á las mozas, las hermosas muchachas, sentadas en bancos delante de las casas, bajo el arco que los plátanos forman; así en la noche que empieza, muéstranse como formas claras, ya que sus trajes de domingo, en la incertidumbre misteriosa de la primera luz nocturna, pintan manchas blancas y rosadas; y la azul pálido que Ramuncho mira desde allá bajo, es la del vestido nuevo de Madalén... Por encima de todo, llenando el horizonte, destacábase la Gízune, confusa y sombría, como el centro y la fuente de las tinieblas que poco á poco van desparramándose y triunfando. En la iglesia, las piadosas campanas tocan al *Angelus*, y recuerdan con sus sonos la soledad de las tumbas, los cipreses rodeando el campanario, el misterio del cielo, la oración y la inevitable muerte.

¡Qué tristeza la del concluir de los días de fiesta, en la aldea apartada, en el otoño y cuando el sol se extingue...! Y es que saben muy bien estas gentes, tan dichosas con los humildes placeres del día que hay en las ciudades fiestas más brillantes, más hermosas y que no pasan tan veloces; pero la de ahora tiene algo de particular, era la fiesta de su país, de su propio país y nada hay que reemplace á estos furtivos instantes, en los que habían pensado tanto y tantos días... Los novios, al marcharse cada uno por su lado hacia sus casas, esparcidos en las laderas de los Pirineos, parejas que mañana compartirán su existencia monótona y ruda, se miran antes de separarse, se miran en la tarde muriente con ojos apenados que dicen: «¡ya se ha concluido el domingo, qué poco dura...!»

V

Son las ocho de la noche. Los jugadores, excepto el Vicario, han cenado en la sidrería presididos por Itchúa; después de llenar el estómago, mataron el tiempo enervándose envueltos en las nubes grises del humo de los cigarros de contrabando y escuchando los relatos maravillosos de los hermanos Irigola, de la montaña de Mendiazpi. En tanto, afuera, en la calle, las muchachas, en grupos, del brazo unas de otras, pasaban por delante de las ventanas, entreteniéndose en mirar por los cristales



ahumados las sombras redondeadas de aquellas cabezas cubiertas con boínas...

En la plaza se oyen los primeros compases del baile tocados por una pequeña banda; al oírlos, los mozos, los chicos, todos los del pueblo y también algunos de la montaña que se han quedado á la diversión, acuden á ella impacientes en bandadas.

El baile se mueve sin cesar á la luz de la luna nueva, cuyos cuernos, en el alto cielo, parecen ligeros y delgados comparándolos con la montaña enorme y pesada. Las parejas que danzan, sin agarrarse, no se separan; el galán delante de la muchacha, á igual distancia, evolucionan y se zarandean con rítmica gracia, como si estuviesen ligados por imán invisible.

Ya se oculta la media luna, diríase que abismada en la cordillera tenebrosa; entonces trajeron faroles para colgarlos á los troncos de los plátanos, y los jóvenes ven así mucho mejor á las mozas que, frente á ellos, se balancean y semejan continuamente querer huir, pero sin alejarse nunca: casi todas son guapas; van muy bien peinadas; un ligerísimo crespón les cubre el rodete, pegado á la nuca, y lucen con donaire, al moverse en el baile, los vestidos á la última moda. Los que bailan, un poco serios, acompañan el músico compás con chasquear de dedos en el aire: son hombres de rostros afeitados y morenos á los que el trabajo del campo, el contrabando ó la mar dan una sequedad de fibras, haciéndolos flacos y enjutos, casi ascética; sin embargo, en la amplitud robusta de sus cuellos bronceados, en el cuadro enérgico de su espalda delátase la fuerza membruda de esta raza milenaria sobria y religiosa.

El baile gira sobre el tema de un antiguo vals. Todos los brazos, arriba y abajo, se agitan en el aire, suben y bajan con gallardos y cadenciosos movimientos que siguen las oscilaciones del cuerpo. Las alpargatas hacen

mas silencioso el baile ligerísimo; no se oye más que el roce de los vestidos y el moverse de los dedos, que imitan el sonar de castañuelas. Con gracia verdaderamente española, las mozas, cuyas amplias mangas se despliegan como alas, bambolean sus talles apretados por encima de las caderas vigorosas y flexibles ..

Enfrente uno de otro, Ramuncho y Madalén nada se dijeron al principio, entregados á la infantil alegría de moverse de prisa, ritmicamente y al son de la música. Ella era, además, muy comedida en el baile, sin que jamás rozara su cuerpo con el de su pareja.

Pero hubo también, durante la noche, valeses y otros bailables y aun paseos de bracete que permitían á los novios hablar y juntarse.

—¿De modo, Ramuncho—dijo Madalén,—que esperas tu porvenir del juego de pelota?

Los dos se paseaban, muy cerca el uno del otro, bajo los plátanos deshojados, en la noche de Noviembre, tibia como una de Mayo, un poco separados de la gente, mientras los músicos descansaban.

—Ah, si; ese es aquí un oficio como otro cualquiera y que da dinero mientras se tiene fuerza... Además, se puede ir, de tiempo en tiempo, á dar una vuelta por América, ya lo sabes, como Irún y Gorostegui, y traer 20 ó 30.000 francos, ganados honradamente en una temporada en los frontones de Buenos Aires.

—¡Oh, América!—exclamó Madalén en un transporte de entusiasmo y alegría.—¡América, qué felicidad! ¡Ha sido siempre mi ilusión! ¡Qué gusto atravesar el mar para ver aquel país tan lejano...! Iríamos á buscar á tu tío Ignacio; después á casa de mis primos, los Bidegain, que tienen una granja á orillas del Uruguay, en las praderas...

Ella se detuvo en su parla; la mozueta, nunca salida

del pueblo que las montañas encierran y ciñen, soñó entonces con esos países remotos que con la imaginación visitaba muchas veces, porque ella, como la mayor parte de los vascos, antiguos emigrantes, había tenido parientes americanos ó indianos, llamados así en la tierra porque pasan su vida trabajosa y accidentada al otro lado del Océano y no vuelven á su querida aldea más que después de muchos años, para morir en el rincón amado. Y mientras ella soñaba, con la nariz ansiosa de respirar y los ojos en lo alto, en lo negro de las brumas y de las cimas cubiertas, Ramuncho sentía correr más velozmente su sangre, latir más fuertemente su corazón, movido por la intensa alegría de lo que tan espontáneamente acababa de decir la joven. Inclinando hacia ella la cabeza, con la voz aún infantil infinitamente dulce, le preguntó con tono un poco burlón como para chancearse:

—¿Iremos? ¿Por qué dices iremos? ¿Tú conmigo? ¿Significa eso que consentirás en que nos casemos un poco más tarde, cuando tengamos más edad?

Ramuncho, á través de la obscuridad, vió el rugurar brillante de los ojos de Madalén que le miraban con expresión de asombro y como riñéndole.

—¡Ah!... ¿pero no lo sabías?

—Quería obligarte á decirlo, ya lo ves; nunca me lo habías dicho...

Y apretó contra él el brazo de su Madalén; el andar de ambos fué más lento.

Nunca se habían dicho semejante cosa, no sólo porque les pareció que la declaración surgiría espontáneamente en un momento dado, sino porque sentíanse detenidos, al querer hacerla, por una especie de terror, el terror de engañarse y de que no fuese verdad lo que iban á decir. Pero ahora ya lo sabían, estaban seguros de ello. Tenían conciencia, después de lo que acababan de contarse, de que habían franqueado juntos el umbral severo y so-

lemne de la vida. Y, apoyados uno en otro, vacilaban casi inciertos, en su paseo que retrasaban á propósito, yendo como dos niños, ébrios de juventud, de alegría y de esperanza.



—Pero ¿crees que consentirá tu madre?—dijo Ramuncho tímidamente, después de largo y delicioso silencio.

—¡Ay, es verdad!...—respondió la muchacha con un suspiro de inquietud.—¡Arrakoa, mi hermano, sí estará á favor vuestro, es lo probable, pero mamá...! ¿Si querrá mamá...? Y en todo caso, eso no puede ser pronto... Tú tienes aún que servir á la patria.

—No; si tú quieres, no tengo que ir al servicio. Soy guipuzcoano, como mi madre, y no se me incluirá en la

¿quinta si yo no lo pido... Así, pues, haré lo que tú quieras, lo que desees..

—¡Ay, Ramuncho, más quiero esperarte algún tiempo, que te naturalices y que, como los demás, seas soldado! Ya que desees que te lo diga, ese es mi pensamiento, es lo que querría...

—Muy bien, esa es también mi idea. Me es igual ser soldado español que francés. Mejor dicho, tu voluntad es la mía. Lo mismo me da una cosa que otra; soy vasco, como tú, igual que todos; lo demás no me importa. Ahora, entre ser soldado de este lado de la frontera ó del otro, prefiero serlo de aquí: primero, porque si se huye del servicio militar, se le tiene á uno por cobarde; y segundo, por una cosa que me agrada mucho, te lo diré con franqueza: el ver tierras, viajar, que es para mí todo.

—Mira, Ramuncho, pues si te es igual, presta el servicio en Francia, me gusta más.

—¡Bueno, Madalén... ¡Verás qué bien estoy con el pantalón rojo!... Vendré aquí como Videgaray, como Joaquín, á visitarte vestido de soldado. Y en cuanto se pasen tres años, á casarnos, ¿verdad? si tu madre no se opone.

Después de un rato de silencio, Madalén, con voz muy baja y solemnemente, dijo al joven:

—Escucha; pienso como tú, tengo miedo de ella... de mi madre. Pero óyelo, si no consiente en que nos casemos, haré lo que tú quieras, sea lo que fuere, porque esta es la única cosa en el mundo á la que no le obedecería...

Después, ya que eran prometidos el uno del otro, volvió á caer sobre ellos el silencio, el silencio de las alegrías dulces, de las alegrías nuevas, y aun sin experimentar que se ven obligadas á recogerse y enmudecer para comprenderse mejor en su intensidad toda. Iban los novios al azar, con andar menudo hacía la iglesia, hundidos en la suave obscuridad no rota por la luz de los faroles,

como emborrachados nada más que por el inocente juntarse de ambos y de sentirse andar uno contra otro por aquel camino por donde nadie iba...

Pero ya á alguna distancia, puesto que para estar solos habían andado más de lo que creían, oyeron, de repente, el nuevo sonar de la música, que tocaba un vals lento de extraño ritmo. Los dos jóvenes, niños mejor, ante la llamada del baile, sin consultarse y como si se tratara de cosa obligada que no se discute, echaron á correr, para no desaprovechar ni un compás músico, hacia el sitio donde las parejas se movían. A escape, rápidos, se pusieron el uno delante del otro y empezaron á balancearse cadenciosamente, siempre sin hablar, con los mismos airosos movimientos de brazos que antes, con igual flexible contonearse de caderas. De tiempo en tiempo, sin perder el paso ni la distancia, iban en línea recta, como flechas en cualquier dirección. Era eso una variante de la danza, pero volvían á juntarse, separándose rápidos para reunirse á tiempo y á la vez en el punto de partida.

Madalén ponía en el baile igual ardor apasionado que en rezar delante de las blancas capillas; el mismo que luego había de mostrar acariciando á su Ramuncho cuando el cura les uniera. A cada cinco ó seis compases, al mismo tiempo que su pareja de danza, daba una vuelta completa y rápida sobre sí misma, mostrando el busto y la cabeza graciosamente inclinados atrás, los labios entreabiertos, destacándose la línea blanca y brillante de los dientes, á la vez que derrochaba una gracia altiva y distinguida brotando de todo su cuerpecillo, misteriosamente envuelto en el amor que por Ramuncho sentía.

Durante todo el tiempo que duró el baile en aquella hermosa noche de Noviembre, danzaron el uno delante del otro, unidos, encantados, con intervalos de pasearse juntos, en los que apenas si hablaban más que de niñerías, más satisfechos en aletargarse en el silencio pensan-

do en aquel gran asunto, delicioso y deleitable, que no daban al olvido y que les había llenado el alma.

Y hasta que sonó en la iglesia el toque de retiro, ese humilde baile bajo las ramas del otoño, aquellos tristes faroles, aquella pobre fiesta, en un rincón cerrado del mundo, arrojaron un poco de luz y de ruido bullanguero en medio de la vasta noche, que parecía más muda y más negra ante las montañas erguidas por todas partes como gigantes de sombra.

VI

Tratábase de organizar un partido de pelota para el domingo próximo en Asparitz, que celebraba la fiesta de San Dámaso.

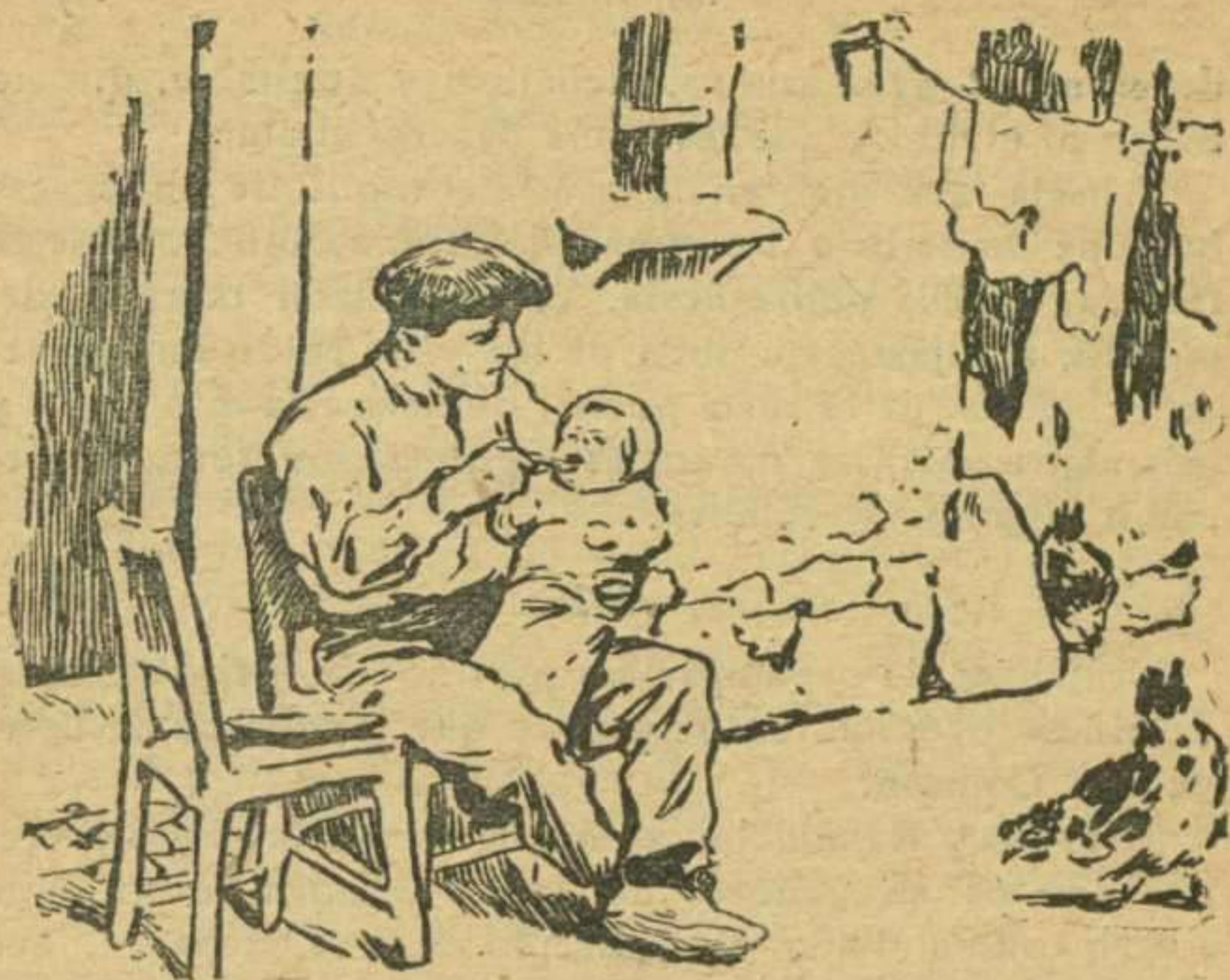
Arrakoa y Ramuncho, compañeros de continuas correrías por los alrededores del país, andaban de un lado á otro todo el día en el cochecillo de los Detcharry, con objeto de concertar ese partido que, á sus ojos, era un acontecimiento importante.

Al principio estuvieron á consultar el asunto con Marcos, uno de los Iragola, al que, sentado á la puerta de su casa que verdeaba en la sombra en un rincón del bosque; lo encontraron escultural y grave, con los ojos inspirados y el gesto noble, en actitud de dar soda á un hermanito todavía en mantas.

—¿Es el undécimo?—le preguntaron riendo.

—¡Ca!—respondió el primogénito de la familia,—el undécimo corre ya como un conejo entre la maleza. Este es el número doce; ya lo veis, el pequeño Juan Bautista, el nuevo chiquillo que, á lo que pienso, no será el último.

Después, bajando la cabeza para no chocar con las ramas, recorrieron los bosques, los encinares, bajo los cuales se extiende en mancha inmensa el encaje rojo de los helechos.



Atravesaron también muchas aldeas, aldeas vascas, agrupadas en torno de las dos cosas que son como el corazón del país y que simbolizan su vida: la iglesia y el juego de pelota. Aquí y allá, en no pocos sitios, llamaron á la puerta de casas aisladas, casas altas y grandes, cuidadosamente blanqueadas con cal, con galerías verdes y balcones de madera, donde se secan al sol rosarios de pimientos encarnados. Hablaron largamente en su lengua, tan incomprensible para los que no la conocen, con los jugadores más famosos, los campeones con título, pudiera decirse, aquéllos cuyos nombres han escrito con elogio todos los periódicos del Sudoeste, que han figurado en los carteles de Biarritz ó de San Juan de Luz y que, en la vida ordinaria, son en el campo tabernereros ó fondistas, herreros ó contrabandistas, con la chaqueta al hombro y las mangas de la camisa arremangadas hasta enseñar el brazo de bronce.

Cuando arreglaron el asunto y se cambiaron las palabras, que son firmes como un contrato, era demasiado tarde para ir á su casa de Echezar, y siguiendo sus costumbres errantes, escogieron para dormir una aldea á su gusto, Zitzarry, que habían frecuentado mucho en sus negocios de contrabando. A la caída de la tarde, pues, volvieron bridas hacia ese lugar que está próximo y que confina con España. Caminaron siempre por las estrechas sendas del Pirineo, sombrías y solitarias, bajo las rugosas encinas que se despojan de su fronda, entre taludes ricamente tapizados de musgo y de helechos medio secos. Y tan pronto estuvieron en las grandes profundidades donde los torrentes rujén, como en las alturas ufanas circuidas por todas partes de las inoentes crestas ensombrecidas.

Al principio hacia frío, verdadero frío que azotaba el rostro y el pecho. Pero de repente pasan y soplan bocanadas de viento del Sur, casi africano, que surgen de nuevo y que vienen calientes y cargándose de perfume de plantas, dando la ilusión halagadora del verano. A los jóvenes les produce una sensación deliciosa hendir el aire, tan bruscamente cambiado y correr velozmente en medio del soplo tibio, entre el cascabelear del caballo que galopa locamente en las cuestas olfateando el albergue de la noche.

Zitzarry es una aldea de contrabandistas, un pueblecillo extraviado en la montaña que toca á la frontera. Tiene una taberna ruिनosa y de mal aspecto, donde pararon los muchachos y en la que, según costumbre, se alojaron en habitaciones que dan sobre los establos sobre negras cuabras.

Los viajeros Arrakoa y Ramuncho eran allí muy conocidos; y mientras se enciende el fuego en la cocina se sentaron cerca de una antigua ventana que daba al frontón y á la iglesia. Mirando hacia fuera miraron el con-

cluir de la vida de la luz en este lugar tan separado del mundo.

En el fronton ejercitábanse los niños en el popular juego, el favorito de ellos; graves y ardorosos ya fuertes lanzaban la pelota contra la pared, mientras una voz cantante, con una precisa entonación, cantaba y anunciaba los tantos en la misteriosa lengua de los antepasados. Alrededor, las casas, viejas y blancas, con paredes jibosas de vigas desplomadas, contemplan por sus ventanas rojas ó verdes á esos diminutos jugadores, corriendo entre el crepúsculo como los gatos jovencillos. Los carros de bueyes, en tanto, vuelven de las heredades con chirridos agudos, cargados de jincias recién cortadas y de helechos secos... La noche se tiende, se tiende con su paz y frío triste. Después suena el *Angelus*, y reina en toda la aldea un tranquilo recogimiento de plegaria...

Ramuncho, silencioso como otras veces, se sintió inquieto ante su destino; se cree como prisionero, asaeteado siempre por las mismas aspiraciones, hacia no sabe qué, hacia lo desconocido que le turba al acercarse la noche. Su corazón entonces se aflige, se estrecha al pensar que está solo y sin apoyo en el mundo, que Madalén es de condición diferente á la suya y que jamás le será dada en matrimonio.

Arrakoa, alegre, muy fraternal en este instante, le golpeó en el hombro, como si hubiese comprendido su meditación y para sacarle de ella, y le dijo con tono ligero y jovial:

—¡Hola, hola! ¡Parece que ayer por la noche hablasteis mi hermana y tú; ella me lo ha dicho; y que estáis completamente de acuerdo los dos!...

Ramuncho le dirigió una larga mirada, interrogativa, seria, llena de ansiedad, que contrastaba con este principio de la plática.

—Y ¿qué piensas de lo que nos dijimos?

—¡Oh, amigo mío—le contestó Arrakoa, cambiando de tono y haciéndolo más grave,—en cuanto á mí, palabra de honor, me parece muy bien!... Y como preveo que la madre estará más dura, si tenéis necesidad de apelar á algún recurso, yo os ayudaré; os lo prometo...

La tristeza de Ramuncho se disipó como polvo que barre el viento. Encontró, después de eso, la cena deliciosa, la posada alegre. Le pareció muy bien que las confianzas hechas á Madalén las supiese además otro de la familia, que no le rechazaría al entrar en ella. El había creído presentir que Arrakoa no le sería hostil; pero su concurso, tan noblemente ofrecido, sobrepujaba sus esperanzas. ¡Pobre muchacho abandonado, tan consciente de la humildad de su situación, á quien el apoyo de otro joven, poco más experimentado que él en la vida, bastaba á darle valor y confianza!...

VII

Al alba incierta y un poco fresca se despertó en el cuarto de la posada con la impresión persistente de la alegría de la víspera, en vez de las enmarañadas angustias que tan frecuentemente le invadían al volver de sus pesares tristes. Afuera se oía el tintineo de los rebaños que marchaban á pastar; el bramido de las vacas al romper el día, las campanas de la iglesia y el chocar, contra el muro de la plaza, de los golpes secos de la pelota vasca; todos los ruidos de un pueblo del Pirineo que con el sol que sale vuelve á comenzar su acostumbrada vida. Todo ello parecía á Ramuncho el amanecer de una fiesta.

Muy temprano volvieron á subir Arrakoa y él al cochecillo, y metiéndose la boína hasta las orejas, para evitar el viento de la marcha, partieron al galope de su caballo por los caminos espolvoreados con el blanco rocío de la noche.

Cuando llegaron á Etchezar al mediodía, hubiéranse podido creer en el estío; tan hermoso era el sol.

Madalén estaba sentada en un banco de piedra en el jardincillo de delante de su casa.

—Ya he hablado á Arrakoa—la dijo Ramuncho con sonrisa de júbilo al verse solo con ella...—Ya sabes que está de nuestra parte.

—¡Bah!—respondió la muchacha sin perder el aire pensativo que tenía aquella mañana;—si de mi hermano Arrakoa no dudaba; tenía la seguridad de que nos favorecería. Su ideal, lo que él tiene de superior, lo encuentra en ti; eres jugador de pelota, y eso le agrada...

—Pero tu madre, Madalén, está mejor conmigo desde hace algunos días, ó se me figura, al menos. Acuérdate del domingo, cuando te pedí que bailaras conmigo...

—¡No te fíes, Ramunchín!... ¿Te refieres á anteayer al salir de misa?... ¿No la viste hablar con la Buena Madre?... Pues ésta trabajó grandemente para que yo no bailase contigo en la plaza, y mamá, entonces, sólo por contrariarla... ¿entiendes?... Pero no te fíes, no...

—¡Ah, sí!—respondió Ramuncho con toda su alegría rota y en el suelo;—es verdad que ellas no están muy á bien...

—¿Bien mamá y la Buena Madre?... Como el perro y el gato... Desde aquello de mi entrada en el convento... ¿no te acuerdas de esa historia?

El se acordaba muy bien y aún le daba miedo. Las religiosas hubieran deseado llevar á la paz del claustro á aquella cabecita rubia, exaltada y ardiente, poseída de una inmensa necesidad de amar y de ser amada...

—Madalén, tú estás siempre en el convento ó con las hermanas; ¿por qué? explicámelo: ¿te gusta mucho su vida?

—Las hermanas, no, Ramuncho, sobre todo las de ahora, que son nuevas en el país y apenas las conozco,

porque las mudan con frecuencia, ya lo sabes... Las hermanas, no; en cuanto á la Buena Madre, es como mamá; no puedo creer...

—¡Pues entonces, qué...?



—Pero ¡qué quieres! me gustan sus cánticos, sus blancas capillas, su casa, todo... No puedo explicarte

bien esto... Y, además, que no lo comprendéis los chicos...

Su sonrisa, al decir tales palabras, se extinguió tristemente, cambiándose en una expresión contemplativa, ó mejor de *ausencia*, que Ramuncho había observado frecuentemente. Madalén miraba con atención hacia adelante, donde no había, sin embargo, más que el camino sin viandantes, árboles deshojados y la masa pardusca de la montaña aplastante; pero se hubiera podido decir que la joven estaba sumida en melancólico éxtasis por dos cosas que desde allí se veían; dos cosas á que los ojos de Ramuncho no alcanzaban... Durante el breve silencio entre él y la chiquilla, se oyó el *Angelus* del mediodía, extendiendo más paz aún que la reinante sobre el sosegado pueblo que se calentaba al sol de invierno; encorvaron los jóvenes la cabeza y fervorosamente se hicieron la señal de la cruz...

Después, cuando acabó de vibrar la santa campana, que en las aldeas vascas interrumpe la vida, como en Oriente el canto del muezzin, Ramuncho se decidió á hablar.

—Me da miedo, Madalén, verte siempre en su compañía... Y me atrevo á preguntarte: ¿qué ideas guardas en el fondo de la cabeza?...

Fijando en él la profunda negrura de sus ojos, contestóle ella con tono de dulce reconvención:

—¡No sé por qué me hablas así después de lo que nos dijimos el domingo por la noche!... Si te perdiese, entonces quizá... mejor diré, seguramente... Pero hasta entonces, ¡oh, no! estate tranquilo, mi Ramuncho...

El sostuvo largamente esta mirada que poco á poco le volvía la deliciosa confianza que perdiera, y acabó por sonreír con sonrisa de niño:

—¡Perdóname, ya sabes que muchas veces digo unas tonterías!...

—Como esta, por ejemplo, ¿verdad?

Y se oyó sonar dos carcajadas que, con entonaciones diferentes, tenían la misma juventud é igual frescura. Ramuncho, con un gesto brusco y gracioso que le era familiar, cambió la chaqueta de un hombro al otro, se echó á un lado la boína, y sin otro adiós que un pequeño movimiento de cabeza, se separaron los muchachos porque Dolores venía por allá abajo, por el extremo del camino.

VIII

Son las doce de una noche de invierno infernalmente negra; zumba el viento y la lluvia cae con ímpetu de azote que hiera. En la orilla del Bidasoa, en medio de un suelo engañoso é incierto que trae á la mente la idea del caos, entre cieno donde los pies se hunden, varios hombres portean cajas sobre los hombros, y entrando en el agua hasta la rodilla van á dejarlas en un objeto largo, más negro que la noche, que debe de ser una barca, una barca sospechosa y sin farol, amarrada cerca del ribazo.

Es la cuadrilla de Itchúa, que esta vez va á trabajar en el río. Han dormido algunos momentos los hombres que la forman, sin desnudarse, en la casa de un encubridor que habita cerca de las aguas, y á la hora convenida, Itchúa, que no cierra nunca más que un ojo, ha sacudido en su gente el sueño; después han salido sigilosamente, como lobos que van á caza de su presa, á través de las tinieblas, bajo el chaparrón tan favorable para los contrabandos.

Y marchan al remo hacia España, cuyas luces se ven de lejos empañadas por la lluvia. El tiempo es horrible, parecen desencadenados los elementos todos; las camisas de los hombres chorrean agua, y bajo las boínas, metidas hasta los ojos, el viento parece que corta las orejas. Sin embargo, gracias al vigor de los brazos, andaban veloz-

mente y bien, cuando apareció de repente en la obscuridad algo como un monstruo que se aproximaba deslizando sobre la superficie del agua. ¡Mal negocio! Es el batel de ronda, en el que van todas las noche los aduaneros españoles. Es preciso cambiar de dirección precipitadamente, con astuta habilidad, y perder en la maniobra un tiempo precioso cuando ya va siendo tarde.

Al fin, no obstante, llegaron sin estorbo muy cerca de la orilla española, á ponerse entre las grandes lanchas de pesca que, las noches de tormenta, duermen encadenadas delante de la *Marina* de Fuenterrabía. Este era el instante de mayor peligro. Por ventura la lluvia les es fiel y cae á torrentes todavía. Agachados en su bote para abultar menos, no hablan los hombres de Itchúa, se apoyan en el fondo con los remos para meter menos ruido, se acercan suavemente, muy suavemente, deteniéndose en cuanto les parece que alguna cosa se mueve en medio del negror difuso y de las sombras dominantes y sin contorno.

Ya están agazapados contra una de esas grandes barcas vacías; casi tocan la tierra. Ese es el punto convenido, en el que deben estar los camaradas del otro país para recibirlos y llevar las cajas del contrabando hasta la casa que ha de ocultarlas... No está nadie... ¿Dónde han ido...? Los primeros instantes pasan en una especie de paroxismo, de atención y de acecho que redobla el poder de la vista y del oído. Con los ojos dilatados y las orejas tendidas, velan, bajo el chorrear monótono de la lluvia... ¿Pero dónde están los compañeros españoles? Sin duda que ha pasado el tiempo á causa de la maldita ronda de la Aduana que ha echado á perder el viaje, y creyendo aquéllos que ha fracasado el asunto por esta vez se han vuelto á marchar...

Aún transcurrieron algunos minutos, en esta inmovilidad, en el mismo silencio. Se distingue, alrededor, las

barcas, grandes, inertes, como cadáveres de animales flotantes, y después, por encima del agua, más allá de ellos, un montón de sombras más densas que la obscuridad del cielo; son las casas y las montañas de la ribera.. Los contrabandistas esperan, sin hacer un movimiento. Diríase que eran barqueros-fantasmas á orillas de una ciudad muerta.

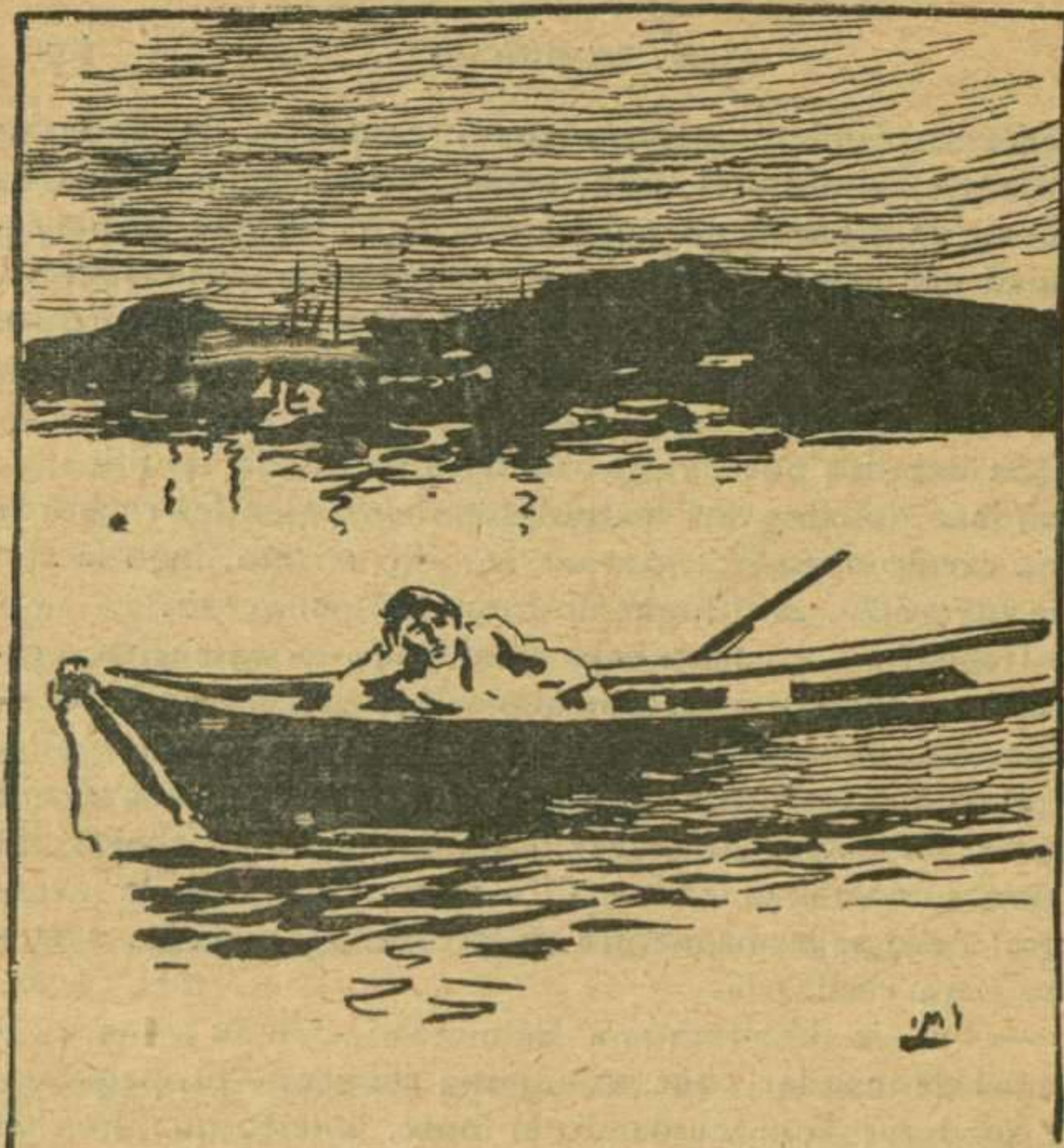
Se debilitó poco á poco la tensión de sus sentidos, se apoderó de ellos una laxitud soñolienta que les recuerda con cariño el sueño; dormirían, allí mismo, bajo la lluvia inverniza, si el lugar no fuese tan peligroso.

Itchúa, en voz muy baja y hablando en vascuence, celebró consejo con los dos más viejos del bando y decidióse, después de lo que dicen, á una empresa arriesgada. Puesto que los otros no vienen... tanto peor, habrá que tratar de ir allá; de llevar hasta la casa, muy abajo, los cajones contrabandeados. Ofrece mucho riesgo la aventura; pero se les ha metido en la cabeza y nada les detendrá para realizarla.

—Tú—le dijo Itchúa á Ramuncho, con su manera especial de mandar, que no admitía réplica,—tú, pequeño, te quedarás aquí cuidando el bote, puesto que no has venido nunca por el camino que vamos á llevar; lo amarras á tierra, pero con un lazo no muy fuerte, ya me entiendes, á fin de soltarlo pronto y sin ruido, en caso de que llegaran los carabineros.

Los demás hombres se marcharon, encorvándose bajo la pesada carga; el roce casi imperceptible de sus pasos en el suelo se extinguió en seguida en el muelle desierto y obscuro, en medio del monorrítmico zumbido del aguacero. Ramuncho quedó solo, acurrucado en el fondo del bote para que no le viesen, de nuevo inmóvil bajo el baño incesante de la lluvia que cae en este instante tranquila y sin enfurecimientos de catarata.

Los compañeros tardaban en venir y gradualmente, en



Esta inacción y este silencio, se apoderó de él un irresistible entorpecimiento cercano á las lindes del sueño.

De pronto una forma larga, más negra que la misma sombra, pasó á su lado muy rápida, siempre en medio del silencio absoluto que reina como la característica de esta empresa nocturna; es una de las lanchas grandes españolas... Pero ¿qué es esto, qué sucede? Piensa, ¡si todas están ancladas y no tienen ni velas ni remeros!... De repente lo comprende todo: su bote estaba ligeramente amarrado y la corriente, muy rápida aquí, le arrastra... ¡Ya está lejos, enfilando la desembocadura del Bidasoa hacia las rompientes, hacia el mar!...

Una gran ansiedad, una angustia mortal le ahoga... ¿Qué va á hacer ahora...? Esta es una nueva complicación; es preciso obrar sin un grito de socorro, sin un ruido, porque á lo largo de la costa, que parece un país vacío, sólo por las tinieblas lleno, hay carabineros escalonados en interminable cordón, que velan todas las noches en la raya española como sobre tierra prohibida... Trata de apoyarse en el fondo con uno de los remos largos con objeto de volver hacia atrás, pero ya no se tóca el fondo, no se encuentra más que la inconsistencia del agua negra que huye, la profundidad es muy grande... ¡A remar, cueste lo que cueste!... ¡No hay otro remedio!..

Con gran trabajo, con el sudor en la frente, llevó él solo, contra corriente, la lancha pesada, inquieta á cada golpe de remo, productor de un chirrido que desde allá abajo podría percibir un oído agudo. No se distinguía nada á través de la lluvia espesa que empaña los ojos; todo estaba negro, negro como las entrañas de la tierra donde el diablo mora. Ramuncho no reconoció ya el punto de partida donde deben esperar los amigos, cuya desgracia tal vez habrá causado; duda, se detiene, con el oído atento, la respiración anhelante, y se acerca pegándose á ella, para reflexionar, á una barca grande española... Algo se aproxima, deslizándose con infinitas precauciones por la superficie del agua, apenas removida: una sombra humana, mejor dicho, una silueta, de pie—un contrabandista, seguramente, puesto que no mete ningún ruido.—Uno y otro se reconocieron, se adivinaron. ¡Gracias á Dios! es Arrakoa; Arrakoa que desató un bote español, ligero y frágil, para ir en busca del amigo... ¡El encuentro de ambos probablemente salvó á todos!

Pero Arrakoa, al llegar, profiere con voz sorda y rabiosa, con voz que sale apenas de entre sus dientes de felino, una serie de injurias que reclaman inmediata ré-

plica y que sonaron como un reto... Tan imprevisto fué el ataque, que el estupor, de pronto, inmovilizó á Ramuncho, retardando el subir de la sangre á la cabeza. ¡Está bien lo que acaba de decirle su amigo, y con el tono insultante con que lo ha pronunciado...!

—¿Qué me dices?

—¿Y te choca?...—responde Arrakoa dulcificando un poco sus palabras y aun aprestándose á la defensa al ver en las tinieblas la actitud de Ramuncho.—Has faltado, no lo niegues; por torpeza tuya nos van á apresar á todos...

Sin embargo, de un bote próximo surgieron las siluetas de los otros contrabandistas.

—Están allí—continuó Arrakoa; hunde el remo, acerquémonos á ellos.

Ramuncho volvió á ocupar su asiento de remero; las sienas le ardían, tal era su cólera; las manos le temblaban... No; además, es el hermano de Madalén; si me pegase con él lo echaría á perder todo; sólo por ella bajaré la cabeza y no responderé nada, pensaba Ramuncho.

La barca, llevándolos ya á todos, se alejó á fuerza de remos; el negocio estaba hecho. Ya era hora; dos voces españolas sonaron en las negruras de la orilla; son las de dos carabineros que dormitaban envueltos en su capote y á quienes ha despertado el ruido... Y empezaron á llamar con la bocina á aquella lancha que huía, sin farol, menos vista que supuesta, perdida á escape y momentáneamente en la universal confusión nocturna.

—Es ya muy tarde, amigos—dice Itchúa riéndose con burla y remando á la desesperada. ¡Llamad á vuestro gusto ahora y que os conteste el diablo!

La corriente también les ayudaba, y se alejaron en la obscuridad espesa y profunda con la velocidad de los peces.

Ya están en aguas francesas, en sitio seguro, no lejos, sin duda, del légamo de la orilla.

—Detengámonos para respirar un poco—dijo Itchúa.

Levantaron los remos los contrabandistas, jadeantes, mojados por el sudor y la lluvia. De nuevo mantiénense quietos, inmóviles, bajo el chaparrón helado que no parecen sentir. En el vasto silencio no se oía más que la respiración, más tranquila cada vez, de aquellos pechos vigorosos, la música de las gotas de agua al caer y su gorgear ligero

De repente, de esa barca que estaba tan silenciosa y que en medio de la grandeza de la noche más bien era una sombra que una realidad, surgió un grito agudísimo, terrorífico, que llenó el vacío y que fué á desgarrarse y perderse en la lejanía. Lo forman notas muy altas que sólo dan las mujeres; pero tiene, al mismo tiempo, algo de ronco y poderoso que parece propio de la fiera macho de las selvas; guarda el matiz mordente del rugido del chacal y á la vez encierra no se sabe qué de humano que hace estremecer; se ansía, con algo como angustia, que concluya pronto... y es largo, muy largo; abrumba por la extensión que toma al tenderse en el espacio... Comenzó como un agudo bramido de agonía y terminaba, al extinguirse, en una especie de carcajada siniestramente burlesca como la risa de los locos...

Sin embargo, en torno del hombre que acaba de gritar así en la proa de la lancha, ninguno de los compañeros se asustó ni se movió. Al contrario; después de algunos segundos de silencioso apaciguamiento, suena en la popa un nuevo grito semejante al primero, que es su respuesta y que va pasando por las mismas fases de tradición infinitamente vieja.

Èse es el *irriutzi*, el gran grito vasco, que se ha transmitido con hermosa fidelidad desde el fondo del abismo de las edades hasta los hombres de hoy y que constituye una de las originalidades de esta raza, cuyos orígenes permanecen envueltos en el misterio.

Parécese el tal grito á los de llamada de ciertas tribus Pielas rojas en los bosques de América; oído por la noche, da la noción y el insondable espanto de los tiempos primitivos, cuando, en medio de las soledades del antiguo mundo, aullaban los hombres con garganta de mono.

Dan los euskaros esos gritos durante las fiestas o para llamarse por la noche en la montaña, y especialmente para celebrar un suceso alegre y próspero, una ventura imprevista, una gran caza ó una redada abundante en el agua de los ríos.

Los contrabandistas divertíanse con este juego de sus mayores; daban ese grito para glorificar su empresa, llevada á feliz término, por necesidad física, desquitándose así del obligado silencio de tantas horas.

Pero Ramuncho se quedó callado, sin sonreír siquiera. Tales gritos le anonadan, le hielan, aunque le son conocidos de toda su vida; le sumergen en las meditaciones que tanto le inquietan y que no acaban de aclararse distintas y sin confundirse.

Después sintió aquella noche una vez más cuán incierto y mudable era su solo apoyo en el mundo, el apoyo de Arrakoa, al que tenía necesidad de considerar como á hermano; sus audacias y sus éxitos en el juego de pelota trajéronle, sin duda, su cariño, pero una tontería, una nonada podía llevárselo en un instante. Y entonces le pareció que la esperanza de su vida no tenía ya base, que todo se desvanecía como una inconsistente quimera

IX

Era la noche de San Silvestre.

Todo el día habíase visto ese cielo sombrío que con tanta frecuencia es el del país vasco y que concuerda tan bien con las ásperas montañas, y la mar rugiente y alborotada, allá abajo, en el fondo del Golfo de Vizcaya.

A la hora del crepúsculo de este último día del año, cuando las ramas secas, retorciéndose en el fuego, agrupan á los hombres alrededor de los hogares dispersos en los campos; á esa hora en que es delicioso y deseable el albergue abrigado de la casa, Ramuncho y su madre, al ir á sentarse para cenar, oyeron que llamaban discretamente en la puerta.

El hombre que llegaba de fuera, al verle, de pronto les pareció desconocido; cuando dijo su nombre, José Bidegaray, de Hasparitz, se acordaron del marinero que hacía algunos años marchó á navegar por América.

Se le ofreció una silla, se sentó y, dijo:

—Mirad el encargo que traigo. Una vez, en Rosario del Uruguay, hablando en los docks con otros vascos emigrados, un hombre, que podría tener unos cincuenta años, se me aproximó al oírme hablar de Etchezar.

—¿Eres de Etchezar?—me dijo.

—No; pero soy de Hasparitz, que está muy cerca.

Entonces me preguntó muchas cosas referentes á vosotros y á vuestra familia. Yo le dije:

—Los viejos murieron. Al hermano mayor le mataron en el contrabando, el segundo desapareció en las Américas; no queda más que Francisca con su hijo Ramuncho, un robusto mozo que podrá tener hoy dieciocho años.

El estaba pensativo escuchándome.

—Pues bien—me dijo,—para acabar, puesto que vas allá, les das recuerdos de parte de Ignacio.

Y después de ofrecerme un vaso, se marchó...

Francisca se había levantado, trémula y aún más pálida que de costumbre. ¡Ignacio, el más aventurero de toda la familia, su hermano, desaparecido hacía diez años sin que se tuviera noticia alguna suya...!

—¿Cómo está, qué cara tiene, vestido de qué modo...? ¿Tenía aspecto de ser feliz, ó facha de pobre?

—¡Oh!—respondió el marinero:—parecía muy sano, a pesar de sus cabellos grises; por el traje creeríasele en posición desahogada, con una hermosa cadena de oro colgando del chaleco.

Y esto era todo lo que podía decir, aparte de aquel cariñoso saludo de que era portador; del desterrado no sabía, pues, otra cosa, y quizá hasta la muerte no tendría Francisca más noticias de su hermano, casi inexistente como un fantasma.

Cuando el mensajero vació un vaso de sidra, volvió á emprender su camino para ir á su aldea, más á lo alto. Entonces pusiéronse á cenar madre é hijo; no hablaron; ella, la silenciosa Francisca, estaba distraída y en los ojos le brillaba el cristal de algunas lágrimas que no se atrevían á salir francas; él mostrábase también meditabundo, turbado, pero de manera diferente que su madre: pensaba en aquel tío que corría á la ventura por alla abajo...

Cuando salió Ramuncho de la infancia, al empezar á saltar á la escuela y querer ir con los contrabandistas á la montaña, Francisca, riñéndole, solía decirle:

—Eres como tu tío Ignacio; jamás haré de ti nada de provecho.

Y era verdad que tenía de su tío Ignacio el sentirse fascinado por todo lo peligroso, desconocido ó lejano...

Si aquella noche no hablaba á su hijo de lo que acababan de saber, era porque presentía lo que soñaba Ramuncho de América y temía sus palabras ó sus decisiones. Que entre los campesinos ó las gentes del pueblo los dramas oscuros, íntimos y profundos, se desarrollan sin hablar, con conceptos que no se aclaran bien, con frases solamente adivinadas y obstinados silencios.

Cuando acababan la cena, oyeron un coro de voces jóvenes y alegres que se acercaban, acompañándose de un tambor: los mozos de Etchezar venían por Ramun-

cho para llevarlo con ellos de ronda, ir por la aldea, siguiendo la costumbre de las noches de San Silvestre, á entrar en las casas, beber un vaso de sidra y dar una serenata ruidosa, entonando canciones de antaño.

Y Ramuncho se olvidó del Uruguay y de su tío misterioso, y volvió á ser niño gozando en seguir á sus amigos y cantar con ellos á lo largo de los oscuros caminos, recreándose deleitosamente, sobre todo, al pensar que entraría en casa de los Detcharry y que por un instante volvería á ver á Madalén.

X

Llegó el tornadizo Marzo y con él la embriaguez primavera, alegre para los jóvenes, melancólica para los que trasponen la senda de la vida.

Madalén había vuelto á sentarse, al caer la tarde, en los crepúsculos ya largos, en un banco de piedra, delante de su puerta.

¡Oh! ¡Los antiguos bancos de piedra, alrededor de las casas, construídos en tiempos ya muertos para los ensueños de los atardeceres dulces y para las pláticas de amor, eternamente iguales, de los que se quieren!

La casa de Madalén era muy antigua, como la mayor parte de las del país vasco, donde los años cambian las cosas menos que en otras partes... Tenía dos pisos; un tejado alto, inclinado en rápida pendiente; paredes como de fortaleza, enjalbegadas con cal todos los estíos; ventanas muy pequeñas rodeadas de granito tallado y contraventanas verdes.

Encima de la puerta de la fachada se veía una lápida de granito, con una inscripción escrita con palabras largas y complicadas, que á los franceses no les sabía á nada conocido, y que decía: «Que nuestra Santa Virgen bendiga esta morada, construída en 1630 por Pedro Detcharry, bedel, y por su mujer Dámasa Iribarnes, del

lugar de Istaritz.» Un jardincillo de dos metros de ancho, cercado de un muro que permitía ver pasar á la gente, separaba la casa del camino; en aquél, un hermoso laurel



rosa tendía su follaje meridional sobre el banco desde donde Madalén contemplaba los crepúsculos; había, además, yucas, una palmera y grupos enormes de hortensias, que se hacen aquí gigantes, en este país de la som-

bra, bajo este clima tibio, envuelto tan frecuentemente en nubes. Por detrás, un huerto mal cerrado daba á un camino solitario, muy á propósito para paseo de novios y aventuras amorosas.

¡Qué radiantes de luz las mañanas de aquella primavera y cómo se desplegó en sus tardes tranquilas el color de rosa...!

Después de una semana de luna llena, alumbrando los campos hasta el amanecer, con rayos azules y de plata, días en que la gente de Itchúa no trabajaba—pues tan grande era la claridad de la noche y tanto se iluminaban con cristalinos resplandores los valles brumosos de los Pirineos y de España,—volvió á tener atractivos el fraude en la frontera, é hizose más sugestiva la empresa de realizarlo cuando el corvo menguante esparció una luz pálida y como de alborada. Al volver el buen tiempo ahora, tenía no pocos encantos el contrabandear en la frontera, oficio de soledad y de meditación; parecía que cuantos lo ejercían aumentaban el vigor de sus pechos, esforzados en la contemplación del cielo y de las tinieblas puntuadas por las estrellas de oro; algo de lo que sucede á los marineros que velan la marcha de los buques en medio de la noche, y de lo que ocurría en otro tiempo á los pastores de la antigua Caldea.

También era favorable este tiempo para los enamorados; los días siguientes á la luna llena de Marzo mostrábanse con sus noches obscuras, en que todo era negro en torno de las casas, negro en los caminos abovedados de árboles, y negrísimo detrás de la huerta de los Detcharry, en aquel sendero abandonado por donde nunca pasaba nadie.

Madalén gustaba estar en el banco de delante de su puerta, y cada tarde permanecía más en él.

Es que se sentaba, como todos los años, para recibir á las comparsas del Carnaval, y mirar los grupos de jó-

venes de ambos sexos, de España ó de Francia, que se organizan en primavera, para vagar errantes por espacio de algunos días y recorrer las aldeas de la frontera, bailando delante de las casas, acompañándose con castañuelas y vistiéndose con trajes blancos y rosados...

Cada vez se retrasaba más en retirarse de ese sitio, al que tanto quería, cobijado por el laurel-rosa, próximo á cubrirse de flores; algunas noches hasta se atrevía á salir al banco, sin ruido, deslizándose por la ventana disimuladamente, sin que lo supieran, á fin de sentarse allí y respirar á sus anchas, mientras su madre dormía. Ramuncho lo sabía, y el pensar en aquel banco turbaba su sueño.

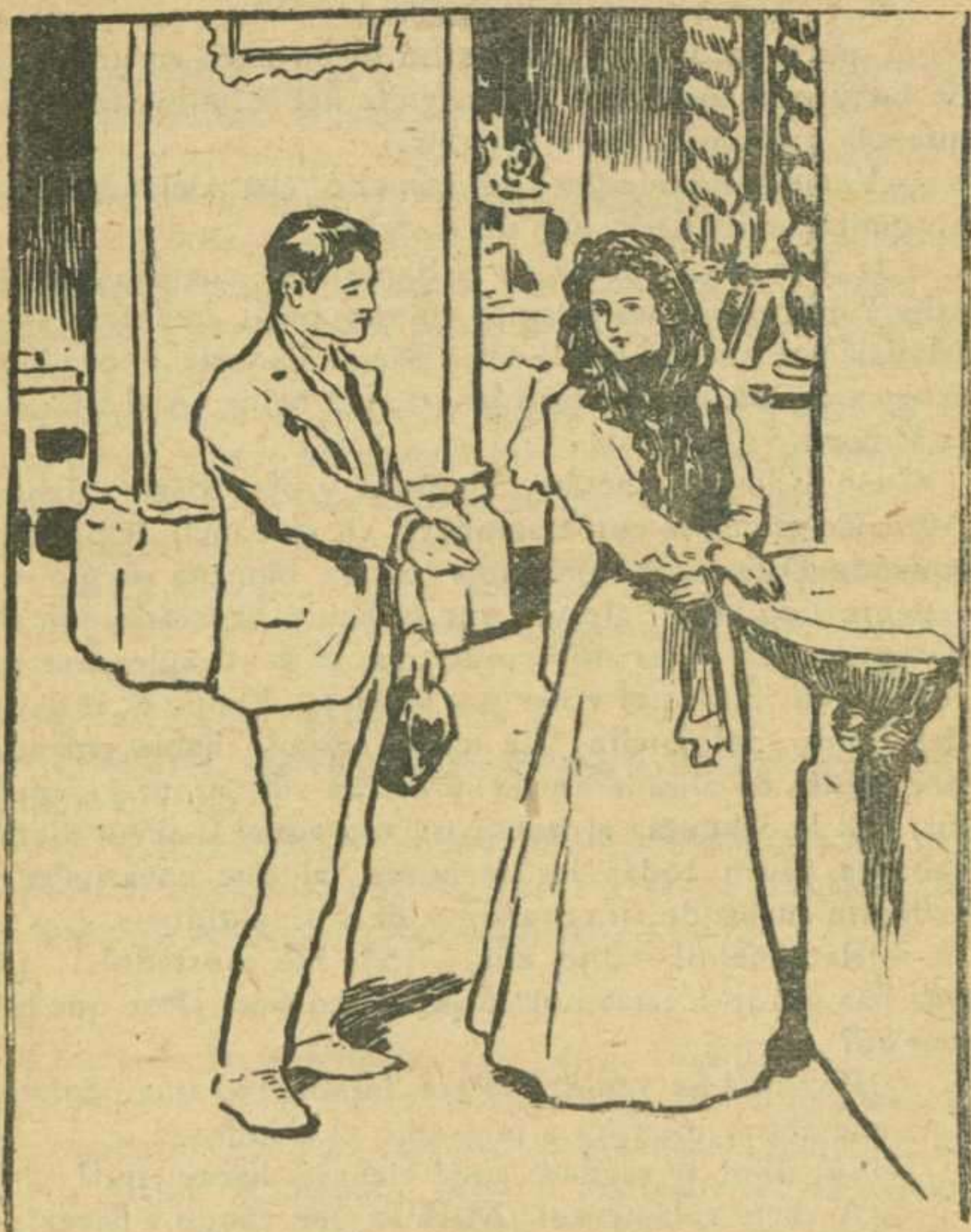
XI

Iban hacia la iglesia, juntos, Madalén y Ramuncho, una hermosa mañana de Abril. Ella, la joven, con aire entre burlón y grave, algo especial en que se mezclaban la picardía y la seriedad. Madalén llevaba á su novio á cumplir una penitencia que le había mandado hacer.

En el camposanto, los jardines donde reposaban las tumbas volvían á florecer, así como también los rosales de las paredes. Una vez más la savia nueva se despertaba, turbando el sueño perenne de los muertos. Entraron juntos por la puerta de abajo en la iglesia vacía, donde una vieja con mantilla negra, sola en el templo, sacudía el polvo de los altares.

Madalén dió el agua bendita á Ramuncho, se persignaron ambos y condújole al mozo por en medio de la nave que, desierta, aumentaba el ruido de los pasos, pisando las losas funerarias, á los pies de una imagen pendiente del muro, en un rincón de sombra, bajo el coro de los hombres.

Era la imagen una pintura reveladora de piadoso misticismo, que representaba á Jesús con los ojos cerrados,



sangrienta la frente y la expresión de angustiosa agonía: la cabeza semejaba estar separada del cuerpo é impresa sobre un lienzo gris. Por debajo se leían las *Litanias de la Santa Faz*, que han sido compuestas, como todos saben, para que las digan en penitencia los blasfemos arrepentidos. La víspera, Ramuncho había jurado terriblemente; una sarta de frases soeces y bajas, irrespetuosas

hasta para lo más grande, salió de su boca en un raptó de furioso despecho. Y Madalén le había impuesto la penitencia que ahora iba á cumplir.

—Vamos, Ramuncho—le advirtió ella alejándose;— no omitas nada de lo que decir debes.

Y le dejó solo delantz de la Santa Faz, cuando comenzaba á murmurar las letanías en voz baja, mientras que Madalén se acercaba á la vieja para ayudarle á cambiar el agua de las margaritas blancas que había en el altar de la Virgen.

Cuando llegó la noche, lánguida y perezosa, estando Madalén envuelta entre sombras, en su banco de piedra, soñando Dios sabe qué, una forma humana surgió de repente á su lado; alguno que se había acercado con alpargatas, sin hacer más ruido que el de desplegarse de seda de los buhos al volar por el aire. Venía el intruso del fondo del jardín, sin duda adonde había entrado por medio de alguna escala, y estaba allí, recto y erguido, con la chaqueta al hombro: era aquel á quien dedicaba la joven todas las ternuras, al que encarnaba el ardiente sueño de su corazón y de sus sentidos...

—¡Ramuncho!—dijo ella.—¡Me has asustado!... ¿A qué has salido á estas horas? ¿Qué quieres? ¿Por qué has venido?

—¿Por qué he venido? Para imponerte una penitencia; que ahora me toca á mí—dijo él riéndose.

—No, dime la verdad: ¿qué vienes á hacer aquí?

—¡A verte solamente! ¡Mira lo que vengo á hacer!... ¿Quieres que no nos veamos nunca?... Tu madre me aleja de ti más cada día... Y después de todo, no hacemos ningún mal; ¿no vamos á casarnos, verdad que sí? Y... ya lo ves; si lo deseas, vendré todas las noches sin que se entere nadie...

—Oh, no, no vuelvas á hacerlo, te lo suplico...

Y hablaron un instante, bajo, muy bajo, más callando

que con palabras, como si temieran despertar á los pájaros en sus nidos. Ni reconocían siquiera el sonido de su voz; tanto se turbó, tanto temblaban, cual si hubiesen cometido un crimen, el crimen delicioso y condenable de estar el uno junto al otro, envueltos en el misterio acariciador de aquella noche de Abril que incubaba en torno de la pareja tanto subir de savia, tantas germinaciones y amores...

Ramuncho ni siquiera se había atrevido á sentarse al lado de su novia; permanecía de pie, pronto á huir escondiéndose bajo las ramas al menor ruido, como un ladrón nocturno.

Y, sin embargo, cuando fué á marchar, fué ella la que le preguntó, confusa, tartamudeando, para que apenas le entendiese:

—¿Vas á venir mañana?

El, bajo su bozo naciente, sonrió al ver tan repentino cambio de ideas.

—Sí que volveré—respondióle;—¡mañana y todas las noches...! Todas las noches que no tenga trabajo, allí en España, vendré... ¡Vendré á estar contigo...!

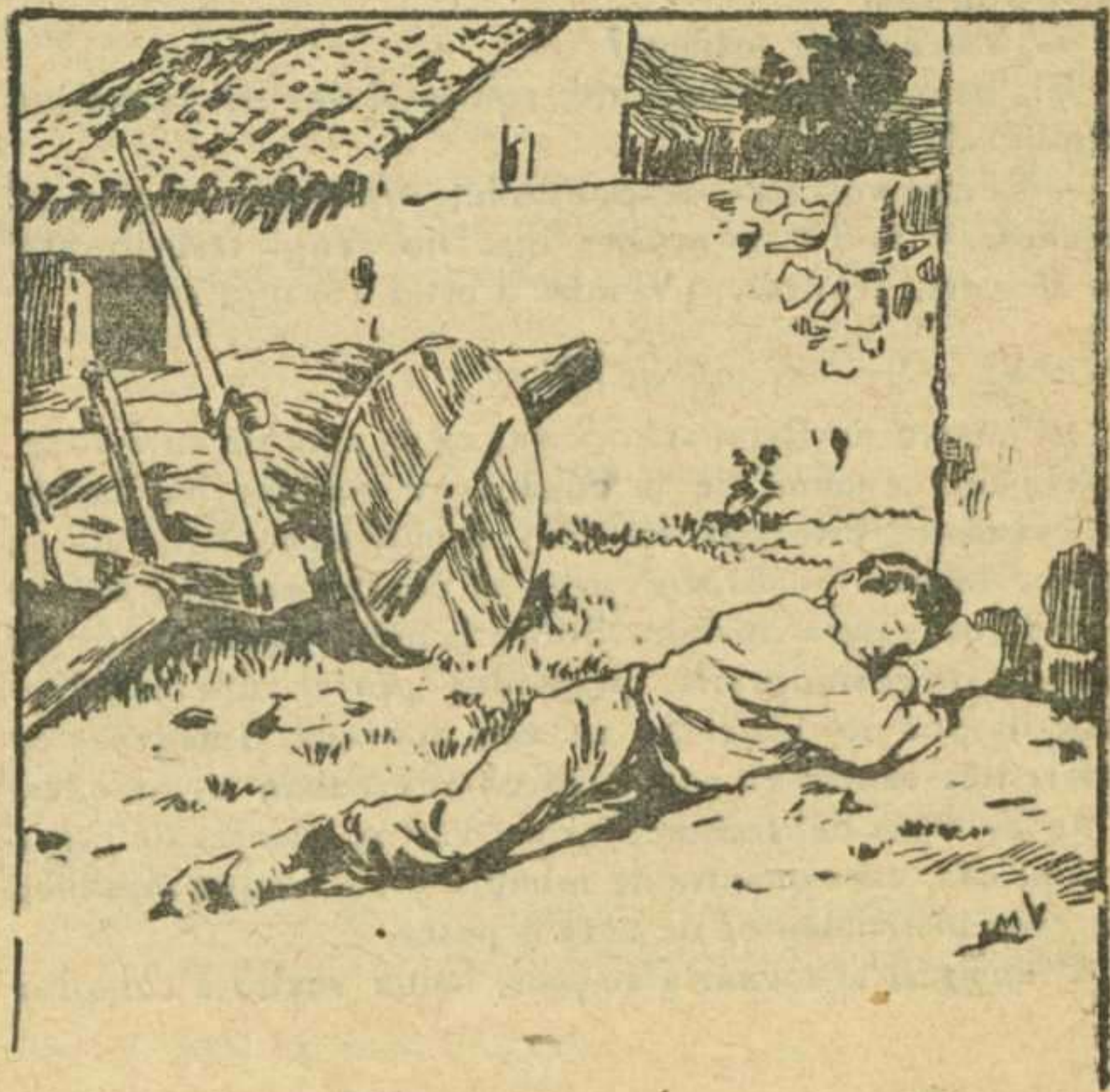
XII

El cuarto de Ramuncho caía, en la casa de su madre, justamente encima de la cuadra, y era una habitación púlcramente estucada con cal; el muchacho tenía allí su lecho, limpio y blanco, pero el contrabando le dejaba pocas horas para dormir. Sobre la mesa veíase libros de viajes y de cosmografía, prestados por el cura de la parroquia por no haberlos en esta morada. Imágenes de diferentes santos en sus cuadros adornaban las paredes, y de las vigas del techo colgaban varios guantes de jugar á la pelota, esos guantes de mimbre y cuero que más bien parecen instrumentos de caza ó pesca.

Francisca, al tornar á su país, había vuelto á comprar

esta casa, que era la de sus difuntos padres, dedicando á ello parte de la suma que le entregara el extranjero al nacer su hijo. El resto del capital lo tenía convenientemente colocado; además, trabajaba en hacer vestidos ó repasando ropa blanca de algunos vecinos de Etchezar, y tenía alquilados, á colonos de una tierra próxima, dos cuartos bajos con la cuadra, en la que metían sus vacas y sus ovejas.

A Ramuncho mecíanle en su cama diferentes y deliciosas musiteces: el ruido constante de un torrente muy cercano, algunas veces el cantar de los ruiseñores, y casi siempre las alboradas de los pájaros. En primavera, sobre todo, las vacas, sus vecinas de abajo, excitadas sin duda por el olor del heno fresco, movíanse durante la



noche toda, agitábanse sin cesar en medio de su sueño y tintineaban continuamente sus cencerros y campanillas.

Muchas veces, después de una larga expedición nocturna, echaba el muchacho la siesta, con sueño profundo, tendido á la sombra, en algún rincón de musgo ó sobre la hierba. Como los demás contrabandistas, tampoco era muy madrugador Ramuncho, comparándolo, sobre todo, con otros jóvenes de la aldea. No pocas veces se despertaba después de levantarse el sol en el horizonte, cuando ya por entre las mal juntas tablas del suelo pintábanse rayos de luz, vida y alegría que surgían del establo, cuya puerta quedaba siempre ancha, completamente abierta, después de salir el ganado á pastar al monte. Entonces iba á la ventana, empujaba la antigua puerta de castaño macizo pintado de verde, y de codos en el alféizar miraba el correr de las nubes ó el brillar del sol de la mañana naciente.

Y cuanto veía allá, en los alrededores de su casa, era verde, verde, esplendorosamente verde, como lo son en primavera todos los rinconcillos de este país de sombra y de lluvia. Los helechos, que toman en otoño un color caliente que tiende al rojo, estaban ahora, en Abril, en el brillar arrogante de su más verde frescor, y cubrían las laderas de las montañas como inmensas alfombras de rizada lana, en que las flores de digital eran como manchas rosáceas. Abajo, en una hoyada, el torrente rugía bajo las ramas. En lo alto, grupos de hayas y de encinas se agarraban á las pendientes, alternando con las praderas, y por encima de este tranquilo edén, hacia el cielo, elevábase la grandiosa cresta desnuda de la Gizune, la soberana de la región de las nubes. Distinguíase también desde la ventana, un poco más atrás que ese paisaje, la iglesia y las casas: Etchezar, solitario y alto, encaramado sobre uno de los contrafuertes pirenaicos, lejos de todo, lejos de las vías férreas que han surcado y roto la parte

baja, sea de las playas; al abrigo de la curiosidad, de la profanación de extraños ojos, y que vive aún su vida vasca de otros tiempos.

Los pensamientos de Ramuncho se impregnaban en esta ventana de paz y de serenidad humilde. Eran, por otra parte, alegres y jubilosas sus fantasías de novio, desde que estaba seguro de encontrar por la noche á Madalén en la cita prometida. Las vagas inquietudes, las tristezas indefinidas que le acompañaban antes en el rodar tenaz de sus pensares, habían huido por algún tiempo, arrojadas por el recuerdo y la esperanza de estar con Madalén en su jardín; su vida había cambiado por completo, y tan pronto como abría sus ojos, tenía la impresión de que le envolvían un misterio y un mágico encanto, en medio del verdor y de las flores de Abril. Así esa paz primaveral, todas las mañanas entrevista y reproduciéndose, parecía nueva siempre, nueva cada vez que la sentía, y al mismo tiempo muy diferente de lo que otros años fuera, infinitamente dulce para su corazón y voluptuosa para la materia, ceñida de aspiraciones insondables y maravillosas...

XIII

Es la tarde del día de Pascua; ya han enmudecido las campanas de las aldeas, ya han acabado de confundirse en el aire sus santas vibraciones, de España y de Francia surgiendo...

Sentados á orillas del Bidasoa, Ramuncho y Florentino acechan la llegada de una lancha. Reina un gran silencio; las campanas duermen. El crepúsculo, amortiguándose y desfalleciendo, se ha prolongado mucho, y al respirar el aire tibio y en calma, parece que se nota el venir del verano.

Cuando caiga la noche, la barca esperada, trayendo contrabando de fósforos, debe asomar la proa por el

lado de España. Sin que toque la orilla, los contrabandistas tienen, para coger la mercancía que descargarla yendo hacia ella á pie por el río, con perchas puntiagudas en la mano, á fin de parecer, si por casualidad se les sorprende, que se están dedicando inocentemente á la pesca de platusas.

El agua del Bidasoa semejaba un espejo inmóvil y claro, más luminoso que el cielo, donde se retratan y tiemblan las constelaciones; la cordillera española álzase enfrente, destacándose su silueta, como recortada, negruzca, en la tranquila atmósfera. Sí, ya viene el estío, el buen tiempo; se anuncia su acercarse en la noche límpida y dulce, en su tibia languidez tendida sobre este rinconcillo del mundo, donde maniobran silenciosamente los carabineros.

Pero la desembocadura que separa á los dos países parécele á Ramuncho en este instante más melancólica que otras veces, más cerrada y como entre murallas, por los negros montes, al pie de los cuales brillan apenas, aquí y allá, dos ó tres luces tristes é inciertas.

Entonces se apoderó de él, una vez más, el deseo de conocer lo que hay más allá, mucho más allá aún... ¡Oh marcharse hacia ese más allá!... ¡Sustraerse, por algún tiempo al menos, á la opresión de este país, tan querido, no obstante! Antes de la muerte, huir del peso de esta existencia monótona, siempre igual y sin esperanza de cambiarla. ¡Hacer otras cosas, salir de aquí, viajar, saber...!

Atento á la lejanía por donde la lancha debe apuntar, levanta de cuando en cuando los ojos hacia arriba, hacia el infinito, para mirarlo, para ver la luna, cuya hoz afilada del creciente, estrecha como una línea argentada, descende, y poco á poco va desapareciendo; se fija en las estrellas, cuyo andar lento y rítmico ha observado, como las gentes de su oficio, durante tantas noches, y en el fondo de

sí mismo aprecia una inquietud y un vago deseo de ansias informes al pensar en las proporciones y en el inconcebible alejamiento de cuanto vive en el cielo...

En su lugar, el párroco que le enseñara de niño el Catecismo, interesado en el despertar de su inteligencia de adolescente, le había prestado libros, hablando con él además cien veces de diferentes cuestiones como ésta de los astros, de los que, al darle el cura la noción de sus movimientos é inmensidad, había entreabierto ante el muchacho los grandes abismos del espacio y de la duración. En su alma surgieron en aquella época, levantándose como negros fantasmas, sus dudas innatas, sus terrores y la desesperación vaga que dormitaban en el fondo de su sér como la triste y sombría herencia que le había legado su padre. Su fe de vasco comenzaba á debilitarse bajo la inmensa bóveda nocturna del cielo eúskaro. En su alma luchaban la verdad de los dogmas y todo lo que hay de confuso y desordenado en su cabeza de joven, extrañamente inquieta, sin nadie que la dirija, y no llega á comprender cuanto tiene de sabio y bueno el someterse con confianza á las fórmulas venerables y consagradas, tras de las que se oculta todo lo que podemos entrever de verdades desconocidas y consoladoras.

Por otra parte, las campanas de Pascua, que el año último, sin ir más lejos, le habían llenado de un sentimiento religioso y dulce, esta vez le sonaron como una música cualquiera, más bien melancólica y casi vacía de expresión. Y ahora que acababan de enmudecer, oía con infinita tristeza venir de allá abajo, potente y sordo, el quejarse sin cesar, desde su origen, de las rompientes del Cantábrico, que en las noches en calma llega muy lejos hasta detrás de los altos montes.

Su soñar flotante y vario cambió...

La desembocadura, que ahora acaba de entenebrecerse, donde no se ven ya los montones de casas, le parece

que poco á poco torna en otro distinto su aspecto de antes, que la visión se muda; cree que, de repente, va á cumplirse allí un gran misterio... y no ve más que líneas abruptas, casi eternas, y se anonada pensando confusamente en los tiempos remotos de una antigüedad obscura que no puede precisarse... El espíritu de las edades vestustas, que surge á veces de la tierra durante las noches tranquilas, á las horas en que duermen los seres que se agitan á la luz, el espíritu de las edades rancias comenzó, sin duda, á revolotear en el aire, en su torno; no define bien el fenómeno porque la educación no ha afinado su sentido de artista y de vidente, que se muestra rudimentario y pobre, pero él percibe la noción de lo que le ocurre y la inquietud le embarga... En su cabeza bulle siempre un caos confuso que perpetuamente desea ordenar los elementos que en él se revuelven, sin conseguirlo nunca... Sin embargo, cuando los cuernos de la luna, enrojecidos y aumentados, se hundieron lentamente detrás de la montaña, negra desde la base á la cima, tomó cuanto rodeaba á Ramuncho, en un instante, un tinte extraño de primitivo y feroz; entonces la impresión suriente de las primeras épocas, flotando en el espacio, no se sabe dónde, la precisaba súbitamente, y se turbó hasta estremecerse de terror. Y al pensar sin querer en los hombres de los bosques que vivían allí, *en un tiempo*, en los tiempos tenebrosos que ni calcularse pueden, oyóse de repente, en un punto alejado de la orilla, un largo grito eúskaro, *irriutzi*, la sola cosa de su país con la que no ha podido Ramuncho familiarizarse, y que, atravesando el espacio, cruza las sombras con alarido fúnebre y prolongado... Hasta él, hasta Ramuncho, llega un ruido disonante, burlón, que allá en la lontananza se produce por el estrépito de hierros que se mueven y jadean, por el silbar estridente y de alerta: es un tren que va de París á Madrid y que pasa por allá

abajo, por detrás de él, por la raya negra de la frontera francesa. Entonces el espíritu de los tiempos antiguos, de las edades muertas, plegó sus alas de sombra, desva-



neciéndose. El silencio, tan hermoso, se ha turbado; después del pasar rápido de esa fiera anhelante, el espíritu, que ha huido, no reapareció ya...

Al fin, la barca esperada por Ramuncho y Florentino apunta á lo lejos; se divisa un poco, apenas es perceptible para ojos que no sean los de esos muchachos; aparece como una forma gris, menuda, que va dejando tras sí rizos fugaces sobre el espejo de color de cielo de las aguas, donde las estrellas se reflejan temblando. La hora

está bien escogida; es la hora en que los aduaneros vigilan peor, la hora en que se ve menos, cuando el último reflejo del sol y los del creciente de la luna se extinguen besándose y la mirada de los hombres no está aún habituada á la obscuridad.

Para ir por el fósforo del contrabando, los jóvenes cogieron sus bastones de pesca y los dos, silenciosos, entraron en el agua...

XIV

En Erribiague, aldea muy lejana, al lado de las altas montañas, celebrábase el domingo próximo un gran partido de pelota. Jugábanlo Ramuncho, Arrakoa y Florentino contra tres jugadores de los más afamados; para ejercitarse en la lid y pelotear un poco, debían venir aquéllos al frontón de Etchezar, y Madalén, con otras jóvenes de su edad, sentadas en los bancos de granito, deseaban ver prepararse para el juego en que los muchachos se entretenían. Muy lindas todas, casi elegantes, lucían trajes de colores pálidos cortados con arreglo á la última fantasía de la moda. Las muchachas se reían; se reían porque habían empezado á reirse sin saber de qué. Una nonada, media palabra dicha en vascuence sin asomo de intención por una de ellas, era la causa de esos extremos tan alegres... En este país es uno de los en que mejor suena la risa de las muchachas; tiene vibraciones claras de cristal, de juventud y de gargantas frescas.

Arrakoa estaba allí desde hacía tiempo; con el guante en el brazo lanzaba él solo la pelota, que de vez en cuando tenían que recoger los chiquillos. Pero Ramuncho y Florentino no venían. ¿En qué pensaban, retardándose tanto...?

Ya llegaron, por fin, con el sudor en la frente y el paso lento y embarazoso. Y como las jóvenes les pregun-

raran de dónde venían, con el tono burlesco que adoptan las chicas para interrogar á los muchachos, se sonrieron los dos y se golpearon en el pecho, que sonó como si de metal fuese... Por los senderos de la Gizune habían venido de España á pie cargados con moneda de cobre del cuño del gentil rey niño Alfonso XIII. ¡Vaya un negocio el de los contrabandistas! Según las cuentas de Itchúa, habían cambiado una gruesa suma de plata por aquellas monedas, que correrían á escape y á la par en las ferias próximas, en diferentes aldeas de las Landas, donde de ordinario pasan y se emplean mucho las *perras* españolas. Ellos, los dos, traían en los bolsillos, entre la camisa, pegados á la piel unos cuarenta kilos de cobre, que en abundante lluvia dejáronlos caer sobre el antiguo granito de los bancos, á los pies de las regocijadas jovenzuelas, á las que encargaron que contasen y guardaran el dinero; en seguida, habiéndose enjugado la frente y después de respirar un poco fuerte, comenzaron á jugar y saltar, encontrándose sin la carga más ágiles y ligeros que otras veces.

Aparte de los tres ó cuatro chiquillos que corrían tras de las pelotas perdidas como crías de gato, no estaban en el frontón más que las muchachas, desperdigadas en grupos en las filas bajas de aquella gradería desierta, de color rojizo, que ostentaba, entre las piedras, la hierba y las florecillas de Abril. Los trajes femeninos de indianas con marineras blancas ó rosa, eran la única nota alegre de este lugar solemnemente triste. Al lado de Madalér sentábase Paquita Dargaiñáraz, otra rubia de quince años que estaba prometida á Arrakoa, con quien iba á casarse pronto, porque, como hijo de viuda, no tenía que ir a servicio militar. Y hablando de los jugadores y alineando sobre el granito las líneas de filas de monedas, reía sin cesar el concurso de mujeres que cuchicheaban sin cansarse; y con acento cantado hacían rodar tan musicalmente

la r en los finales en rra o en rri que, oyéndolas, se hubiese dicho que el ruido que producían era el de las olas de gorriones agitándose en sus bocas.

Ellos, los jugadores, estaban tentados á la risa, y frecuentemente, con el pretexto de descansar, venían á sentarse entre las chicas. Cuando jugaban, éstas les azoraban y les intimidaban tres veces más que el público de los grandes partidos; ¡tan burlonas eran!

Ramuncho supo entonces por su novia una cosa que nunca se hubiera atrevido á esperar: que había obtenido permiso de su madre para ir á aquella fiesta de Erribrague, para asistir al partido de pelota y visitar el pueblo, que no conocía; ya estaba convenido que iría en coche con Paquita y la Sra. Dargaiñáraz; allí las encontraría, y acaso fuese fácil la combinación de volver todos juntos.

Desde hacía dos semanas, en que las citas de noche habían comenzado, era la primera vez que tenían ocasión de hablarse de día y delante de otras personas, y su trato en tal ocasión era diferente, más ceremonioso en apariencia, envolviéndose además en un suave misterio. Hacía mucho tiempo que él no la había visto tan bien y tan cerca en pleno día; porque Madalén embellecíase mucho en aquella primavera y estaba guapa, guapísima... Su pecho se redondeaba, mientras que estrechábasele la cintura; su aspecto ganaba paulatinamente en elegante distinción.

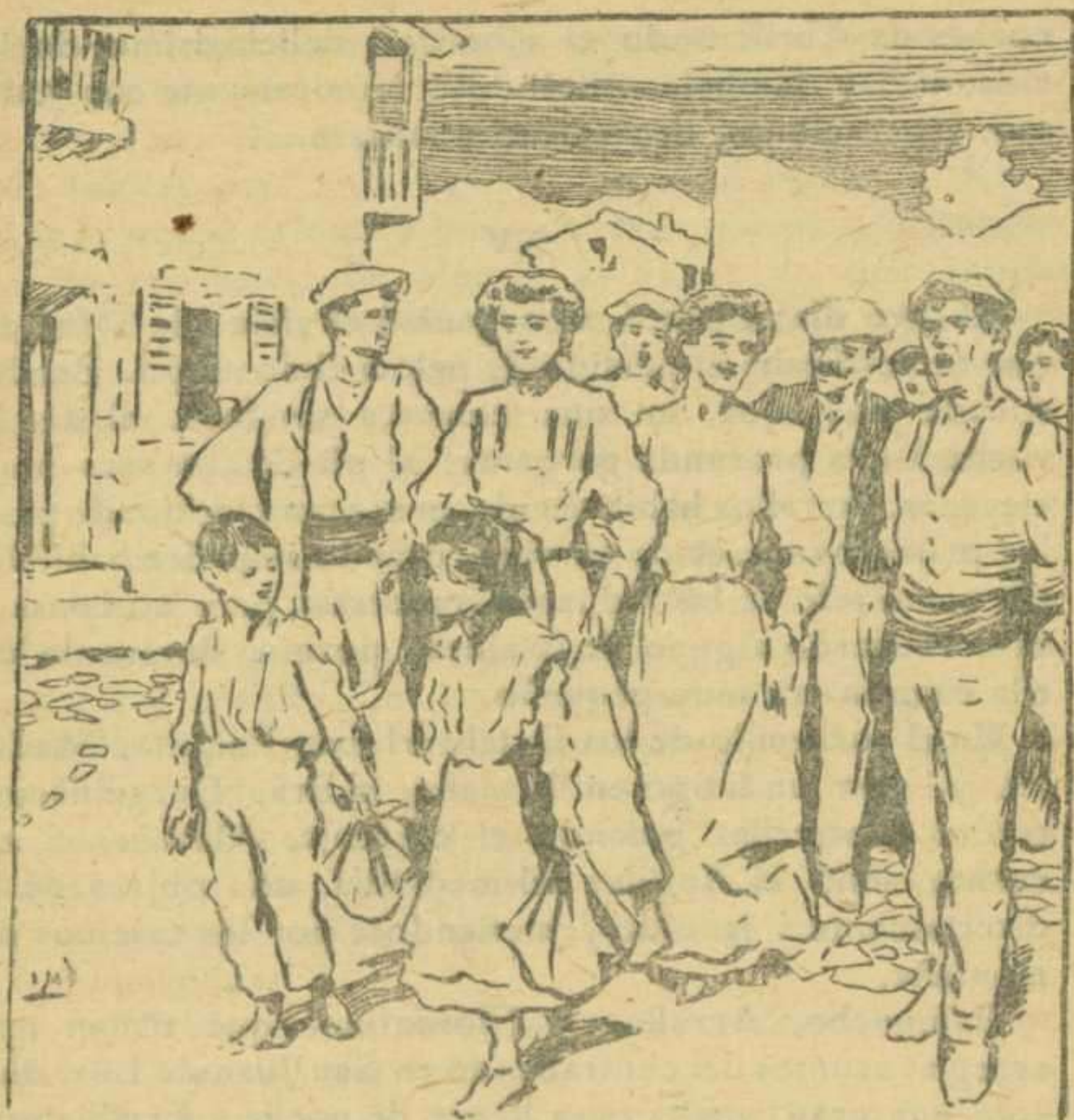
Continuaba pareciéndose a su hermano; tenía los mismos rasgos, igual óvalo perfecto; pero en los ojos cada día se diferenciaban más; mientras que los de Arrakoa, de un matiz azul verdoso que parecía desvanecerse en el fondo, se empequeñecían al mirarlos, los suyos, por lo contrario, de pupilas y pestañas negras, se dilataban ansiosos para mirar fijamente. Ramuncho no conocía en nadie otros que se les asemejaran, y adoraba en ellos la ternura franca y su interrogar ávido y profundo Mu-

cho antes de que se hubiese hecho hombre y accesible a los engaños de los sentidos, aquellos ojos se habían apoderado de su alma de niño en lo que tenía de más grande y más puro. Y ahora, en torno de tales ojos, la gran transformadora enigmática y soberana, ponía tales encantos, que le atraían irresistiblemente por una comunión suprema y misteriosa...

Tampoco los jugadores hacían siempre gran caso de las muchachas, ni de sus marineras blancas ó rosadas; se reían á veces, ellos solos, de que jugaban peor que de costumbre. Por encima de ellas, que no ocupaban más que un rincón del antiguo anfiteatro de granito, encaramábanse filas de asientos vacíos y un poco desmoronados; después veíanse las casas de Etchezar, tan felices en su aislamiento del mundo, y, al fin, en el fondo, la masa obscura, ingente, de la Gizune, llenando el cielo y confundiendo con las espesas nubes que dormían agarrándose á sus pendientes. Nubes inmóviles, inofensivas, y sin amenaza de lluvia; nubes primaverales de color de tórtola, que parecían tibias como el aire del atardecer, y allá, en una desgarradura, menos alta que la cima soberana de todo el contorno, levantábase la luna argentándose con el morir del día.

Los jóvenes estuvieron jugando, en el crepúsculo, hasta que revolotearon los primeros murciélagos, hasta la hora en que la pelota, envuelta en las sombras, no se veía por el aire. Quizá sentían inconscientemente que los instantes, tan venturosos al pasar, no volverían, y pensándolo así los prolongaban todo lo posible...

Para concluir de una vez, fueron á llevar á Itchúa, todos juntos, el dinero de España. Dividiéndolo en dos partes, lo habían puesto en dos grandes pañuelos encarnados, que una muchacha y un muchacho tenían de las puntas, y así salieron del frontón, entonando la canción de *La hilandera de lino*.



¡Cuán claro y dulce era este crepúsculo de Abril...! Había ya rosas y otras flores delante de las paredes venerables de las casas blancas, con ventanas parduscas ó verdes. Los jazmines, las madreselvas, los tilos, embalsamaban el aire. Para Madalén y Ramuncho era ésta una de esas horas de ventura que más tarde, en la tristeza angustiosa del despertar, se recuerda como un lamento á la fe desgarrante y engañada...

¡Para qué hay en la tierra tardes primaverales, hermosos ojos que os miran, sonrisas de muchachas y aliento de perfumes que exhalan los jardines al tenderse las

noches de Abril; todo el alborozo deliciosísimo de la vida, si hay también, tocándose irónicamente con todo eso, separaciones, decrepitud y muerte...!

XV

Al otro día, viernes, se organizó el viaje á la aldea en que se verificaba el partido de pelota el domingo. Estaba situada muy lejos, en una comarca sombría, al dar la vuelta á una profunda garganta, al pie de cumbres muy elevadas. Arrakoa había nacido en ese pueblo, donde pasó los primeros meses de su vida, cuando su padre habitaba allí como jefe de las Aduanas francesas; pero no conservaba recuerdo alguno de la aldea, porque lleváronlo de ella cuando era muy pequeño.

En el cochecillo de los Detcharri iban Paquita, Madalén y, con un látigo en la mano, la Sra. Dargaiñaraz, madre de aquélla, guiando el carruaje. Marcharon en cuanto sonó el *Angelus* del mediodía, con objeto de ir directamente á la aldea, metiéndose por los caminos de montaña.

Ramuncho, Arrakoa y Florentino, que tenían que arreglar asuntos del contrabando en San Juan de Luz, dieron una gran vuelta para llegar de noche á Erribiague, por la vía férrea que une á Bayona con Burgueta. Los tres jóvenes son felices y ningún cuidado les agobia; nunca boínas vascas cobijaron rostros más alegres.

Caía la noche, cuando en el tren que va á Burgueta se internaron en la tranquilidad de la región á que se dirigían. Los vagones iban llenos de gente, la muchedumbre regocijada de las tardes primaverales, volviendo de alguna fiesta; muchachas tocadas con un pañuelo de seda anudado al moño, y hombres de boína que cantan y ríen satisfechos, derrochando júbilo y bullanga. A pesar de la obscuridad, que todo lo va invadiendo, se distinguen

aún los setos blancos de los ojiacantos y los bosques, blancos también, de acacias en flor; en los compartimientos penetra el olor, suave y violento á la vez, que viene de los campos. Y sobre esta floración blanca de Abril, que la noche esfuma y borra, el tren que pasa va dejando como una estela de alegría el sonar de una antigua canción navarra, indefinidamente comenzada á plena voz por toda esa juventud que junta su algarabía ruidosa al estrépito de las ruedas y del vapor...

—¡Erribiaguel—gritan en las puertas, y el nombre recuerda á los tres jóvenes dónde están. La banda cantora había bajado un poco antes del tren, ahora silencioso, y en que aquéllos quedaron casi solos. Dormitando estaban; la noche se había tendido negra y profunda de las altas montañas cuando ellos las cruzaron en su viaje.

Saltaron á tierra un poco entontecidos, en medio de una obscuridad en que hasta los ojos de contrabandista veían poquísimo. Era ella tan grande, que sólo la rompían algunas estrellas brillando allá arriba; tanto ensombrean y velan la luz del cielo las altas cimas pesadas y como desplomándose.

—¿Dónde está el pueblo?—preguntaron á un hombre que les esperaba para recibirles.

—A un cuarto de legua, por este lado, por la derecha.

En efecto, distinguieron el trazo gris de un camino perdiéndose en lo más denso de las sombras. Y entre el solemne silencio, entre la húmeda frescura de estos valles sumidos en las tinieblas, empezaron su caminata, sin hablar, un poco caído su buen humor ante la majestad sombría de los guardianes de la frontera, los picachos cubiertos y arrogantes.

Vieron, al fin, el arco curvo de un puente viejo, tendido sobre un torrente; después, la aldea dormida, por ninguna claridad anunciada. Una luz brillaba, sin em-

bargo, en la posada, que está allí cerca, adosándose al monte, corriendo á sus pies el agua viva y murmuradora.

Se les condujo á habitaciones muy pequeñas, de buen aspecto, de aspecto de limpieza, á pesar de su vetustez extremada; eran bajas, como aplastadas por enormes vigas, y en sus paredes, blanqueadas con cal, mostrábanse imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de santos.

Después bajaron á cenar al comedor y se sentaron entre dos ó tres ancianos, que tenían trajes de otra poca. Ancha faja y negra blusa, muy corta, con muchos pliegues. Arrakoa, vanidoso de su ascendencia, no pudo contenerse y les preguntó si habían conocido á Detcharry, jefe de la Aduana hacía unos dieciocho años.

Uno de los ancianos, mirándole fijamente, adelantando la cabeza, con las manos sobre los ojos á manera de pantalla, le dijo:

—¡Ah, tú eres hijo suyo; ya me acuerdo. Te pareces mucho á él... ¡Detcharry! ¡Vaya si recuerdo á Detcharry...! ¡Aquí, donde me ves, me cogió más de doscientos fardos de mercancías...! Pero eso no importa; ¡ahí va, trae esa mano si eres su hijo!

Y el antiguo contrabandista, que fué un famoso jefe de cuadrilla, sin rencor alguno, con efusión, estrechó la mano de Arrakoa.

El nombre de Detcharry se había conservado en Escribiague, rodeado de cierta aureola gloriosa, por sus astucias, sus emboscadas, sus capturas de contrabando, con las cuales reunió una renta pequeña, de que ahora gozaban Dolores y sus hijos.

Arrakoa se enorgullecó de la memoria que conservaban de su padre, mientras que Ramuncho bajó la cabeza, sintiéndose, al no tenerlo, de condición más humilde y obscura.

—¿Por casualidad estás también en la Aduana, como tu difunto padre?—continuó el anciano con tono chancero.

—No, precisamente... todo lo contrario...

—¡Ah, muy bien, lo comprendo...! Entonces cnoca otra vez, muchacho. El saber que el hijo de Detcharry es, como nosotros, contrabandista, me venga del padre.



Trajeron sidra y bebieron juntos, mientras los ancianos contaron una vez más las hazañas y las astucias del tiempo viejo, todas las antiguas historias de las noches de la montaña; hablaban en vascuence, algo diferente del de Etchezar, donde se conserva más limpio en la articulación, más incisivo, acaso más puro. Ramuncho y Arra-

koa extrañaron este acento de la región alta que dulcifica las palabras y las canta; estos narradores de blanca cabellera le parecían extranjeros, cuya conversación sonaba como una serie de estrofas monótonas indefinidamente repetidas, al igual de las antiguas lamentaciones. Cuando callaban, entraban de fuera los ruidos ligeros de la campiña, la sosegada frescura de las tinieblas. Los grillos cantan; á los pies de la posada corre y gruñe el torrente; á lo lejos se oye el gotear del agua en las soberbias cimas sublimadas á lo alto, que tapizan espesas capas de hoja y por donde serpean fuentes vivas... La reducida aldea duerme aplastada y perdida en su concavidad de hoyo profundo; ante este cuadro se tiene el sentimiento de que la noche de aquí es más negra que la de otros sitios y más cuajada de misterios.

—¡Oh!—siguió el antiguo jefe de contrabandistas,— la aduana y el contrabando son, en el fondo, la misma cosa: todo consiste en jugar á ser más listo y más atrevido, ¿no es verdad? Yo voy á deciros mi opinión, y es que un aduanero decidido y sagaz, un aduanero como tu padre, por ejemplo, vale tanto como cualquiera de nosotros.

La posadera vino á advertir que era la hora de apagar la luz. La última luz encendida en la aldea, y los contrabandistas de antaño se fueron. Ramuncho y Arrakoa subieron á sus habitaciones, se acostaron y se durmieron oyendo el incesante cantar de los grillos y el no acabado murmullo de las aguas frescas deslizándose ó cayendo. Ramuncho, como en su casa de Etchezar, percibía vagamente el tilinteo de los cencerros colgados del cuello de las vacas, las que, en su dormir, los agitaban débilmente debajo de él, en las cuadras.

XVI

Ya abren, en hermosa mañana de Abril, los cristales de sus estrechas ventanas, atravesados por la luz como atraviesan los dardos el espesor de una muralla ruinosa.

De repente oleadas de fúlgida claridad les ciegan y deslumbran. La primavera resplandece en los campos. No habían visto nunca como ahora, sobre sus cabezas, cumbres tan altas y tan próximas. A lo largo de las pendientes hojosas, á lo largo de las montañas que los árboles ornan, descende el sol para radiar en el fondo del valle sobre la blancura de la aldea, sobre la cal de las casas viejísimas de verdes ventanas.

Los dos despertaron pletóricos de juventud en sus miembros, de alegría en el corazón. La mañana les promete, allá abajo, en el campo, en casa de los primos de la Sra. Dargañáraz, una visita á las dos muchachas que la víspera, por la tarde, debieron de llegar en coche: Madalén y Paquita.

Después de una mirada al frontón, donde irían á pelotear un poco por la tarde, pusiéronse en camino por estrechas sendas, magníficamente verdes, que se ocultan en lo profundo de los valles, costeano los frescos torrentes. Las digitales en flor se yerguen por todas partes con sus varas rosadas por encima del conjunto calado é infinito de los helechos.

A lo lejos se ve la casa de los primos Olagáraz; de vez en cuando tienen que detenerse para conocer el camino, preguntando por él á los pastores, ó bien llaman aquí y allá, en las puertas de algunas casas solitarias que yacen bajo la verde cubierta de las ramas. No habían visto nunca los jóvenes albergues tan viejos como éstos de los vascos, ni ninguno tan primitivo, adormeciéndose á la sombra de gigantescos castaños.

Las profundidades por donde van aparecen, extraña-

mente encajonadas las unas en las otras. Por encima de esos inmensos bosques de encinares y hayedos que parecen colgados de lo alto, muéstranse soberbias cimas desnudas, toda una zona abrupta y calva, de un pardo obscuro, que apunta en el azul intenso del cielo. Abajo, es la región abrigada y musgosa, verde y profunda, no quemada jamás por el sol y donde Abril luce toda su magnificencia fresca y exuberante.

Ellos también, andando los dos por estos senderos que cubren digitales y helechos, participan del primaveral esplendor.

Poco á poco, con el contento de verse allí y bajo la influencia del sitio milenario, se encienden fieros en sus almas los primitivos instintos de la caza y de la destrucción. Arrakoa, especialmente, se excita, salta de aquí para allá, rompe, arranca hierbas y flores; se inquieta ante todo lo que se mueve entre el follaje tan verde, ante los lagartos, que podría coger, los pájaros que revolotean y las hermosas truchas que nadan en el agua límpida; salta, salta; querría en aquel instante cañas de pescar, palos, escopetas; realmente se revela un poco salvaje en el desplegar de sus viriles dieciocho años áureos... Ramuncho se apaciguó pronto; apenas vió las primeras ramas rotas, los primeros puñados de flores arrancadas, se recogió en sí mismo; contemplando el paisaje soñó...

Se detuvieron en una encrucijada de valles encontrados, en un lugar perdido, desde donde no se veía ninguna habitación humana. A su alrededor se agolpan gargantas sombrías, donde se confunden grupos de encinas centenarias; por encima, por todos los sitios, un pesado amontonamiento de montañas de color rojo, quemado por el sol. Por ninguna parte vese indicio alguno de tiempos nuevos; reinan solo el silencio y la paz de las épocas primitivas. Levantando la cabeza y mirando hacia las cumbres morenas, se ve muy lejos el caminar de

aideanos por senderos que no se distinguen, guiando, delante de ellos, borriquillos de contrabandistas, pequeñísimos como insectos; á esa distancia van pasando los caminantes, silenciosos, por el flanco de la montaña; son los vascos de otros tiempos confundidos, cuando se les mira desde abajo, con la tierra rojiza de donde salieron y donde volverán á entrar después de vivir como sus antepasados, sin sospechar las cosas de nuestra época, las cosas de *más allá...*

Ramuncho y Arrakoa se quitaron las boinas para enjugarse la frente; hacía tal calor en aquellas gargantas por donde tanto corrieron y saltaron, que el sudor bañaba su cuerpo. Se está muy bien allí gozando del espectáculo de la Naturaleza; pero querían llegar al lado de las dos muchachuelas que les aguardan. Mas ¿á quién preguntar ahora por el camino, si no hay nadie en aquellos contornos?

—*Ave María*—dijo cerca de ellos, saliendo de la espesura del ramaje, una voz ronca.

Y la exclamación continuó con una serie de palabras dichas en decrecimiento rápido, apresurado; es una oración en vascuence murmurada con jadeos de sofoco y pérdida de aliento, comenzada muy alto para acabar desfallecida y casi en silencio. De entre los helechos apareció un anciano mendigo, terroso, belludo, gris, encorvado sobre su makila, como un hombre de los bosques.

—Toma—le dijo Arakoa echando mano al bolsillo.— Pero vas á llevarnos á la casa Olagaray, si quieres ganar nuestra limosna.

—¡La casa Olagaray!—responde el anciano.—Vengo de ella, hijos míos, y en ella estáis.

En efecto, ¿cómo no la habían visto a unos cien pasos, cual un peñón negro, por entre la fronda del castaño?

En un sitio donde las esclusas juguetean murmurantes, bañadas por el torrente, mostrábase entre los casta-



ños seculares la casa de Olagaray, grande y antigua. La tierra, roja á su alrededor, la socavan y desnudan las aguas que bajan del monte; raíces enormes parecen querer estrecharla como monstruosas serpientes grises, y el lugar todo, amenazado en todas direcciones por las masas pirenaicas, es rudo y trágico.

Pero dos jóvenes están allí sentadas á la sombra; con sus cabelleras rubias y lindas marineras color de rosa, parecen encantadoras hadas de hoy en medio de la deco-

ración salvaje y vetusta... Se las ve que se levantan de sus asientos y que, dando gritos de alegría, corren al encuentro de los visitantes.

Hubiese sido mejor, sin duda, entrar desde luego en la casa para saludar á las personas mayores; pero creen que no se les ha podido ver venir, y prefieren comenzar por sentarse cada cual al lado de su novia, á la orilla del arroyo, sobre las raíces gigantescas. Y como por casualidad, las dos parejas se las arreglan de tal modo, que no se estorban mutuamente, quedando una oculta á la otra por las rocas y las ramas.

Y comienzan una conversación larga: Arrakoa con Paquita, Ramuncho con Madalén...

¿Qué pueden decirse hablando tanto y tan de prisa?

A pesar de que el acento de esa parla es menos melódico que el del país, de que los muchachos se extrañaran el día antes, creeríase, así y todo, oír estrofas medidas y rimadas, una especie de música infinitamente dulce, en la que las voces de los varones se atenúan hasta parecer de niños.

¿Qué es lo que se pueden decir para hablar tan alto y tan rápidamente, al borde del torrente, en esta áspera concavidad, bajo el sol abrumador del mediodía...? ¡Dios mío! Lo que se dicen apenas si tiene sentido; es más bien una especie de murmullo propio de los enamorados, algo como el canto apagado de las golondrinas en la estación en que construyen sus nidos. Es una charla infantil tejida de incoherencias y repeticiones. No, apenas si tiene sentido, á menos que se tenga por tal lo que hay de más sublime en el mundo, lo que más profundo y verdadero es posible expresar con palabras terrestres... Lo que se cuentan no quiere decir nada, pero es el himno eterno y maravilloso por el cual únicamente ha sido creado el lenguaje de los hombres y de los irracionales, y junto al cual todo está vacío y es vano y miserable.

Hacía un calor que anogaba en el fondo de aquella garganta, empotrada en la profundidad del valle; á pesar de la sombra de los castaños, los rayos de sol tamizados por entre las hojas, abrasan. Y la tierra desnuda, de color sanguinoso, la vejez extrema de la casa vecina, la antigüedad de los árboles, dan á los alrededores, mientras los novios hablan, un aspecto algo áspero y hostil.

Nunca Ramuncho había visto á su amiguita tan coloreada por el sol; tiene en sus mejillas la hermosa sangre roja, afluída allí para teñir la piel mate, la piel fina y transparente; Madalén, por su matiz de rosa en la cara, parece una de las flores de la digital.

Moscas y mosquitos zumban en sus oídos. Uno de los insectos picó á Madalén en lo alto de la barba, casi en la boca, y la mozuela, empeñada en aliviarse el escozor del aguijonazo, quiso pasar la punta de la lengua por el sitio herido, arañárselo y morderlo con sus dientecillos. Ramuncho, que mira esto de cerca, desde muy cerca, se sintió presa de una languidez súbita, y cual si se divirtiese, estiró violentamente los brazos como si se desperezara.

La niña volvió á insistir en su labor porque el labio le seguía escociendo, y él, Ramuncho, de nuevo echó los brazos y el dorso hacia atrás.

—¿Pero qué haces, Ramuncho, estirándote como un gato?

Y ya no le fué posible contenerse; á la tercera vez, cuando Madalén se mordió en el sitio de la heridilla, al mostrar aún el extremo puntiagudo de la lengua, Ramuncho se inclinó, vencido por irresistible vértigo, y mordió también en el fresco labio que el mosquito picara, suavemente, sin apretar, como se hincan los dientes en un fruto rojo al que se tiene miedo de despachurrar.

Hubo un silencio de delicioso espanto, durante el que los dos se estremecieron, ella tanto como él; los labios

de Madalén temblaban como recordando el contacto sobre ellos del naciente y negro bozo.

—¿Estás incomodada? Dilo

—No, Ramuncho mío, no estoy incomodada, no...



Entonces, completamente olvidados de todo, envueltos en aquel aire lánguido y bochornoso, se dieron, por primera vez en su vida, el beso puro y largo de los que se quieren...

XVII

A la mañana siguiente, domingo, habían ido religiosamente todos juntos á oír una de las misas de madrugada, para poder volver el mismo día á Etchezar, después del gran partido de pelota. La vuelta, más que el juego, interesaba á Madalén y Ramuncho, ya que tenían la espe-

ranza de que Paquita y su madre se quedaran en Erribiague, y ellos se marcharían, el uno junto al otro, bajo la vigilancia indulgente y ligera de Arrakoa; cinco ó seis horas de viaje, los tres solos, por los primaverales caminos, bajo la fronda nueva, con deliciosas paradas en aldeas desconocidas.

Desde las once de la mañana de aquel hermoso domingo se llenaron de montañeses las cercanías del frontón, bajados de las cumbres para acudir á la fiesta desde los más agrestes caseríos de los contornos. Jugaban un partido internacional tres jugadores de Francia contra tres de España, y entre el público dominaban los vascos españoles; aquí y allá veíase de vez en cuando algún sombrero ancho y trajes y polainas de tiempos antiguos.

Se saludaron con rancia cortesía los jueces de ambas naciones designados por la suerte, y se empeñó el partido en medio del mayor silencio, bajo un sol agobiador que abrumaba á los jugadores, á pesar de la boina echada sobre los ojos á modo de visera.

Ramuncho, primero, y más tarde Arrakoa, fueron aclamados como triunfadores. Se miraba también á aquellas dos jóvenes extrañas al pueblo, tan atentas á la lucha, en primera fila, tan bellas con sus elegantes marineras color de rosa, y se decía de asiento en asiento: «Son las novias de los dos mejores jugadores.» Madalén, que oyó la frase, estaba orgullosa de su prometido.

Son las doce. Estaban jugando desde hacía una hora. El antiguo paredón, con su remate redondeado como el de una cúpula, se resquebrajaba de sequedad y de calor bajo su capa de ocre amarillento. Los grandes macizos pirenaicos, más próximos aún que en Etchezar, más aplastantes y más altos, dominaban con su elevación á aquellos insignificantes grupos de hombres reunidos en

un repliegue prorundo de los flancos de la cordillera. El sol caía á plomo sobre las toscas boínas, sobre las cabezas desnudas de las mujeres, calentando los cerebros y enardeciendo el entusiasmo. La multitud apasionada voceaba, y la pelota iba cruzando el aire, cuando comenzó á sonar dulcemente el *Angelus*. Entonces un anciano, lleno de costurones, ennegrecido, que esperaba esta señal, embocó su clarín—su antiguo clarín de los zuavos de Africa—y tocó el «á los campos». Se vió entonces que se levantaban las mujeres de sus asientos; las boínas cayeron de las cabezas, dejando ver cabellos negros, rubios ó blancos, y el pueblo entero se santiguó, mientras los jugadores, con el pecho y la frente cubiertos de sudor, inmóviles en lo más reñido de la pelea, permanecían en piadoso recogimiento, con la cabeza inclinada hacia el suelo...

Acababan las dos, el partido había terminado, y para los franceses gloriosamente. Arrakoa y Ramuncho subieron á su cochecillo, llevados á él entre aclamaciones por todos los jóvenes de Eribiague; Madalén se sentó entre ellos y marcharon por su larga y encantadora ruta, con los bolsillos repletos del dinero que acababan de ganar, ebrios de alegría, de ruido y de sol.

Ramuncho, que guardaba en su bigote naciente el gusto del beso de la víspera, tenía ganas, al irse, de gritar á todos: «Esta mozuela que veis, tan hermosa, es para mí. ¡Sus labios son para mí; los tuve ayer entre los míos y esta noche los volveré á tener!»

Marcharon, y pronto encontraron nuevamente el silencio en los valles umbrales, tapizados de digitales y helechos...

Rodar horas y horas por las estrechas sendas de los Pirineos, cambiar de sitio casi todos los días, recorrer el país vasco en todos sentidos, ir de un pueblo á otro, llamado aquí por una fiesta, allá por una aventura en la

frontera, era al presente la vida de Ramuncho, la viderrante á que le obligaban el juego de pelota durante el día y el contrabando por la noche.

¡Cuántas subidas y bajadas en medio del monótono desplegamiento de verdegueante decoración...! ¡Qué de bosques de encinas y de hayas, casi vírgenes, permanecían allí, como en otros tiempos, en la tranquilidad de los siglos que vuelan...!

Cuando pasaban por alguna antigua mansión, perdida entre estas soledades de árboles, disminuían la marcha para entretenerse en leer, encima de la puerta, la tradicional inscripción grabada en el granito: «¡Ave María! En el año 1600, ó en el 1500, un Fulano de tal, de éste ó el otro pueblo, mandó construir esta casa para vivir con doña Mengana, su esposa.»

Muy lejos de toda morada de hombres, en un rincón de la concavidad por donde iban, y donde hacía más calor que en otros sitios, encontraron, al abrigo de los vientos, un vendedor de santos, que se enjugaba la frente. Había dejado en el suelo el cestaño lleno de estampas de santos y santas pintarrajeadas, con marcos dorados, y de las que, con sus leyendas en eúskaro, gustan tanto los vascongados para colgarlas de las blancas paredes en las habitaciones. Estaba allí este hombre agotado de fatiga y de calor, como varado entre los helechos, en el recodo de uno de esos estrechos senderos de la montaña que serpean bajo las encinas.

Madalén quiso bajar del coche y comprar una virgen.

—Es—le dijo á Ramuncho—para ponerla, más tarde, en *nuestra casa*, en recuerdo...

Y la imagen, brillante en su marco de oro, fué con ellos bajo las largas bóvedas verdes.

Dieron un rodeo porque querían pasar por el valle de los Cerezos, no con la esperanza de encontrar ya cerezas en Abril, sino para enseñar á Madalén este sitio, que es muy renombrado en todo el país vasco.

Era cerca de las cinco y el sol iba declinando, cuando llegaron allí. Desplegábase una región umbrosa y en calma, donde iba á descender el sol de primavera para acariciar la magnificencia de las hojas abrileñas. El aire corría suave y fresco, embalsamado por el olor del heno, por el perfume de las acacias. Las montañas altísimas, sobre todo hacia el Norte, por lo que el clima era más dulce, rodeaban este lugar por todas partes, derramando sobre él el misterio melancólico de los edenes cerrados.

Fué una grata sorpresa el ver los cerezos: ¡rojeaban ya, á 20 de Abril!

No había nadie por estos caminos, sobre los que los grandes cerezos tendían, como un techo, sus ramas tachonadas de perlas de coral.

Aquí y allá, únicamente esparcidas, veíase algunas casas de verano todavía sin habitar, algunos jardines abandonados é invadidos por las altas hierbas y las zarzas de los rosales silvestres.

Pusieron al caballo al paso, y los tres á la vez, abandonando las riendas y sosteniéndose de pie en el coche, se entretuvieron en comer cerezas cogidas de los árboles, al pasar, sin detenerse.

Después colocaron ramitos rojos en sus ojales y cogieron ramas con sus frutos còlgantes para ponérselas al caballo en la cabeza, en los aparejos, para adornar el farol: se hubiera creído que era aquél un cochecillo preparado para una fiesta de la juventud y de la alegría...

—Démonos prisa ahora—dijo Madalén;—que esté bastante claro aún, cuando lleguemos á Etchezar, para que la gente nos vea pasar adornados como vamos.

En cuanto á Ramuncho, al acercarse el crepúsculo

suave y tibio, pensaba en la cita de la noche, en el beso que se atrevería á dar otra vez, parecido al de la víspera, volviendo á coger la boca de Madalén entre sus labios como una cereza encarnada...

XVIII

¡Mayo! Brota la hierba, se yergue por todas partes formando suntuoso tapiz, como terciopelo de larga seda surgiendo de la tierra.

Para regar la región vasca, que permanece todo el estío húmeda y verde como una especie de Bretaña más cálida, las brumas errantes sobre el Cantábrico se reúnen y conglomeran en el fondo del golfo, se detienen en las pirenaicas crestas y se deshacen en lluvia. Y caen largos chaparrones que refrescan el ambiente, y tras de los cuales la tierra se cubre de flores y se percibe el olor á heno nuevo.

A lo largo de los caminos se espesan, anticipadamente, matorrales y zarzas; los senderos se festonan de grama que se aprieta brillante; por todas partes lucen en profusión magníficas margaritas gigantes, el botón de oro de alto tallo, la esparceta de flores rosadas y las malvarrosas, anchas como las de la primavera algeriana.

En los largos crepúsculos, dulces y tibios, de pálido irisado ó de matiz azul ceniciento, las campanas, al caer de la tarde, pregonan en el aire el Mes de María y llaman á los cultos que á la Virgen se dedican, bajo la masa de nubes agarradas á las pendientes de los montes, flotantes en sus picos como banderas.

Durante el mes de Mayo, Madalén iba á la iglesia á todas horas, puede decirse, con las monjitas vestidas de negro, las de las charlas discretas y sin importancia, las de las risas pueriles y sin vida. Apresurando el paso cuando las sorprendía en la calle el aguacero, atravesaban el camposanto lleno de rosas, juntas, siempre juntas.

la novia que ocultaba sus amores, con sus trajes claros y alegres, y las religiosas arrebujaadas en sus largos velos de luto; de día llevaban ramilletes de flores blancas de



margaritas, haces inmensas de grandes azucenas; al anochecer iban al templo á cantar en la nave, más sonora aún que por la mañana, los cánticos dulcemente jubilosos á la Virgen María...

«¡Venid y vamos todos!... ¡Salve, Reina de los Angeles!... ¡Estrella de los mares... Salve!»

¡Qué arrobadora la blancura de las azucenas, iluminadas por los cirios, con sus blancos pétalos y sus martilletes amarillos de polvo de oro! ¡Qué bien huelen en los jardines ó en la iglesia durante los primaverales crepúsculos...!

En cuanto Madalén entraba en la iglesia, al anochecer, al apagarse moribundo el sonar de las campanas—dejando la penumbra del cementerio cuajado de flores por la noche—del templo, estrellado por las luces de los cirios, cambiando el olor de heno y de rosas por el del incienso, y el de los grandes lirios cortados y frescos, pasando del aire tibio y lleno de vida de fuera al frío pesado y sepulcral que los siglos amontonan en los antiguos santuarios, se apoderaba de su alma de súbito una tranquilidad reposada y serena, un apaciguamiento de todos sus deseos, que era como el renunciar á todas sus alegrías terrestres. Y después, al verse arrodillada, al cruzar volando bajo la nave de infinitas sonoridades los primeros cánticos, sentíase presa del éxtasis, en un estado de ensueño lleno de visiones, donde columbraba en confusa aparición blancos fantasmas y fantásticas figuras pasando ante ella; lo blanco, lo blanco le abrumaba por todas partes; las azucenas, miriadas de azucenas en haces y ramos, blancas alas, trémulo aleteo de ángeles...

¡Qué delicia quedar así mucho tiempo, olvidarlo todo, sentirse pura, santificada y sin mácula, bajo aquella mirada de fascinación inefable y dulce, bajo la mirada de irresistible llamamiento que dejaba caer desde lo alto del tabernáculo la santa Virgen, la de las flotantes vestiduras blancas...!

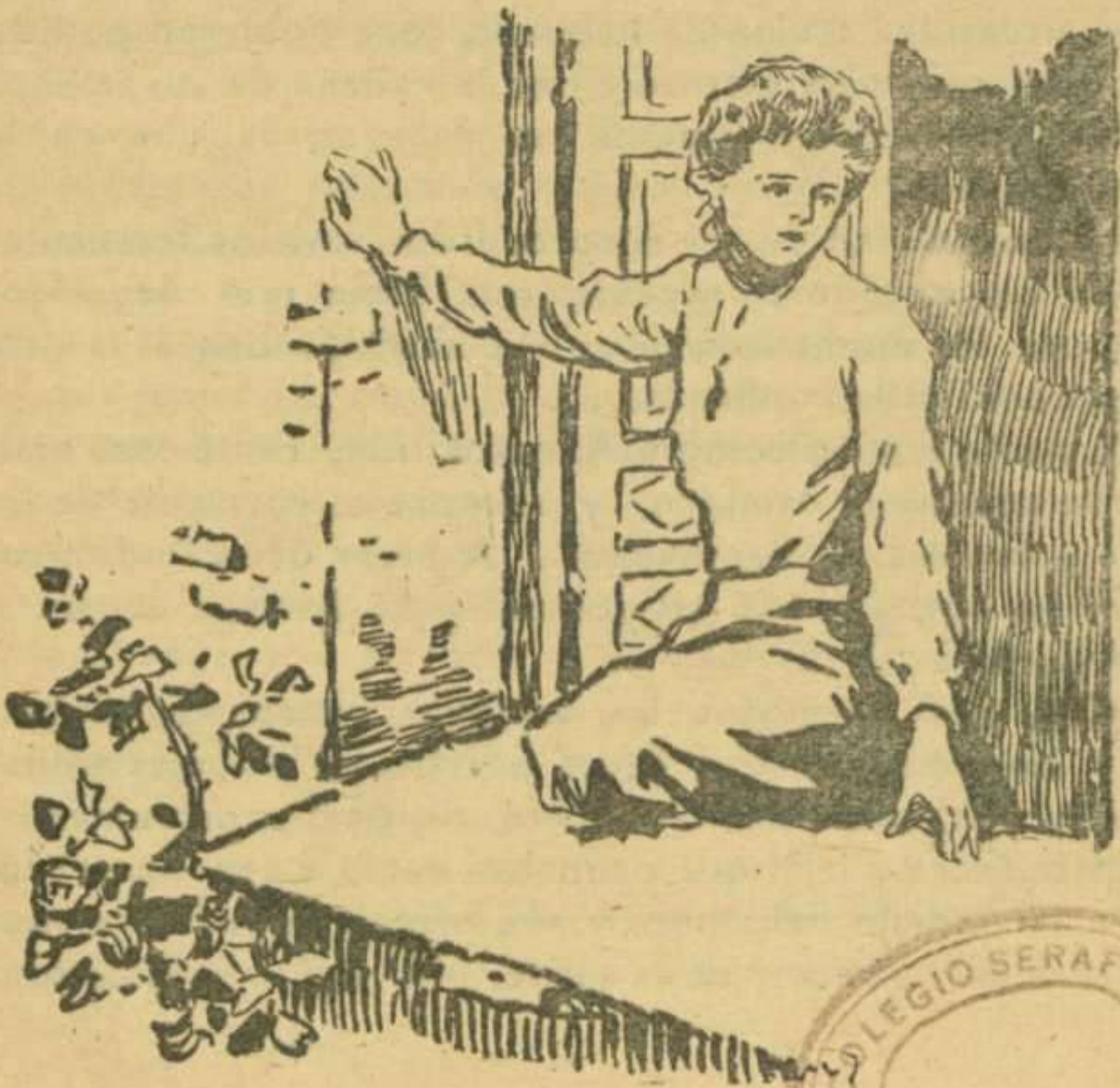
Pero cuando salía del templo, cuando la primavera noche le envolvía de nuevo en tibiezas enervadoras y soplos de vida, el recuerdo de la cita prometida la víspera, como todas las vísperas, barría como un viento huracanado las piadosas visiones extáticas. Esperando el

suave acercarse de Ramuncho, el olor de sus cabellos, el rozamiento débil de su bozo, el sabor de sus labios, creíase pronta á desfallecer, á rendirse como herida en medio de amigas extrañas que se apiadaban de ella, de las apacibles y espectrales monjitas negras.

Y al llegar la hora, á pesar de todas sus resoluciones, estaba allí ansiosa y febril, al acecho del más leve ruido de pasos, golpeándole el corazón si se movía una rama del jardín en el silencio de la noche, torturada por el más pequeño retraso del bien amado.

Llegaba él, siempre con cauteloso paso, como un merodeador nocturno, la chaqueta al hombro, desplegando el mismo lujo de precauciones y astucias que para el más peligroso contrabando.

En las noches lluviosas, tan frecuentes durante las



primaveras vascas, Madalén se quedaba en su cuarto del piso bajo, y él se sentaba en el alféizar de la abierta ventana, no atreviéndose á entrar por no tener permiso para ello. Y allí se estaban, ella dentro, fuera él, pero uno al lado del otro, cábaza con cabeza, y con las mejillas juntas en largo y dulcísimo contacto.

Cuando la noche era buena, Madalén saltaba por esta ventana baja para esperarle en el jardín, y entonces, sentados en un banco, estaban largo tiempo, muy cerca los dos, casi sin hablar. No había entre ellos los continuos cuchicheos en voz baja tan frecuentes en los novios; no, permanecían, más bien, silenciosos.

Al principio no se atrevían á decirse nada por miedo á que los descubrieran, que los menores murmullos se extienden y aumentan en la noche. Después, viendo que nada nuevo amenazaba su vida, que así transcurría feliz, ¿qué necesidad tenían de hablarse, qué hubieran podido expresar que valiese tanto como la cadena de sus manos unidas y el lazo que juntaba sus cabezas, la una en la otra apoyada?

La posibilidad de ser sorprendidos tenía los frecuentemente con el oído en acecho, que hacía más deliciosos después los momentos en que se abandonaban á la otra vez conquistada confianza...

A nadie temían como á Arrakoa, muy cauteloso, amigo de aventuras también, y siempre al corriente de las idas y venidas de Ramuncho... A pesar de su indulgencia y no obstante sus proyectos, ¿qué haría si llegase á descubrirles...?

¡Oh, qué hermosos los antiguos bancos de piedra, bajo las ramas, delante de las puertas de las casas solitarias, cuando se tienden las noches, tibiamente perfumadas, de primavera...! El que ocupaban venía á ser un verdadero escondrijo del amor, y aún ofrecía todas las noches, desde el morir de la tarde, una dulce música can-

taña desde los agujeros de la pared vecina por los sapos, que daban á cada minuto una nota breve, clara, sonora, con vibraciones de cristal y garganta de niño. Se produciría algo semejante á este sonido, tocando aquí y allá sin apoyar ni tener nunca la nota, en la voz celeste del órgano. Había sapos por todas partes, que se contestaban los unos á los otros en tonos diferentes; hasta debajo del banco de los amantes, muy cerca de ellos, salía de vez en cuando el gotear cristalino de ese canto; y el sonido brusco y tierno, tan próximo, estremecía y sonreía de placer á Madalén y Ramuncho. Toda la soñolienta obscuridad de los alrededores diríase animada con esa música que continuaba allá lejos, entre el misterio de las hojas y de las piedras, en el fondo de las reducidas oquedades negras de las paredes y de los muros; el melodioso conjunto semejaba el repiquetear de un campanario en miniatura, ó más bien un concierto algo burión—oh, pero muy poco burión y sin malicia alguna—dado tímidamente por inofensivos gnomos. Y todo hacía á la noche más palpitante de vida y más propicia á los encantos del amor...

Después de las audaces embriagueces de los primeros días, el temor se apoderó más de ellos, y cuando uno de los dos tenía algo importante que decir al otro, le cogía de la mano y le guiaba sin hablarle, lo que significaba que era preciso andar suave, muy suavemente, como los gatos acechando á su presa, hasta una calle de árboles de detrás de la casa, donde podían charlar sin miedo alguno

—¿Dónde vamos á vivir, Madalén?—preguntábale Ramuncho una noche

—Pues... en tu casa; así lo he pensado, al menos

—Sí, sí; también yo pensaba lo mismo, pero temía que estuvieses triste tan lejos de la parroquia y de la plaza

—Estando contigo no hay nada triste.

—Entonces despediremos á los que viven en el piso

bajo y será para nosotros el cuarto grande que da a la calle de Hasparitz...

Y para él era una alegría más saber que Madalén aceptaba su casa, seguro de que la joven, con su presencia radiaría luminosa sobre la antigua mansión, tan amada siempre, convertida entonces por ellos en el nido de sus amores, en el de su existencia.

XIX

Ya han venido los largos crepúsculos pálidos de Junio, un poco velados, como los de Mayo; menos inciertos, sin embargo, y más calurosos. En los jardines, los laureles-rosas, á plena tierra, comenzando á florecer con profusión, se muestran con ramilletes magníficamente coloreados. Al caer el día, la gente del campo descansa de sus labores sentándose, al aire, delante de las puertas, para ver venir la noche. La noche que embruma y confunde, bajo las bóvedas de los plátanos, sus grupos. Una melancolía plácida y tranquila se tiende sobre la aldea durante estos interminables atardeceres...

Para Ramuncho ésta era la época en que el contrabando constituíase en oficio, casi sin molestia, que transcurría en medio de horas encantadas. Andar hacia las cimas de los montes, envolviéndose en nubes primaverales; franquear hoyadas; errar por las regiones de las fuentes y de las higueras bravas; dormir, para esperar la hora convenida de pasar la mercancía, sobre una alfombra de mentas y claveles..., esto no era trabajo... El perfume de las plantas se pegaba á sus ropas, á su chaqueta, que no se ponía nunca, y que utilizaba como almohada ó para cubrirse con ella. Algunas veces le decía Madalén, á la hora de la cita: «Ya sé qué contrabando hicisteis anoche, porque hueles á la menta del monte que está encima de Mendiazpi»; ó bien: «Tienes el olor de los aienjos de la marisma de Subernoá.»

Ella, Madalén, echaba de menos el mes de Mayo, los cultos á la Virgen en la nave adornada con flores blancas. En los crepúsculos no lluviosos iba á sentarse, con las hermanas y otras colegialas creciditas, al pórtico de la iglesia, junto á las tapias bajas del cementerio, desde donde la vista se sumerge en los valles profundos. Y allí pasaban el tiempo hablando ó divirtiéndose con infantiles juegos, á los cuales las monjas se prestan siempre de tan buena gana.

Cuando no hablaban ni se jugaba, sumíase en extrañas y largas meditaciones; meditaciones á las que, el declinar del día, la proximidad de la iglesia, de las tumbas y de sus flores, daban una serenidad muy alejada de las cosas terrenas y como libre de todo lazo con los sentidos. En sus primeros éxtasis místicos de niña, inspirados por los ritos pomposos del culto, por la voz del órgano, los ramos de flores blancas y las mil llamas de cirios ardiendo, se le aparecían solamente imágenes, imágenes muy radiantes, altares flotando en nubes, tabernáculos de oro donde vibraban músicas ó á los que venían á abatir su alto vuelo los ángeles. Pero estas visiones eran sustituidas ahora por ideas; ella columbraba la paz y el supremo renunciamiento á todo, que da la certidumbre de una vida celestial nunca agotada; concebía de modo más elevado que antes la melancólica alegría de abandonar cuanto existe y vive para no ser más que un algo impersonal del coro de monjas blancas, azules ó negras que, desde los innumerables conventos del mundo, elevan al cielo una inmensa y perpetua plegaria en intercesión por los pecados que en la tierra se cometen...

Sin embargo, en cuanto la noche se cerraba, el curso de sus pensamientos volvía á caer fatalmente hacia las cosas que deleitan y matan. La espera, la febril espera comenzaba, creciendo siempre y con ardorosas impacencias de minuto en minuto. Parecíale que sus impasibles

compañeras de velo negro tardaban en volver á sepultarse en el sepulcro de su convento; quería estar sola en su cuarto, libre en la casa dormida, pronta á abrir su ventana para atisbar el ruido leve de los pasos de Ramuncho.

El beso de novios, aquel beso en los labios, era ahora algo como por la costumbre exigido, y para privarse de lo cual los dos jóvenes no tenían fuerza alguna. Además de que ellos lo prolongaban mucho, no queriendo, ni el uno ni el otro, por escrúpulos ó por encantadora pudicia, interrumpirlo para volvérselo á dar.

Y es que si la embriaguez en que se sumergían tenía algo de carnal, fundiéndose ambos en una tierna efusión absoluta, infinita, única, por lo que todo, hasta lo más bajo, se eleva y purifica.

XX

Ramuncho acudió aquella noche más temprano que de costumbre, temiendo un poco también la hora de la marcha y el riesgo de bajar por la escala, pues se exponía en aquellas noches de Junio, á encontrarse á lo largo de los caminos con muchachas que iban tarde á casa, con mozos esperando tras de los vallados alguna aventura amorosa.

Y, por casualidad, ella estaba ya sola en su cuarto, mirando hacia fuera, aunque no le había oído. sin embargo.

En seguida observó Madalén el aspecto de agitación ó de regocijo de Ramuncho y adivinó lo que pasaba. No atreviéndose á acercarse demasiado, hizo una seña el muchacho á su novia para que fuese pronto, salvando la ventana, hacia la obscura avenida del jardín, donde hablaban sin temor alguno. Cuando estuvo cerca de él, á la sombra nocturna de los árboles, la cogió por el talle y la anunció bruscamente esta gran noticia que desde la mañana trastornaba su cabeza y la de Francisca, su madre.



—¡Ha escrito el tío Ignacio!

—¿De veras? ¡El tío Ignacio...!

Y es que también ella sabía que este tío aventurero, este tío de América, desaparecido hacía tantos años, no había pensado nunca, hasta el presente, en enviar otra cosa que un extraño saludo con un marinero de un buque.

—¡Sí...! Y dice que le va bien por allá abajo, donde

es necesario cuidar grandes praderas y rebaños de caballos; que no tiene hijos, y que si quisiera establecerme cerca de él, con una gentil eúskara casada en el país, estaría muy contento adoptándonos á los dos... Creo que también vendrá mi madre... Si tú quisieras, podríamos casarnos pronto... No está prohibido casarse á los que son tan jóvenes como nosotros. Ahora que me adopta mi tío y que puedo tener una buena posición, se me figura que también ella consentiría... tu madre... En cuanto al servicio militar, tanto peor para él... ¿No es eso...?

Se sentaron sobre unas piedras cubiertas de musgo que había allí, con las cabezas un poco vueltas el uno hacia el otro, turbados los dos por la proximidad y la tentación inesperada de una ventura cercana. Así ya no tendrían un porvenir incierto hasta después de ser soldado, porque el asunto se arreglaría á escape; tardaríase dos meses, quizá un mes, para que la comunión de sus almas y de sus cuerpos, tan ardientemente deseada y ahora tan prohibida, lejana el día anterior, se realizase sin pecado, honesta y digna á los ojos de todos, permitida y bendita... Nunca habían mirado todo aquello tan de cerca... y apoyaban el uno contra el otro las frentes cargadas de exceso de pensares, fatigadas de repente por una especie de delicioso delirio... A su alrededor el perfume de las flores de Junio subía de la tierra llenando la noche de una inmensa suavidad. Y como si no hubiese ya bastantes aromas esparcidos, los jazmines y las madre selvas de los muros exhalaban de cuando en cuando con intermitentes oleadas, el exceso de su perfume; parecía que misteriosas manos balanceaban en la obscuridad invisibles incensarios, celebrando una fiesta oculta con encantamiento magnífico y secreto.

Hay frecuentemente, y por todas partes, misteriosos encantamientos, á éste semejantes, que emanan de la naturaleza misma, mandados por no se sabe qué soberana

voluntad de insondables designios, para hacernos variar en el camino de la vida que nos lleva á la muerte...

—¿No me respondes, Magdalén, no me dices nada...?

Comprendía que ella estaba embriagada con la idea como él, adivinando, en su permanecer tanto tiempo silenciosa, cuántas sombras debían amontonarse en su soñar encantador y hermoso.

—Ya has recibido—díjole ella al fin—tus papeles de naturalización, ¿verdad?

—Sí, ya sabes que llegaron la semana pasada. ¡Los traje porque tú me mandaste dar ese paso...!

—Entonces, eres ya francés... ¡Y si faltas al servicio militar, eres desertor...!

—No, desertor, no; prófugo, creo que se llama así... pero es lo mismo, puesto que no se puede volver más... ¡Yo no pienso en eso...!

¡Cuánto le penaba á ella ahora ser la causa de haber empujado á Ramuncho á aquel acto que hacía que se cerniera una amenaza tan negra sobre la alegría apenas columbrada! ¡Dios mío, desertor, él, su Ramuncho! ¡Es decir, desterrado para siempre del país vasco tan querido! ¡Y esta marcha á las Américas, de repente, desoladoramente grave y solemne como una especie muerte, puesto que no había vuelta posible...! ¡Qué hacer...?

Quedaron los dos ansiosos y mudos, queriendo cada cual someterse á la voluntad del otro, y esperando con la misma horrible impaciencia la decisión que iban á tomar de partir ó de quedarse. Del fondo de los dos corazones subía poco á poco igual angustia, envenenando la ventura ofrecida allá abajo, en esas Américas de donde no se volvía... Y los invisibles incensarios nocturnos de los jazmines, de las madre selvas, de los tilos continuaban dando al aire, con más fuerza cada vez, para embriagarles, bocanadas de exquisitos perfumes; la obscuridad en que estaban envueltos parecía más acariciadora

y dulce; en el silencio de la aldea y en la quietud de los campos sonaba de minuto en minuto la nota aflautada de los sapos, en las paredes guarecidos, como un convite al amor, bajo el terciopelo de los musgos, y á través del encaje negro de las frondas, en la serenidad de un cielo de Junio, que se hubiera creído siempre inalterable, veíar titilar, como leve y aéreo polvillo de fósforo, la multitud anonadadora de los mundos.

El toque de retiro comenzó á sonar en la iglesia. El timbre de esta campana, por la noche sobre todo, tenia para ellos un no sé qué de único en la tierra; en aquel instante era como una voz que venía á traer, á su irresolución, su parecer, su consejo decisivo y tierno. Callado siempre, la escuchaban con una emoción creciente, de una intensidad desconocida hasta entonces, la cabeza morena de Ramuncho, apoyada contra la rubia de Madalén. La campana, la voz consejera, la querida voz protectora, decía: «No, no os marchéis para siempre; los países lejanos son buenos para los días de la juventud pero es preciso poder volver á Etchezar; aquí hay que envejecer y morir; en ninguna parte del mundo dormiréis como en este Cementerio, junto á la iglesia, desde donde aun estando sepultados por la tierra, podéis oírme sonar...» Poco á poco cedían á la voz de la campana y dejábanse convencer por ella los dos niños, de alma religiosa y primitiva. Ramuncho sintió correr por su mejilla una lágrima de Madalén.

—No—dijo él por fin,—desertor no; mira, creo que no tendría valor...

—Pensaba igual que tú, Ramuncho—contestó ella.—No, no hagas eso... Pero quería que lo dijese tú...

Entonces se vió que también él lloraba, como ella...

¡Ya estaba, pues, la suerte echada; dejarían pasar la felicidad, que la tenían á su alcance, casi en la mano; lo entregaban todo á un porvenir incierto y tan lejano...!

En la tristeza, en el recogimiento de la decisión que acababan de tomar, comunicábanse lo que les parecía hacer como mejor.

—Podrás—decía ella—contestar á tu tío Ignacio con una carta bien puesta; escríbele que aceptas, que irás con mucho gusto en cuanto el servicio militar termine, y aun añades, si quieres, que tu novia le agradece el ofrecimiento, como tú, y que está pronta á seguirte, pero que no puedes desertar.

—Y ¿por qué no le hablas de esto, desde ahora, á tu madre, Madalén, para ver lo que piensa...? Ya ves que no estoy como antes, compréndelo, que era un abandonado y ya no lo soy...

Se oyeron leves pasos detrás de ellos, en el camino. Y por encima del muro apareció la silueta de un joven que se había puesto con las alpargatas de puntillas para espiarles...

—¡Márchate, ponte en salvo, Ramuncho, hasta mañana á la noche...!

En medio segundo... nada. Él se había agazapado tras una zarza, ella voló hacia su cuarto.

¡Se acabó su grave coloquio! Se acabó... ¿hasta cuándo? ¿Hasta mañana ó hasta nunca...? Sobre su adiós, brusco ó prolongado, sobrecogido por el terror ó apacible, todas las noches pesaba la misma incertidumbre de si volverían á verse..

XXI

La campana de Etchezar, la campana querida, la de los tranquilos *Angelus*, la de las fiestas y la de las agonías, tocaba alegremente, envuelta en la esplendidez de un hermoso día de Junio. Por todas partes veíase en la aldea colgaduras blancas, bordados blancos y la procesión del *Corpus* desfilaba muy lenta, sobre una verde alfombra de hinojos y de juncos, córtados en las marismas de allá abajo.

Los montes parecían cercanos y sombríos, un poco amedrentadores con sus tonos morenos y leonados, al contrastar ingentes con los matices blancos de las niñas, andando sobre un tapiz de hojas y hierbas recién segadas.

Todos los antiguos pendones de la iglesia estaban allí iluminados por aquel sol conocido desde hacía siglos, pero al que no veían más que una ó dos veces al año, en las grandes fiestas sagradas.

El mayor, el de la Virgen, de seda blanca bordado de oro pálido, avanzaba en manos de Madalén, que iba vestida de blanco, con los ojos perdidos en pleno éxtasis místico. Detrás de las muchachas iban las mujeres, todas las mujeres de la aldea, tocadas con velo negro; entre ellas se veía á Dolores y Paquita, las dos adversarias. Los hombres, en bastante número, cerraban el cortejo con una vela en la mano, la boína en la otra, pero mostraban casi todos cabellos grises, rostros de expresiones vencidas y resignadas, cabezas de ancianos.

Madalén, teniendo erguido y en alto el pendón de la Virgen, parecía en la procesión como iluminada por célicas inspiraciones; creíase andando hacia la muerte, hacia los tabernáculos celestes. Y cuando en un instante fugaz cruzaba por su imaginaria visión el recuerdo de los labios de Ramuncho, sentía en medio de toda esta blancura la impresión de una mancha abrasadora, pero deliciosa. Verdaderamente, cuanto más y de día en día se elevaban sus pensamientos, lo que menos le llevaba á su novio eran los sentidos, susceptibles en ella de ser domeñados, y lo que más y con mayor ímpetu, la ternura, la verdadera, la profunda, la que resiste al tiempo y á los engaños de la carne. Y aquella ternura aumentaba todavía al pensar en que Ramuncho era menos venturoso que ella, puesto que al no haber tenido padre estaba más abandonado en la vida...

XXII

—Madalén, ¿le has hablado á tu madre de lo del tío Ignacio?—preguntó Ramuncho muy tarde, la misma noche, en la avenida del jardín, bajo la luz de la luna.

—No, todavía no; no me he atrevido... Porque ¿cómo le hablo de estas cosas, si cree que no hablo contigo y mi madre no me deja verte...? Piensa en esto; á lo mejor sospecha... ¡Además que ya no podríamos hablar-nos! Es mejor decirlo más tarde, cuando te hayas marchado, porque entonces todo me será igual...

—¡Es verdad...! Esperemos, puesto que voy á marchar.

En efecto; iba á dejar el país, y estaban contadas las noches en que podría hablar con Madalén.

Al dejar escapar de un modo definitivo la dicha que ofrecíaseles tan asequible, allá abajo, en las praderas americanas, les parecía preferible apresurar la partida de Ramuncho para cumplir el servicio militar; así sería la vuelta más pronta. Decidieron, pues, que sentase plaza en Infantería de Marina, el único Cuerpo en que no se está más que tres años en filas. Y como les era necesario, para estar ciertos de no carecer de valor, la fijación de una época determinada, que por anticipado veíanla temerosos, la señalaron para fin de Septiembre, después de la temporada de los partidos de pelota.

Esta separación de tres años contemplábanla con una confianza absoluta en el porvenir; tanto creían el uno en el otro y de tal manera estaban seguros de lo perdurable de su amor. Pero al pensar en esa espera, sin embargo, se les oprimía el corazón extrañamente; la idea de no estar juntos tanto tiempo matizaba de misteriosa melancolía las cosas de ordinario más indiferentes, y así el decrecer de los días del verano, los menores indicios de la otoñada próxima, la aparición de algunas plantas, el

abrirse de nuevas flores, todo les presagiaba el venir del momento de la partida y el rápido volar del último estío en tanta ventura pasado.

XXIII

Ya han brillado las hogueras de San Juan, alegres y rojas, en el claror de una noche azulada, y la cordillera española, allá abajo, semejó incendiarse como un haz de paja; tantas fogatas que la tradición y el regocijo encienden, quemáronse en las laderas de los montes. Comenzó, pues, la estación de la luz, del calor, de la bochornosa tormenta; cuando concluya, Ramuncho debe abandonar la aldea.

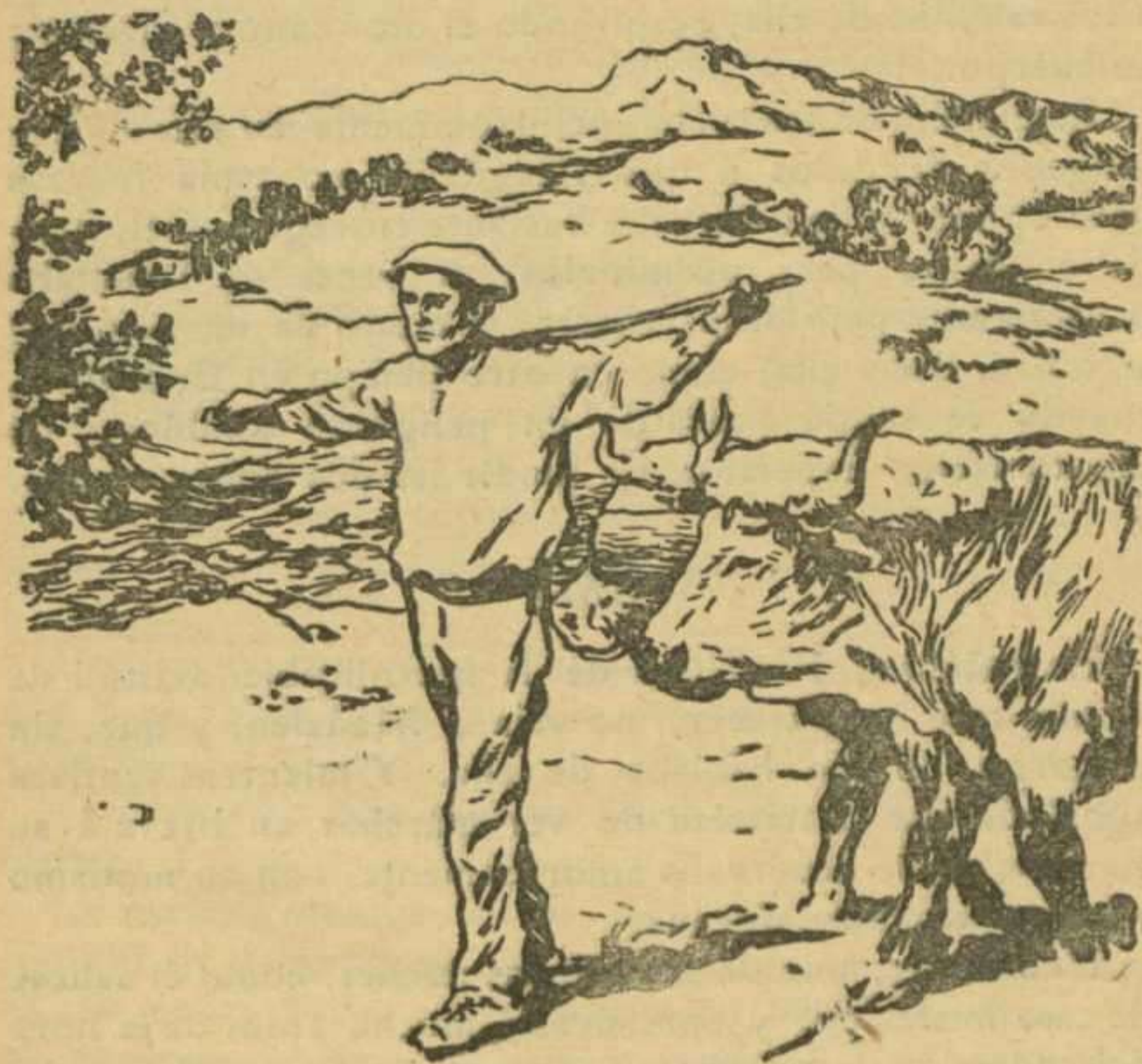
Las savias, que subieron veloces en la primavera, languidecen en el desenvolvimiento completo de las frondas, en el amplio y soberbio desplegar de las flores. El sol, más abrasador cada día, calienta las cabezas que cubren las boínas, exalta los ardores y las pasiones, lleva á las aldeas vascas bullentes y locos fermentos de ruidosa agitación y de placer. En España comienzan las corridas de toros, y aquí es la época de los partidos de pelota, de las fiestas, de los bailes nocturnos, de tantas y tantas languideces amorosas en la tibia voluptuosidad de la noche...

Ya reina el cálido esplendor del meridional Julio. El mar Cantábrico se tiñe de azul, y la costa se viste sus estivales túnicas de colores rojizos, propios de Marruecos y Argelia.

Con la violenta lluvia de la tormenta, turnan los días maravillosos y lucientes, en que el aire se transparenta con nítida limpidez de cristal. Durante las horas de sol, los objetos, como más lejanos, parecen abrumados de luz, empolvados por la gasa impalpable de los rayos de oro; entonces, por encima de la sierra y de la aldea de Etche-

zar, la Gizune, muy puntiaguda, se muestra mas vaporosa y más elevada, y en el cielo, para que mejor contraste su azul intenso, flotan nubecillas de un blanco dorado, orladas por un filete gris de nácar.

Los regatos, estrechándose y no tan abundantes, corren bajo la espesura de los helechos, y á lo largo de los



caminos se ve, más lentos, guiados por hombres con el pecho al aire, los carros de bueyes, que se mueven fatigosamente rodeados de un enjambre de moscas molestas y zumbantes.

Ramuncho, en esta época, como pelotari que era, llevaba durante el día una vida muy agitada; todo el tiempo

pasábalo en expediciones para ir de pueblo en pueblo organizando partidos y jugándolos.

Para él no había más que noches.

¡Las noches...! Estar sentado cerca de Madalén en el jardín, entre la obscuridad aromosa y cálida; anudar los brazos en torno de ella, atraerla poco á poco, apoyarla contra el pecho para que se acurrucase allí, y estar de ese modo largo tiempo sin decirse nada, la barba junto á los cabellos de ella, respirando el olor sano y joven de su cuerpo...!

Ramuncho se enervaba peligrosamente en estos prolongados deliquios á que Magdalén no tenía fuerzas para oponerse; la adivinaba bastante entregada á él, llena de confianza para permitirlos. A veces se levantaba bruscamente para desperezarse, al modo de un gato que se estira, decía ella, como en otro tiempo en Eribiague, cuando se sentía presa de un peligroso temblor y de una tentación imperiosa de fundir las dos almas en una.

XXIV

Extrañábase Francisca de la inexplicable actitud de su hijo que, al parecer, no veía á Madalén, y que, sin embargo, ni aun hablaba de ella. Y mientras sentíase agobiada por la tristeza de ver marchar en breve á su Ramuncho, le observaba amorosamente, con su mutismo y su paciencia de aldeana.

Una noche, una de las últimas noches, como él saliese de casa misterioso y apresurado mucho antes de la hora del contrabando nocturno, se puso ante Ramuncho y con los ojos fijos en los suyos:

—¿Dónde vas, hijo mio?—le dijo.

Y viéndole volver la cabeza sonrojado y sorprendido, adquirió repentinamente la certidumbre:

—¡Bien, ahora ya lo sé... sí, ya lo sé...!

Al descubrir este secreto, ella estaba mas conmovida que él... Que no fuese donde Madalén, sino á ver á otra muchacha, ni se le ocurrió siquiera; lo contrario le parecía evidente. Despertábanse sus escrúpulos de cristiana, se espantaba su conciencia del mal en que los dos jóvenes podían haber caído, y al mismo tiempo subíale desde el corazón un sentimiento de que se avergonzaba como de un crimen; era una especie de alegría salvaje... Porque, al fin, el porvenir de su hijo se aseguraba tal como ella lo soñara... Conocía además lo suficientemente á su Ramuncho para saber que no cambiaría de propósitos y que no abandonaría nunca á Madalén.

Prolongábase el silencio entre madre é hijo; ella continuaba delante, cerrándole el paso:

—¿Y qué hacéis los dos?—se decidió a preguntarle.—Dime la verdad, Ramuncho.

—Hablar, hablar y más hablar; madre, os lo juro—respondió Ramuncho sin irritarse porque se le interrogara y sosteniendo con mirada franca la altiva y severa de su madre.—Era, además, verdad lo que decía y ella lo creyó.

Pero como continuara todavía enfrente del muchacho, con la mano en el picaporte, exclamó aquél con sorda violencia:

—¡Para tres dias que me faltan, no me prohibáis ir, madre...!

La madre, viendo aquella vigorosa voluntad, medio suplicando y medio en rebeldía, guardó en sí el tumulto de sus contradictorios pensamientos, bajó la cabeza, y sin decir una palabra se separó para que Ramuncho pasara.

XXV

Era la ultima noche, porque dos dias antes habia firmado Ramuncho en la alcaldía de San Juan de Luz, con

la mano un poco temblorosa, la obligación de servir durante tres años en el segundo de Infantería de Marina, de guarnición en un puerto del Norte.

Aquella era la última noche, y los novios se habían dicho que la prolongarían más que de costumbre, hasta las doce, por decisión de Madalén: las doce, que es en las aldeas una hora descompasada y fatal; una hora después de la que todo le parecía á la joven negro y fatídico.

A pesar del ardiente amoroso anhelo, no pasó por Ramuncho y Madalén la idea de que en esta última entrevista, bajo la opresión de la partida, pudiesen traicionarles sus intenciones dignas y honradas.

Al contrario, en el instante de recogimiento del adiós postrero, sentíanse más puros que nunca, amándose con eternal amor.

Menos prudentes, si, puesto que ya no les importaba el mañana, se atrevieron á hablar en el banco de novios, lo que jamás habían hecho. Hablaron del porvenir, de un porvenir que estaba para ellos tan lejano, porque, á su edad, tres años les parecían infinitos.

En tres años, cuando él volviera, ella tendría veinte; entonces, si su madre persistía en rehusar de modo absoluto la boda, esperarían un año más y Madalén podía usar de sus derechos de mayor de edad: ya estaba convenido y jurado.

Los medios de comunicarse, durante la larga ausencia de Ramuncho, les preocupaba no poco: entre ellos ¡era todo tan complicado, y tantas trabas y secretos tenía!.. Arrakoa, el solo intermediario posible, les prometió ayudarles, ¡pero había cambiado tanto, les inspiraba tan poca confianza...! ¡Dios, si él les faltase...! Y además, ¿querría que pasasen por sus manos cartas secretas, cuando nada le importaban? Ahora que las comunicaciones son fáciles y constantes, puede decirse que no hay una separación completa, como iba á serlo pronto la de aque-

los jóvenes; iban á darse un solemne adiós, como se lo daban los amantes de otro tiempo, de aquél en que no había correos y las distancias parecían infinitas. La venturosa vuelta, el verse de nuevo, se lo figuraban muy remoto, allí abajo, en la lejanía inacabable de la duración; sin embargo, animados por la mutua fe, esperaban ese instante con una tranquila seguridad, como esperan los creyentes la vida ultraterrena.

Las circunstancias más pequeñas de esta última noche se revestían en su espíritu de una importancia singular; al acercarse al adiós postrero, todo se engrandecía y se exageraba para ellos, como ocurre á los que esperan la muerte. Los ruidos más leves y el aspecto de la noche les parecían particularísimos, y en su presencia grabábanlos para siempre con el recuerdo. El canto del grillo tenía un algo extraño que creían no haber escuchado jamás. En la calma de la noche, el ladrar de un perro guardián sonando en una casería lejana, haciales temblar y dábales invencible tristeza. Y Ramuncho debía llevar en su viaje y conservarla luego con fe ciega, una brizna de hierba arrancada al acaso en el jardín, al pasar y con la que estuvo jugando toda la noche maquinalmente, sin darse cuenta de ello.

Con aquel día terminaba una etapa de la existencia de ambos; habían volado unos cuantos años; su infancia huía...

No tuvieron que cambiarse muchas recomendaciones; tan seguros estaban el uno y el otro de lo que harían durante la inevitable separación. Realmente tenían que decirse menos cosas que otros novios, porque mutuamente se conocían hasta los más íntimos secretos. Después de la primera hora de conversación, quedaron, pues, con las manos enlazadas, guardando un triste silencio, más doloroso á medida que pasaban rápidos é inexorables los minutos que llevaban al momento fatal.

A las doce quiso Madalén que marchase Ramuncho:

así lo había decidido aquella cabecita reflexiva y obstinada. Después de abrazarse largamente, se separaron, como si la separación fuese, en aquel instante preciso, una cosa inevitable é imposible de retrasar. Y mientras ella entra-



ba en su cuarto, afligida, llorando, con sollozos que hasta él llegaron, Ramuncho pasó el muro y, al salir de la obscuridad del follaje, se encontró en el camino desierto, blanqueado con pálida luz por los rayos de la luna. En esta primera separación él padecía menos que ella, por-

que se marchaba y esperaban los mañanas llenos de la ilusión de lo desconocido. Al ir á su casa por la carretera polvorosa y clara, estaba como insensibilizado por el potente encanto de cambiar de vida, del viaje próximo; casi sin pensar en nada determinado y fijo, miraba andar delante de él á su sombra, cortada por la luna con toques duros y violentos. La elevada Gizune dominaba impasible á la aldea y á cuanto la circuía, con su aspecto frío y espectral, en medio del lucir radioso y blanco de la media noche.

XXVI

Llegó el día de la marcha. Adioses á los amigos de aquí y de allá; votos de ventura de los antiguos soldados que sirvieron en el regimiento... Desde la mañana se ha apoderado de Ramuncho una especie de embriaguez ó de fiebre, que le alienta á todo lo imprevisto de la vida.

Arrakoa, muy servicial aquel último día, habíase ofrecido insistentemente á llevar al viajero, en el coche de los Detcharry, hasta San Juan de Luz, combinando además el partir al ponerse el sol, para llegar justamente á la estación de embarque á la hora de pasar el tren.

Al anochecer, que inexorablemente llegó, como llega todo en la vida, Francisca quiso acompañar á su hijo á la plaza, donde ya esperaba el coche, y allí su rostro, contrariando á la voluntad, se contrajo á impulsos del dolor mientras que Ramuncho se esforzaba por conservar el aspecto arrogante que tan bien sienta á los quintos que van á incorporarse á su regimiento.

—Déjame sitio, Arrakoa—dijo la madre de repente;— voy á ir entre vosotros dos hasta la ermita de San Vicente; ya volveré á pie... Y partiéron al ponerse el sol, que sobre ellos, como sobre todas las cosas, derramaba la magnificencia de sus oros y de sus cobres rojizos...

Pasó un bosque de encinas y luego la ermita de San Vicente, y la madre todavía quiso permanecer en el coche. A cada revuelta del camino, viendo cada vez más cerca la angustiosa separación, ella pedía ir más lejos, que la dejaran más tiempo los muchachos ir con ellos.

—Madre—dijo Ramuncho cariñosamente,—en el alto de Isaritz tienes que bajarte. Arrakoa, pára el coche en ese sitio, que no quiero que mi madre se separe tanto del pueblo...

En la cuesta del Isaritz el mismo caballo disminuyó su andar. La madre y el hijo, con los ojos quemados por las contenidas lágrimas y una mano de él en las de ella, subían la pendiente, suave, muy suavemente, en silencio, como si aquel triste subir fuese el de un Calvario desconocido.

Al fin, en lo alto de la cuesta, Arrakoa, que también permanecía mudo, tiró ligeramente de las riendas del caballo, y con un «Ho...» ligero, triste, como una señal lúgubre que se teme dar, detuvo el cochecillo.

Ramuncho, sin decir palabra, saltó á la carretera, ayudó á su madre á bajar del carruaje y la dió un beso apretado, largo, larguísimo...; después subió rápido al asiento:

—Vamos, Arrakoa, á escape; arrea al caballo, ¡vamos!—dijo...

Y en dos segundos, bajando la pronunciada pendiente, perdió de vista á aquélla, cuyo rostro se inundaba de lágrimas.

Ya están alejados el uno del otro, Francisca y su hijo. Los dos marchan en direcciones opuestas por aquel camino de Etchezar, bajo el esplendor del sol moribundo, entre zarzas rosadas y amarillentos helechos. Ella volvía lentamente á su casa, encontrando solamente grupos aislados de labradores y algunos rebaños conducidos á tra

vés del crepusculo de oro por pastorcillos con boína. Y él bajaba siempre y á escape, por valles luego oscuros, hacia la región baja por donde el ferrocarril cruza...

XXVII

Envuelta en el atardecer, pues, volvía Francisca de acompañar á su hijo, esforzándose, para atravesar la aldea, en recobrar su aspecto de siempre, su aire de arrogante indiferencia.

Pero al llegar delante de la morada Detcharry, vió á Dolores, que al entrar en su casa se erguía en la puerta para verla pasar. Sin duda que ocurría algo extraordinario, que tenía que revelar de súbito alguna cosa importante, para que adoptase aquella actitud de agresivo reto, aquella expresión de provocadora ironía. Francisca se detuvo entonces también, mientras que de sus dientes, apretados por el despecho, saltaba, casi sin quererlo, esta frase:

—¿Qué te sucede para mirarme así, mujer?...

—Que ya no vendrá esta noche el novio—respondió la enemiga.

—¡Ah! ¿También tú sabías, pues, que venía aquí para ver á Madalén?

En efecto, lo sabía desde la mañana; Magdalena se lo había confesado, puesto que no tenía que cuidarse para nada del mañana; se lo había dicho cansada de luchar, después de haberle hablado inútilmente del tío Ignacio, del porvenir que se presentaba á Ramuncho, de todo lo que podía aprovechar á la causa de los enamorados...

—¡Ah! ¿También tú sabías, pues, que venía aquí para ver á Madalén?

Por una remembranza de otro tiempo, las dos mujeres volvían á seguir el instinto de tutearse, como en la escuela de las monjas, á pesar de que hacía veinte años



que no se hablaban. Se detestaban, realmente, casi sin conocerlo. ¡Cuántas veces se comienza así, por nonadas, por envidias, por rivalidades de la niñez, y luego á la larga, á fuerza de verse todos los días y no hablarse, á fuerza de lanzarse al pasar miradas siniestras, se acaba por sentir odio implacable!... Ya estaban, pues, una frente á otra, y sus voces, temblando rencorosas, llenas de rabia.

—Sí, replicó la otra, supongo que lo sabrias antes que yo, ¡la sinvergüenzona! No me extraña de que te parezcan buenos todos los medios, después de lo que hiciste...

Y mientras Francisca, mucho más digna por naturaleza, quedábase muda, aterrorizada ahora por lo imprevisto de esta disputa en plena calle, Dolores dijo aún:

— ¡Mi hija casarse con ese bastardo sin dinero! ¡No faltaba más!

— Pues bien, yo creo que sí, que se casará con él... Trata de proponerle un marido de tu elección, á ver lo que te dice...

Entonces, como quien se desdeña de continuar hablando, volvió á emprender su camino, oyendo por detrás la voz y el insulto de la otra, que la perseguía. Temblaba todo su cuerpo y á cada paso vacilaba sobre sus piernas, á punto de desfallecer. En la casa, ahora vacía, ¡qué lóbrega tristeza cuando volvió á entrar!

La realidad de esta separación de tres años se le aparecía bajo un aspecto nuevo, como si no hubiese estado preparada á ella, lo mismo que al volver del camposanto se siente por primera vez en todo su desesperante horror la ausencia de los muertos queridos...

¡Y después, aquellos insultos en la calle! ¡Aquellas palabras, tanto más agobiadoras cuanto que, en el fondo, tenía en la conciencia el punzar cruel de su falta con el extranjero! En vez de seguir su camino, que es lo que debió hacer, ¿cómo había podido ocurrírsele pararse ante su enemiga, y por una frase murmurada entre dientes provocar aquella disputa odiosa? ¿Cómo había descendido á eso, á olvidarse de los quince años en que poco á poco ganara el respeto de todos con su conducta perfectamente digna...? ¡Qué dolor sentirse atraída á sufrir la injuria de Dolores, cuyo pasado, realmente, era irreprochable, y que tenía, en verdad, el derecho de despreciarla!

Reflexionando en esto, se espantaba cada vez más de la especie de desafío para lo porvenir que había tenido la imprudencia de lanzar al alejarse; le parecía con tales palabras haber comprometido, al exasperar así el odio de aquella mujer, toda la ansiosa y halagüeña esperanza de Ramuncho.

¡Ramuncho...! Su hijo, á quien un coche le llevaba en aquellos instantes, en medio de la noche estival, muy lejos, á los peligros, á la guerra... Ella, pensaba, había asumido responsabilidades muy pasadas dirigiendo la vida de aquél con ideas propias, con obstinaciones caprichosas, con altiveces, con egoísmos... Y ahora ella misma atraía sobre su hijo la desgracia, mientras que él se iba confiando en las alegrías de volver...

Era sin duda todo esto el castigo supremo del pasado, y creía oír, en el ambiente de su casa vacía, como la amenaza de una expiación que se acercaba lenta y segura.

Entonces se puso á rezar con plegarias que salían de



un corazón asperamente conmovido, porque la religión tal como la comprendía, mostrábase sin dulzura, sin consuelo, sin nada de confiador ni de ternezas. Su angustia y sus remordimientos eran en aquel instante de un carácter tan sombrío, que las lágrimas, las bienhechoras lágrimas no acudían á sus ojos...

Ramuncno, en aquel mismo momento de la noche, continuaba bajando por los valles oscuros, hacia la región baja por donde los trenes cruzan llevando los hombres á sitios lejanos y cambiando y trastornando tantas cosas. Todavía, durante una hora próximamente, continuaría pisando la tierra eúskara; después se acababa el rincón querido. A lo largo de su camino se cruzaba con algunos carros de bueyes, perezosos, lentos, que le recordaban la tranquilidad de los tiempos que ahora huían, ó vagas siluetas humanas le saludaban al paso con el tradicional *buenas noches*, el viejo *gau-one* que mañana ya no oiría. Allá abajo, á la izquierda, en el fondo de una especie de negro golfo, se perfilaba aún España, la España que, sin duda en mucho tiempo, no inquietaría ya sus noches...

SEGUNDA PARTE

Han pasado tres años rápidamente, veloces.

Francisca está sola en su casa, enferma, acostada, a nochechar de un día de Noviembre.

Este es el tercer otoño que transcurre desde que marchó su hijo.

En sus manos, abrasadas por la calentura, tiene una carta de él, una carta que debía haber sido portadora de alegría sin nubes, ya que en ella anuncia la vuelta á casa, pero que, por el contrario, le produce torturantes sentimientos, porque la ventura de ver al hijo ausente se envenena ahora con tristezas, y más aún con inquietudes con horribles inquietudes...

Ya había tenido presentimiento claro del sombrío por venir la tarde aquella en que, volviendo de despedir á Ramuncho, hubo de entrar en casa angustiadísima, después del reto lanzado por Dolores en plena calle: era verdad cruel que, en aquella ocasión, había destrozado para siempre la vida de su hijo...

Meses de espera y de calma aparente habían, no obstante, seguido á esta escena, en tanto que Ramuncho muy lejos de su país, combatía por vez primera. Después un día, se presentó á Madalén un rico pretendiente, y ella, lo supo la aldea toda, le rechazó obstinadamente, á despecho de la voluntad de Dolores. Desaparecieron entonces de súbito las dos, la madre y la hija, con el pretexto de visitar á unos parientes de la parte alta del país. Pero el viaje se prolongaba, la ausencia se envolvía en un manto de misterio, y de repente se esparció el rumor de que Madalén cumplía el noviciado en una fundación de las Hermanas de Santa María del Rosario, en un convento

de Gascuña, de que era abadesa la antigua buena Madre de Etchezar...

Dolores volvió á presentarse en su casa, sola, silenciosa, con aspecto melancólico y desolado. Nadie sabía qué clase de presiones habíanse empleado sobre la doncella de cabellos de oro, ni de qué manera, al encerrarse en la tumba de las religiosas, cerró las puertas luminosas de su vida; pero después de las indispensables dilaciones, y sin que ni aun su hermano hubiese podido verla, pronunció sus votos, mientras Ramuncho, en una lejana guerra colonial, siempre apartado de los correos franceses, entre los bosques de una isla austral, ganaba los galones de sargento y la medalla Militar.

Francisca había tenido casi miedo de que el hijo querido volviese al país... ¡Y, al fin, volvía! Entre sus dedos, enflaquecidos y ardientes, daba vueltas á la carta, que decía: «Salgo pasado mañana y estaré ahí el sábado por la noche.»

—¿Qué hará ei—se preguntaba la madre—cuando vuelva, y qué resolución tomará en su vida, cambiada tan tristemente?...

En sus cartas se había obstinado Ramuncho en no hablar de esto.

Y todo, además, variaba para la pobre madre. Los inquilinos de abajo se habían marchado de Etchezar, dejando el establo vacío, la casa más solitaria y, como es natural, también quedaba disminuída en mucho la modesta renta que percibía. Por otra parte, en una colocación de dinero desgraciada perdió parte del que el extranjero le diera para su hijo. Verdaderamente, pensaba, era una madre torpísima, que así había comprometido la dicha de su hijo querido, ó, más bien, era una madre sobre la que pesaba ahora espantosamente la justicia de lo alto por la falta de la juventud... Todo esto habíala

postrado, vencido, agravando y apresurando aquella enfermedad, que el médico, llamado muy tarde, no curaría ya.

Esperando á su hijo en estos momentos de ansiedad, estaba allí la sin ventura en el lecho, sola y comida por el ardor de una fiebre alta.

II

Volvió Ramuncho, después de tres años de ausencia, cumplido el servicio militar en aquella ciudad del Norte en que su regimiento estaba de guarnición. Volvió con el corazón desgarrado, con el corazón presa de tumultuosas agitaciones y de angustias horribles.

Su rostro de veintidós años se había puesto mas moreno bajo los ardientes rayos del sol; su bigote, ya muy largo, dábele un aire de altiva nobleza. Sobre el pecho de su traje de paisano, que acababa de comprar, lucía la cinta gloriosa de su medalla.

En Burdeos, donde había llegado después de una noche de viaje, ocupó su asiento, muy emocionado, en el tren de Irún que baja en línea recta hacia el Sur, á través de la monotonía de las Landas interminables. Para ver cuanto antes el abrirse del golfo de Vizcaya y cómo se dibujaban en el horizonte las altas torres españolas, se instaló junto á la ventanilla en la portezuela de la derecha.

Hacia Bayona se estremeció al mirar las primeras boinas vascas, en los pasos á nivel, las primeras casas de su tierra entre las encinas y los pinos.

Y en San Juan de Luz, en fin, al echar pie á tierra, le pareció que estaba borracho... Creyó sentir la impresión súbita y voluptuosa de entrar en un clima más cálido, de meterse en un abrigado invernadero después de haberse visto envuelto en las frías brumas de la Francia septentrional, que allá atrás quedaron. El sol estaba aquí de fiesta aquel día; el viento Sur, el dulce viento Sur le

añariciaba, y los Pirineos erguíanse con magníficas coloraciones sobre el fondo infinito del cielo. Pasaban y pasaban muchachas que tenían la elegancia y la graciosa desenvoltura de las vascongadas, pasaban riéndose, y su risa parecía hablarle del Mediodía de España... Después de haber visto las crasas rubias del Norte, estas mozuelas le ilusionaban más aún que los rosicleres alegres del buen tiempo... Pero en seguida sintió dentro de sí el caer de su alma. ¿Para qué—pensaba—dejarme vencer por tales encantos, si encuentro á mi tierra vacía para siempre? ¿Podían ya deleitarle en su infinita desesperanza el tentador contoneo de las mujeres, el júbilo irónico del cielo, de los seres y de las cosas...?

¡No! ¡Ir cuánto antes á su casa, volver á su aldea, abrazar á su madre...!

Como lo suponía, la diligencia que sale todos los días para Etchezar había marchado dos horas antes. Pero sin trabajo alguno andaría á pie el largo camino que tan usual le era, y así llegaría al anochecer, antes de que la noche cerrara.

Se fué á comprar alpargatas, el calzado de sus correrías de antaño. Y con su rápido andar de montañés, con sus largas y musculosas piernas, se hundió en seguida en el corazón del silencioso país por senderos y veredas para él tan cuajados de recuerdos.

Noviembre expiraba en un suave radiar del sol que se detiene largo tiempo sobre las pirenaicas cordilleras. Hacía muchos días que en el país vasco brillaba un cielo luminoso y nítido tendido sobre las montañas enrojecidas por el color caliente de los helechos abrasados. En las orillas de los caminos alzábanse altas gramíneas, igual que en Mayo, y las sombrillas desplegadas de algunas flores estivales, que sin duda se equivocaban de estación; en los vallados, el ligustro y los rosales silvestres florecían

de nuevo entre el bodorneo de las últimas abejas, y algunas mariposas, á quienes la muerte concedía aún dos ó tres semanas de existencia, volaban alocadas, luciendo en las alas los cambiantes de su pedrería.



Las casas vascas emergían aquí y allá entre los árboles, alzándose, con el tejado en pendiente, muy blancas aún en su vejez centenaria, con sus ventanas pardas ó verdes, de un verde pálido y sin brillo. Por todas partes, en la balconada de madera, secándose al sol, se veían calabazas de amarillo de oro y montones de alubias encarnadas; de las paredes colgaban como gigantescos rosarios de coral ristras de rojos pimientos; todo lo que dan la tierra fecunda y la luz solar, nodriza inagotable, mostrábase reunido en grupos, según la milenaria costumbre, como la previsión de los meses sombríos en que el calor se va y huye.

Después de las brumas otoñales del Norte, esta limpieza de aire, esta lluvia de sol, todos los detalles vueltos á ver de la tierra querida, despertaban en el alma de Ramuncho vibraciones infinitas dolorosamente dulces.

Este era el tiempo, lleno de melancolías, en que se cortan los helechos que, como rojizo velludo, ciñen y adornan los ribazos y se tienden por las laderas.

En grandes carros de bueyes, llenos hasta arriba, eran llevados, reposadamente bajo el sol tristón y amarillento, hacia las caserías solitarias, dejando, al pasar, ráfagas de su aroma campestre. Andaban rodando por las sendas del monte lenta, muy lentamente las carretas cargadas de helechos; iban muy lentos, con el tilintear dulce de los cencerros de los bueyes. Estos, tirando de la carga, perezosos y fuertes, con la tradicional zamarra de piel de carnero, blanca ó parduzca, que les da el aspecto de bisontes ó de toros salvajes, arrastraban esos carros pesados, de ruedas de ancha llanta como los de los antiguos. Los boyeros, con la larga agujada en la mano, iban delante, andando sin ruido, de alpargatas, con la camisa abierta, dejando ver el desnudo pecho, la chaqueta al hombro y la boína muy metida en la cabeza, con sus caras enjutas, serias, en las que la anchura de las mandíbulas y el vigor de los músculos del cuello delatan una solidez maciza y fuerte.

Había también por estos caminos intervalos de melancólica soledad, en los que no se oía más que el bordonear de las moscas bajo la fronda amarillenta y muriente de los árboles.

Ramuncho miraba á estos carreteros que se cruzaban en su camino, extrañándose de no encontrar ningún conocido que se detuviese con él. No veía rostros que recordara. No podía desplegar su efusión ante los amigos de nuevo encontrados; no escuchaba más que el vago adiós, el inexpresivo saludo de gentes que se volvían un

momento, creyendo haberle visto alguna otra vez, pero que no le recordaban sin duda y que volvían á hundirse, en el tranquilo sosiego de los campos... Pensando así, sentía, más acentuada que nunca, la diferencia primordial entre él y aquellos trabajadores.

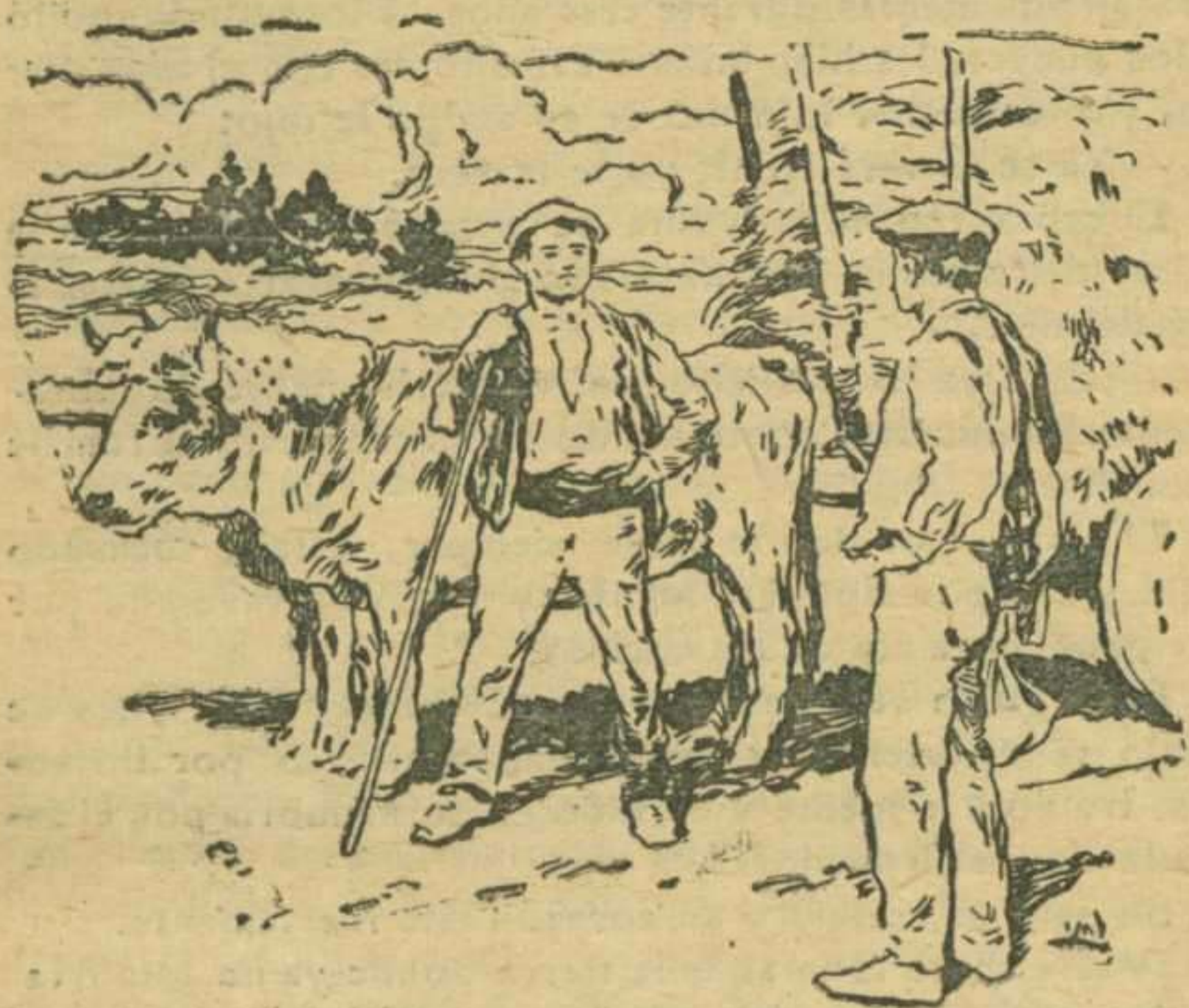
Por allá abajo, sin embargo, vió venir un carro, cuya carga era tan grande, que las ramas de las encinas le cerraban el paso. Iba delante el conductor, con mirada de dulce resignación; un muchachote apacible, rojo cual los helechos, como el otoño, con una elástica encarnada abierta por el pecho, que muestra desnudo; anda indolentemente, pero con flexibilidad de miembros; lleva los brazos en cruz sobre la aguijada de los bueyes, que va por encima y á través de los hombros. De la misma manera, sin duda, y por los mismos flancos de la montaña, anduvieron sus ascendientes, labradores y boyeros como él, hacía muchos siglos, siglos incontables.

Al ver á Ramuncho tocó á los bueyes en la frente, los detuvo con gesto y voz imperiosa y se adelantó hacia el viajero, tendiéndole las vigorosas manos... Era Florentino. Un Florentino que había cambiado mucho, más cuadrado todavía que antes, hecho ya hombre, con todo el desarrollo y el hermoso florecimiento de la virilidad.

Se abrazaron los dos amigos y miráronse en silencio, aturrullados de pronto por la ola de recuerdos que les subían desde el fondo del alma y que ni uno ni otro sabían expresar, aún menos Ramuncho que Florentino, porque si bien su lenguaje era mucho más completo, también, en cambio, aparecíáansele insondables la profundidad y el misterio de sus pensares.

Como les agobia y ata concebir cosas que no pueden expresar, sus miradas confusas, sin determinarse, caen sin darse cuenta sobre los hermosos bueyes, que están parados.

—Son míos, dijo Florentino... Ya nace dos años que me casé... Mi mujer trabaja por otro lado... Y así, trabajando, se empieza á vivir bien en nuestra casa. ¡Ah!—



añadió con ingenuo orgullo—tengo todavía en la cuadra otra pareja de bueyes como ésta.

Se calló, y se puso rojo como la grana de repente su rostro, que el sol tostara: sentía la ternura que brota del pecho, que por naturaleza poseen los más humildes y que no suelen tener gentes más afinadas por la educación; y sentía esto pensando en el volver desolado de Ramunchó, en su destino roto, en su novia sepultada allá abajo entre las negras monjitas, en su madre moribunda y en la crueldad que le había él mostrado al evidenciar con exceso su dicha ante el pobre muchacho.

Volvió á reinar el silencio; aún se miraron un instan

te, sonriendo, no encontrando palabras que tradujesen sus ideas. Además, entre ellos se cruzaba, irguiéndose, aquel abismo de las diferentes concepciones que engendraran sus mentes durante tres años. Florentino aguijó á los bueyes, les hizo andar, avivándoles con el *aida vasco*, y al estrechar la mano de su amigo le dijo:

—Ya se te verá, ¿eh?; ya se te verá.

El cencerreo de la yunta se perdió en seguida en la calma del camino, más umbroso al comenzar á velarse la luz del día...

—¡Este ya ha resuelto su vida...!—pensó lúgubrememente Ramuncho, continuando su marcha bajo el ramaje otoñal.

El atajo, por donde subía siempre, estaba socavado aquí y allá por algunas fuentes y á veces atravesado por las gruesas raíces de las encinas.

En seguida va á aparecérsese Etchezar; pero antes de verlo se representó su panorama, lo precisó por instantes, traído á la mente y avivado en su memoria por el aspecto de los alrededores.

Su paso se acelera y su corazón late fuertemente.

¡Vacía ahora toda aquella tierra donde ya no está Madalén; vacía y triste como la casa que visitó la muerte...! Y sin embargo, Ramuncho, en el fondo de sí mismo, se atrevió á pensar que allá abajo, en cualquier convento, bajo las tocas de una monja, hay todavía unos ojos negros muy queridos á los que podrá volver á ver, que el tomar el velo no es igual que morirse, y que quizá la última palabra de la que vive en el claustro no se ha dicho para siempre... Reflexionando se preguntaba:—¿Cómo pudo cambiar el alma de Madalén, en otros días tan completamente entregada á él...? ¡Ah, presiones extrañas, de seguro...! ¿No mudaría aquello al verse el uno al otro, frente á frente, cuando sus ojos se hablasen de nuevo?... Mas ¿cómo había de esperar cosa tan poco razonable y

posible?... ¿Dónde se ha visto que una religiosa falte á sus votos eternos para ir tras el novio? Y además, ¿dónde irían á vivir, si la gente se separaría de ellos, huyendo como de renegados...! ¿A América quizá? ¿Quién sabe todavía...! Pero ¿cómo acercarse á ella y llevarla consigo, estando en esas blancas casas de muertas donde las religiosas habitan, siempre vigiladas y con escuchas...! ¡Ah, no; todo esto era una irrealizable quimera...! ¡Era el bien concluído, concluído sin esperanza de recobrarlo...!

De pronto se le borró la tristeza que le producía pensar en Madalén, y voló con ardiente deseo hacia el recuerdo de su madre; de su madre, que está allí, muy cerca, un poco agitada sin duda por la alegre emoción de esperarle.

Ya ve á la izquierda del camino una humilde aldea, medio ahogada por las ramas de las hayas y de las encinas, con su antigua capilla y con su paredón de jugar á la pelota, bajo árboles viejísimos, en el entrecruzar de dos senderos. Y en la cabeza de Ramuncho cambió otra vez el curso del pensamiento: aquel muro bajo, de remate redondeado, cubierto por una capa de cal y de ocre, despierta tumultuosamente en él ideas de fuerza, de vida, de alegría; con ardor de niño se dice que mañana podrá dedicarse de nuevo á ese juego eúskaro, que es una borrachera de movimiento y de ágil destreza; recordó los grandes partidos de los domingos, después de las vísperas, en la gloria de las luchas denodadas con los pelotaris de España, en todo esto que le faltó en sus años de destierro y en lo que funda su porvenir ahora... Un instante después y muy corto, su desesperanza mortal vino á romper sus sueños de oro; sus triunfos en los frontones no los verá ya Madalén, y no viéndolos ¿para qué los quiere...? Sin ella, todas las cosas, aun éstas, vuelven á caer descoloridas, inútiles y vanas, como si ni siquiera existiesen...

¡Etchezar...! ¡Etcnezar, que se descubre allá abajo, de pronto, al volver un recodo del camino...! Se destaca en un resplandor rojo, como una imagen fantasmagórica iluminada por extraños reflejos, en medio de grandes manchas de sombra y de tarde moribunda. Es la hora del poniente. Alrededor de la aldea solitaria, dominada por el antiguo campanario, traza un halo de cobre y oro el último haz de rayos solares temblando en el aire; y al mismo tiempo, el pasar juguetón de algunas nubes y una obscuridad avasalladora que surge de la Gizune ensombrecen la tierra, en extenso tenderse arriba y abajo, y la variedad de pardas laderas, coloreadas por la muerte de los helechos...

¡Qué melancólica la aparición del rincón querido para el soldado que vuelve á su casa y que no ha de ver más á su novia...!

Tres años han pasado desde que se marchó... Tres años, ¡ay! es un nada fugitivo en el andar de la vida, pero á su edad es un abismo de tiempo que cambia y muda las cosas todas. Después de esta ausencia tan larga aquella aldea adorada, ¡qué empequeñecida se le aparece, qué pobre, encerrada entre montes, triste y perdida...! En el fondo inculto de su alma de muchacho acercándose á la virilidad, resurge para atormentarle aquella lucha de sentimientos propios de un hombre de cultura y refinado, y que son la herencia de un padre desconocido: el apegamiento casi enfermizo á la casa nativa, al terruño donde corrió la infancia, y el horror á volver á él, á encerrarse allí, cuando se sabe que hay en el mundo un *más allá* tan vasto y tan libre...

Después de aquella tarde primaveral, mostróse el otoño en el ponerse rápido del sol, en el subir desde los valles bajos un aire fresco cargado del olor de hojas moribundas y de musgo.

Se le representaron entonces á Ramuncho mil detalles

de otras otoñadas del país vasco, de los Noviembre de tiempos que fueron: la noche viniendo fría y desapacible después de un día espléndido de sol; las tristes brumas envolviendo el caer de la tarde; los Pirineos, borrosos entre los vapores de un gris negruzco ó bien destacándose recortados en obscura silueta sobre un cielo de oro pálido; rodeando las casas, las flores tardías de los jardines, que la helada aquí perdona largo tiempo; y delante de todas las puertas, el manto de las hojas de los plátanos que se abovedan, el amarillo manto que se queja fúnebremente bajo las alpargatas del labriego que va á su casa á la hora de la cena... ¡Qué deliciosa ventura y qué íntima alegría, sin cuidados, al volver al hogar en otros atardeceres, después de las jornadas, por el áspero monte! ¡Qué goce en aquel tiempo arrimarse al fogón humoso que se adorna con tiras de papel de rosa calado, y calentarse al amor de las llamas de las primeras lumbreras invernales...! No; en la ciudad, en esos amontonamientos de habitaciones de interiores bullentes, no se tiene la verdadera impresión de volver á casa, de albergarse por la noche al modo primitivo; no se disfruta como aquí bajo los techos eúskaros, solitarios en la paz de los campos, con la negrura de los contornos, la negrura estremeciente del follaje y la negrura cambiante de las nubes y de las cimas... Ahora, su ausencia, sus viajes, sus concepciones nuevas, le han empequeñecido y como ocultado su hogar montañés; va á encontrarlo, sin duda, casi desolado, y piensa Ramuncho, sobre todo, er que su madre no estará allí siempre, y en Madalén, que ya no estará nunca.

Aceleró el paso, deseoso de abrazar á su madre; dió un rodeo, sin entrar en la aldea, para ir á su casa por un camino que domina la plaza y la iglesia; pasó rápidamente, mirándolo todo con turbación inexplicable. La paz y el silencio reinaban sobre la pobre parroquia de Etche-

zar, corazón del país vasco francés y patria de todos los pelotaris famosos, que hoy son obesos abuelos ó que duermen bajo la tierra. La inmoble iglesia, donde están



sepultados sus sueños piadosos, sus creencias de fe, vese rodeada de oscuros cipreses, como una mezquita. La plazoleta del juego de pelota, mientras Ramuncho va andando acelerado, se aclara todavía un poco con un rayo de sol, un rayo moribundo, muy oblicuo, que cae hacia el fondo, hacia la pared que sostiene la inscripción de

los antiguos tiempos. Todo está como la tarde de su primer gran triunfo, hacía cuatro años, cuando entre la alborotada multitud veíase á Madalén con traje blanco, á Madalén, convertida ahora en una monjita negra... Sobre las gradas desiertas, en los asientos de granito donde brota la hierba, hay tres ó cuatro ancianos que fueron un día los más bravos jugadores del lugar, y á quienes sus recuerdos traen inevitablemente aquí, para charlar al morir de la luz, mientras el crepúsculo baja de las cumbres é invade la tierra, pareciendo surgir y caer de los rojizos Pirineos... ¡Qué felices las gentes que habitan aquí, y que aquí pasan la vida! ¡Qué recuerdos el de las sidrerías, el de las tenduchas y de las bagatelas—traídas de la ciudad, del *más allá*—para venderlas á los caseros de los alrededores...!

Todo esto parécele al joven extraño, no unido á él ó tan lejos como si durmiese en el fondo de un pasado primitivo... ¿Es que no hay ya nadie en Etchezar, que no es él el Ramuncho de otro tiempo...? ¿Qué tiene de particular su alma, que le impide encontrarse bien allí como los demás? ¿Por qué, Dios mío, le está prohibido á él sólo cumplir en su patria el tranquilo destino de su sueño, cuando todos sus amigos han realizado el suyo...?

Al fin se presentó su casa delante de los ojos. Está como pensaba volverla á ver, como esperó encontrarla; las flores, aún vivas, cultivadas por su madre, á lo largo de la pared, las mismas especies que se han helado, hace ya semanas, allá abajo, en el Norte, en el sitio por donde viene el viento que las mata, ve heliotropos, geranios, dalias muy altas y rosas de ramas trepadoras. ¡Y la querida capa de hojas secas que cae por los otoños desde los plátanos podados en bóveda, también está allí aplastándose y quejándose con un ruido tan familiar bajo sus pasos...!

Cuando entró en la cocina, en el piso bajo, reinaba en

ella el gris indeciso, la noche. La alta chimenea, donde se detuvo su mirada por el instintivo recuerdo de las llamas de las veladas antiguas, se destacó igual que antes, con su festón de indiana blanca, pero fría, llena de sombra, hablando de ausencia ó de muerte.

Subió corriendo al cuarto de su madre. Esta, desde la cama, al conocer el paso de su hijo, se incorporó en el lecho, rígida, blanca, entre el crepúsculo:

—¡Ramuncho!—gritó con voz apagada y envejecida.

Le tendió los brazos, y al tenerlo entre ellos le sujeta y le oprime.

—¡Ramuncho...!

Después de pronunciar este nombre, sin añadir nada, apoyó su cabeza sobre la mejilla del joven en la actitud habitual de abandono, en la actitud de las grandes ternuras de otras veces... El, entonces, sintió que el rostro de su madre, al pegarse al suyo, abrasaba. A través de la camisa notó que estaban enflaquecidos, febriles y ardorosos los brazos que le tenían cogido. Por primera vez tuvo miedo; se presentó á su espíritu la noción de la grave enfermedad de su madre, la posibilidad y el repentino espanto de que se muriese el ser amado...

—Pero ¡estás sola, madre! ¿Quién te cuida? ¿Quién te vela?

—¿Velarme...?—replicó ella bruscamente, dando á conocer sus ideas de aldeana.—¡Gastar dinero para cuidarme...! ¡Vaya una tontería, Dios mío...! La bendita ó la anciana Dajamburu viene de día á darme lo que necesito y las boticas que el médico manda... Aunque los remedios, ¡bah! En fin... ¡Enciende una vela, Ramuncho...! ¡Quiero verte... y no te veo...!

Cuando el muchacho encendió la luz con una cerilla española, de contrabando, ella, empleando un tono animoso, infinitamente dulce, como al hablar á un niño á quien se adora, le iba diciendo:

—¡Oh, tus bigotes...! ¡Qué bigotes mas largos traes, hijo mío...! ¡Si no hubiera conocido á mi Ramunchito...! ¡Acerca la luz, mi bien amado, acércala, que te mire bien...!

El también la veía mejor ahora al resplandor de la luz, mientras que ella le contemplaba, admirándole, con amor y arrobamiento. Remuncho se asustó más al ver que las mejillas de su madre estaban enjutas, sus cabellos casi blancos; aun la expresión de su mirar ha cambiado, parece turbio y sin brillo; en su rostro se vislumbra todo el siniestro é irremediable trabajo del tiempo, del sufrimiento y de la muerte...

Dos lágrimas rápidas y gruesas salieron de los ojos de Francisca, que se agrandaron más vivos al remozarse por el despecho desesperado y el odio...



—¡Aquella mujer...!—dijo ella de repente. ¡Citas que...! ¡Aquella Dolores...!

Su grito inacabado expresó y resumió los celos de treinta años; todo aquel rencor sin perdón contra la

enemiga de la infancia que venció, al fin, al romper la ventura de la vida de su hijo.

Hubo un silencio entre los dos. El se sentó, con la cabeza inclinada, cerca del lecho, teniendo entre las suyas la mano ardorosa que su madre le tendiera. Ella, respirando agitadamente, creeríasele un largo momento bajo la opresión de algo que vacila en decir.

—Dime, Ramuncho mío... Querría preguntarte... ¿Qué piensas hacer ahora, hijo mío? ¿Cuáles son tus proyectos, dime, para lo porvenir...?

—No lo sé, madre... Ya lo pensaremos, ya veremos... Me preguntas esto... ahora... Ya tendremos tiempo de hablar de ello, ¿no es verdad...? En las Américas, tal vez...

—Sí—replicó ella lentamente, con todo el espanto que guardaba en sí desde hacía algunos días...—A las Américas... Sí, ya lo presentía yo... ¡Oh! eso es lo que vas á hacer... Ya lo sabía, ya lo sabía...

Su frase se acabó en un gemido y juntó las manos para rezar.

III

A la mañana siguiente vagaba Ramuncho por la aldea y sus alrededores, bajo un sol que, disipando las nubes por la noche formadas, era radioso y brillante, como el del día anterior. Muy cuidado en el peinado y en el vestir, el bigote retorcido, el continente altanero, elegante, solemne y guapo, andaba sin dirección fija, para ver y para que le vieran, mezclando un poco de infantil orgullo á la seriedad que las circunstancias le imponían, algo de bienestar, á su angustia. Al despertarse le había dicho su madre:

—Estoy mejor, te lo aseguro; hoy es domingo, vete á pasear, que estaré más contenta.

Los transeuntes se volvían para mirarle, cuchicheaban

un poco, después llevaban la noticia de un lado á otro: «Ha venido el hijo de Francisca, y está muy guapo.»

A pesar del aspecto estival que parecía persistir en todo, desvanecía esa ilusión al sentir la insondable melancolía de las cosas perecederas que con el buen tiempo se agotaban. Bajo el impasible fulgurar del sol, los campos pirenaicos mostrábanse sombríos; toda su vegetación, todo su verde encanto se recogían en una especie de resignación cansada de vivir, en la triste espera de la muerte.

Los recodos de los caminos, las casas, los árboles más pequeños, todo traía á la mente de Ramuncho las horas de los tiempos felices, aquellas horas á las que se juntaba el recuerdo de Madalén. Entonces, á cada remembranza, á cada paso, se grababa en su espíritu, amartillándole sin piedad bajo una forma nueva, esta conclusión sin salida alguna: «Todo se ha acabado; estás solo para siempre; Madalén te ha sido arrebatada y yace en un claustro sombrío...» Y los accidentes del terreno, cuanto veía, renovaba, amontonándolos, sus dolorosos pensamientos. Además, en el fondo de su ser permanecía sorda como base constante de sus reflexiones aquella otra angustiosa ansiedad: ¡su madre, su pobre madre muy enferma, quizá en peligro de muerte...!

Encontraba Ramuncho gentes que le detenían acogéndole alegres, que le hablaban en su querida lengua eúskara, siempre tan dulce para él, tan sonora, á pesar de su incalculable antigüedad; los hombres de cabellos blancos, cubiertos con la tradicional boína, también se paraban con gusto, á fin de charlar ¡un poco del juego de pelota con aquel robusto jugador que volvía á su patria. Pero pasados estos instantes de efusión y de oír las cariñosas bienvenidas, apagábanse las sonrisas en sus labios á pesar del sol rutilante en el cielo azul, y entristecía de nuevo

pensando en Madalén, en el convento y en Francisca moribunda.

Un violento refluir de la sangre le subió al rostro al ver un poco lejos á Dolores, que entraba en su casa. ¡Qué cambiada la encontró, qué decrepita y con qué aspecto de agotamiento! De seguro que también ella le había conocido, porque volvió vivamente su cabeza testaruda y tenaz, cubierta por una mantilla negra. Con una especie de piedad, viéndola tan destrozada, pensó que á ella también la hería el mismo golpe, y que veríase ahora sola, aislada, en su vejez y en su muerte...

En la plaza encontró á Marcos Iragola, que le dijo que se había casado con aquella muchacha con quien tenía amores desde niño.

—No he tenido que servir en el Ejército—añadió—porque somos guipuzcoanos emigrados en Francia, y esto ha hecho que me case más pronto.

El tenía veintiún años, ella dieciocho; sin tierras y sin dinero el uno y el otro; pero Marcos y Pilar se unieron alegremente, sin penas, como dos gorriones para fabricar su nido. Y el joven continuaba, riéndose á la vez:

—¡Qué quieres! Mi padre me dijo: «Tú eres mi hijo mayor; si no te casas, te prevengo que cada año tendrás un nuevo hermano!» ¡Y lo hubiera hecho, ya lo sabes! ¡Porque somos catorce y vivimos todos...!

¡Oh! ¡Qué sencillos aquellos hombres, qué naturales! ¡Éran los sabios y los humildemente dichosos...! Ramuncho se separó de él un poco precipitado, con el corazón, después de lo que oyera, más oprimido, pero deseando á su compañero, no obstante, que le llenase la ventura aquel su pequeño hogar de pájaro imprevisor y sin cuidados.

La gente estaba sentada aquí y allá, delante de las puertas, en esos á manera de atrios de ramas que preceden á todas las casas del país. Los arcos de estos pláta-

nos, podados de tal modo que son impenetrables á la luz en el estío, dejábanse ahora traspasar por ella, que en haces luminosos iba á caer sobre los caseros, gozando del descanso del domingo, y el sol centelleaba, un poco mortecino y triste, por encima de las hojas amarillas, arrugándose, desfalleciendo...

Ramuncho, en este lento paseo, el primero después de su llegada, veía, más claro cada vez, que algunos lazos íntimos, lazos de una singular persistencia, atábanle á este terruño áspero y cerrado por los montes, no obstante sentirse el pobre muchacho solo en su abandono, sin amigos, sin mujer y sin madre...

¡Ya tocan á Misa mayor! Las vibraciones de la campana le produjeron una extraña emoción que no esperaba. En otro tiempo, ese toque tan familiar era un toque de alegría y de fiesta...

Se detuvo y dudó, á pesar de su falta de creencias actual y venciendo su rencor contra aquella iglesia que le ha arrebatado la novia. ¡La campana parecía invitarle de una manera tan particular, con una voz de ternura y de cariño...! «Ven, ven, déjate consolar, como tus antecesoros; ven, ¡pobre infeliz!, déjate atraer por la esperanza, que hará que corran tus lágrimas sin amargura, y que ha de ayudarte á morir...»

Indéciso, resistiéndose siempre, iba andando, no obstante, hacia el templo, cuando apareció Arrakoa.

Arrakoa, cuyo bigote de gato se había alargado mucho, con la felina expresión acentuada corrió hacia él con los brazos tendidos, con una efusión que no esperaba, con un afecto quizá sincero, hacia aquel exargento de tan noble presencia, que lleva una cinta de medalla y del que tanto se ha hablado en el pueblo por sus famosas aventuras.

—¡Hola, Ramuncho! ¿Cuándo has llegado...? ¡Si hu-

biese podido impedir aquéllo...! ¡Pero mi madre es tan testaruda, y estos santurriones...! ¡Ah, pero no te lo he dicho...! ¡Tengo ya un hijo, hace dos meses; un chico hermoso, te lo aseguro...! ¡Cuántas cosas tenemos que contarnos, Ramuncho, cuántas cosas...!

La campana toca y retoca, llenando el aire más cada vez, con su sonido muy dulce, solemne, y también un poco imponente.

—Creo que no irás allí, ¿eh?—le preguntó Arrakoa apuntando á la iglesia.

—No, no—díjole Ramuncho, sombrío en su repentina decisión.

—Pues vamos entonces á probar juntos la sidra nueva de tu país...

Le arrastró entonces á la sidrería de los contrabandistas; los dos, cerca de la abierta ventana, se sentaron á la mesa, como en otro tiempo, mirando á la calle. También aquel sitio, los bancos lustrosos por la vejez, las imágenes de las paredes, las cubas alineadas en el fondo, recuerdan á Ramuncho las horas deliciosas de antes, las horas que volaron y que no han de volver.

El tiempo es hermoso, el cielo luce limpidez cristalina; por el aire cruzan ráfagas de ese olor especial del otoño, olor de bosques que se desnudan de follaje, de hojas muertas que el sol abrasa aún postradas en la tierra. Después de la calma absoluta de las primeras horas de la mañana, salió un poco de viento, un estremecerse de Noviembre anunciando claramente, pero con encantadora melancolía, que ya viene el invierno, un invierno meridional, sí, un invierno muy atenuado que interrumpe apenas la vida en el campo. Los jardines y los muros viejos todavía están cubiertos de rosas...

Al principio hablaron de cosas indiferentes, mientras bebían sagardúa; de los viajes de Ramuncho, de lo que ocurrió en la aldea durante su ausencia, de los casamien-

tos que se realizaron ó que se deshicieron. Y hasta aquellos dos incrédulos, que no habían ido á misa, llegaban, para arrullar su conversación, los ruidos todos que de la iglesia salen, el sonar de la campanilla y la voz del órgano, los cantos seculares que vuelan, llenándola con sus acentos, la alta nave, resonante y anchurosa...

Al fin, Arrakoa, tocó el asunto espinoso:

—¡Ah, si hubieses estado aquí, no hubiera ocurrido aquello...! Y todavía hoy, si te volviese á ver...



Ramuncho le miró estremeciéndose al oír lo que creía comprender de sobra.

—¿Todavía hoy...? ¿Qué quieres decir?

—Querido, las mujeres... Con ellas no se sabe nunca... Ella te quería mucho, respondo de ello; fué terrible lo que pasó... Y en los días que corren no hay ley que le ate al convento... Cuánto me reiría de que colgase los hábitos... Ja, ja...

Ramuncho volvió la cabeza con los ojos fijos en la tie-

rra, no respondió nada y al mismo tiempo golpeó el suelo con el pie. Durante el silencio, aquello tan impío que apenas se había atrevido á concebir y á guardarlo en sí mismo, le parecía menos quimérico, más realizable, casi seguro... No, no es inadmisibile que la vuelva á ver. Y si hubiera necesidad, sin duda que le protegería Arrakoa, su mismo hermano. ¡Oh, que tentación turbaba nuevamente su alma...!

Preguntó secamente:

—¿Dónde está? ¿Lejos de aquí?

—Bastante lejos, hacia Navarra; cinco ó seis horas de coche. La han cambiado dos veces de convento desde que la tienen. Ahora está en Amezqueta, más allá de los grandes encinares de Oyanzabal; se va por Mendichoco, ya sabes dónde; me parece que pasamos por allí una noche, con Itchúa, en nuestro oficio.

Salía la gente de Misa mayor... Pasaron algunos grupos: mujeres, lindas mozas de elegante aspecto, entre las cuales no se ve á Madalén; muchas boínas echadas sobre frentes tostadas por la intemperie. Todas esas personas se volverán para mirar á los dos bebedores tras la ventana. El viento, que sopla un poco más fuerte, empuja á fúnebre baile á las hojas secas de los plátanos, correteadoras y danzantes allí fuera, en la calle.

Pasó también una mujer, ya de edad, que por debajo de la mantilla negra les echó una mirada triste y siniestra:

—Ya pasa mi madre—dijo Arrakoa;—¡todavía nos mira de mal modo...! Y... ¡puede estar orgullosa de lo que ha hecho...! La primera castigada, además, es ella, porque concluirá por ser una vieja solitaria... Catalina, la de los Elsagaray, ya sabes, va á servirla de día; por la noche no tiene con quién hablar...

Una voz de bajo profundo les interrumpio de repente, con un saludo vasco, hueco como el sonido de una ca-

terna, mientras que una mano grande y pesada cayó sobre el hombro de Ramuncho: era Itchúa, Itchúa que había concluído de cantar su liturgia en la iglesia, Itchúa, sin cambiar en nada, con su misma cara, por la que parecía no pasar los años, siempre con aquella máscara incolora que igual podía ser de monje que de salteador, con sus mismos ojos hundidos, ocultos, como ausentes de sus cuencas. También su alma debía de conservarse semejante, el alma donde cabían, á la vez, la devoción acendrada y la impasibilidad homicida.

—¡Ah!—dijo con tono que quiso endulzar todo lo posible—¡ya estás otra vez entre nosotros, Ramuncho! Entonces trabajaremos juntos, ¿eh? El negocio marcha bien y necesitamos brazos para la frontera española. Volverás á las de antes, ¿no es cierto?

—Quizá—respondió Ramuncho medio asustado.—Que os pueden oír hablar...

Desde hacía algunos minutos había revoloteado de nuevo por su espíritu la idea de marchar á América... ¡No! quedarse en el país era mejor, emprender la vida de antes, reflexionar y esperar obstinadamente. Y mucho más ahora que sabía dónde estaba *ella*, en aquel Amezqueta, á cinco ó seis horas de distancia... Aunque peligrosos, complacíase entonces en acariciar toda clase de sacrílegos proyectos, que hasta aquel día ni siquiera se hubiese atrevido á concebir.

IV

A las doce fué á su casa solitaria para ver a su madre.

La mejoría febril y un poco artificial continuaba. Cuidada por la anciana Doyamburu, afirmó que sentía curarse, y temerosa de ver á su hijo sin hacer nada y pensativo, le hizo volver á bajar á la plaza para que presenciara el partido de pelota del domingo.

El alentar del viento era otra vez cálido; soplabá el

sur nuevamente; no había, pues, para qué tiritar de frío, al contrario, la atmósfera parecía primaveral, y el sol caía á plomo sobre las sierras enrojecidas, sobre los helechos de color de herrumbre, sobre los caminos donde continuaba tendiéndose el tapiz triste de las hojas. Pero el cielo se llenó de pronto de espesas nubes que repentinamente salieron de detrás de los montes, como si hubiesen estado emboscadas para desplegarse todas á una señal.

No estaba combinado el partido de pelota, y se discutía violentamente en los grupos, cuando Ramuncho llegó á la plaza.

Se le rodeó en seguida, se le festejó, y le designaron con cariñosas aclamaciones para que tomara parte en el juego, á fin de que sostuviera así el honor de su nombre. El no se atrevía; no jugaba desde hacía tres años, y desconfiaba de su brazo, tanto tiempo dormido para esas lides. Cedió al fin, y comenzó á quitarse la ropa... Pero ¿á quién entregaría la chaqueta ahora? De repente presentósele en la imaginación Madalén, sentada en los primeros asientos y tendiendo las manos para recibir aquella prenda. ¿A quién iba á dar la chaqueta?

Se confía de ordinario á algún amigo, como hacen los toreros con su capote de paseo de seda y oro... La lanzó al azar, sin saber adónde iba, y fué á caer sobre los bancos centenarios, guarnecidos de escabiosas tardías...

Se organizó el partido. Desorientado al empezar, incierto en los primeros pelotazos, falló varias veces el golpe cuando trató de recoger la pelota lanzada por los aires.

Pero después luchó con furia entusiasta, recobró la seguridad de mejores días, y se encontró jugando muy bien. Sus músculos habían ganado en fuerza lo que tal vez perdieron en agilidad, y de nuevo fué aclamado y se sintió enorgullecido de su veloz ir de un lado á otro,

de su saltar robusto, del tenderse y soltarse de sus miembros, como por potentes resortes movidos de oír á su alrededor los frenéticos rumores del público..

Vino más tarde el momento de reposo que corta de ordinario los partidos largos; el momento en que los jugadores se sientan jadeantes, con la sangre bullente, las manos enrojecidas y temblando, y en Ramuncho siguió el curso de los pensamientos que el juego interrumpiera..

Entonces volvió á sentir la angustia de encontrarse solo

Por encima de la agrupación de cabezas, de las boínas de lana y de los caprichosos moños anudados con pañuelos, se acentuaba la tormenta, anunciada en el color del cielo, traída siempre por los vientos del Sur cuando van á cesar. El aire tomó una limpidez absoluta, como si estuviese rarificado, rarificado hasta el vacío. Las montañas semejaban haber avanzado extraordinariamente; los Pirineos, con su mole inmensa, aplastaban la insignificancia de la aldea; las cumbres españolas y las francesas veíanse igualmente próximas, pareciendo que las unas se pegaban á las otras, aumentando sus rojos calcinados, sus tintes violeta intensos y sombríos. Grandes nubes á la vista, consistentes y sólidas, desplegábanse en arco, velando el sol y produciendo una obscuridad de eclipse. Aquí y allá, por alguna desgarradura muy violenta orlada de plata brillante, se destacaba el azul verdoso de un cielo casi africano. Toda la comarca, cuyo clima torradizo cambia de la mañana á la tarde, presentábase, por algunas horas, extrañamente meridional de aspecto, de temperatura y de luz.

Ramuncho respiraba ansioso este aire seco y suave venido del extremo del Mediodía para vivificar los pulmones. Este era un tiempo muy propio de su país, el tiempo característico de este golfo de Vizcaya, el tiempo

que le complacía más antes, y que ahora llenábale de bienestar físico tanto como de turbación el alma, porque esos preparativos de los elementos, todo el amontonamiento amenazador y terrible de lo alto, le daba la idea de un cielo sordo á las plegarias, simple foco de tempestades fecundantes, de fuerzas ciegas para crear, volver á crear y destruir. Y mientras estos minutos de meditación, todavía jadeante, en que algunos hombres, sin duda de alma bien diferente á la suya, le rodeaban para felicitarle, él no oyó á nadie, sintiendo más que nada la plenitud efímera de su vigor, de su juventud, de su voluntad, y diciéndose que quería gozar áspera y desesperadamente de todo, intentar cualquier cosa, sin la atadura de vanos temores, de vanos escrúpulos, para volver á ser dueño de la muchacha tanto tiempo ansiada por su alma y que era el único objetivo de sus amores, su prometida...

Acabó triunfalmente el partido, y se marchó solo, triste y resuelto, orgulloso de haber ganado, de haber sabido conservar su ágil destreza, y comprendiendo que disponía de un medio de ganarse la vida, de una fuente de dinero y de fuerza, de ser uno de los primeros jugadores del país vasco.

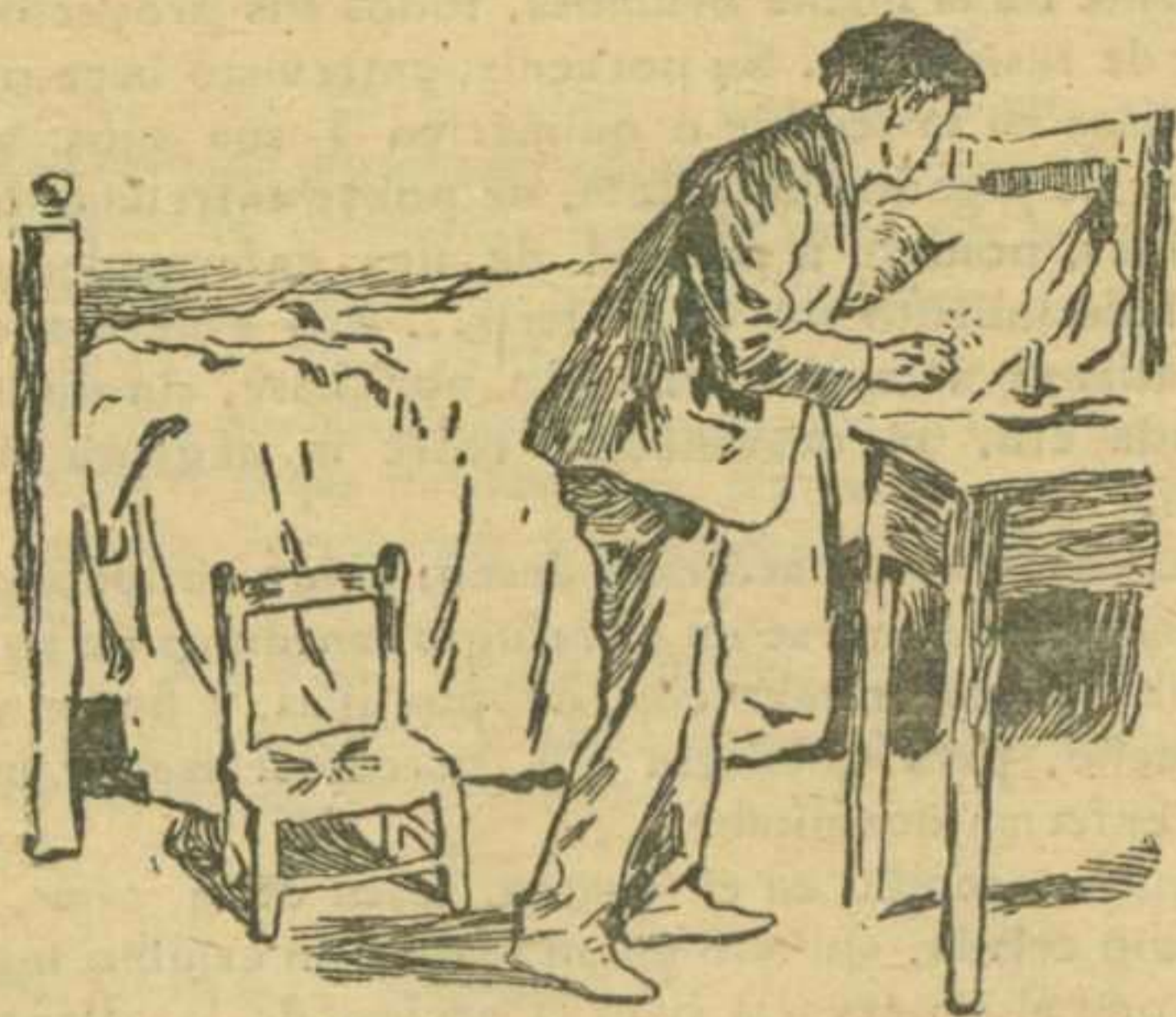
Bajo el cielo negro veíanse siempre los mismos matices intensos tiñéndolo todo, iguales horizontes, limpios y sombríos. Y en tanto, proseguían ardientes las bocanadas del Sur, secas y bochornosas, excitando los músculos y el pensamiento.

Sin embargo, las nubes bajaban, bajaban, y pronto este tiempo, la ilusión veraniega, iba á cambiar y concluir. Ya lo sabía él, como todos los compañeros habituados á fijarse en el cielo: todo aquello no era más que el anuncio de una borrasca de otoño para cerrar el reinado de los vientos cálidos; una sacudida suprema para acabar el deshoje de los árboles. Luego vendrían los largos chaparrones, refrescándolo todo; las brumas, con-

RAMUNCHO

fundiendo y alejando el paisaje... Se impondría triunfante el invierno sombrío, que paraliza la savia, languidece la fuerza, que animar quiere á los proyectos temerarios y extingue los ardores y los atrevimientos...

Empezaron á caer las primeras gotas de agua, espaciándose sobre el camino, pesadas, sonantes en el tapiz de las hojas secas.



Como la víspera, cuando entró Ramuncho en su casa estaba sola Francisca.

Subió de prisa y la encontró mal dormida, con sueño intranquilo, agitada, ardorosa.

Andando por la habitación, para alegrarla un poco, trató con ramas de hacer fuego en el hogar, pero se apagaron humeando. Fuera caía la lluvia á torrentes. Por las ventanas, como á través de un sudario gris, se vislumbraba apenas el pueblo, borrado por las húmedas ráfagas. El viento y el chaparrón azotaban las paredes de la casa aislada, alrededor de la que, una vez más, iba á es-

pesarse el imponente negror de los campos en las noches lluviosas: esa negrura, ese silencio majestuoso de que Ramuncho había perdido la costumbre. En su corazón de niño filtrábase, paulatinamente, el frío de la soledad y del abandono; veíase hasta perdiendo la conciencia de su amor, de su fuerza y de su juventud; miraba desvanecerse, delante de la noche brumosa, todos sus proyectos de lucha y de resistencia. Su porvenir, entrevisto hace poco, convertíase en miserable ó quimérico á sus ojos; aquel porvenir de jugador de pelota, de pobre entretenedor de multitudes, poníase á merced de una enfermedad ó de un desfallecimiento de la materia... Sus esperanzas del día abatíanse al suelo; teniendo por base, sin duda, lo que nada era, se desvanecían entre la negrura de la noche...

Tuvo entonces un ardiente deseo, como en los días de su infancia, de sumirse en el refugio tan dulce de su madre; subió donde estaba ella, de puntillas, á fin de verla en el sueño, para quedarse allí, cerca del lecho, mientras la enferma dormitaba.

Cuando encendió en el cuarto, lejos de la cama, una luz medio celada, apreció en su madre un cambio mucho mayor que al observarla bajo la acción de la calentura; á su espíritu se presentó entonces la posibilidad, más horrible á cada instante, de estar solo para siempre, de no sentir nunca sobre la mejilla la caricia de la cabeza amada, apoyándose en ella... Por primera vez le *pareció vieja su madre*, y al recuerdo de tantas decepciones como había sufrido por él, sintió piedad hacia la que le dió el ser, una piedad tierna é infinita, delante de sus arrugas en que no había reparado, delante de sus cabellos canos no emblanquecidos aún en las sienes. ¡Ay, una piedad desoiada y sin esperanza, ante la convicción de que era ya muy tarde para arreglar mejor la vida...! Algo doloroso á que no podía oponer resistencia, comenzó á gol-

pear en su pecho, contrayendo su rostro; los objetos se le anublaron ante los ojos, y con una necesidad irreflexiva de implorar, de pedir perdón, se dejó caer de rodillas, la frente hundida en el lecho de su madre, y lloró al fin, lloró, dejando que corrieran ardientes las lágrimas...

V

—¿Qué viste en el pueblo, hijo mío?—le preguntó ella á la mañana siguiente, en ese rato de mejoría que experimentan de ordinario los enfermos en las primeras horas del día, al rendirse un poco la fiebre.

—¿Qué viste en el pueblo, hijo mío...?

Al hablar, se esforzaba en mostrarse un poco juguetona en decir cosas indiferentes, sin valor, por miedo á tocar graves cuestiones y provocar inquietantes respuestas.

—Vi á Arrakoa, madre—respondió con un acento que, aun sin querer, parecía llevar fatalmente á esos asuntos espinosos.

—¿Arrakoa...! ¿Y qué tal se portó contigo...?

—¡Oh! me habló como si fuese un hermano...

—Sí, ya lo sé... ¡No es él, no, quien la llevó allí...!

—Así me dijo él mismo...

No se atrevía á continuar ya, y bajó la cabeza.

—¿Qué te dijo, pues, hijo mío...?

—Pues sí, que... había costado mucho encerrarla allá... Que quizá... que aun ahora, si me volviese á ver, cree él que...

Ella se irguió en la cama bajo la conmoción de lo que acababa de entrever; con sus manos descarnadas separábase los cabellos recientemente encanecidos y sus ojos se reanimaron al pasar por ellos un rayo de juventud y de vida, con una expresión malévola de alegría y de orgullo vengado...

—Eso te dijo... ¡él...!

—¿Me perdonarías, madre, si tratara....

Ella le cogió las dos manos y quedaron silenciosos, no atreviéndose ni el uno ni el otro con sus escrúpulos de católicos á proferir el intento sacrílego que fermentaba en sus cabezas. En el fondo de los ojos de Francisca acababa de extinguirse el rayo de malévola rabia.

—¡Perdonartel!—dijo ella en voz muy baja.—¡Oh! yo... yo... ya sabes que sí... Pero no hagas eso, hijo mío, te lo suplico; no lo hagas, sería una desgracia para vosotros dos... No pienses más en ello, Ramuncho; no pienses más en ello...

Se callaron al oír los pasos del médico, que subía á su visita cotidiana. Y esta fué la sola, la suprema vez que durante su vida, hablaron reunidos de tal asunto.

Ahora sabía Ramuncho que aun después de morir no le maldeciría su madre por haber intentado lo que se proponía ó por cometer lo que proyectaba: aquel perdón bastábale y, ya obtenido, la mayor barrera entre su prometida y él veníase á tierra de repente.

VI

Al anochecer aumentó la fiebre, pareciendo entonces la enferma mucho más herida de muerte.

Sobre su cuerpo robusto se cebaba la enfermedad con furia; la enfermedad descubierta demasiado tarde y mal curada por la aldeana testarudez de quien la padecía, por su incrédula desconfianza en los médicos y en las boticas.

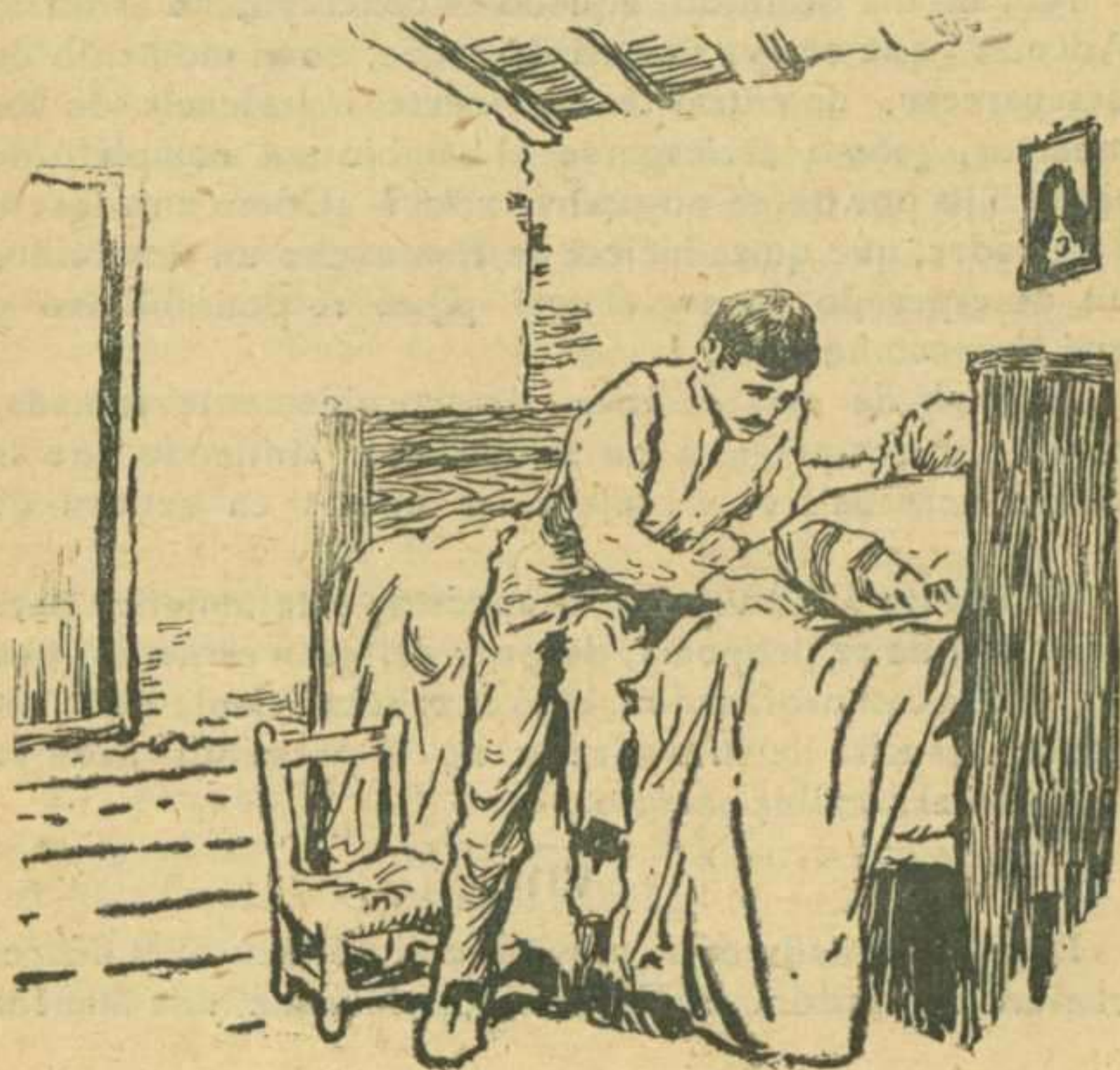
En el espíritu de Ramuncho ocupaba poco á poco un lugar primordial la idea horrible de que iba á perder á su madre; mientras la velaba, pasando largas horas junto al lecho, silencioso y solo, comenzaba á mirar frente á frente la realidad de la indefectible separación, el horror

de la muerte y del entierro, el lúgubre mañana, el horizonte que para su vida se dibujaba; la casa, que tendría que vender antes de abandonar el país; después, acaso, la tentativa desesperada en el convento de Amezqueta; más tarde, la marcha á la desconocida América, probablemente solo y sin deseo de volver de allá...

Le asediaba, obsesionándole siempre, el secreto de su nacimiento, aquel secreto que iba á llevarse su madre sin descubrirlo.

Entonces, inclinándose hacia ella y tembloroso, cual si fuese á cometer una impiedad en una iglesia, se atrevió á decir:

—¡Madre! ¡An, madre mia, dime ya quién es n^o padre!



Se estremeció ella ante la suprema pregunta, comprendiendo que cuando su hijo se atrevía á hacérsela era porque la enfermedad no dejaba esperanza alguna. Dudó un minuto; después en su cabeza, alocada por la fiebre, se libró terrible combate; no discernía, claro, cuál era su deber; su obstinación de estar callada durante tantos años, cambiaba ahora delante de la repentina aparición de la muerte...

Pero resolviendo al fin y para siempre lo que iba á decir, respondió en seguida con el tono brusco de los días en que estaba incomodada:

—¡Tu padre...! ¿Y para qué, hijo mío...? ¿Qué le quieres á tu padre, que hace veinte años que para nada se ha ocupado en cosas tuyas...?

No, estaba decidido; aquello se concluyo, no lo diría. Además, que era ya demasiado tarde; en el momento de desaparecer, de entrar en la inerte impotencia de los muertos, ¿cómo arriesgarse al cambio tan completo de aquel hijo por quien no podría velar? ¿Cómo entregarlo á su padre, que quizá hiciese de Ramuncho un descreído, un desesperado, lo que él era? ¡Qué responsabilidad y qué inmenso horror...!

Después de esta decisión, irrevocablemente tomada, pensó por vez primera en sí misma, y sintiendo que la vida se cerraba tras sí, plegó las manos en actitud de rezar.

En cuanto á Ramuncho, después de esta tentativa para saber lo que se proponía, después del gran esfuerzo, que le pareció casi profanador, bajó la cabeza delante de la voluntad resuelta de su madre y no le preguntó nada ya respecto al terrible secreto.

VII

La enfermedad corría muy precipitadamente; la fiebre que era abrasadora en Francisca, pintábale una mancha

roja en las mejillas; se alargaron, aguzándose, las narices de la paciente; agotábase en el baño copioso de sudor y su pulso latía apenas.

Ramuncho no tenía ya más pensamiento que su madre; hasta la imagen de Madalén dejaba de visitarle en estos fúnebres días.

Se moría, se moría la madre amada, muda y como indiferente, no preguntando nada, sin quejarse nunca...

Una vez, sin embargo, una noche, llamó á su hijo de repente, con pobre voz de angustia, para echarle los brazos al cuello y atraerle hacia sí, apoyando en su cara la querida cabeza. Y en este minuto, Ramuncho vió pasar ante sus ojos la grande y espantosa Muerte, la de la carne que se siente acabar, la de los hombres y la de las bestias, la horrible y la misma para todos... Creyente... no lo era en grado sumo Francisca; practicaba el culto más bien como tantas otras mujeres que ella conocía; era timorata frente á los dogmas; la observancia de los deberes cristianos y los ejercicios religiosos, pero carecía de una concepción clara del más allá, de la luminosa esperanza... El cielo, las venturas que siguen á la vida... Sí, tal vez... Pero lo que era seguro é inexorable, es que nunca su rostro comido por la tierra se apoyaría de una manera real en el de Ramuncho, y entonces, en la duda de tener un alma que volase al cielo, sintiendo el horror y la miseria de reducirse á la nada, de ser únicamente polvo, quería ansiosa los besos de aquel hijo, y se agarraba á él como se agarran á la tabla de salvación los náufragos que se revuelven en las aguas negras y profundas...

El comprendió muy bien lo que decir querían aquellos ojos agonizantes. Y la tierna piedad que había sentido al ver las arrugas y los blancos cabellos de su madre, se desbordó de su corazón, joven aún, como ola rugiente. ¡Los abrazos desolados y apretadísimos que dió á su madre,

los besos larguissimos en que puso todos los amores de su alma!

Pero esto duró muy poco tiempo. No fué Francisca nunca de las que se dejaron vencer, ó al menos de las que delataron su abatimiento en largos transportes. Con los brazos desnudos, su cabeza de nuevo caída, cerró los ojos, inconsciente ya...

Ramuncho, de pie, no atreviéndose á tocarla, lloró, sin que se le oyera y volviendo la cabeza, ardientes gruesas lágrimas. Entretanto, á lo lejos comenzaba á tocar á oraciones la campana de la parroquia, cantando, con sus sonos la tranquila paz del pueblo y llenándolo de dulces vibraciones protectoras, consejeras de un sueño feliz para aquellos á quienes aún les aguardan mañanas esplendorosos...

Al día siguiente, después de haberse confesado, murió Francisca, silenciosa y firme, como sintiendo vergüenza de su sufrimiento y de su hipo de muerte... En tanto, allá abajo, las campanas tocaban á agonía.

Por la noche, Ramuncho se encontró solo, al lado de un cuerpo tendido y yerto que se conserva y mira durante algunas horas, pero que, con dolor, hay que dejarlo llevar á que se hunda en la tierra...

VIII

Pasaron ocho días.

A la caída de la tarde, cuando el viento frío de la montaña en ráfagas violentas sacudía furioso las ramas de los árboles, Ramuncho volvía á entrar en su casa desierta, donde el gris de la muerte parecía esparcido por todas partes. La vanguardia invernal había pasado ya por el país vasco en forma de helada que quemó las flores anuales, llevando, á la vez, el ilusorio verano que se creía gozar en pleno Diciembre. Delante de la puerta de Francisca, los geranios y las dalias acababan de morirse,

y el sendero de la entrada, por nadie ya cuidado, desaparecía bajo el amontonarse de las hojas amarillentas.

En cuanto á Ramuncho, las primeras semanas de luto ocupáronselas los mil quehaceres, que algo distraen el dolor. Orgullosa como su madre, había querido que siguiendo los antiguos usos de la parroquia, se hiciese con lujo cuanto se refería á entierro y funerales. Francisca había sido llevada al camposanto en un ataúd cubierto de terciopelo negro, sujeto con plateados clavos. Después celebráronse las misas mortuorias, á las que asistieron los vecinos con capa larga y las vecinas envueltas y encapuchadas con negros velos. Todo esto representaba para él, que era pobre, no pocos gastos.

De la cantidad dada en otro tiempo, en el instante de su nacimiento, por el desconocido padre, le quedaba muy poco, puesto que la mayor parte se perdió en aquellas imposiciones desgraciadas.

Para marchar á América ahora, era preciso dejar la casa, vender los queridos muebles de familia, reunir la mayor suma posible de dinero...

Aquella vez entró en su casa presa de una turbación particular, porque iba á atreverse á una cosa dejada siempre de un día para otro, y respecto de la que su conciencia no estaba tranquila. Había visto y examinado cuanto á su madre perteneciera, pero la caja conteniendo papeles y cartas permanecía aún intacta, y aquella noche propúsose abrirla

No estaba seguro de que la muerte, como se cree de ordinario, dé derecho á los que sobreviven para leer las cartas y penetrar los secretos de los que acaban de partir de este mundo. Quemar, sin mirar todo aquello, parecíale más respetuoso, más correcto. Pero también era destruir para siempre el medio de volver á encontrar á aquel de quien era hijo abandonado... ¿Qué haría, pues...?

¿Y á quién pedir consejo, cuando no se tiene nadie en el mundo para solicitarlo?

En el fondo del hogar, debajo de la amplia chimenea, encendió la lumbre como otras noches; después fué á buscar al piso de arriba la caja que tanto le inquietaba; la puso encima de una mesa, cerca del fuego, al lado de



la lámpara, y se sentó para reflexionar todavía. Frente á los papeles casi sagrados, casi prohibidos, que iba á tocar y que sólo la muerte pudo poner en sus manos, tenía la

dolorosa conciencia, más desgarradora aun, del irrevocable marchar de su madre y para no volver nunca... las lágrimas le asaltaron y lloró allí solo, en medio del respetuoso silencio...

Al fin abrió la caja..

Sus arterias latían pesadamente. Bajo los árboles de alrededor, en la obscuridad solitaria de fuera, creyó oír el agitarse de figuras indeterminadas para venir á mirar por los cristales. Escuchaba el aliento de otros, en su propio pecho, como si respirasen detrás de él. Las sombras se agolpaban cual si quisieran interesarse en lo que iba á hacer... La casa llenóse de fantasmas...

Eran las cartas, conservadas allí hacía veinte años, todas de la misma letra, una letra descuidada y fácil al mismo tiempo, como suelen tenerla las gentes de gran trato y de mucha cultura y que, á los ojos de algunos, es indicio de gran diferencia social. Al principio se dejó envolver por un vago sueño de protección, de crecimiento y riqueza, que parecía escaparse de las cartas y que cambió el curso de sus pensamientos tristes... No tenía duda alguna respecto á la mano que las había escrito; teníalas en las manos temblorosas, no atreviéndose á leerlas ni aun á mirar la firma.

Una sola conservábase en su sobre; estonces descifró las señas: «Señora doña Francisca Duval...» ¡Ah, sí! se acordaba de haber oído decir que su madre, en la época de su desaparición del país vasco, había llevado por algún tiempo ese nombre... Seguía una indicación de la calle y del número, que, sin leerla, le produjo mal efecto y que le hizo subir el rubor al rostro; después el nombre de la gran ciudad en la que él naciera... Con los ojos fijos, se quedó silencioso, sin mirar á nada... Y de repente tuvo la horrible visión de aquella casa oculta en un barrio apartado y de su madre, joven, elegante, viviendo con un hombre... ¡Dios sabe con quién...! Un vértigo se

apoderó de Ramuncho al entrever así, por un aspecto nuevo aquella que tanto venerara; el pasado querido se tambaleaba detrás de él como para hundirse en un desolador abismo... Y su desesperación se convertía en execración repentina á aquel que, por capricho, le había dado la vida...

Oh, quemar, quemar cuanto antes esas cartas de desgracia... ¡Eso era lo mejor...! Y comenzó á arrojarlas unas detrás de otras al fuego, donde se consumían entre súbitas llamas.

Se separó de ellas, sin embargo, un retrato, y cayó al suelo; no pudo contenerse y lo acercó á la luz para verlo.

Su impresión fué punzadora, dolorosa, durante los segundos en que sus ojos se cruzaron con los medio borrados de la antigua y deslucida imagen fotográfica... *Aquél se le parecía...* Encontraba, con espanto profundo, algo de él mismo en el desconocido. E instintivamente se volvió, inquieto, temeroso de que los fantasmas de los oscuros rincones se hubiesen acercado por detrás para mirar también el retrato.

Fué de inapreciable duración esta entrevista silenciosa, única y suprema con su padre. ¡Al fuego también esa imagen! Y la arrojó con gesto de terror y de cólera entre las cenizas de las últimas cartas, no quedando de todo ello bien pronto más que un montoncillo de polvo negro al apagarse la llama alegre de las ramas.

¡Ya se acabó! La caja estaba vacía. Tiró al suelo la boina, que le molestaba puesta y se volvió á levantar, con la frente sudorosa y las sienes zumbándole.

¡Se acabó! Ya no eran nada aquellos recuerdos vergonzosos de una falta. Ahora le parecía que las cosas de la vida adoptaban el equilibrio de antes y volvía á sentir por su madre una dulce veneración; se le figuraba haberla purificado, vengando también un poco su memoria con aquella ejecución desdeñosa.

Su destino acababa de fijarse para siempre en esta noche. Sería el Ramuncho de otro tiempo, el «hijo de Francisca», pelotari y contrabandista, independiente, libre, sin lazo alguno, no debiendo ni pidiendo nada á nadie. Sentíase ahora sereno, sin remordimientos, sin espantos ya en aquella casa mortuoria, de donde las sombras acababan de huir, volando, apaciguadas ahora y amigas...

IX

La frontera: en un caserío de la montaña. La noche es negra; la una de la madrugada; noche de invierno que inunda fría y torrencial lluvia. Delante de una casa de mal aspecto, en la que no se vislumbra resplandor alguno, Ramuncho carga sobre sus hombros una pesada caja de contrabando, bajo el agua que chorrea por todas partes, en medio de sepulcrales sombras. La voz de



Itchúa manda quedo, como con sordina, al igual del sonido que resulta al pasar el arco por las últimas cuerdas de un contrabajo, y á su alrededor, en esas tinieblas profundas, se adivina á otros contrabandistas cargados prontos á aventurarse en su negocio.

Esta es, ahora más intensa que nunca, la vida de Ramuncho; su existencia la constituyen las correrías nocturnas, especialmente en las noches veladas y sin luna, cuando no se ve nada, cuando los Pirineos se levantan como un caos sombrío. Queriendo reunir la mayor cantidad posible de dinero para poder marchar, toma parte en todos los contrabandos, lo mismo en los que rinden un buen producto, como en los que se arriesga la vida por un puñado de cobre. Y de ordinario también Arrakoa le acompaña, sin necesidad, por pura fantasía, más bien por entretenerse.

Son además inseparables amigos Ramuncho y Arrakoa, que hasta hablan de sus proyectos referentes al rapto de Madalén; Arrakoa, seducido por la atracción de una proeza atrevida, por el goce de quitar una monja á la iglesia, por destruir los planes testarudos de su madre, y Ramuncho, á pesar de sus escrúpulos de cristiano que le detienen aún, viendo en el peligroso paso su sola esperanza, su sola razón de obrar y de existir. Desde hacía un mes se decidió, en principio, la arriesgada tentativa, y durante sus conversaciones de las veladas de Diciembre, en los caminos donde se paseaban ó en los rincones de las sidrerías de la aldea, separados de los demás, en mesa aparte, discutiendo los medios de realizar su plan como si se tratara de una sencilla empresa de las que frecuentemente ejecutaban en la raya fronteriza. Será preciso obrar rápidamente, concluía siempre Arrakoa, obrar en la sorpresa de una primera entrevista que emocionará á Madalén de un modo espantoso, sin dejar que reflexión ni que se responga, habrá que intentar el rapto..

—¡Si supieses—le dijo—lo que es el convento de Amezqueta, dónde está! ¡Cuatro ancianas y benditas monjas con ella, en una casa aislada...! Tengo mi caballo, ya sabes, que anda mucho; una vez que mi hermana esté en el coche, y contigo, ¿quién vuelve á apoderarse de ella...?

Y aquella misma noche resolvieron que fuese su confidente Itchúa, habituado á las empresas difíciles, inapreciable para un golpe de mano como ese, y más por la noche. A ese hombre, por dinero, le creían capaz de todo.

El sitio de donde partieron para el contrabando se llama Landakoa, en Francia, á diez minutos de España. La taberna, solitaria y vieja, parece, cuando la luz no la ilumina, una madriguera de bandidos. En aquel instante, mientras los contrabandistas salen por una puerta trasera, hay en la casa unos cuantos carabineros que confiadamente han pasado la frontera para divertirse cantando y bebiendo. El tabernero, acostumbrado á estos manejos y tapadujos nocturnos, fué risueño á decir, en vascuence, á la gente de Itchúa:

—¡No hay cuidado! ¡Están medio borrachos; ya podéis salir!

¡Salir! Más fácil es decirlo que hacerlo. Está todo encharcado y á pesar de los makilas con punta de hierro, se resbalan los pies en el barro pegajoso de las pendientes rápidas de los senderos.

Los contrabandistas no se ven unos a otros; no se ve nada, ni las paredes del caserío, á lo largo de las cuales se deslizan, ni árboles, ni rocas; van como los ciegos, andando á tientas y tropezando á cada paso, bajo un diluvio de agua, con un ventisqueo de lluvia en los oídos capaz de dejarlos sordos.

Ramuncho, que recorre por vez primera este camino, no conoce los pasos, más propios de cabras, que le espe-

ran; choca aquí y allá con bultos negros, que no son más que las ramas de las encinas, deslízase, con los dos pies en el lodo, vacila, se yergue otra vez, se asegura en su marcha hincando al azar, en la tierra, su makila de hierro. Cerraban el marchar de la cuadrilla Arrakoa y Ramuncho, siguiendo á sus compañeros por el rastro y por el oído, mientras que los que van delante no meten con sus alpargatas más ruido que los lobos en el bosque.

Así fueron los quince contrabandistas, escalonados en un espacio de cincuenta metros, por entre la negrura imponente de la montaña, bajo el caer incesante del aguacero nocturno; llevan cajones llenos de bisutería, de relojes, de cadenas, de rosarios, y también fardos de seda de Lyon, envuelta en tela impermeable; con bastante delantera iban dos hombres, los exploradores, cargados de mercancías de menos valor, y los que, si hubiese el peligro de los carabineros españoles, al oír los tiros huirían, dejando abandonado el contrabando. En la marcha no se habla más que muy bajo, pero lo que se dicen unos á otros lo oyen bien los contrabandistas, ya muy acostumbrados á esa media voz, á pesar del tamborileo de la tormenta que apaga los sonidos.

El contrabandista que precede á Ramuncho, se vuelve para decirle:

—Mira, que hay un torrente aquí... (Se hubiera adivinado, sin duda, por su estrépito al despeñarse, más fuerte que el sonar del aguacero.)

—¡Hay que pasarlo!

—¿Y cómo se pasa? ¿Entrando en el agua...?

—No, que hay mucha profundidad. Sígueme. ¡Hay un tronco de árbol por encima, atravesado!

Tanteando como un ciego, encontró Ramuncho, en efecto, el tronco de árbol mojado, resbaladizo y redondo. Y lo pasó, de pie, andando sobre este puente, como un mono en la selva, siempre con su pesada carga,

mientras que por debajo de él, invisible y aterrador, hervía furioso el torrente. Pasó, pasó no supo cómo, atravesando el negror intenso y el ruido ensordeciente de las aguas.



En la otra orilla fué preciso redoblar las precauciones y el silencio. Se acabaron de pronto las sendas del monte, las pendientes escabrosas, el patinar en las bajadas ápidas entre la obscuridad agobiadora de los bosques. Llegaron á una llanura cenagosa donde los pies se hundían; las alpargatas, atadas con cintas á las nerviosas siernas producían, al chapuzarse en el agua, un ruido *floc, foc*, de encharcamiento continuado que daba triste-

za. Los ojos de los contrabandistas, sus ojos de gato que ven en las sombras, se dilatan en la obscuridad y distinguen, confusamente, que hay espacio libre alrededor, que no les oprime ya el encerramiento del bosque y el continuo tropiezo con el ramaje. Respiran mejor ahora, y andan de mejor postura, que algo les descansa...

Pero los ladridos de los perros, allá abajo, muy lejos, les inmovilizó en su camino, de repente, y quedáronse como petrificados bajo el chaparrón incesante. Por espacio de un cuarto de hora esperaron sin hablar ni moverse; por sus pechos corría el sudor copiosísimo y se mezclaba con el agua del cielo, que entrando por el cuello de la camisa baja hasta la cintura. A fuerza de escuchar, oyen cómo zumban sus oídos y el latir de sus arterias.

Esta tensión de los sentidos y de las facultades de alma, es lo que les causa más placer en su oficio; les produce una especie de alegría casi animal, les redobla el vigor de los músculos, á ellos que son como seres del pasado; es cual un recuerdo de las primitivas impresiones humanas en los bosques ó los desiertos de épocas originarias... Son precisos aún siglos de civilización refinadísima para ahogar el gusto á las peligrosas sorpresas, que lleva á los niños á jugar al escondite, á algunos hombres á las emboscadas, á las escaramuzas de la guerra ó á la aventura del contrabando...

Se callaron los guardianes perros, tranquilizados ó distraídos, por llevarles el olfato al husmeo de otra cosa distinta. Reinó otra vez el vasto silencio, menos seguro que antes; sin embargo, pronto á romperse tal vez, porque allá abajo velan los canes. A un mandato de Itchúa sus hombres reanudaron la marcha más despacio y vacilante en medio de la negrura del llano, un poco encorvados, agachándose, siguiendo el instinto de las fieras acechando la presa.

Les parecía que estaban junto á la Nivelles, no lo veían, puesto que no se distinguía nada; pero oíasele correr, y andando un poco se enredaron en largas plantas flexibles que estorbaban el paso, pero que cedían al de los cuerpos: eran las cañas de la orilla. Y el río la Nivelles, que está en la frontera, fué preciso vadearlo, ir sobre una serie de rocas resbaladizas, saltar de piedra en piedra, á pesar de la carga que entorpece las piernas.

Pero antes hicieron un alto en la orilla para reponerse y descansar un poco. Se contaron en voz baja; no faltaba nadie. Dejaron sobre la hierba los cajones, que parecían manchas más claras, poco perceptibles aun para ojos habituados á verlos, mientras que los hombres, en las tinieblas del fondo, de pie, marcaban largas líneas rectas, más negras que el horizonte solitario de la llanura.

Al pasar por cerca de Ramuncho, Itchúa le dijo al oído:

—¿Cuándo me vas á contar lo que piensas hacer, muchacho?

—Luego, á la vuelta... ¡Pierda usted cuidado, Itchúa, que ya se lo contaré...!

En aquel instante, con el pecho jadeando y sus músculos en acción, todas sus facultades queriendo luchar y exasperado por el oficio que tiene, ya no duda Ramuncho; en la exaltación presente de su fuerza y de su actividad, no conoce ni trabas morales ni escrúpulos. La idea que ha tenido su cómplice Arrakoa de unir á la realización del plan al tenebroso Itchúa, no le asusta nada. ¡Tanto mejor! Así se abandonará á los consejos de este hombre astuto y violento é irá, si es preciso, hasta el asalto y el robo. En aquella noche tan dura, es cuando más aprecia ese recurso á que va á apelar, ya que él puede acercarle á la sola compañía de su existencia, la adorada, la que no se reemplaza; aquella á quien quiere aun á riesgo de todo... Y, pensando en ella, en medio del langui-

decimiento de aquel reposo en la marcha, la desea de repente, con sus sentidos todos, con frenesí de joven enamorado, de una manera imprevista y soberana...

Como se prolongó la inmovilidad, las respiraciones se calmaron.

Mientras, sacuden los contrabandistas sus boínas, empapadas en agua, se pasan la mano por la frente para secar las gotas de lluvia y de sudor que les caen sobre los ojos, pero sienten la primera sacudida de frío húmedo é intenso; sus trajes mojados les hielan; su vigor se debilita; poco á poco, con la fatiga de esta noche y las de las precedentes, se va apoderando de ellos una especie de agobiamiento físico, aumentado por la espesa obscuridad, bajo el incesante aguacero invernal.

Y, gracias á que están acostumbrados á esta vida; que les son familiares la humedad y el frío, endurecidos por el ajetreo de ir á lugares á que los demás hombres no van nunca, en horas extremas é intempestivas, inaccesibles á los vagos temores de las tinieblas, gracias á que son capaces de dormir sin abrigo en cualquier lugar en medio de la más negra de las noches lluviosas, al borde del peligroso pantano ó en la garganta perdida de la sierra...

—¡Vaya!, en marcha ya; que el descanso ha sido bastante largo.

Es, además, el instante decisivo y grave en que se va á pasar la frontera. Todos los músculos se reaniman, las orejas se tienden para recoger sonidos y los ojos se dilatan.

Primero los exploradores; luego, uno detrás de otro, los que llevan los fardos, los cajones, cargado cada cual con cuarenta kilos de peso, sobre los hombros ó la cabeza. Resbalando aquí y allá en los redondos quijarros, tropezando y metiéndose en el agua, pasaron por fin todos asombrados de no haber caído; ya están en la otra

orilla; ya pisan suelo de España. Les resta tranquear sin tiros ni malos encuentros doscientos metros próximamente, que les separan de una granja solitaria, el almacén



oculto del jefe de los contrabandistas españoles, y en llegando, una vez más cantarán victoria

Como es de suponer, la casa está sin luz, obscura y siniestra. Siempre silenciosos, tanteando el terreno, entraron en ella como fueron por el camino, de uno en uno; cuando pasó el último echaron los enormes cerrojos de la puerta y ¡se acabó! Bajo techado y en salvo todos. Al Tesoro español es á quien se quitó en aquella noche un millar de francos.

Encendieron un brazado de leña en el hogar de la cocina, y una vela, que pusieron en la mesa, y se miraron,

sonriéndose de la suerte de la expedición. La seguridad de que gozaban, el no recibir el agua de la lluvia, la llama que bailotea y calienta, la sidra y el aguardiente que llenan los vasos, dan á aquellos hombres la alegría ruidosa con que se vengán del obligado silencio. Se habla sin medida, con júbilo, y el jefe, encanecido por los años, el que les alberga á todos á esta hora descompasada, les dice que va á dotar á su pueblo de un buen frontón, que está ya hecho el trato y que le costará diez mil francos.

—Cuéntame ahora tu asunto—insiste Itchúa, hablándole al oído á Ramuncho.—Ya me figuro lo que quieres hacer. Madalén ¿eh...? ¿No es eso? Es un poco difícil, ya lo supondrás... Además que no me gusta ir contra las cosas religiosas, también lo sabes... Sobre que tengo un cargo de cantor y me arriesgo á perderlo... Pero, vamos, ¿cuánto dinero me das si te ayudo á conseguir tu deseo?

Ya había previsto Ramuncho que le costaría muy caro el siniestro auxilio. En efecto, Itchúa era un hombre muy dado á la Iglesia y se necesitaba comprar su conciencia. Muy turbado, con las mejillas rojas, determinaron, después de discutirla, que la cantidad que debía dar el muchacho era 1.000 francos. Sobre que, piensa Ramuncho, si reúno dinero no es más que para recobrar á Madalén, y quedándole algo para ir á las Américas con ella, ¿qué le importaba lo demás...!

Ya que su secreto es conocido de Itchúa; ya que su acariciado proyecto se elabora en aquel cerebro testarudo y astuto, le parece que sólo falta el paso decisivo para la ejecución; que el plan tiene los tintes de realidad próxima. Con tales sueños, en medio del aspecto lúgubre del sitio, entre aquéllos que como nunca le parecen diferentes á él, se aisló Ramuncho en sus meditaciones, sumiéndose en una inmensa esperanza de amor.

Bebieron la última ronda juntos, chocando muy fuerte los vasos; después volvieron á partir, siempre entre el espesor de la noche y bajo la lluvia incesante, pero ahora por la carretera y andando en banda, cantando. No llevan nada en las manos, nada en los bolsillos: parecen gentes cualesquiera, volviendo de un paseo ó de una excursión campestre.

En retaguardia, un poco lejos de los cantores, Itchúa, con sus piernas como zancos, camina junto á Ramuncho, con la mano apoyada en el hombro del joven. Interesado ya en la empresa, deseoso de su éxito, desde que está acordada la suma que ha de ganar, le da al oído sus órdenes.

Igual que Arrakoa, quiere que se ejecute todo con brusquedad aterradora, en la sorpresa de una primera entrevista, que ha de realizarse por la tarde, tan tarde como lo permita la regla de la comunidad, á una hora indecisa y crepuscular, cuando la aldea, á los pies del pequeño convento mal guardado, empieza á dormirse

—Y sobre todo, chico—le dijo,—no te des á ver antes de intentar lo que te propones. Que no te vea, óyeme bien, que ni sepa tu vuelta al país... Si no, perderías la ventaja de la sorpresa...

Mientras Ramuncho escucha y piensa en silencio, los demás, que abren la marcha, cantan todos la misma antigua canción para llevar el paso á compás. Y así entraron en Landakoa, aldea de Francia, pasando el puente de la Nielle, junto á los carabineros españoles.

Los cuáles no tuvieron que averiguar qué misión llevó allí á aquellos hombres tan empapados de agua y en noche tan negra...

El invierno, el verdadero invierno, se tendió sobre el país vasco despues de algunos días de helada que, que-

mando las plantas anuas, cambiaron el aspecto engañoso de la campiña y prepararon la renovación de la vida que con la primavera viene.

Ramuncho adoptó sin trabajo sus costumbres de hombre que vive sin compañía; en su casa, que aún ocupaba, no tenía nadie que le sirviera; se arreglaba solo, como en las colonias ó en el cuartel, ya que era conocedor de mil detalles de buen orden doméstico que practican los soldados cuidadosos. Conservaba el orgullo de su familia en la apariencia exterior, vestíase muy pulcramente y bien con la cinta de los valientes en el ojal y en el brazo siempre rodeado un ancho crespón.

Al principio iba con poca asiduidad á las sidrerías del pueblo, donde los hombres se reúnen durante las noches frías. Tres años de viajes, de lecturas, de conversación con los unos y con los otros, habían llevado no pocas ideas nuevas á su espíritu, dispuesto á recibirlas, así es que entre sus compañeros de antes encontrábase como moralmente separado, á mucha distancia de las cosas pequeñas, al parecer sin importancia, de que se compone la vida y que son tema constante de plática.

Doco á poco, sin embargo, á fuerza de estar solo y de pasar por delante de los sitios donde los bebedores se reunían delante de los cristales en los que siempre dibuja alguna lámpara la sombra de los hombres sentados á la mesa, acabó por crearse la costumbre de entrar y de reunirse con los otros.

Era la estación en que las aldeas pirenaicas, sin los vaneantes que el estío lleva á ellas, cerradas por las nubes, las brumas ó las nieves, se encuentran tales como en los tiempos antiguos. En las sidrerías, únicos puntos iluminados, vivos, en medio de la inmensa obscuridad vacía de los campos, se reanima y parece palpitar en las veladas de invierno algo del espíritu centenario de otras edades. Delante de las grandes cubas de sidra enfiladas en

el obscuro fondo, la lámpara, colgada de las vigas del techo, derrama su resplandor sobre las imágenes de los santos que adornan las paredes y sobre los grupos de caseros que hablan y fuman. A veces uno de ellos canta una especie de lamento que se remonta á la noche de los siglos; un redoble de tamboril da nueva vida á ritmos olvidados; un rasgueo de guitarra modula un aire triste de sabor morisco...

De estas tabernas se retira la gente muy temprano; sobre todo en las noches lluviosas, cuyas tinieblas tan propicias son al contrabando, no suele faltar gente con algún negocio allá abajo, en el lado de España.

En esos sitios, en compañía de Arrakoa, maduraba Ramuncho y comentaba su proyecto sacrilego; otras veces, en las noches de luna que no permiten intentar nada en la frontera, iban por los caminos los dos, por costumbre de noctámbulos, á dar juntos un largo paseo.

Los persistentes escrúpulos religiosos le detenían aún no poco, sin que apenas se diera cuenta de ello, escrúpulos que, sin embargo, no se explicaba, puesto que creía haber perdido la fe. Pero toda su voluntad, su audacia, su vida concentrábanse y tendían, más cada vez, hacia ese único objeto.

La prohibición de Itchúa de volver á ver Madalen antes de la gran tentativa, exasperaba su impaciente propósito.

El invierno, caprichoso como es en este país, seguía su marcha desigual, con sorpresas, de cuando en cuando, de sol y tiempo templado. Primero, lluvias diluviantes, grandes borrascas subiendo del mar de Vizcaya para engolfarse en los valles y encorvar furiosamente los árboles. Luego, otra vez el viento Sur, con soplos cálidos como los del estío, brisas que parecían traer olores africanos, bajo un cielo alto y sombrío, entre montañas de

un intenso color moreno. También, algunas mananas de helada, veíanse, al despertar, las arrogantes cimas nivosa y blancas.

A Ramuncho, con frecuencia, le daban ganas de acometer su empresa bruscamente, arrollándolo todo... Pero tenía el temor, que le anonadaba, de no salir triunfante, de volver á caer en sí, solo para siempre, no quedándole ninguna esperanza en la vida...

Además, que no faltaban pretextos razonables para esperar. Era preciso acabar los asuntos que le ligaban al pueblo, vender la casa y reunir, para la huída, todo el dinero posible. Por otra parte, quería conocer también la respuesta del tío Ignacio, al que había anunciado su próximo viaje y en casa del cual, en cuanto llegara, pensaba encontrar refugio.

Así pasaban los días y pronto empezaría á surgir precoz y olorosa la primavera. Las primuláceas amarillas y las gencianas azules, de aquí á algunas semanas, florecerían en los bosques y á lo largo de los caminos, doradas por los últimos reflejos del sol invernal...

XI

En la sidrería del caserío de Gastelugain, cerca de la frontera, están los contrabandistas esperando el momento de salir con cajones de bisuterías y de armas.

Itchúa habla:

—Si duda, mira... y no dudara, estoy seguro... pero en fin, si duda... ¡bueno! la cogemos... Déjame dirigir el plan. Eso será por la noche, ¿entiendes...? La llevamos, no importa adónde, para cerrarla en un cuarto contigo... ¡Ah! si sale mal... Suponte que por ti, por darte gusto, por ayudarte, me veo obligado á abandonar el país... Entonces tendrás que darme más dinero, ya lo comprendes... A menos que pueda ir á ganar el pan á España...

—¡A España...! ¿Qué, cómo piensa usted apoderarse de ella, Itchúa? Cree usted que habrá que realizar graves hazañas...

—Oh, no, no temas tal cosa; no tengo ganas de asesinar á nadie.

—Hombre... ¡Como habla usted de ponerse en salvo...!

—Bien, he dicho eso sin saber lo que decía. Además, que los negocios no marchan como en otras épocas. Y suponte que eso sale mal y que la policía hace una información en toda regla... Entonces preferiría marcharme... porque cuando estos señores de la justicia meten la nariz en una cosa no se contentan con menos que con averiguar todo lo que ha pasado hasta en tiempos remotos, y el asunto no se acaba fácilmente...

En el fondo de sus ojos, expresivos de repente, aparecieron el crimen que cometiera y el presidio á purgarlo. Ramuncho miraba con inquietud creciente á aquel hombre á quien se le creía sólidamente establecido en el país, hasta con riquezas, y que aceptaba con tanta facilidad la idea de huir de él. ¿Qué criminal sería, pues, para temer tanto á la justicia...? ¿Y cuáles podían ser aquellas cosas que habían pasado «en tiempos remotos»? Después de un silencio entre ellos, dijo Ramuncho en voz muy baja y con extrema desconfianza:

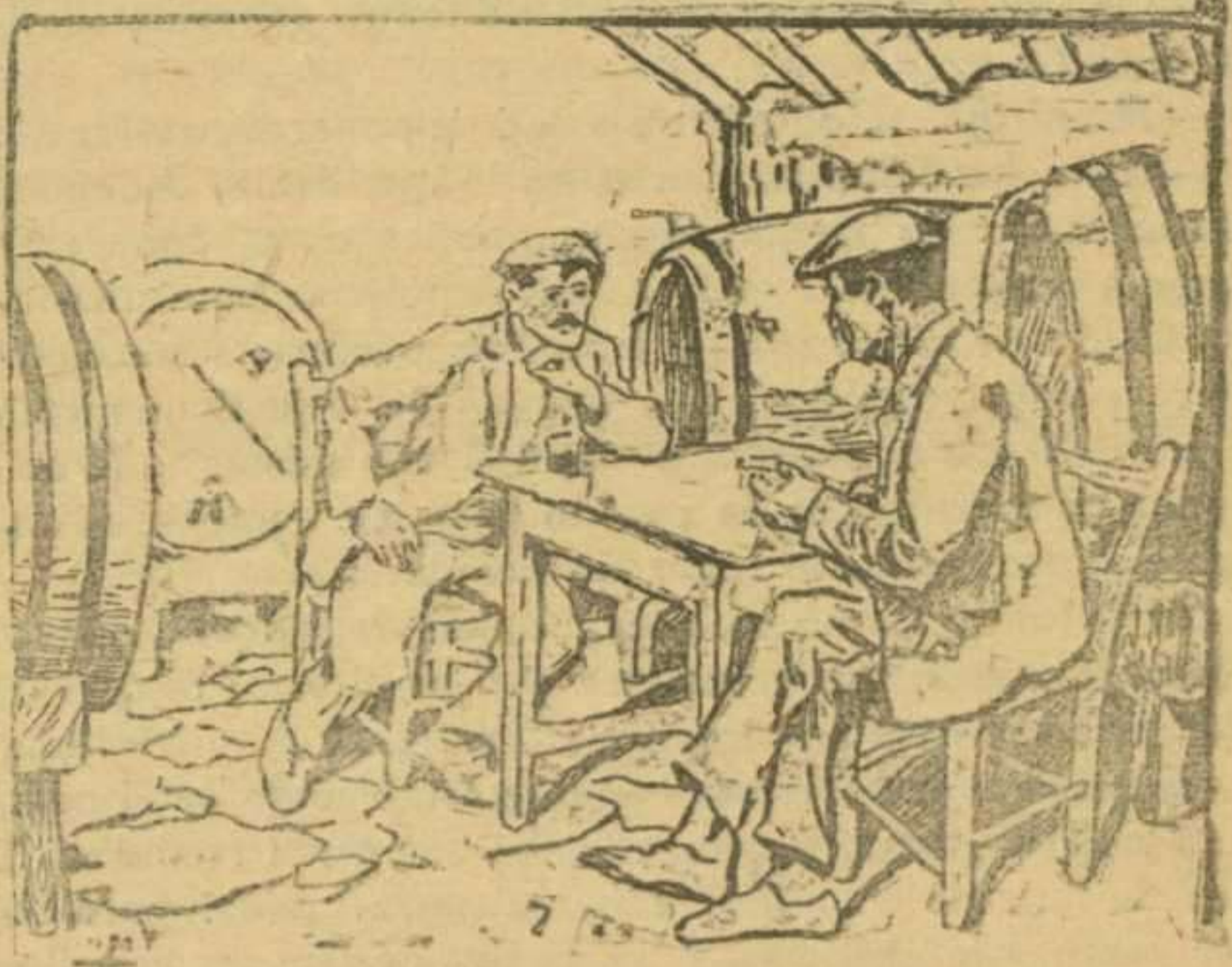
—Encerrarla... ¿Lo dice usted seriamente, Itchúa...! ¿Y dónde la voy á encerrar? Si no tengo castillo ni calabozos para tenerla oculta...

Entonces, Itchúa, con sonrisa de fauno, que hasta entonces no le conoció, le dijo golpeándole en el hombro.

—Oh, encerrarla... bastará con una noche... para dar el escándalo y que las religiosas no vuelvan á admitirla...

Por el brazo y la mano de Ramuncho pasó como una sacudida eléctrica. Tentado estuvo de sopapear á aquel rostro sombrío. Pero le contuvo la larga costumbre de respetar al antiguo sochantre de la liturgia, y se quedó

silencioso, con las mejillas coloradas, el mirar siniestro. Estaba nervioso de sólo oír hablar así *de ella* y sorprendido, además, de escuchar cosas de amor de boca de



Jichúa, conocido siempre como esposo fiel de una mujer fea y vieja. No le perdonaba aquello de «encerrar á Madalén en un cuarto con él...» La posibilidad de que esto hubiera podido ocurrir, trastornábale la cabeza como un licor muy fuerte.

Amaba con excesiva ternura á su prometida para complacerse en la esperanza brutal de un escándalo así. De ordinario separaba de su espíritu todo cuanto en su amor fuera espiritual y puro, pero aquel hombre habiale presentado con crudeza diabólica una imagen que quería apartar de sus ojos, y sentía estremecimientos extraños y temblaba como si tuviese frío...

Que la aventura cayese ó no bajo la acción de la Jus-

ticia, pensaba Ramuncho, tanto mejor, después de todo. Nada tenía que perder. ¡Todo le era igual! Y á partir de aquella noche, con la fiebre de una idea nueva, se sintió más temerariamente dispuesto á romper las reglas, las leyes, todas las trabas imaginables que se le pudieran presentar. Las savias empezaban á ascender en todo aquel paisaje vegetal de las rojizas laderas pirenaicas; los crepúsculos eran más largos y más tibios; los senderos se bordaban de violetas y de hierba doncella.

Los escrúpulos religiosos le detenían aún. Vivían en el fondo de su alma, que decaía como aniquilada, ante el horror intuitivo á las profanaciones, á la creencia en algo sobrenatural que envolvía los claustros y los templos para defenderlos y ampararlos...

XII

Pasó el invierno.

Ramuncho, que había dormido algunas horas un sueño fatigoso en un pequeño cuarto de la casa de su amigo Florentino, en Ururbil, se despertó al clarear el día.

La noche, una noche de horrible tormenta, una noche turbia y profundamente obscura, había sido desastrosa para los contrabandistas. Desde la punta del cabo Higuer, en las rocas, adonde acababan de llegar por el mar con fardos de seda, les persiguieron á tiros, obligándoles á abandonar el contrabando, perdiéndolo todo, teniendo que huir unos á la montaña y salvándose otros á nado, por entre las rompientes, para ganar la orilla francesa, temerosos de la cárcel de San Sebastián.

Hacia las dos de la mañana, agotado de cansancio, chorreando agua y medio ahogado, llegó á llamar á la puerta de aquella casa solitaria para pedir al bondadoso Florentino socorro y asilo.

Cuando despertó, después del estrépito nocturno de la tempestad, de las lluvias diluviales, de los árboles do-

loridos y quejándose al retorcerse y romperse sus ramas, no notaba á su alrededor más que un solemne silencio. Ya no oía ni aun con el oído atento el soplar arrollador del ventarrón del oeste, ni el conmoverse de toda la Naturaleza atormentada, herida en las tinieblas. No, no escuchaba más que un ruido lejano, regular, potente, continuo y formidable: el rugir de las aguas en el fondo del golfo de Vizcaya, que desde sus orígenes y sin descanso está revuelto y alborotado. Escuchábase un rugido rítmico, como la respiración del Océano en el sueño, una serie de golpes poderosos que semejaban el chocar de un ariete en la muralla, continuados, incesantes: la música de las olas reventando en las peñas... Pero el aire, los árboles, todo cuanto á Ramuncho rodeaba manteníase inmóvil; la tempestad había pasado sin causa razonable, como comenzara, y únicamente el mar daba al aire su queja dolorosa.

Para mirar esta región, la costa de España, que acaso no volvería á ver, puesto que su partida estaba tan próxima, abrió la ventana; así tenía delante el horizonte, aún pálido, la virginidad del alba melancólica.

Un resplandor gris salía de un cielo también gris; por todas partes veíase la] misma inmovilidad de cansancio, como cuajada con la indecisión en las cosas de conservar aún el aliento de la noche y del sueño. El cielo estaba opaco; mostrábase consistente y como formado por capas horizontales acumuladas, igual que si lo hubieran pintado, superponiendo, unos encima de otros, brochazos de colores muertos. Por allá abajo se alzaban las montañas parduzcas; después, Fuenterrabía divisábase con su silueta lúgubre y su campanario secular, que parecía más negro y usado por los años. A esta hora de la madrugada y tan misteriosa, en que los ojos de la mayor parte de los hombres no están aún abiertos, parece que se sorprende á cuanto nos rodea en afligido coloquio de laxi-

tud y de muerte, contándose las cosas al apuntar de la alborada, cuanto callan de miedo, cuando la luz radia y brilla.

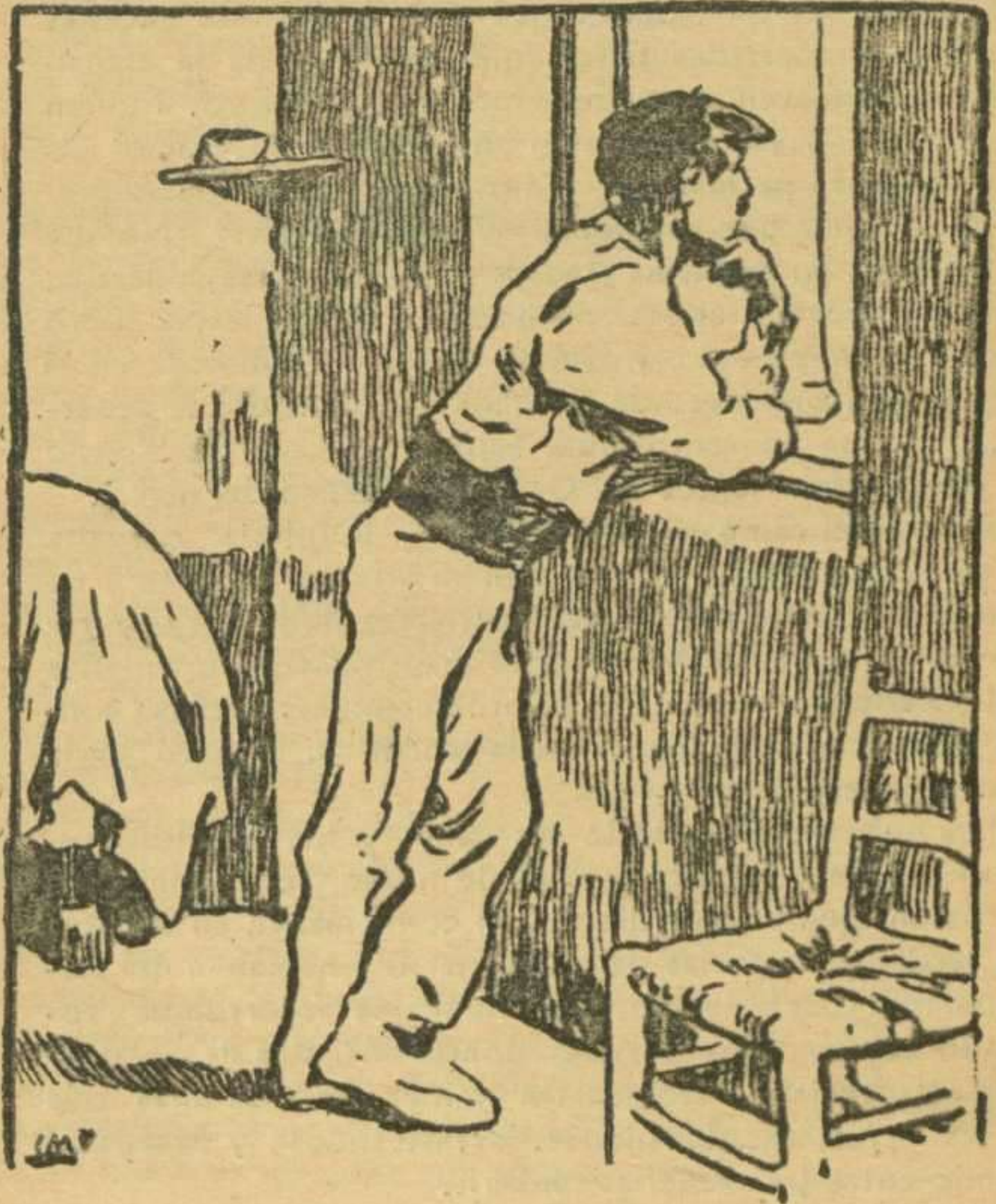
—¿Para qué haber resistido la tempestad de esta noche?—decía á la imaginación de Ramuncho el antiguo campanario, triste y cansado, enhiesto en la lejanía del fondo.—¿Para qué, puesto que otras la han de suceder y nuevas tempestades de los equinoccios, hasta la eternidad, continuarán pasando sobre mí; y aun yo, á quien los hombres levantaron como una señal de fe, como una oración, para permanecer y durar por años incalculables, he de concluir por desplomarme y abatirme...? ¡No soy ya más que un fantasma transportado de siglos muertos; continúo tocando en las ceremonias y en las fiestas; pero algunos hombres se olvidan de mí; lloro también, en la agonía, por millares de muertos de que nadie se acuerda...! Y me conservo inútil bajo el esfuerzo casi eterno de todos estos vientos del Oeste que vienen del mar...

Al pie del campanario se dibujaba la iglesia, envuelta en suaves tintas cenicientas; con su aire de vetustez y de abandono confesaba también la tristeza de la hora. Y todas las casas, desde hacía siglos piadosamente agrupadas á su alrededor, decían que su protección era ineficaz contra la muerte, pero que en ella tenían su amparo en la hora postrera y fatal...

Las nubes, sobre todo las nubes y los montes, cubrían con su inmenso testimonio mudo, lo murmurado por la antigua ciudad allá abajo; confirmaban en silencio las verdades sombrías del campanario y hablaban del cielo infinito y del tiempo, que nunca se interrumpe, rodando como oleaje furioso donde miríadas de existencias, despreciables átomos sin valor, van, las unas tras de las otras, encadenándose, arrastrándose y desapareciendo entre las revueltas ondas...

Comenzó á sonar el toque de agonía en el horizonte

lejano que Ramuncho miraba emblanquecerse y clarear; con lentitud, con sonidos espaciados, el antiguo campanario elevaba su voz, marcando, una vez más, el fin de una vida; alguno moría al otro lado de la frontera, algún alma española rendíase allá abajo en la lucha de la existencia, en la pálida alborada, bajo el espesor de las nubes aprisionantes, sintiéndose ante el fúnebre toque como



la noción precisa de que ese espíritu volaría hacia aquellas, abandonando al cuerpo á la descomposición de la carne...

Ramuncho veía extático el paisaje y escuchaba. En la ventana estrecha de aquel caserío vasco, que no lo habían habitado más que generaciones de gentes sencillas y creyentes, puesto de codos sobre el ancho alféizar, abrió con una mano las vetustas ventanas, pintadas de verde, y paseó su vista sobre el sombrío desplegarse de aquel rincón del mundo que había sido el suyo, y que iba á abandonar para siempre. Las revelaciones que le hacían las cosas de su torno entendíalas por vez primera su espíritu inculto, y las prestaba una temerosa atención. ¡Ahogaba á su alma una ola de incredulidad, levantándose de repente, como si por herencia estuviese su espíritu dispuesto á las angustias de la duda...? Una súbita visión de la nada de las cosas, de la ineficacia de los altos destinos que imploran los hombres le turbaba, contristándole y abatiéndole...

Si no creía en nada ¡qué simpleza temblar ante aquel algo misterioso, protector quimérico de los conventos donde las jóvenes se encierran...!

La pobre campana de la agonía, que se esforzaba en sonar allá abajo pidiendo oraciones, se calló al fin y bajo el cielo clareante y cerrado se oyó solamente la respiración del mar, sonando lejos, en el universal silencio. Pero las cosas continuaban, creía Ramuncho, en el alba incierta, su diálogo sin palabras: nada en ninguna parte, nada en las tradiciones seculares, nada en el cielo donde se agolpan nubes y brumas; ¡siempre el huir del tiempo, el volver á nacer inagotable y eterno de los seres; y siempre siguiéndose la vejez, la muerte, la corrupción de la materia, el polvo...!

¡Era aquello lo que decían, en el descolorido amanecer, los objetos, tan sombríos y fatigados? Ramuncho, que

creía entenderlos, sintió pesar por haber vacilado en realizar su plan tan largo tiempo contenido, solamente por imaginarias razones. Y se juró á sí mismo, con áspera y desoladora esperanza que, *desde aquella mañana*, se decidía al fin; que *haría aquello*, aun á riesgo de todo, que nada le detendría ya...

XIII

Todavía pasaron algunas semanas en preparativos, en inquietas indecisiones, respecto á la manera de obrar, en cambios bruscos de planes y de ideas.

En tanto, había llegado á Etchezar la esperada carta del tío Ignacio. Si su sobrino hubiese ido antes, decía en ella, hubiérase visto muy contento recibéndole en su casa; pero viendo sus dudas y sus vacilaciones resolvió casarse, á pesar de su edad, y hacía dos meses que tenía un hijo. Por lo tanto, que no esperase ninguna protección su sobrino; el emigrante, al llegar allí, no tendría ni casa donde albergarse...

La familiar de Ramuncho fué vendida; están también arreglados en la Notaría los asuntos de dinero; el de que puede disponer Ramuncho tiénelo en el bolsillo en monedas de oro...

Y llegó el día de la tentativa suprema, el gran día; las hojas, verdes y espesas, volvieron á vestir los árboles, el nuevo césped, brillante y crecido, alfombra las praderas. Corre el mes de Mayo.

En el carricoche que arrastra el famoso caballo tan corredor, van Arrakoa y Ramuncho hacia Amézqueta, atravesando los sombríos caminos de la montaña. Andan velozmente. A medida que las horas pasan todo es más apacible á su alrededor, más salvaje: más primitivas las caserías, más solitario el país eúskaro.

A la sombra del ramaje, en los ribazos de los sende-

ros, hay digitales rosadas, collejas, helecnos, casi la misma flora que en Bretaña; estos dos países, el vasco y el bretón, se asemejan, además, en que el granito es abundantísimo y en que en ambos llueve mucho; también en su inmovilidad y en el apegamiento á sus creencias religiosas.

Sobre los dos juvenes, que a realizar la aventura iban, se espesaban gruesas nubes, como tantas veces, viéndose el cielo sombrío y bajo, que es el más frecuente en estas regiones. El camino que seguían, por entre desfiladeros de montañas, cada vez más altas, aparecía deliciosamente alfombrado de verde, metido en plena sombra, con dos paredes de helechos á los lados.

Inmóvil hacía muchos siglos, inmóvil en los seres y en las cosas, de ello se tenía plena conciencia al penetrar más y más en esta comarca de bosques, donde mora el silencio. Bajo el velo obscuro del cielo perdíanse las cumbres de los altos Pirineos, aparecían y se ocultaban las mansiones solitarias, los caseríos centenarios, las aldeas, más raras cada vez, y todo ello desplegábase bajo la misma bóveda de encinas, de castaños viejísimos, cuyas raíces se retuercen hasta el borde de los senderos como musgosas serpientes. Parécense entre sí esas aldeas, separadas las unas de las otras por tantos bosques, por tan espeso follaje de ramas, y habitadas por la misma antigua raza desdeñosa de cuanto la turba en sus costumbres, de cuanto la cambia: la humilde iglesia en ellas, casi siempre sin campanario, con una simple espadaña sobre la fachada gris, y la plaza, con su pared pintarrajeada para ese juego de pelota tan popular, en que, de padres á hijos, los hombres vigorizan con el ejercicio sus músculos duros. Por todas partes la sana paz de la vida rústica, cuyas tradiciones son más inmutables que en ningún otro pueblo.

Algunos caseros, con boina de lana, que encontrados

en su rápido pasar por los jóvenes, se inclinan con un sencillo saludo, por costumbre y porque conocen á Arrakoa y Ramuncho, los dos famosos jugadores de pelota de la región; á Ramuncho, es verdad, habíanle olvidado no pocas gentes; pero Arrakoa, desde Bayona á San Sebastián, hasta en el fondo de los campos perdidos entre montes, era popular con su rostro de sanos colores y lo retorcido de sus bigotes.

Dividiendo el viaje en dos jornadas, durmieron aquella noche en Mendichoco. Marchaban al presente á escape los dos jóvenes, tan preocupados sin duda, que apenas cuidábanse de guiar al caballo por el camino, nada fácil, por donde iban.

Itchúa no estaba con ellos. A última hora, Ramuncho tuvo miedo de este cómplice, al que le creía capaz de todo, hasta de matar; así es que en un súbito arranque rehusó el concurso de aquel hombre, que, sin embargo, se agarró, al partir, á la brida del caballo para no dejarles andar. Así es que se vió obligado Ramuncho á ponerle febrilmente el dinero en las manos, como pago de sus consejos, recobrando así la libertad de obrar por cuenta propia. De este modo, veíase seguro también de no mancharse con la sangre del crimen; pieza por pieza, para evadirse de él, hubo de darle la mitad de la suma concertada. Y arrancó el caballo al galope, y cuando el implacable rostro de Itchúa se desvaneció detrás de una vuelta del camino, Ramuncho sintió aligerada su conciencia...

—Deja esta noche el carruaje en Aranoz, en casa de Burugoiti, el tabernero, con quien ya me he entendido—dijo Arrakoa—porque comprende que una vez que consigamos lo que nos proponemos, en cuanto marche mi hermana, yo os dejo y no quiero saber más del asunto... Tenemos, además, un negocio con los de Buruzabal: pensamos pasar á España unos caballos esta noche

no lejos de Amezqueta, precisamente a veinte minutos de camino á pie, y he prometido estar allí antes de las diez...

¿Qué naran y como nan de arreglárselas los dos muchachos para alcanzar su objeto? Ninguno de los dos ve clara la empresa; lo que realicen dependerá del giro que tomen las cosas; tienen diferentes proyectos, atrevidos y hábiles todos; pero cada uno adecuado al caso que pueda presentarse.

Hay dos asientos pedidos, además: uno, para Ramuncho, y otro, para ella, á bordo de un paquebote de emigrantes, en el cual está ya el equipaje, y que sale de Burdeos al día siguiente, llevando á las Américas un centenar de vascongados. En la pequeña estación de Aranoz, donde el coche dejará á los novios, tomarán el tren para Bayona á las tres de la mañana, y en seguida, en Bayona, montarán en el expreso que va de Irún á Burdeos. Lo cual constituirá una huída precipitada que no permitirá á Madalén pensar en lo que hace, con el trastorno de la sorpresa, de su locura, del terror sentido, sin duda, también, de su embriaguez deliciosamente mortal...

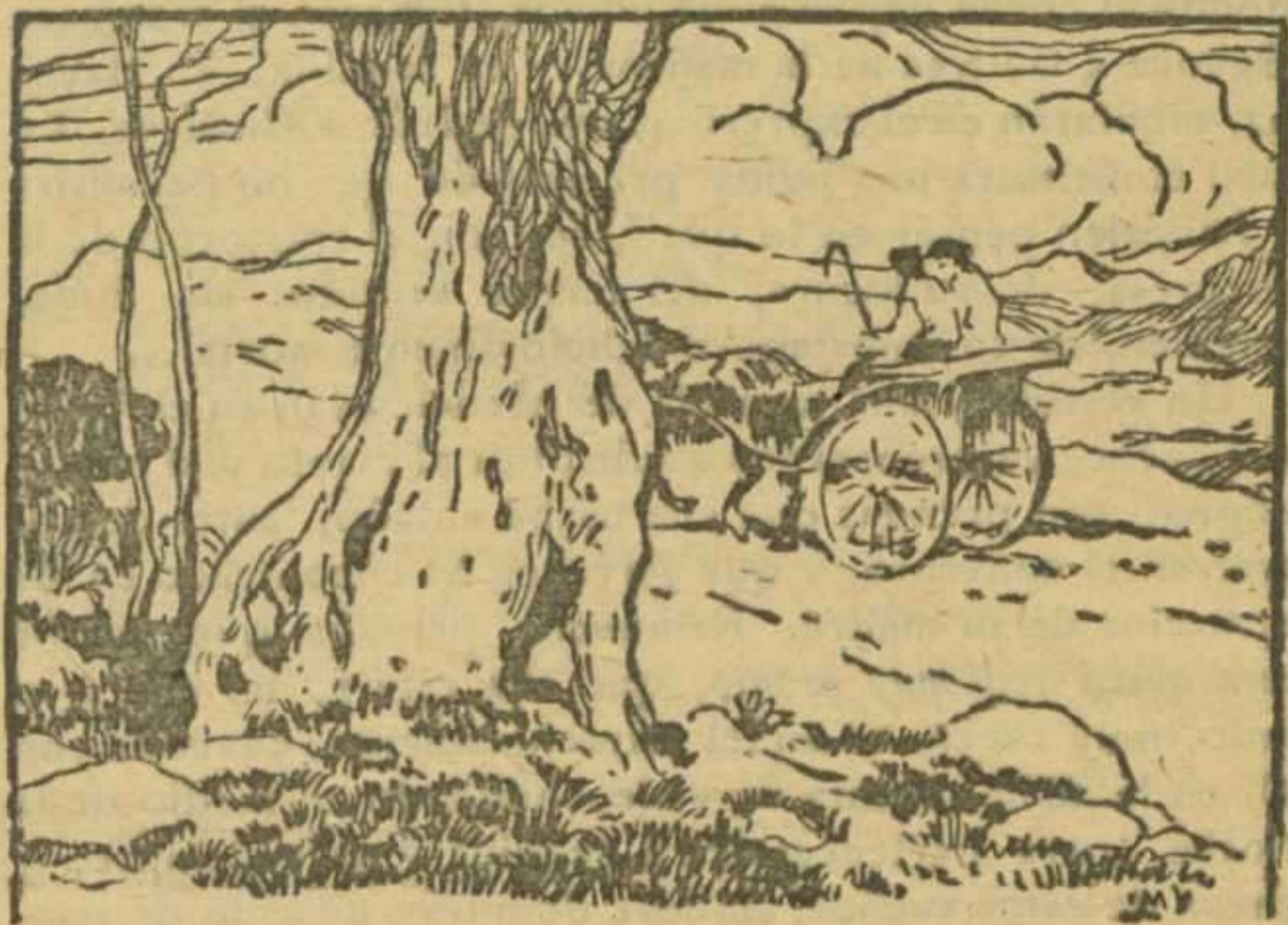
Un vestido y una mantilla de Madalén van en el fondo del coche, ya preparados á substituir al manto y al hábito negro; son prendas que ella usaba antaño, antes de entrar en el convento, y que Arrakoa ha encontrado en los armarios de su madre. Ramuncho pensaba que *aquella será quizá real muy pronto*, que ella estará, tal vez, á su lado, muy cerca, en aquel estrecho asiento, envuelta con él, en la misma manta de viaje, huyendo en medio de la noche, para pertenecerle en seguida y para siempre; y presa de estos sueños, sintióse de nuevo poseído de temblor y de vértigo...

—Te digo que te seguirá—repitió su amigo pegándole cariñosamente en el muslo como para infundirle valor de protección y sacarle del ensimismamiento de su

meditacion.—¡Te digo que te seguirá, estoy seguro de ello! Y si duda, bueno. ¡Ya me las arreglaré con ella!

Si vacila, un poco de violencia y cosa hecha; ¡oh!, muy poca, la que sea necesaria, nada más que separarla de las manos de las pobres hermanas, agarrándose á la monjita. Después la llevaremos al coche, donde infaliblemente, el estar junto á su amigo de antes y la ternura del mismo, trastornarán en poco tiempo su cabecita loca.

¿Qué ocurrirá? No lo saben de un modo preciso; pero confían en su valor y en sus decisiones del momento, que de tantas aventuras peligrosas les han sacado. Lo que saben es que no piensan en retroceder. Por eso van siempre adelante, azuzando el uno al otro; se les creería



unidos hasta la muerte, firmes y resueltos como dos bandidos á la hora en que, arriesgando la vida, se salvan de un inminente peligro.

El terreno que atraviesan, espesado por el frondaie,

bajo la opresión aplastadora de altísimas montañas que apenas se ven, está lleno de concavidades y desgarraduras, de abismos donde rugen bramadores torrentes despeñándose y corriendo bajo el verde negruzco de las ramas. Las encinas, las hayas, los castaños, son cada vez más gigantes, vivientes á través de los siglos, con una savia joven y pomposa. Un verdor potente, intenso, tranquilo, osténtase sobre las capas geológicas; por miles de años, sin interrupción, las cubre espeso con la frescura de su inmóvil manto. El cielo nebuloso, casi obscuro, que es tan común en el país vasco, añade á la impresión de tristeza una especie de universal recogimiento en que parece que las cosas están sumidas; una fantástica penumbra baja de todas partes: de los árboles, de los espesos velos grises que se agarran á los árboles, de los Pirineos ingentes que esconden su cabeza en el cielo...

En medio de esta inmensa paz y de este verde sombrío, pasan Ramuncho y Arrakoa como dos jóvenes aventureros que van á romper el encanto fantástico de los bosques. En todas las encrucijadas de los caminos se levantan cruces viejísimas de granito como en señal de alarma, como para dar un grito de alerta; antiguas cruces con esta inscripción, sublimemente sencilla, que es como el lema de una raza: *O crux, ave, spes unica.*

Ya cae la noche. Callan los viajeros porque llega la hora acordada, porque se aproxima el momento de obrar, porque todas aquellas cruces del camino empiezan á intimidarles...

El día declina bajo el velo de tristeza de que se cubre el cielo. Los valles se ensombrecen; el paisaje está desierto. En los extremos de los caminos las antiguas cruces se yerguen siempre con la consoladora inscripción: *O crux, ave, spes unica.*

Amézqueta va á hundirse en las últimas tintas crepusculares. Ramuncho y Arrakoa llegan en el coche y se paran en el cruce de la carretera, delante de la sidrería. Arrakoa está impaciente por subir al convento, contrariado por haber llegado tarde. Teme que no les abran la puerta en cuanto la noche cierre. Ramuncho, silencioso, déjale disponer; se abandona por completo á él.

El convento está en lo alto, á un lado; es aquella casa aislada, coronada por una cruz que aún se ve destacándose blanca sobre la masa sombría del monte. Mandan que en cuanto descansa un poco el caballo, lleven el coche, lo antes posible, allá abajo, donde ha de esperarles. Después, los dos se internan por la avenida de árboles que lleva al convento, y en la que el espesor del ramaje de Mayo hace que sea casi nocturna la obscuridad. Sin decir nada, sin ruido, con alpargatas, suben al sitio adonde se dirigen, ágiles y á buen paso; á su alrededor los campos profundos se envuelven en la inmensa melancolía de la noche.

Arrakoa llamó con la mano en la puerta del tranquilo retiro:

—Querría ver á mi hermana—dijo á una monja vieja que entreabrió la puerta medio asustada.

Antes de que acabara de hablar salió del obscuro corredor un grito de alegría, y una religiosa, en la que, á pesar de sus amplios hábitos, se adivina una joven, se precipitó hacia el visitante, arrojándose en sus brazos. Madalén le reconoció en seguida en la voz; pero, ¿adivino quién era el hombre que estaba detrás, silencioso?

La superiora también acudió al punto, y desde la escalera, sumida en sombras, les invitó á subir al locutorio del humilde convento de aldea; les ofreció sillas de paja y se sentaron: Arrakoa, cerca de su hermana; Ramuncho, enfrente; estaban, pues, por fin, los novios uno delante del otro y un silencio pletórico de latir corazo-

nes, de sobresalto de almas, de febriles ansiedades, cae sobre ellos...

No se sabe qué dulce paz, casi de sepulcro reina en



este sitio, envolviendo desde el principio la decisiva entrevista; en el fondo de los pechos los corazones se agitan con el latir de golpes sordos y poderosos; pero las palabras de amor ó de violencia, las palabras mueren antes de salir de los labios... Y esta paz se impone, se agranda por momentos; parece que un blanco sudario se extiende sobre todo, y lo cubre para calmar y extinguir las pasiones...

No hay nada de particular, sin embargo, en el humil de locutorio: cuatro paredes completamente desnudas bajo una capa de cal; un techo de madera sin desbastar; un piso, tan lustroso por la cera, que se resbala fácilmente en él; sobre una consola se ve una Virgen de yeso, ya indecisa entre la blancura grisienta del fondo de la habitación, donde acaba de morir el crepúsculo de Mayo, que entró por una ventana, sin cortinas, abierta á los grandes horizontes del Pirineo, invadidos ya por la noche... Pero de esta pobreza voluntaria, de esta sencillez blanca, se desprende la idea de una impersonalidad definitiva, de un renunciamiento á todo sin excusa ni esperanza de recobrarlo... y lo irremediable de los hechos consumados comienza á manifestarse en el espíritu de Ramuncho, que se apacigua y rinde ante una resignación súbita é involuntaria.

Los contrabandistas, inmóviles en sus sillas, dibújanse en la pared casi en silueta cuadrados y anchos sobre la blancura de los muros, y de sus rasgos borrosos solamente se aprecia el negro más intenso de los bigotes y de los ojos. Las dos religiosas, asemejadas en sus contornos por los velos, parecían dos negros espectros...

—Espera, hermana María Angela—dijo la superiora á la joven que en el mundo se llamó Magdalena;—espera, hija mía, á que encienda una lámpara para que al menos puedas ver el rostro de tu hermano...

Suó, dejándoios solos, y otra vez fué silencioso este instante, el único aprovechable é imposible de gozar de nuevo, en que estaban sin la superiora.

Vió ésta con una lámpara pequeña, á la luz de la cual brillaron los ojos de los contrabandistas, y la voz alegre con dulce sonido preguntó mirando á Ramuncho.

—¿Y éste? ¡Apostaría á que es un segundo hermano!

—¡Oh, no!—dijo Arrakoa con tono singular,—es un amigo solamente

En efecto, no era su hermano aquel Ramuncho que estaba allí feroz y mudo... ¡Y qué miedo le tendrían las tranquilas monjas si supiesen qué vientos de tormenta le empujaban...!

Volvió á imponerse el silencio, pesado é inquietante, entre aquellas personas que parece que no debían hablar sino de cosas sencillas y fútiles; la anciana superiora fijó en ello la atención y aun extrañóse un poco... Los ojos vivos de Ramuncho se inmovilizaron, veláronse los de la fiera como por la fascinación de un invisible domador. Bajo la dura cubierta, todavía algo jadeante de su pecho, continuaba penetrando y extendiéndose la calma reparadora que al entrar se iniciara. Sobre él, sin duda, obraban los misteriosos poderes blancos revoloteando allí en el aire; la herencia religiosa que dormitaba en el fondo de sí mismo llenábale ahora de una sumisión y de un respeto inesperados; las antiguas creencias le dominan; aquellas cruces encontradas aquella tarde á lo largo de los caminos, y la Virgen, de yeso, de un color de nieve inmaculada, destacándose sobre el blanco sin mota de la pared...

—Vamos, hablad, hablad, hijos míos, de cosas del país, de las cosas de Etchezar—dijo la superiora á Madalén y á su hermano.—Y mirad, os dejaremos solos, si queréis—añadió haciendo una seña á Ramuncho como para llevárselo de allí.

—¡Oh, no!—replicó con viveza Arrakoa;—que no se vaya... No, no es él... el que estorba...

La monjita, tan cubierta de velos y mantos como en la Edad Media, bajó la cabeza para mantener ocultos los ojos bajo la austera toc.

La puerta estaba abierta, la ventana también; la casa, los objetos que hay en ella tienen el aspecto de absoluta confianza, de absoluta seguridad, que parecen preservarlos de violencias y sacrilegios. Otras dos monjas, muy

— jecicas, prepararon, allí mismo, una mesa pequeña, en ella dos cubiertos y trajeron para Arrakoa y su amigo una cena frugal: pan, queso, pasteles y racimos tempranos de la parra del convento. Con juvenil alegría, con charla como de niñas, arreglaron todo ello en un instante, y claro es que tal paz desentonaba extrañamente al lado de los furoros ardientes allí reinantes; pero enmudecidos y rechazados, cada vez más rechazados al fondo del alma, como si los domeñase el golpear de una sorda maza ferrada de blanco...

A su pesar, los contrabandistas se sentaron á la mesa, uno frente á otro, cediendo á las insistentes instancias, y



comieron distraídamente aquellos manjares puestos sobre un mantel tan blanco como las paredes. Los corpulentos hombros de Ramuncho y Arrakoa, habituados á enormes pesos, apoyábanse en el respaldo de las débiles sillas que, con sus maderas frágiles, gimen y tiemblan. Alrededor de los jóvenes van y vienen las hermanas, siempre con sus discretos picoteos y sus risas pueriles que, sin quererlo, escápanse un poco ahogadas de debajo de los velos. Sólo ella, la hermana María Angela, permanece muda y sin movimiento: de pie, cerca de su hermano, que está sentado, puso la mano sobre su hombro poderoso; tan esbelta, junto á él, diríase que era alguna Santa de un antiguo cuadro religioso. Ramuncho, sombrío, observaba á los dos; aún no habia podido ver bien el rostro de Madalén, tanto lo encuadran y disimulan severamente las tocas monjiles. Se parecen siempre mucho el hermano y la hermana; en sus ojos, muy grandes, en los que, sin embargo, hay, más cada vez, diferente expresión, vive algo inexplicablemente semejante, persiste el mismo fuego, aquel fuego que llevó á uno á las aventuras y al juego potente de los músculos; á la otra, á los sueños místicos, á la mortificación y al anonadamiento de la carne. Pero ella es tan débil como él robusto; sin duda que han desaparecido de Madalén la garganta y las caderas, pues el hábito negro en que su cuerpo se oculta descende recto y rígido como una funda, para no dejar que se manifieste ninguna palpitación de la carne...

Después de los antiguos días felices, se contemplaba ahora por primera vez frente á frente Madalén y Ramuncho; sus pupilas están reconcentradas las del uno en las del otro, y fijas, inmóviles. Ella no baja la cabeza delante de él; pero le mira cual desde una remota lejanía, como tras de infranqueables brumas blancas, desde la opuesta orilla del abismo, del otro lado de la muerte; su mirar dulce indica que el alma está como ausente, volando

por más tranquilas é inaccesibles regiones del infinito... Y es Ramuncho, por fin, el que, subyugado, bajó sus ojos ardientes ante los virginales de Madalén.

Las buenas hermanas continuaron charlando: querían retener á los dos en Amézqueta durante la noche; fuera, les decían, está muy oscuro y amenaza lluvia... El señor cura, que ha ido á la montaña á llevar el Viático á un enfermo, volverá pronto; le conoce á Arrakoa, del tiempo en que fué vicario en Etchezar, y se verá muy contento ofreciéndole una cama en la casa cural, y otra al amigo, claro está...

Pero no; Arrakoa rehusó el ofrecimiento después de dirigir una mirada de grave interrogación á Ramuncho. Imposible dormir allí; van á marcharse en seguida, después de hablar un poco más, porque les esperan algunos negocios en la frontera española...

Ella, que al principio, presa de una turbación mortal, no se había atrevido á hablar, empezó á dirigir preguntas á su hermano, tan pronto en vascuence como en francés, y se informó de aquéllos á quienes nunca olvidaba.

—¿Y la madre? ¿Está sola ahora en la casa aun durante la noche?

—No—dijo Arrakoa;—tiene á la anciana Catalina, que la cuida y he exigido que duerma en la casa.

—¿Y el pequeñín Arrakoa, cómo está? ¿Le han bautizado? ¿Cómo se llama? ¿Sin duda Lorenzo, como su abuelo?

Etchezar, su pueblo, está separado de Amézqueta unos 60 kilómetros, en una región sin otras comunicaciones que las de los siglos pasados.

—Aunque estamos muy lejos unos de otros—dijo la monjita,—algunas veces ya tengo noticias vuestras. El mes último, gentes de aquí encontraron en el mercado de Hasparren á unas mujeres de nuestro pueblo; por ellas supe... muchas cosas... Esperaba verte en Pascuas;

me dijeron que había un gran partido en Erricalde, y que eras uno de los jugadores, y creí que quizás vendrías á verme; durante los dos días de fiesta no hice más que mirar al camino desde aquella ventana por ver si venías...

Y señalaba á la ventana, abierta de par en par sobre la negrura del campo, desde donde subía un inmenso silencio y de cuando en cuando los rumores primaverales con la música intermitente de los grillos y de los sapos.

Al oirla hablar tan tranquilamente, Ramuncho se sintió confuso delante de aquel como renunciamiento á todo y á todos; se le apareció aún más irrevocablemente cambiada, muy lejos de la tierra... ¡Pobre monjita!... Se llamaba Madalén; ahora era la hermana María Angela y no tenía ya familia; era como impersonal en esta casita de blancas paredes; estaba sin esperanza material alguna y quizá sin deseos, como si hubiese ya partido hacia las regiones del gran olvido de la muerte.

Y, sin embargo, se sonreía, completamente serena y tranquila, sin delatar, al parecer, pena ni angustia alguna.

Arrakoa miró á Ramuncho y le interrogó con mirada escrutadora, con aquellos ojos tan acostumbrados á son-
dar en las profundidades nocturnas; él mismo sintióse vencido por aquella inesperada paz, comprendiendo que su amigo, tan audaz antes, no se atrevía ya á intentar nada; que todos los proyectos se derrumban, que todo cae inútil é inerte delante del invisible muro que rodea á su hermana. Obligado á concluir pronto de una manera ú otra, obligado á romper este encanto ó á someterse y huir ante él, sacó su reloj diciendo que era tiempo de marcharse, porque los compañeros le esperaban allá abajo... Las hermanas adivinaron quiénes eran los camaradas y para qué aguardaban; pero ni se conmovieron ni se

extrañaron. Vascas ellas, hijas y nietas de vascos, conocían perfectamente el oficio de contrabandista; acaso llevaban sangre de ellos y miran con indulgencia esa vida...

Al fin, por vez primera, Madalén pronunció el nombre de Ramuncho; pero no atreviéndose á dirigirse á él de un modo inmediato, preguntó á su hermano, con tranquila sonrisa:

—¿De manera que ahora está *contigo* Ramuncho? ¿Se ha establecido en el país; *trabajáis* juntos?

Hubo un poco de silencio, y Arrakoa miró á Ramuncho para que él mismo respondiese.

—No—le contestó con voz lenta y sombría;—no...; parto mañana para América...

Cada palabra de esta respuesta brotó duramente y con un tono de turbación y despecho que sonó de un modo extraño en medio de aquella serenidad pacífica. Madalén se apoyó más fuertemente en el hombro de su hermano, y Ramuncho, consciente de la herida que acababa de abrir, miró á aquella, envolviéndola en los rayos de sus ojos tentadores, armándose de audacia, atrayente y peligroso en el último esfuerzo de su corazón lleno de amor, de toda su juventud y ardor que estaban pidiendo halagadoras caricias... Durante un indeciso minuto pareció temblar el humilde convento; pareció que los fantásticos poderes blancos del aire, retrocedían asustados; que se disipaban como derrotadas legiones ideales ante este joven dominador, venido al lugar de retiro para lanzar el triunfante grito de vida. Y el silencio que siguió fué el más pesado de todos los que entrecortaran aquella especie de drama, representado con medias palabras, casi sin pronunciar ninguna.

Al fin, habló María Angela, y le habló al mismo Ramuncho. Realmente no se hubiera podido decir que su corazón acabara de desgarrarse, en un supremo y último esfuerzo, ante el anuncio de aquel viaje, ni que se había

estremecido su cuerpo de virgen bajo la mirada del amado de otros días... Con voz que poco á poco se afirmó en la más suave dulzura de tono, se refirió á cosas tan sin valor aparente, como si se las dijera á un amigo que nada le importaba:

—¡Ah, sí...! el tío Ignacio, ¿no es verdad...? Siempre pensé que acabarías por ir á reunirme á él, tan lejos... Nosotras rezaremos todas á la Santa Virgen para que te acompañe en la travesía...

El contrabandista bajó de nuevo la cabeza comprendiendo que todo había acabado, que perdía para siempre á la compañera de su infancia, que estaba sepulta en un inviolable sudario... Las palabras de amor y de atracción que pensó decir, los proyectos que hacía un mes rodaban por su cabeza, todo le parecía insensato, sacrílego, cosas irrealizables, bravatas de muchacho... Arrakoa, que le miraba atentamente, experimentó iguales hechizos irresistibles y fugaces; se comprendieron, y el uno al otro, sin palabra alguna, dijéronse que nada podían hacer allí, que no se atreverían nunca...

Sin embargo, una angustia aún humana pasó por los ojos de la hermana María Angela cuando Arrakoa se levantó para el definitivo marchar; suplicó, con voz cambiada, que se quedara un instante más. Ramuncho, de repente, tuvo ansia ardorosa de echarse de rodillas delante de ella, con la cabeza hundida entre los pliegues del velo, y de sollozar derramando las lágrimas que le ahogaban; quiso pedir gracia, pedir auxilio á la superiora que parecía ser tan buena; declarar á todas las monjas que aquella, su prometida de la infancia, era su esperanza, su valor; que tuviesen piedad de él y que se la devolvieran, porque sin ella el mundo no le era nada. Todo lo que su corazón contenía de infinitamente bueno se exaltó en este instante en una inmensa necesidad de implorar, en un deseo de ferviente súplica y también de

confianza en la bondad, en la misericordia de todos...

¡Quién sabe, Dios mío, lo que hubiera pasado si él llega á atreverse á formular esta hermosa plegaria de ternura pura! ¡Quién sabe qué grandes sentimientos, cuánto de grande y bueno, no hubiera despertado en aquellas pobres hermanas, de negras tocas!... Quizá la misma anciana superiora, aquella anciana vírgen, arrugadita, de sonrisa infantil y de dulces ojos claros, le hubiera abierto sus brazos como á un hijo, comprendiéndolo todo, perdonándolo todo á pesar de la regla y no obstante los votos. ¡Y quién sabe si Madalén le hubiese sido devuelta sin violencia, sin engaños, casi excusada por sus compañeras de claustro! O al menos, si todo esto era imposible, él, al despedirse, ¡á saber si hubiera dulcificado el largo adiós, consolador, inacabable, con un beso de inmaterial amor...!

Pero no; quedó allí, silencioso, mudo, en la silla. Ni aun esa súplica, esa plegaria, se escapó de sus labios. Y era la hora de marcharse decididamente.

Arrakoa se puso en pie, agitado, llamando á su amigo con una señal de cabeza imperiosa. Ramuncho se levantó también, erguido, con arrogante figura, y cogió su boína para seguirle. Dieron las gracias por la cena que se les había servido y saludaron con un *buenas noches*, tímido y cobarde. En suma, durante toda la visita estuvieron muy correctos, muy respetuosos, casi llenos de temor los dos jóvenes que tan soberbia y violentamente creyeron portarse. Y como si la esperanza última no acabara de romperse, como si uno de ellos no dejase tras él su vida, los dos bajaron tranquilamente la limpia escalera, entre las blancas paredes, mientras las buenas hermanas les alumbraban con un forolillo.

—Ven, hermana María Angela—dijo alegremente la superiora, con su delgada voz de niña.—Vamos á acompañarles las dos hasta allá abajo... hasta el fin de nuestra

avenida, en el recodo que forma el camino del pueblo...
 ¿Era la superiora una buena hada segura de su poder,
 ó una pobre inconsciente que jugaba, sin saberlo, con el
 ardiente fuego devorador?... Concluyó todo: se realizó
 el terrible desgarramiento; la separación fué aceptada; la
 lucha quedóse muerta bajo las blancas tocas, y como
 término de la visita, aquellos dos jóvenes que en otro
 tiempo se adoraran, fueron el uno junto al otro, por
 fuera del convento, en medio de la noche tibia de prima-
 vera... en la amorosa noche que les envuelve, bajo el
 dosel de las hojas nuevas, pisando el florido césped, entre
 la savia ascensora que todo lo verdea, asistiendo al em-
 puje soberano de la vida universal.

Andaban los dos con paso menudo, á través de la sose-



zada negrura, como con tácito acuerdo para prolongar más tiempo la marcha por aquel sombrío sendero; iban mudos, callados, con el ardiente deseo y el terror intenso del contacto de sus vestidos, de un choque cualquiera, casual, de sus manos. Arrakoa y la superiora les seguían muy cerca, casi tocándolos, también sin hablar nada; las religiosas con sus sandalias y los contrabandistas con alpargatas, atravesaban las tinieblas, tranquilos y suaves, sin ruido, como fantasmas, y el reducido cortejo, lento y extraño, fué hacia el coche, solemne, en medio de un silencio funerario. Silencioso está también todo á su alrededor; por todas partes domina y se esparce el negro profundo del ambiente, que hasta lo más lejano de los montes y de los bosques llega. En el cielo, sin estrellas, duermen las gruesas nubes, cargadas del agua fecundante que la tierra espera, y que caerá al otro día para que las selvas se espesen de frondas tupidas y la hierba crezca alta y pomposa; las gruesas nubes, allá arriba, incuban y preparan el esplendor del estío meridional que tantas veces, en su infancia, ha encantado á los dos muchachos; pero que Ramuncho no volverá á ver y que Madalén, de aquí en adelante, lo mirará como con ojos de muerta, sin comprenderlo ni apreciarlo...

No hay nadie en torno de ellos en la avenida obscura; allá abajo la aldea parece dormida. La noche ha cerrado completamente; su gran misterio se tiende por todas partes; llega á las lejanías extraviadas, á las montañas y á los valles más hondos... ¡Cuán fácil sería ejecutar el plan ideado por los contrabandistas en estas soledades, con el coche que debe de estar muy cerca, con el caballo rápido y veloz...!

Y, sin embargo, sin haberse dicho nada, sin tocarse, llegaron los antiguos novios al recodo del camino donde no hay más remedio que darse el último adiós, seguramente el eterno. El coche está allí, cuidado por un mu-

chachuelo; el farol encendido, y el caballo impaciente. La superiora se detuvo; aquel es el término último del último paseo que darán el uno cerca del otro, en la tierra los dos jóvenes que tanto se quisieron.

La anciana religiosa comprendió que le tocaba ser e árbitro decisor del momento de la terrible separación. Con voz aflautada, casi juguetona, dice:

—Vamos, hija mía, hay que despedirse.

Y dijo esto con la decisión de la parca, cuyos decretos de muerte no se discuten.

Nadie pensó, en efecto, en resistir á aquella orden impasiblemente dada. Ya ha sido vencido ¡oh! y bien vencido el rebelde Ramuncho por los tranquilos y misteriosos poderes blancos; trémulo aún, en la retirada de la terrible derrota, bajó la cabeza, sin voluntad y casi sin pensamiento, como al peso de algún maleficio adormecedor...

—Vamos, hija mía, despedíos ya—dijo la anciana parca, tranquila é inerte.

Y viendo que Madalén se limitaba á apretar la mano de Arrakoa, añadió:

—Pero ¿no abrazas á tu hermano...?

Sin duda que no pretendía otra cosa la hermana María Angela: abrazarle con todo su corazón, con toda su alma; apretar tiernamente á su hermano contra el pecho; estrecharle entre los brazos y buscar en él protección en la hora del sacrificio sobrehumano en que era preciso dejar marchar á lo que más quería, sin una palabra de amor, ni aun de cariño... Su beso tuvo no sé qué de espantoso, de existencia retenida un instante: beso de religiosa, algo parecido al de una muerta...

Ahora, ¿cuándo volverá á verla aquel hermano, que puede hacerlo más á menudo, puesto que no abandona el país? ¿Cuándo tendrá, por lo menos, noticias de la madre, de la casa, del pueblo, enviadas con alguno de Echezar, que al pasar se detenga en el convento...?

A Ramuncho no se atrevió á tenderle su mano pequeña y helada, que volvió á caer á lo largo de su hábito para agarrarse á las cuentas del Rosario.

—Ya rezaremos, dijo una vez más, para que la Santa Virgen te proteja en tu largo viaje...

...Y se marcharon las monjas; lentamente, como silenciosas sombras, volvieron hacia el humilde convento protegido por la Cruz. Los dos vencidos, inmóviles en el sitio en que quedaran al despedirse, miraronlas alejarse por la avenida obscura. Con sus flotantes velos, más negros que la noche que envolvía á los árboles y los campos.

¡También va destrozada y herida la que desaparece allá en lo alto, entre las tinieblas de la cuestecilla umbrosa! Pero vive como anestesiada por blancas ráfagas sedantes y adormecedoras, y cuanto padezca se atenuará pronto en la quietud dulce de una somnolencia inefable. Mañana reanudará, otra vez, el curso de su existencia tranquila y pobre: perdida su personalidad, entregada á una serie de obligaciones cotidianas que no cambian nunca, absorta entre una reunión de seres que han abdicado de todo, caminará en su vida con los ojos levantados siempre hacia la dulce visión celeste.

¡O crux, ave, spes nica! ...

Vivir sin variación ni obstáculo hasta el morir, entre las blancas paredes de una celda, siempre igual, en un sitio ó en otro, bajo el mandato de una voluntad extraña, en cualquiera de esos humildes conventos perdidos en la montaña, á los que no se tiene ni el placer de ir cómodamente; no poseer nada en la tierra y no desear nada, no alcanzar ni esperar nada, aceptar como vanas y transitorias las horas fugitivas del mundo y sentirse libre de todo, hasta del amor, hasta que la muerte... El misterio de tal existencia es ininteligible para los jóvenes que viven prontos al diario combate, vigorosos seres que enderezan

su *instincto* y su fuerza á la posesión de todos los deseos; creados para gozar de la vida y para sufrir en ella, para amarle y propagarla...

¡O crux, ave, spes unica...! Ya no se ven, ya han entrado las religiosas en su pobre y solitario convento.

Los dos hombres no cambiaron ni una sola palabra referente á su fracasada empresa, respecto á la causa mal definida que, por primera vez, ha echado por tierra su valor y su audacia; frente á frente uno de otro, experimentaban en aquel instante una honda vergüenza por su repentina é insuperable timidez.

Por un momento, sus altivas cabezas permanecieron vueltas hacia el sitio por donde las monjas marcharon, viéndolas desaparecer; después miráronse á través de ^{la} obscuridad.

Iban á separarse y probablemente para siempre; Arrakoa entregó á su amigo las riendas del cochecillo que según le prometió, se lo prestaba para su partida.

—*¡Pobre Ramuncho...!*—le dijo con tono de afectuosa compasión.

El fin no acabado de su frase significaba claramente: «*Márchate, puesto que has faltado á tu propósito, y yo, ya lo sabes, es la hora en que me aguardan mis compañeros...*»

Ramuncho iba á abrazarle con todo su corazón para darle el adiós postrero, y en esta unión con el hermano de la mujer amada, hubiera vertido, sin duda, ardientes lágrimas que, por un instante, al menos, hubiéranle aliviado.

Pero no; Arrakoa se convirtió de pronto en el Arrakoa de los días agitados, el robusto jugador que sólo se interesaba por las empresas atrevidas y arriesgadas. Distraídamente dió la mano á Ramuncho.

—*¡Conque hasta la vuelta...! ¡Buena suerte por allí...*

Y con paso silencioso se fué hacia la frontera, engolfándose en la propicia obscuridad, á encontrar á los contrabandistas.

Ramuncho, solo ya en el mundo, dió un patigazo al caballo, que arrancó con ruido de cascabeles y de cascabelos... Aquel tren que debe pasar por Aranoz, el paquete



bote que va á zarpar de Burdeos... un poderoso instinto le empuja á no perderlos. Maquinalmente se apresuró, sin saber por qué, como cuerpo sin alma que continuase obedeciendo al impulso adquirido, y rápido, aunque ya no tiene objeto alguno ni aun esperanza en el mundo, se metió en los campos bravos, entre la espesura de los bosques, en toda aquella negrura intensa de la noche de Mayo que las monjas, desde su alta ventana, ven en su torno.



Para él concluye, y para siempre, el país querido; se han disipado los sueños deliciosos y dulces de sus primeros años. Es una planta desarraigada del suelo amado, del rincón eúskaro, y al que el soplo de la vida lleva á saber dónde

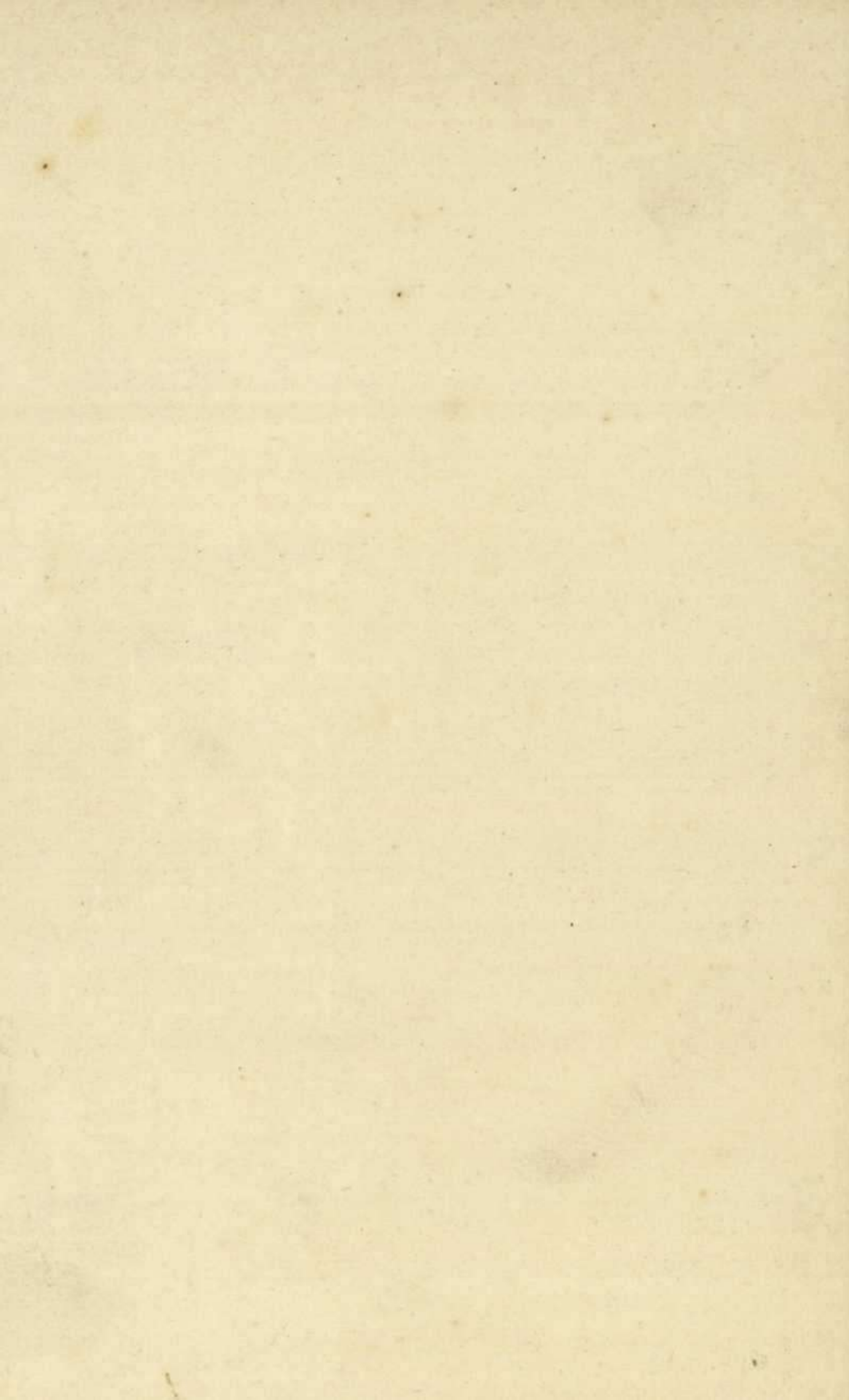
En el silencio de los bosques dormidos suenan alegremente los cascabeles del collar del caballo; el resplandor del farol que corre precipitado, ilumina en su lucir triste las ramas de los árboles, el verde naciente de las encinas, y en la orilla del camino, las flores de Francia; á lo lejos distínguese aún el montón de casas de un pueblo querido, la torre de una antigua iglesia... todas aquellas cosas que no volverá á mirar si no es en una dudosa y muy lejana vejez...

Por delante, en el andar de su vida, le esperan las Américas, la emigración sin probable volver, lo imprevisto y nuevo, cuajado de sorpresas al que llega ya sin valor y sin fe; toda una existencia muy larga, indudablemente, durante la cual su alma, arrancada del terruño patrio, tendrá que sufrir y endurecerse en regiones remotas, su vigor gastarse y agotarse ¡quién sabe dónde! en trabajos y en luchas desconocidas...

Allá en lo alto, en el humilde convento, en su sepulcro de paredes tan blancas, las monjas, tranquilas, elevan al cielo sus oraciones nocturnas...

¡O crux, ave, spes unica...!

FIN





AS
S